

LOS
LUSIADAS,

POEMA ÉPICO

DE

LUIS DE CAMÓES,

traducido en verso castellano

POR

EL CONDE DE CHESTE,

de la Real Academia Española.

MADRID: 1873.

IMPRESA DE D. ANTONIO PEREZ DUBROU,
Jesus del Valle, núm. 15.

Urbaniak

CAMÖENS

PQ9203

.A5

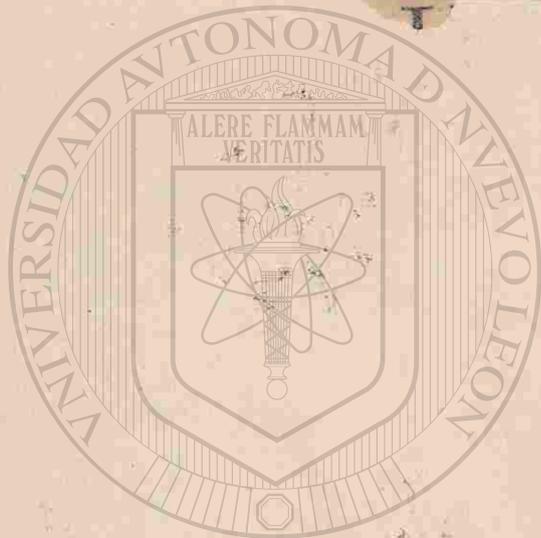
C3

C. 1

C 185



1080024497



LUSIADAS,

POEMA ÉPICO

DE

LUIS DE CAMÓES,

traducido en verso castellano

POR

EL CONDE DE CHESTE,

de la Real Academia Española.

MANUEL JAIMES.

MADRID: 1872.

IMPRENTA DE D. ANTONIO PÉREZ DUBRULL,
Jesus del Valle, núm. 15.



10662

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez

P49203.05

C3



EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

116735

LOS LUSIADAS.

CANTO PRIMERO.

Núm. Clas 869.1
 Núm. Autor C 1852
 Núm. Adg. 10662
 Procedencia -16-
 Precio _____
 Fecha _____
 Clasificó _____
 Catalogó 69

ARGUMENTO DEL CANTO PRIMERO.

Navegacion de los Portugueses por los mares Orientales: celebran los dioses un consejo: se opone Baco á la navegacion: Venus y Marte favorecen á los navegantes: llegan á Mozambique, cuyo gobernador intenta destruirlos: encuentro y primera funcion de guerra de los Portugueses contra los gentiles: leván anclas, y pasando por Quiloa, surgen en Mombaza.

LOS LUSIADAS.

CANTO PRIMERO.

I.

Las armas y varones distinguidos,
Que de Occidente y playa Lusitana,
Por mares hasta allí desconocidos,
Pasaron más allá de Taprobana;
Y en peligros y guerra, más sufridos
De lo que prometia fuerza humana,
Entre remota gente, edificaron
Nuevo reino, que tanto sublimaron:

II.

Y tambien los renombres muy gloriosos
De los Reyes, que fueron dilatando
El Imperio y la Fé, pueblos odiosos
Del África y del Asia devastando;
Y aquellos que por hechos valerosos
Más allá de la muerte ván pasando;
Si el ingenio y el arte me asistieren,
Esparciré por cuantos mundos fueren.

010662

III.

Callen del sabio Griego, y del Troyano,
 Los grandes viajes, con que el mar corrieron;
 No diga de Alejandro y de Trajano
 La fama las victorias que obtuvieron;
 Y, pues yo canto el pecho Lusitano,
 A quien Neptuno y Marte obedecieron,
 Ceda cuanto la Musa antigua canta,
 A valor que más alto se levanta.

IV.

Vosotras, mis Tajides, que creado
 En mí habeis un ingenio, nuevo, ardiente;
 Si siempre, en verso humilde, celebrado
 Fue por mí vuestro río alegremente,
 Dádme ahora un son noble y levantado,
 Un estilo grandilocuo y fluyente,
 Con que de vuestras aguas diga Apolo,
 Que no envidian corrientes del Pactolo.

V.

Dádme una furia grande y sonora,
 Y no de agreste avena ó flauta ruda:
 Más de trompa canora y belicosa,
 Que arde el pecho, y color al rostro muda:
 Canto digno me dad de la famosa
 Gente vuestra, á quien Marte tanto ayuda:
 Que se estienda por todo el universo,
 Si tan sublime asunto cabe en verso.

VI.

Y vos, ¡oh bien fundada seguridad,
 De la Luseña libertad antigua,
 Y no menos ciertísima esperanza
 De la estension de cristiandad exigua!
 Vos, miedo nuevo de la Máura lanza,
 En quien hoy maravilla se atestigua,
 Dada al mundo por Dios, Rey sin segundo,
 Para que á Dios gran parte deis del mundo:

VII.

Vos, tierno y nuevo ramo floreciente
 De una planta, de Cristo más amada
 Que otra alguna nacida en Occidente,
 Cesárea, ó Cristianísima llamada:
 Mirad el vuestro escudo, que presente
 Os muestra la victoria ya pasada,
 En el que os dió, de emblemas por acopio,
 Los que en la Cruz tomó para sí propio:

VIII.

Vos, poderoso Rey, cuyo alto imperio
 El primero ve al sol en cuanto nace,
 Y en el medio despues del hemisferio,
 Y el último, al morir, saludo le hace:
 Vos, que yugo impondreis y vituperio
 Al ginete Ismaelita y duro Trace,
 Y al turco de Asia y bárbaro gentío,
 Que el agua bebe aún del sacro río:

IX.

Breve inclinad la majestad severa
 Que en ese tierno aspecto en vos contemplo,
 Que luce ya, como en la edad entera,
 Cuando subiendo ireis al árduo templo;
 Y ora la faz, con vista placentera,
 Poned en nos: vereis un nuevo ejemplo
 De amor de patrios hechos valerosos,
 Sublimados en versos numerosos.

X.

Amor vereis de patria, no movido,
 De vil premio, mas de alto casi eterno;
 Que no es un premio vil ser conocido
 Por voz que suba del mi hogar paterno.
 Oid; vereis el nombre engrandecido
 Por los de quienes sois señor superno,
 Y juzgareis lo que es más excelente,
 Si ser del mundo Rey, ó de tal gente.

XI.

Oid, que no á los vuestros con hazañas
 Fantásticas, fingidas, mentirosas,
 Vereis loar, cual hacen las estrañas
 Musas, de engrandecerse deseosas:
 Las nuestras, no fingidas, son tamañas,
 Que á las soñadas vencen fabulosas,
 Y con Rugiero á Rodamonte infando
 Y, aun siendo verdadero, hasta á Rolando.

XII.

Os daré en su lugar un Nuño fiero,
 Que hizo al reino y al Rey alto servicio:
 Un Égas y un Don Fúas; que de Homero,
 Para ellos solos el cantar codicio;
 Y por los doce Pares daros quiero,
 Los doce de Inglaterra y su Magricio;
 Y os doy, en fin, á aquel insigne Gama,
 Que de Eneas tambien vence la fama.

XIII.

Y si del Franco Cárlos en balanza,
 O de César quereis igual memoria,
 Ved al primer Alfonso, cuya lanza
 Oscurece cualquiera estraña gloria:
 Y á aquel que al nuevo reino aseguranza
 Dejó, con grande y próspera victoria,
 Y á otro Juan, siempre invicto caballero,
 Y al quinto Alfonso, al cuarto y al tercero.

XIV.

Ni dejarán mis versos olvidados
 A aquellos que en los reinos de la Aurora,
 Alzaron, con sus hechos esforzados,
 Vuestra bandera, siempre vencedora:
 A un Pacheco glorioso, á los osados
 Almeidas, por quien siempre Tajo llora:
 Al terrible Alburquerque y Castro fuerte,
 Y otros, con quien poder no halla la muerte.

XV.

Y hora (que en estos versos os confieso,
 Sublime Rey, que no me atrevo á tanto)
 Tomad las riendas del imperio vuestro
 Y dad materia á nuevo y mayor canto:
 Y empiecen á sentir el duro peso
 (Que por el mundo todo cause espanto)
 De ejércitos y hazañas singulares,
 De Africa tierras y de Oriente mares.

XVI.

El Máuro en vos los ojos pone frío,
 Viendo allí su suplicio decretado:
 Por vos solo el gentil bárbaro impío
 Al yugo muestra el cuello ya inclinado:
 Tétis todo el cerúleo poderío
 Para vos tiene, en dote, preparado:
 Que, aficionada al rostro bello y tierno,
 Adquiriros desea para yerno.

XVII.

Míranse en vos, de la eternal morada,
 De los avos las dos almas famosas,
 Una en la paz angélica dorada,
 Otra en las duras lides sanguinosas;
 En vos hallar esperan renovada
 Su memoria y sus obras valerosas;
 Y allá os muestran lugar, como acá ejemplo,
 Que abre al mortal de eternidad el templo.

XVIII.

Mas mientras ese tiempo se dilata
 De gobernar los pueblos, que os desean,
 Dad á mi atrevimiento ayuda grata,
 Para que estos mis versos vuestros sean:
 Y mirad ir cortando el mar de plata
 A vuestros argonautas, porque vean
 Que son vistos de vos en mar airado;
 Y á ser, acostumbraos, invocado.

XIX.

Ya por el ancho Océano navegaban,
 Las inconstantes ondas dividiendo:
 Los vientos blandamente respiraban,
 De las náos la hueca lona hinchendo:
 Blanca espuma los mares levantaban,
 Que las tajantes proras van rompiendo
 Por la vasta marina, donde cuenta
 Proteo su manada turbulenta;

XX.

Cuando los Dioses del Olimpo hermoso,
 Dó está el gobierno de la humana gente,
 Van á verse en consejo majestoso
 Sobre futuras cosas del Oriente:
 Del cielo hollando el éter luminoso,
 Van, por la Láctea vía juntamente,
 Convocados de parte del Tonante,
 Por el nieto gentil del viejo Atlante.

XXI.

Dejan de siete cielos regimiento,
Que por poder más alto les fué dado;
Poder que, con el solo pensamiento,
Cielo y tierra gobierna, y mar airado:
Allí juntos se ven en un momento,
Los que habitan Arturo congelado,
Los que tienen el Austro y partes donde
La aurora nace, y el rojo sol se esconde.

XXII.

Estaba el padre allí sublime y dino
Que vibra el fiero rayo de Vulcano,
En asiento de estrellas cristalino,
Con semblante severo y soberano:
Exhalaba del rostro aire divino,
Que en divino tornára un cuerpo humano,
Con corona y el cetro rutilante,
De otra piedra más clara que el diamante.

XXIII.

Más abajo, en asientos tachonados,
De perlas y oró lúcidos, estaban
Todos los otros dioses asentados,
Segun saber y juicio demandaban:
Los antiguos preceden honorados:
Los menores tras ellos se ordenaban:
Y aquí Júpiter alto, de este modo
Dijo, y llenó su voz el cielo todo:

XXIV.

«Eternos moradores del luciente
Estrellífero polo y claro asiento,
Si del esfuerzo grande de la gente
Lusa no habeis quitado el pensamiento,
Recordareis que existe permanente,
De los hados escrito anunciamento;
Por el que han de olvidarse los humanos
De Asirios, Persas, Griegos y Romanos.

XXV.

»Ya les fué, bien lo visteis, concedido,
Que un poder, de recursos poco lleno,
Tomase al Máuro fuerte y guarnecido
Todo el suelo que riega el Tajo ameno:
Y luego le asistió, contra el temido
Castellano, favor alto y sereno:
Así que siempre, en fin, con fama y gloria,
Victoria consiguió tras de victoria.

XXVI.

»Dejo, Dioses, la fama que, no exigua,
Sobre la grey de Rómulo alcanzaron,
Cuando con su Viriato, en esa antigua
Romana guerra, tanto se afanaron:
Y tambien la memoria, que atestigua
El valor de su nombre, cuando alzaron
Por jefe á un capitán que peregrino,
Simuló en Cierva espíritu divino.

XXVII.

»Y hora mismo admirais que acometiendo
Al inconstante mar, á más se atreve,
Por vias nunca usadas, no temiendo
Iras de Africo y Noto, en tabla leve:
Que ya, de dominar no poco habiendo
Donde larga es la luz y donde es breve,
Dirigen su propósito y porfía
A ver la cuna donde nace el día.

XXVIII.

»Prometido les es del hado eterno,
Cuya ley ser no puede quebrantada,
Que tengan largos años el gobierno
Del mar que ve del sol la roja entrada:
En el agua han pasado el duro invierno
Va perdida la gente y trabajada;
Y justo ya parece que le sea
Mostrado el nuevo suelo que desea.

XXIX.

»Y porque, como visteis, han pasado
En el viaje tan ásperos castigos,
Tantos climas y cielos han probado,
Tanto furor de vientos enemigos,
Que sean acogidos he pensado
En la africana costa como amigos;
Y allí repuesta la cansada flota,
Que torne á proseguir su alta derrota.»

XXX.

Estas palabras Júpiter decia,
Y los Dioses por órden respondiendlo,
Uno de otro en el juicio diferia,
Razon diversa dando ó recibiendo.
El padre Baco allí no consentia
De Jove en el acuerdo, conociendo
Que acabará su gloria del Oriente,
Si fuere allá la Lusitana gente.

XXXI.

De los Hados oyó que llegaria
Una gente fortísima de España,
Por alto mar, la cual sujetaria
Cuanto del Indio suelo Dóris baña,
Y con nuevas victorias venceria
Toda fama anterior suya ó estraña,
Haciéndole perder la escelsa gloria,
De que Nisa aun celebra la memoria.

XXXII.

Ve que tuvo ya al Gániges sometido,
Y nunca le quitó fortuna ó caso
Por vencedor del Indo ser tenido
De cuantos beben linfas del Parnaso:
Su nombre teme ver, que esclarecido
Hoy suena, descender al negro vaso
Del agua del olvido, si allí aportan
Los Portugueses que los mares cortan.

XXXIII.

Militaba en su contra Vénus bella,
 Aficionada á gente Lusitana,
 Por cuantas calidades via en ella
 De la que antes amó tanto Romana:
 Por su gran corazón, su grande estrella,
 Ya probada en la tierra Tingitana:
 Por la lengua, que ser se le imagina,
 Con corruptela breve, la Latina.

XXXIV.

Estas razones tiene Citeréa;
 A más que de las Parcas claro entiende,
 Que célebre ha de ser la hermosa Dea,
 Por dó la gente bélica se estiende:
 Así que, por el caso que á uno afea,
 Y otro por los honores que pretende,
 No es mucho que entenderse no consigan.
 Y este bando ó aquel los Dioses sigan.

XXXV.

Como el Bóreas y el Austro, en selva oscura
 De silvestre arboleda y escondida,
 Rompiendo ramos, van por la espesura,
 Con ímpetu y braveza desmedida,
 Y el monte entero con el son murmura,
 Que hierva de la junta hoja barrida;
 Entre los Dioses del antiguo culto,
 Tal andaba ardientísimo el tumulto.

XXXVI.

Marte que de la diosa sustentaba
 Entre todos la parte, con porfía,
 O, porque amor antiguo le obligaba,
 O, porque el Portugués lo merecia,
 Contra todos en pie se levantaba.
 Irritado en el rostro aparecia:
 Y el escudo, que lleva al cuello altivo,
 Atras aparta, en ademan esquivo.

XXXVII.

La visera del yelmo de diamante
 Apenas alza, y firme, y bien seguro,
 A esponer su opinion salta delante
 De Júpiter, armado, fuerte y duro:
 Y dando con el cabo resonante
 Del asta en el cristal del cielo puro,
 Le hizo temblar, y Apolo de asustado,
 Un tanto amortiguó su luz turbado.

XXXVIII.

Y á Jove dijo: «Oh padre! á cuyo imperio
 Obedece sumiso cuanto existe,
 Si esta gente, que busca otro hemisferio,
 Cuyo ingenio y valor tanto quisiste,
 No quieres que padezca vituperio,
 Como tiempo hace ya que dispusiste,
 No escuches más, pues juez de todos eres,
 De sospechosa parte pareceres.

XXXIX.

»Que si el Baco aquí no se mostrase
Oprimido de miedo demasiado,
Fuera bien que su juicio sustentase
De no ser contra el Luso odio privado.
Mas esta su intencion no es bien que pase,
Pues de interes al fin nace dañado;
Que lo que el cielo otorga al que bien lidia,
No ha de turbarlo nunca ajena envidia.

XL.

»Y tú, padre de inmensa fortaleza,
De la resolucion por tí tomada
No te desdigas hoy, que es vil flaqueza
De empresa desistir ya comenzada.
Mercurio, pues que escede en ligereza
Al viento y la saeta disparada,
Vaya á tierra á mostrarles dó se informen
De la India, y se amparen y reformen.»

XLI.

Dijo Marte, y el padre poderoso
La cabeza inclinó, como aprobando
Lo que el Dios proponia valeroso,
En la asamblea néctar derramando.
Por el lácteo camino luminoso
Cada númen despues se fue buscando,
Hecho el debido y real acatamiento,
Su habitual residencia y aposento.

XLII.

Mientras esto pasaba en la lumbrosa
Casa del puro Olimpo omnipotente,
Cortaba el mar la armada valerosa
Del lado allá del Austro y del Oriente,
Entre la costa Etiópe y la famosa
Isla de San Lorenzo: el sol ardiente
Abrasaba á los dioses, en pescados,
Por susto de Tifeo, trasformados.

XLIII.

Tan plácidos los vientos los llevaban,
Como á quien tiene por amigo el cielo;
Aire y tiempo serenos se mostraban,
Sin nubes, sin peligro, sin recelo:
De Praso el promontorio ya pasaban,
De antiguo nombre, en el Etiópe suelo,
Cuando el mar les mostraba descubiertas
Islas que con sus olas baña inciertas.

XLIV.

Vasco de Gama, el ínclito caudillo
Que á cosas tan impávidas se ofrece,
Que aduna ciencia del valor al brillo,
Al que siempre fortuna favorece,
El detenerse aquí no vé sencillo,
Que inhóspite la tierra le parece;
Y adelante pasar determinaba,
Si bien no le ocurrió, como pensaba.

XLV.

Porque venir ven pronto, en compañía,
 Varios breves bajeles, sin cautela,
 Del puerto que más cerca aparecía,
 Cortando el ancho mar, con larga vela.
 Se alborozó la gente, y su alegría
 Con mirar y mirar templa y consuela;
 Y ¿quién es esta gente? (entre sí dicen)
 ¿Qué ley tienen, qué rey, qué Dios bendicen?

XLVI.

Las navecillas son, á su manera,
 Muy veloces, estrechas y estendidas:
 Las velas con que vienen son de estera,
 De unas hojas de palma bien tejidas:
 La gente es de la cútis verdadera
 Que Faeton, en las tierras encendidas,
 Dió al mundo, por osado y no prudente;
 Lampedusa lo sabe, el Pó lo siente.

XLVII.

De paños visten de algodón, teñidos
 De color vária, blancos y listados;
 Unos los llevan en redor ceñidos,
 Otros de airoso modo al brazo echados:
 Van de cintura arriba no vestidos:
 Tienen por arma adargas y acolchados,
 Y en la cabeza toca; y mar corriendo,
 Añafles sonoros van tañendo.

XLVIII.

Con la ropa y los brazos indicaban
 A la gente del Luso que esperasen:
 Mas ya las ráudas proras se inclinaban,
 Porque junto á las islas penetrasen:
 La tropa y marineros trabajaban
 Cual si aquí los trabajos se acabasen:
 Toman velas, se amána la verga alta;
 Por el áncora herida, la mar salta.

XLIX.

Ni aún anclados están, cuando la gente
 Estraña por las cuerdas ya subía;
 Vienen con ledo gesto, y blandamente
 El noble Capitan los recibía.
 Manda ponerles mesas prontamente,
 Y el licor que plantado Baco había,
 Y que de vidrio en vasos aparejan:
 Los de Faeton quemados nada dejan.

L.

Comiendo alegremente, preguntaban,
 En arábigo hablar, de dó venían;
 Quiénes son; de qué tierra; qué buscaban;
 Qué parte de la mar corrido habían.
 Las respuestas que al caso acomodaban,
 Con discrecion los Lusos les volvían:
*Los Portugueses somos de Occidente,
 En busca de las tierras del Oriente.*

LI.

*Del mar toda la parte hemos sulcado,
Del Antártico polo y de Calisto,
Toda la costa de Africa rodeado,
Y tierra y cielos varios hemos visto.
Somos de un Rey glorioso y estimado,
Y en todo respetable, y tan bien quisto,
Que por él, no en el mar con gozo interno,
Mas en el lago entráramos de averno.*

LII.

*Y porque él lo mandó, buscando andamos
La gran tierra oriental que el Indo riega:
Por él la mar remota navegamos
Que solo de las focas se navega.
Mas ya es razon tambien de que sepamos,
Si verdad en vosotros no se niega,
Quién sois, si de esta tierra naturales,
Y si del Indo, en fin, teneis señales.*

LIII.

*Somos (dijo uno de ellos que dió cara)
Estrangeros en ley, suelo y ambiente;
Porque á los de estas islas los criara
Natura sin razon ni ley prudente:
Siguiendo nos la cierta que enseñara
De Abraham el preclaro descendiente
(Si de padre gentil, de madre hebrea)
Que gran parte del mundo señorea.*

LIV.

*Esta islilla pequeña que habitamos,
Es en todo el país segura cala
De cuantos en el golfo navegamos
De Quíloa, de Mombaza y de Sofála:
Y asegurarnos de ella procuramos
Como dueños, por ser precisa escala;
Y porque todo, en fin, se os notifique,
Llámase la insulilla Mozambique.*

LV.

*Y ya que de tan lejos navegades
Buscando el Indo Hidaspe y tierra ardiente,
Piloto aquí tendreis, por quien seades
Guiados por los mares sabiamente:
Tambien será bien hecho que tengades
De tierra algun frescos; y que el Regente
Que esta tierra gobierna, pronto os vea,
Y de lo más preciso se os provea.*

LVI.

*A sus barcos, diciendo así, tornóse
El Moro de su gente en compañía;
Y del Caudillo y Lusos apartóse,
Con muestras de debida cortesía.
En esto Febo al hondo mar llevóse
En carro de cristal el claro día,
Ordenando, que en tanto él reposase,
Su hermana el ancho mundo iluminase.*

LVII.

Pasó la gente de la Lusa flota
 La noche en alegría y descansada,
 Por encontrar de tierra tan remota,
 Nueva por tanto tiempo deseada;
 Y entre sí cada cual advierte y nota
 La gente y uso y ropa desusada,
 Y cómo los que en secta infiel creyeran,
 Tanto por todo el mundo se estendieran.

LVIII.

De la luna los rayos rutilaban
 Por las plácidas ondas neptuninas:
 Las estrellas el cielo asimilaban
 A prado de azucenas argentinas;
 Y los furiosos vientos reposaban
 En las oscuras cuevas peregrinas:
 Mas según su costumbre, por cautela,
 La gente de la escuadra estaba en vela.

LIX.

Pero así que llegó la luz rosada
 Por el sereno cielo á derramarse
 Del alba hermosa, abriendo roja entrada
 Al claro sol que prueba á despertarse,
 Se empieza á embanderar toda la armada,
 Y de toldos alegres á adornarse,
 Por recibir con fiestas y alegría,
 Al Rector de las islas que venia.

LX.

Venia ledamente navegando
 A ver las prestas naves lusitanas,
 Con refrescos de tierra, en sí cuidando
 Que son aquellas gentes inhumanas
 Que las tierras caspianas habitando,
 A conquistar pasaron las Asianas,
 Y por decreto y orden del destino,
 Ganaron la ciudad de Constantino.

LXI.

Recibe el Capitan alegremente
 Al jefe y su completa compañía:
 Dále de ricas piezas un presente,
 Que para estos efectos ya traía;
 Dulces conservas dále, y dále ardiente
 Desusado licor que da alegría;
 Nada hay que el Moro con placer no tome,
 Y con placer más grande bebe y come.

LXII.

La marítima gente está del Luso
 Subida por las jarcias, admirada,
 Notando el extranjero modo y uso,
 Y la lengua tan bruta y enredada.
 También el Moro astuto está confuso,
 Viendo el traje y color y fuerte armada;
 Y todo preguntando, les decia
 Si vienen por acaso de Turquía.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 FUND. 1923 MONTERREY, MEXICO

LXIII.

Y les dice tambien, que ver desea
 El libro que á su ley y fe preside;
 Por ver si con la dél conforme sea,
 O si moral diversa las divide;
 Y porque todo note, observe y vea,
 Que le presente al Capitan, le pide,
 Aquellas fuertes armas, de que usaban
 Cuando con sus contrarios peleaban.

LXIV.

El valeroso Capitan responde,
 Por uno que la lengua vil sabia:
 Y le hace relacion, y poco esconde,
 De su ley, tierra y armas que traia:
 Dice que no es su raza la de donde
 Procede la ímpia gente de Turquía;
 Y que son de la Europa belicosa,
 Y que la India buscan tan famosa.

LXV.

Que la ley de Aquel sigue, á cuya mano
 Obedecen lo oculto y lo visible:
 De aquel Ser que creó todo lo humano:
 Lo que tiene sentido y lo insensible:
 Que ofensas padeció y ultraje insano,
 Sufriendo inmerecida muerte horrible;
 Y en fin, que desde el cielo bajó al suelo,
 Para el hombre subir del suelo al cielo.

LXVI.

«De este Dios-Hombre, altísimo, infinito,
 No estrañes que hoy el libro aquí no lleve,
 Escusando en papel traer escrito
 Lo que estar en el alma impreso debe:
 Que veas nuestras armas te permito,
 Pues así lo pediste claro y breve.
 Las verás amigable, pues espero
 Que no las quieras ver como guerrero.»

LXVII.

Esto diciendo, manda á diligentes
 Ministros enseñar las armaduras;
 Ven arneses y petos relucientes,
 Mallas finas, de acero planchas puras,
 Escudos de labores diferentes,
 Trabucos y espingardas muy seguras,
 Arcos y sagitíferas aljabas,
 Partesanas agudas, picas bravas.

LXVIII.

Las bombas de disparo y juntamente
 Las sulfúreas pelotas, tan dañosas:
 Pero á los de Vulcano no consiente
 Dar fuego á las bombardas temerosas;
 Porque el gallardo espíritu valiente,
 Entre gentes tan pocas y medrosas,
 Para no ser cual es, tiene razones:
 Que es flaqueza, entre ovejas, ser leones.

LXIX.

Pero de esto que al Moro se le muestra
Y de cuanto observó con ojo atento,
Le vino al alma cólera siniestra
Y á la mente torcido pensamiento:
Mas en gesto y accion no lo demuestra,
Sino que, con risueño fingimiento,
Blandamente tratarlos determina
Hasta que pueda hacer lo que imagina.

LXX.

Pilotos luego el Capitan le pide,
Por quien pudiese al Indo ser llevado:
Y dícele que el pago no se mide
Del trabajo que en ello hayan tomado.
Prométeselo el Moro, en quien reside
Tal intencion, intento tan malvado,
Que, á poderlo, la muerte, en aquel día,
En igual de Piloto le daría.

LXXI.

¡Tal era el odio y malquerer tenaces
Que encendió contra el Luso la venganza,
De la verdad al ver que son secuaces
Que el hijo de David da en enseñanza!
¡Oh profundos arcanos no falaces
A que juicio mortal ninguno alcanza!
¡Que nunca falte un pérfido enemigo
Aun al que siempre fue del cielo amigo!

LXXII.

Partió en esto y llevó su compañía
De las náos el Moro despachado,
Con engañosa y grande cortesía,
Con aspecto de halago simulado.
Cortaron los bateles la ancha vía
Del conocido mar; y acompañado,
Ya en tierra, de obsequioso ayuntamiento,
Fuese el Moro á su cógnito aposento.

LXXIII.

Desde su etéreo asiento el gran Tebano
Que del muslo paterno fue nacido,
Viendo que el fuerte pueblo Lusitano
Es al Moro molesto, aborrecido,
En la mente revuelve intento insano,
Con que sea del todo destruido;
Y mientras en la mente lo ordenaba,
Consigo estas palabras platicaba.

LXXIV.

«Está ya decidido por el Hado
Que alcance las victorias más famosas
La fuerte grey del Portugués estado
De las indianas gentes belicosas:
Yo solo, hijo de padre sublimado,
Con cualidades tantas generosas,
¡Sufriré que el destino favorezca
A aquel por quien mi nombre se oscurezca?»

LXXV.

»Ya los dioses quisieron que tuviese
El hijo de Filipo en esa parte,
Tanto poder, que todo lo rindiese
Bajo su imperio el furibundo Marte.
¿Mas háse de sufrir que el Hado, diese
A tan pocos tamaño esfuerzo y arte,
Y yo, y el Macedonio, y el Quirite,
Demós lugar al que el honor nos quite?

LXXVI.

»No será así, porque antes que llegado
Hubiere el Capitan, astutamente
Le será tanto engaño fabricado,
Que jamás toque al suelo del Oriente.
Yo á tierra bajaré, y el inflamado
Pecho haré incendio de la Máura gente:
Porque siempre por via irá derecha,
Quien de oportuno tiempo se aprovecha.»

LXXVII.

Esto diciendo, fiero y quasi insano,
Sobre la tierra de África lanzóse,
Donde tomando forma y gesto humano,
Para el sabido Praso encaminóse;
Y por mejor fingir el hecho vano,
En natural figura convirtióse
De un Moro, en Mozambique conocido,
Viejo sabio, del Jeque muy valido.

LXXVIII.

Alcual entrando á hablar, al tiempo y horas
A la malicia aquella acomodadas,
Le dice, que eran hordas malhechoras
Las que allí nuevamente eran llegadas;
Que vino, de las gentes moradoras
De la costa, rumor que de robadas
Por estos hombres que pasaban, fueron,
Que con pactos de paz siempre mintieron.

LXXIX.

«Y á más sabe (le dice) que entendido
Tengo de estos cristianos, que ladrones
El comercio del mar han destruido,
Con incendios y bárbaras acciones,
Y ya traen, de largo, engaño urdido
Contra nos; y que son sus intenciones
Solo de asesinarlos y robarnos,
Y á los hijos y esposas cautivarnos.

LXXX.

»Y sé tambien que tiene ya tratado
De venir á buscar agua, muy cedo,
El Capitan, de muchos resguardado,
Que de intencion dañada nace el miedo.
Tú tambien debes, con tu gente, armado,
Ir á esperarlo al paso, oculto y quedo;
Con que al bajar la suya descuidada,
Pueda toda caer en la lazada.

LXXXI.

»Y no quedando aún de esta pelea
Destruídos ó muertos totalmente,
Imaginado tengo, acá en la idea,
Otra maña y ardid, que te contente.
Manda darles Piloto infiel, que sea
De astucia natural, y tan prudente,
Que los lleve á dó fueren destrozados,
Perseguidos sin fin y esterminados.»

LXXXII.

No bien estas palabras lento dijo,
El Moro atento al fraude, al sabio viejo
El cuello le ciñó con regocijo,
Agradeciendo mucho el buen consejo:
Y luego preparó, nada prolijo
Para la empresa el hélico aparejo,
A fin que al Portugués se le volviese
En rojo humor el agua que obtuviese

LXXXIII.

Y busca para el logro del engaño
Quien á la escuadra por Piloto mande;
Sabio, astuto, sagaz en todo daño,
A quien pueda confiarse un hecho grande.
Dícele que, siguiendo al Lusitano
Por tales costas y corrientes ande,
Que si de una escapare, en otra ciego
Vaya, con más desastre, á caer luego.

LXXXIV.

Ya Apolo con sus rayos visitaba
Los Nabateos montes, ascendido,
Cuando Gama á ir á tierra se aprontaba
Por agua, con su tropa, decidido.
En las naves la gente se aprestaba,
Cual si le fuese el fraude conocido:
Mas sospecharlo puede fácilmente,
Que cuando avisa, el corazon no miente.

LXXXV.

Cuanto más, que mandado habia á tierra
Al piloto á traer refresco vario:
Y respondido fuele en son de guerra,
Caso de lo ofrecido muy contrario.
Por eso, y porque sabe cuánto yerra
Quien se cree de su pérfido adversario,
Apercibido va, como podia,
En tres bateles solos que traia.

LXXXVI.

Mas los moros, que andaban por la playa,
A impedirles el agua apetecida,
Uno armado de escudo y de azagaya,
Otro de arco y de aljaba guarneçada,
Esperan que la Lusa gente vaya,
La mayor parte de ellos escondida;
Si bien para lograr mejor el lance,
Algunos por ñagaza están de avance.

LXXXVII.

Y van por la ribera alba, arenosa,
 Con ademanes bélicos, alzando
 La adarga y arco, y flecha peligrosa,
 A los callados Lusos incitando.
 No sufre asaz la gente valerosa,
 Que los canes el diente estén mostrando,
 Y cada cual dá en tierra tan ligero,
 Que nadie decir puede que es primero.

LXXXVIII.

Cual en coso sangriento el ledo amante,
 Viendo á la bien querida hermosa dama,
 Busca al toro, y saliéndole delante,
 Salta, corre tras él, le silba y llama:
 Mas el fiero animal, en tal instante,
 La cornígera frente inclina y brama,
 Y arrancando feroz, los ojos cierra,
 Hiere, rompe, destroza y echa á tierra:

LXXXIX.

Así, en la escuadra ruido se levanta
 De la dura y horrenda artillería:
 La férrea bola mata, el ruido espanta:
 El aire zumba, el humo turba el día:
 El pecho de los moros se quebranta:
 Y creciendo el terror, su sangre enfria,
 Y el descubierto muere destrozado,
 Y el que estaba escondido huye asustado.

XC.

No contenta la gente portuguesa,
 Prosigue la victoria, hiere y mata:
 La poblacion, sin muros, es ya opresa,
 Y la incendia, bombea y desbarata.
 De la celada al moro ya le pesa,
 Que bien cuidó comprarla más barata:
 Y el anciano y la madre, hoy infelice,
 Execra de la guerra, y la maldice.

XCI.

Corre el moro y saetas va arrojando
 Sin fuerza, de cobarde y presuroso,
 Palos, piedras y troncos vá tomando,
 Y armas dále el furor ciego y rabioso:
 Y ya el pueblo y la isla abandonando,
 Huye á la tierra-firme temeroso:
 Pasa, y corta del mar el brazo estrecho
 Que de aquella la aparta breve trecho.

XCII.

Unos en almadias van fajadas;
 Quién cruza el agua á nado diligente;
 Quién se ahoga en las olas encrespadas;
 Quién el mar bebe y echa juntamente.
 Derriban las frecuentes bombardadas
 Los Pánguios breves de la bruta gente:
 Terrible, en fin, el portugués castiga
 La vil malicia pérfida enemiga.

XCIII.

Y tornan victoriosos á la armada
 Con el largo despojo y rica presa;
 Y van á su placer á hacer aguada
 Ya sin miedo de daño y de sorpresa.
 Queda la Máura gente malparada,
 Más que nunca en el odio antiguo accesa;
 Y viendo sin venganza tanto daño,
 Solo esperando está del otro engaño.

XCIV.

Proponer paz dispone arrepentido
 El Regidor de aquella inicua tierra,
 Sin que sea del Luso conocido
 Que en figura de paz le mandan guerra;
 Porque al falso piloto prometido
 (Promesa de favor que el daño encierra)
 En señal de las paces que trataba,
 A que á morir los lleve le mandaba.

XCV.

El capitan, á quien entonces place
 Tornar á su camino acostumbrado:
 A quien tiempo ya dulce y próspero hace
 Para en busca salir del Indo ansiado,
 Al piloto recibe y satisface
 Que le envían; y en todo agasajado,
 Y despedido el mensajero atento,
 Las velas manda dar al largo viento.

XCVI.

De esta suerte, ya en paz, la armada airosa
 De Anfitrite las aguas dividia:
 De Nereo la prole vá gozosa
 En torno, fiel y alegre compañía.
 El capitan sin maliciarse cosa
 Del engañoso ardid que el moro urdia,
 Del mismo largamente se informaba,
 Del Indo todo y costas que pasaba.

XCVII.

Mas instruido el Moro en los engaños
 Que el malévolo Baco le ha tejido,
 De cautiverio y muerte nuevos daños,
 Antes que al Indo llegue, ha prevenido:
 De los puertos le da razon Indianos,
 Y de cuantos detalles le ha pedido;
 Y en tanto el Portugués nada temia,
 Tomando por verdad lo que decia.

XCVIII.

Y añadió, con el falso pensamiento
 Con que al Frigio á Sinón burlar se ha visto:
 Que está cerca una Isla, cuyo asiento,
 Siempre antiguo ocupó pueblo de Cristo.
 El Capitan que á todo estaba atento,
 Alégrase al relato no previsto,
 Y á que le lleve al puerto le incitaba.
 Con grandes dones dó el cristiano estaba.

XCIX.

Lo mismo el falso Moro determina,
 Que lo que el capitan desear puede;
 Que la tierra habitada es de Ferina
 Gente que sigue el culto de Mahomede.
 Aquí el engaño y muertes imagina,
 Porque en poder y fuerzas mucho escede
 A Mozambique el pueblo, que se llama
 Quiloa, muy conocido por su fama.

C.

Dirigiase allá la alegre flota:
 Mas la diosa en Citéres bendecida,
 Viéndola abandonar la cierta rota
 Por ir tras de la muerte imprevénida,
 No consiente que, en tierra tan remota,
 Se pierda gente de ella tan querida,
 Y con vientos contrarios la apartaba
 De á dó el falso piloto la llevaba.

CI.

Con que el malvado Moro no pudiendo
 Tal determinacion llevar adelante,
 Otra perfidia en su lugar urdiendo,
 Prosigue en su propósito constante.
 Dice que, pues las aguas impeliendo
 Los llevan á la fuerza hácia adelante,
 Que cerca hay otra Isla cuya gente
 Son cristianos y moros juntamente.

CII.

Tambien en este aserto le mentia,
 Como, en fin, por costumbre ya llevaba;
 Porque de Cristo allí gente no habia,
 Sino la que á Mahoma celebraba.
 El Capitan, que al Moro bien creia,
 Velas virando, la Isla demandaba:
 Mas no quiere la diosa guardadora,
 Y la barra no vence la alta prora.

CIII.

La Isla á Quiloa está tan allegada,
 Que un paso estrecho á entrambas dividia,
 Y una ciudad en ella está situada,
 Qué al frente de la mar aparecia;
 De nobles edificios está ornada
 Cual, de lejos, por fuera, bien se vía:
 Móbaza, isla y ciudad por nombre tienen,
 Y á un Rey anciano á someterse vienen.

CIV.

Y el Capitan á vista de ella ha anclado,
 Estrañamente alegre, porque espera,
 Que va á ver aquel pueblo bautizado,
 Como el falso piloto le dijera;
 Cuando héte que de tierra con recado
 Llegan barcos del Rey, que ya supiera
 Quien son, que Baco de antes le avisára,
 De otro Moro en la forma que tomára.

CV.

El recado que tráen es de amigos:
 Mas debajo el veneno está encubierto,
 Que eran los pensamientos enemigos,
 Como pudo despues verse de cierto.
 ¡Oh grandes penosísimos castigos!
 ¡Oh curso de la vida siempre incierto!
 ¡Que do más ponga el hombre su esperanza,
 Tenga menos la vida aseguanza!

CVI.

¡Tanta tormenta en mar y tanto daño!
 ¡Tantas veces la muerte allí ofrecida!
 ¡Tanta lucha en la tierra y tanto engaño!
 ¡Tanta necesidad aborrecida!
 ¡Dó se podrá acoger huésped extraño,
 Buscando asegurar la corta vida,
 Que no se arme y se indigne airado el cielo
 Contra un gusano mísero del suelo?

FIN DEL CANTO PRIMERO.

LOS LUSIADAS.

CANTO SEGUNDO.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 No. 1625 MONTERREY, MEXICO



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

10662

CV.

El recado que tráen es de amigos:
 Mas debajo el veneno está encubierto,
 Que eran los pensamientos enemigos,
 Como pudo despues verse de cierto.
 ¡Oh grandes penosísimos castigos!
 ¡Oh curso de la vida siempre incierto!
 ¡Que do más ponga el hombre su esperanza,
 Tenga menos la vida aseguanza!

CVI.

¡Tanta tormenta en mar y tanto daño!
 ¡Tantas veces la muerte allí ofrecida!
 ¡Tanta lucha en la tierra y tanto engaño!
 ¡Tanta necesidad aborrecida!
 ¡Dó se podrá acoger huésped extraño,
 Buscando asegurar la corta vida,
 Que no se arme y se indigne airado el cielo
 Contra un gusano mísero del suelo?

FIN DEL CANTO PRIMERO.

LOS LUSIADAS.

CANTO SEGUNDO.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 No. 1625 MONTERREY, MEXICO



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

10662

ARGUMENTO DEL CANTO SEGUNDO.

Instigado por el demonio, pretende el Rey de Mombaza destruir á los navegantes: dispóneles traiciones bajo el fingimiento de amistosa acogida. Venus se presenta á Júpiter é intercede por los Portugueses: él le promete favorecerlos, y le refiere, como en profecía, algunas hazañas de aquellos en el Oriente. Mercurio se aparece en sueños á Gama, y le advierte que evite los peligros que le amenazan en Mombaza: leva anclas y llega á Melinde, cuyo Rey le recibe y hospeda benigna y generosamente.

LOS LUSIADAS.

CANTO SEGUNDO.

I.

Ya en este tiempo el fúlgido planeta
Que las horas del dia vá midiendo
Llegaba lento á la anhelada meta,
La alba luz á las gentes encubriendo,
Y de la casa de la mar, secreta,
La puerta el Dios nocturno le está abriendo,
Cuando los de la Isla se llegaron
Á las naves, que há poco que ancoraron.

II.

Uno entre ellos, que el cargo há recibido
Del mortífero engaño, así decia:
«Capitan valeroso, que has corrido
Del salado Neptuno la honda via,
Del Rey que esta Isla manda tanta há sido,
Por tu venida, el gozo y la alegría,
Que su deseo solo es complacerte,
Y de cuanto quisieres proveerte.»

III.

»Y por que está en extremo ya ganoso
De verte, cual persona tan nombrada,
Te ruega que, de nada receloso,
Penetres por la barra con tu armada;
Y como del camino trabajoso
Traerás la gente débil y cansada,
Restauró puedes darla en este suelo,
Que há menester natura algun consuelo.

IV.

»Y si buscando vás la mercancía
Que produce el aurífero Levante,
Clavo ardiente, canela, especería,
Ú otro objeto valioso comerciante;
Ó si quieres luciente pedrería,
Encendido rubí, duro diamante,
Lo tendrás aquí todo tan de sobra,
Que podrás convertir la idea en obra.»

V.

Al mensajero el Capitan responde,
Las palabras del Rey agradeciendo,
Y diz que porque el sol pronto se esconde
No está ya con su entrada, obedeciendo:
Mas que cuando la luz muestre por dónde
Pueda sin ningun riesgo ir mar midiendo,
Cumplirá sin tardanza su mandato:
Que á más, por tal señor, se vé obligado.

VI.

Le pregunta despues si son en tierra
Cristianos, y el piloto no mentia;
El mensajero astuto no lo yerra,
Y diz que es de ellos la mayor cuantía.
De esta suerte del pecho le destierra
El temor y sospecha de falsía;
Por lo que el Capitan, incautamente,
Teme ya menos de la falsa gente.

VII.

Y de algunos que trae, condenados
Por culpas y por hechos vergonzosos
Porque pudiesen ser aventurados
En casos de esta suerte peligrosos,
Manda á dos, muy sagaces, ensayados,
A observar de los moros engañosos
La ciudad y el poder, y porque vean
Los cristianos que tanto ver desean.

VIII.

Por ellos manda al Rey dádiva afable,
Porque la voluntad que les mostraba
Tenga firme, segura, inalterable,
La cual bien al contrario en todo estaba.
Ya el séquito salia abominable
De las naves y el campo azul cortaba;
Y los dos de la flota, con fingidos
Halagos, son en tierra recibidos.

IX.

Y despues de que al Rey le presentaron
El mensaje y los dones que traian,
La ciudad recorrieron y observaron,
Si bien menos de aquello que querian;
Que los moros astutos se guardaron
De todo les mostrar lo que pedian:
Que es propio el recelar de obrar no bueno,
Y lo hace imaginar del pecho ajeno.

X.

Mas aquel que por jóven siempre pasa,
Con belleza perpétua, y fue nacido
De dos senos y el mal urde sin tasa,
Por ver al náuta Luso destruido,
De la ciudad moraba en una casa,
Con rostro humano, en hábito fingido:
Decíase cristiano y culto hacia
En un suntuoso altar que construia.

XI.

Allí tiene en retablo figurada
Del Espíritu Santo la escultura:
La cándida paloma bien labrada
Sobre la única fénix Virgen pura.
La compañía santa está imitada
Tan propia de los doce en la figura,
Cual, de los que entre lenguas que cayeron
De fuego, libros santos refrieron.

XII.

Y los dos camaradas conducidos
Donde con este engaño Baco estaba,
Ponen la vista en tierra, y los sentidos
En aquel Dios que el mundo gobernaba.
Los plácidos aromas, producidos
Por Pancaya odorífera, quemaba
El de Thion; y así con fraude artero,
El falso dios adora al verdadero.

XIII.

Aquí fueron de noche agasajados
Con todo honesto tratamiento digno
Los dos Lusos, no viendo que, engañados,
Tienen por santo el fingimiento indigno.
Mas así que los rayos derramados
Al universo van del sol benigno,
Y por la puerta asoma del Oriente
La moza de Titon la roja frente:

XIV.

Vuelven moros de tierra con recado
Del Rey para que entrasen, y consigo
Llevan los que el de Gama hubo mandado,
De quien mostróse el Rey sincero amigo.
Y habiéndose el caudillo asegurado
De no tener recelo de enemigo
Y que gente de Cristo en tierra habia,
Por la ofrecida barra entrar queria.

XV.

Los que mandó le dicen que allá vieron
 Arañ sagradas, sacerdote santo:
 Que allí se confortaron, y durmieron
 Cuando tendió la noche el negro manto,
 Y que en el Rey y gente no advirtieron
 Sino contentamiento y gusto tanto,
 Que no podia haber arte suspecta
 En conducta tan clara y tan perfecta.

XVI.

Con esto el noble Gama alegremente
 Recibia á los moros que subian;
 Que ánimo fiel se fia fácilmente
 De muestras que verdades parecian.
 La nao se henchia de perversa gente;
 Su circo de los barcos que traian:
 La turba alegre vá, pues se figura
 Que ya la ansiada presa está segura.

XVII.

En tierra cautamente aparejaban
 Municion y armas, porque así que viesen
 Que en el rio las naves ancoraban,
 Escalarlas impávidos pudiesen;
 Y de traicion tan útil esperaban
 Que á todos los Lusiadas destruyesen,
 Pagando incautos, en tan duro estrecho,
 El mal que en Mozambique tienen hecho.

XVIII.

Las áncoras tenaces van levando,
 Con la grita nautil acostumbrada:
 De la proa las velas solo dando,
 A enfiar van la barra, de bordada.
 Mas la bella Ericina, que guardando
 Iba siempre á su gente denodada,
 Viendo la gran celada, tan secreta,
 Del cielo al mar se lanza cual saeta.

XIX.

Llama á las bellas hijas de Neréo,
 Y á la demas cerúlea compañía;
 Que por nacer del piélago Eritréo
 Toda maraña grey la obedecia;
 Y la ocasion propuesta y su deseo,
 Con todas juntamente allá partia,
 Para impedir que el portugués llegase,
 Donde en lugar de gloria, tumba hallase.

XX.

Ya del agna aventando van de priesa
 Con las colas de plata blanca bruma:
 Con pechos de marfil Doto atraviesa,
 Con no usado vigor, la hirviente espuma:
 Salta Nise, Nerina se arrepesa
 Sobre la crespas mar con fuerza suma;
 Y abren senda las ondas encorvadas,
 De miedo á las Nereidas conjuradas.

XXI.

En hombros de un Triton, con rostro inceso
 Dione, aunque divina, vá furiosa:
 No siente el que la lleva el dulce peso,
 De soberbio con carga tan hermosa.
 Ya cerca llegan donde el aire opreso
 Hinche el lino á la gente belicosa:
 Y repártense y cercan al instante,
 Las ráudas naves que iban por delante.

XXII.

Vénus, con otras, corta á breve trecho,
 La proa capitana; allí cerrando
 El camino á la barra están derecho:
 En vano el aire entró la vela hinchando;
 Ponen contra el tajante el blando pecho,
 La fuerte nave para atrás forzando:
 Cercándola en redor, muchas la alzaban,
 Y de la adversa tierra la apartaban.

XXIII.

Como á su cueva próvidas hórmitas
 Llevando el grave peso bien cargado
 Las fuerzas ejercitan, enemigas
 De su grande enemigo invierno helado:
 Allí son sus trabajos y fatigas:
 Aquí muestran vigor nunca esperado;
 Así andaban las ninfas impidiendo
 Del bravo portugués el fin tremendo.

XXIV.

La nave para atrás se precipita,
 Magüer de los que lleva, que clamando
 Baján velas: la gente más se agita
 A un bordo y otro cables arrastrando:
 El mestre activo de la popa grita,
 Viendo como delante amenazando
 Le está un grande marítimo rochedo
 Que de romper la náon pone miedo.

XXV.

El vocerío airado se levanta
 Del marinero: en el confuso embate
 El bronco estruendo á la morisma espanta,
 Como si viesen hórrido combate:
 Ignoran la razon de furia tanta:
 No saben quién les valga ó desharate:
 Piensan que sus engaños son sabides
 Y que han de ser por eso allí oprimidos.

XXVI.

Ved cual muchos de pronto se lanzaban
 A los barcos veloces que traían,
 Y unos el agua en alto levantaban,
 Brincando al mar y á nado se fugian:
 De este á aquel bordo los demas saltaban,
 Movidos del temór que en otros vian:
 Que antes que á sus contrarios entregarse,
 Quieren al hondo mar aventurarse.

XXVII.

Así cual junto al charco, al mor de luna
 Las ranas, otro tiempo Licia gente,
 Si sienten acercar persona alguna
 Estando en duro suelo incautamente,
 De aquí y de allí saltando á la laguna
 Por huir del peligro que se siente,
 Métense en la sabida madriguera,
 Las cabezas no más dejando fuera:

XXVIII.

Así los Moros huyen; y el piloto
 Que las naves al riesgo infiel llevará,
 Creyendo que su engaño ya era noto,
 Huye también, saltando al agua amara.
 En tanto, por no dar en el innoto
 Rochedo y por salvar la vida cara,
 La *Capitana* el ancla arroja al punto,
 Y las demas ancóran, de ella junto.

XXIX.

Viendo Gama el intento y la vileza
 Del Máuro, no cuidada, y juntamente
 Del huir del piloto la presteza,
 Conoce la intencion de la ímpia gente;
 Y al ver que, sin contraste y sin braveza
 De viento, y de los mares sin corriente,
 Pasar más adelante no podía,
 Por divino teniéndolo, decía:

XXX.

«¡Oh caso grande, extraño y no esperado!
 ¡Oh milagro clarísimo, flamante!
 ¡Oh descubierto engaño descuidado!
 ¡Oh perfidia enemiga amenazante!
 ¿Quién podría del daño aparejado
 Librar la vida, con saber bastante,
 Si de arriba la guarda soberana,
 No acudiera á la flaca fuerza humana?»

XXXI.

»Bien nos muestra la diva Providencia
 De estos puertos la paz engañadora:
 Bien nos hizo patente la evidencia,
 Que la hospital confianza era traidora:
 Mas ya que ni poder, ni humana ciencia,
 Fraude tan bien urdido vé, ni explora,
 ¡Oh tú, guarda celeste, tén cuidado
 Del que sin ti no puede ser guardado!

XXXII.

»Y si á tanto se inclinan tus piedades
 Por esta pobre gente peregrina;
 Puesto que, por tu amor y tus bondades,
 La salvas de la infiel gente felina,
 A algun asilo y puerto de verdades,
 Desde aquí conducirnos determina:
 Ó muéstranos la tierra que buscamos,
 Pues solo en tu servicio navegamos.»

XXXIII.

Estas palabras le escuchó piadosas
 La hermosa Citeréa, y conmovida
 Parte de entre las ninfas que llorosas
 Quedaron de la súbita partida:
 Ya sube á las estrellas luminosas:
 Ya en el cielo tercero es recibida:
 Pasa adelante, y en la sesta esfera
 Entra, dó más de cerca el padre impera.

XXXIV.

Y como iba animada del camino,
 Tan hermosa de aspecto se mostraba,
 Que á estrellas, cielo y luz, y aire vecino
 Y á cuanto la iba viendo enamoraba.
 De sus ojos, que el nido peregrino
 Del hijo son, ardores derramaba
 Con que el polo y sus hielos encendia,
 Y tornaba en volcan la esfera fria.

XXXV.

Por más enamorar al soberano
 Padre, á quien siempre fué tan dulce y cara,
 Se le presenta tal cual al Troyano
 Ya del Ida en el bosque se mostrara.
 Si la viese el garzon que el bulto humano
 Perdió, viendo á Diana en fuente clara,
 No le hirieran los propios canes feos,
 Mas antes le acabarán los deseos.

XXXVI.

Los crespos hilos de oro le flotaban,
 Por cuello que afrentar puede á la nieve:
 Sus duros pechos, al andar, temblaban,
 Que amor en ellos retozon se mueve:
 Llamas del seno muelle le brotaban,
 De dó las almas caza el niño aleve:
 Por las lisas columnas la subian
 Deseos que cual yedra se tejian.

XXXVII.

Un delgado cendal es ténue capa
 A aquellas partes del pudor reparo:
 Mas ni el todo descubre, ni lo tapa,
 De las purpúreas flores poco avaro:
 Para arrancar el alma que se escapa,
 Delante pone el dulce objeto raro:
 Se abrasa el cielo ya de Sur á Norte:
 Celos Vulcano siente, ardor Mavorte;

XXXVIII.

Y mostrando en su angélico semblante
 Una sonrisa de pesar teñida,
 Como dama que fué de incauto amante
 En amorosas riñas afigida,
 Que solloza y sonrie al mismo instante
 Y entre alegre se muestra y dolorida;
 Así la diosa, á quien ninguna iguala,
 Más mimosa que triste, el eco exhala.

XXXIX.

«Siempre (dice) creí, padre glorioso,
Que hacía las cosas que en verdad yo amase,
Te hallaría benigno y amoroso,
Por más que á algun contrario le pesase:
Pero, pues contra mí te miro iroso,
Sin merecerlo, sin que en nada errase,
Hágase como Baco ha decidido:
Yo asentaré que una inocente he sido.

XL.

»Y al pueblo, mio hoy, por quien derramo
Las lágrimas que en vano caer veo:
Al que precio bien poco, pues le amo
Siendo tú tanto en contra á mi deseo,
Por el que á tí, gimiendo pido y clamo
Y contra lo que ansío al fin peléo;
Pues por quererle yo voy á dañarle,
Quiérole querer mal para salvarle.

XLI.

»Y acabe á manos de las brutas gentes,
Que pues yo fuí...» y en esto de mimosa
El rostro baña en lágrimas ardientes,
Cuajándose rocío en fresca rosa:
Y aquí un poco calló, cual si entre dientes
Se le cortára el habla congojosa;
Y volvía á seguir, cuando el Tonante,
De lo que vá á decir ya está delante.

XLII.

Y de las blandas muestras conmovido
Que amansáran de un tigre el pecho duro,
Con rostro cual de cielo en luz teñido,
Torna claro y sereno el aire oscuro.
Las lágrimas la enjuga, y encendido
Besa su faz; su cuello abraza puro,
Y es fijo que si allí solo se hallára,
Otro nuevo Cupido se engendrara.

XLIII.

Y á su rostro juntando el rostro amado,
Que el sollozo y las lágrimas aumenta
(Como niño del ama castigado
Que quien le halaga, el lloro le acrecienta)
Por ponerla en sosiego el pecho airado,
Muchos casos futuros la presenta;
Y del hado los fondos revolviendo,
De esta manera en fin le vá diciendo:

XLIV.

«Hija cara preciosa, ningun trance
Rendirá á tus valientes Lusitanos:
Ni habrá quien de mí nunca más alcance
Que esos llorosos ojos soberanos;
Y te ofrezco, hija mía, que aún avance
Su fama á la de Griegos y Romanos,
Por los hechos ilustres que esta gente
Ha de obrar en los climas del Oriente»

XLV.

»Que si el facundo Ulises escapara
De caer en la Ogigia eterno esclavo;
Y si Antenor los senos penetrára
Ilirios y en la fuente de Timavo;
Y si el piadoso Eneas navegara
De Scila y de Caribdis el mar bravo,
Tus Lusos, con designios más profundos,
Írán mostrando al mundo nuevos mundos.

XLVI.

»Altos muros, castillos, pueblos varios,
Hija, verás por ellos contruidos:
Los Turcos, ferocísimos contrarios,
Siempre por su valor serán vencidos:
A los Reyes del Indo, voluntarios,
Los verás al Rey suyo sometidos,
Y por ellos de todo en fin señores,
La tierra alcanzará leyes mejores.

XLVII.

Y verás al que ahora presuroso,
Con riesgo tanto, al Indo vá buscando,
Rendirsele Neptuno, de medroso,
Sus espaldas sin vientos encrespando.
¡Oh nunca visto caso y milagroso
Que hierve y trema el mar en calma estando!
¡Oh gente fuerte y de altos pensamientos!
¡Miedo tienen de tí los elementos!

XLVIII.

»Verás que el que agua darle no queria,
En puerto ha de tornarse conveniente,
En que descansen de su larga via
Las naves que naveguen de Occidente.
Toda esta costa, en fin, que há poco urdia
El engaño mortífero, obediente
Le pagará tributos, conociendo
Del Luso invicto el ímpetu tremendo.

XLIX.

»Y vereis el mar rojo, tan famoso,
Amarillo tornársele de hinchado:
Vereis de Ormuz el Reino poderoso
Por dos veces rendido y subyugado:
Allí vereis al Moro temeroso
De sus saetas mismas traspasado;
Y verá, en fin, quien contra Lusos trate,
Que, si resiste, contra sí combaté.

L.

»Vereis á Dío, inexpugnable corte,
Sufrir dos sitios, de los vuestros siendo:
Allí se mostrará su pró y su porte,
Hechos de armas grandísimos luciendo:
Envidioso vereis al gran Mavorte
Del Lusitano corazon tremendo:
La voz del Moro allí sonará estrema,
Que, á nombre del Koran, de Dios blasfema.

LI.

»Goa será á los Moros conquistada,
La cual vendrá despues á ser señora
Del Portugués Oriente, y sublimada
Con los triúnfos de gente vencedora:
Allí soberbia, altiva y ensalzada,
Al Gentil, que los ídolos adora,
Pondrá freno, y pondrálo á cuanta tierra
Levante imbécil á los vuestros guerra.

LII.

»Vereis la fortaleza sustentarse
De Cananor, con poca fuerza y gente;
Y á Calecut vereis desbaratarse,
Populosa ciudad, grande y potente:
Y vereis en Coquim significarse
Tanto un pecho de escelso y de valiente,
Que cítara jamás cantó victoria
Que merezca tan alta fama y gloria.

LIII.

»No de Marte al clamor se vió furioso
Hervir Léucada en armas cuando Octavio,
Del Accio en la civil pugna, animoso,
Al capitan Romano cerró el labio
Que del mar de la Aurora y del sañoso
Scítico Bactra y desde el Nilo sabio
La victoria traia y rica presa,
Preso él tambien de impúdica princesa:

LIV.

»Como vereis el mar, hirviendo acaso
Al incendio del Luso que brillando,
Al Moro y al Gentil llevará opreso,
De naciones sin número triunfando:
Sujetando el dorado Quersoneso
Y hasta el lejano China navegando,
Siéndole todo el piélago obediente
Con las islas remotas del Oriente.

LV.

»De manera, hija mia, que, á despecho
De Baco, cumplirá su alto destino;
Pues nunca brillará tan fuerte pecho
Del Gangético mar al Eritrino,
Ni de las Bóreas aguas al estrecho
Que el agraviado Luso á mostrar vino,
Aunque del mundo entero, de afrentados,
Todos resucitáran los pasados.»

LVI.

Esto diciendo, envía al mensajero
Hijo de Maya á tierra, á que prevenga
Un pacífico y fácil surgidero
Dó la armada, sin riesgo, puerto tenga;
Y para que en Mombaza aventurero
El fuerte Capitan no se detenga,
La tierra dó el alivio halle el Luseño,
Manda que se le muestre allá en su sueño.

LVII.

Bajando el Cilenéo, el aire corta,
 Que al calzado de pluma se estremece:
 La fatal vara suya en alto porta,
 Con que los cansos ojos adormece,
 Con que saca de averno el alma absorta,
 Y á cuya vista el bátratro obedece:
 Cubre el sombrero alígero el cabello,
 Y así llega á Melinde el númen bello.

LVIII.

Con él lleva á la fama, porque diga
 Del Lusitano el grande esfuerzo raro;
 Que nombre ilustre á cierto amor obliga,
 Y le hace, al que lo tiene, dulce y caro.
 De ese arte haciendo va la gente amiga
 Con el rumor altísimo y preclaro:
 Ya Melinde en deseos arde todo
 De ver del fuerte Luso el gesto y modo.

LIX.

De allí para Mombaza luego parte,
 Dó las naves estaban temerosas,
 A mandar á la gente que se aparte
 De la barra y las tierras sospechosas;
 Porque valen muy poco esfuerzo y arte
 Contra infernales fraudes engañosas;
 Y poco astucia, y brio, y altos vuelos,
 Si su aviso y favor no dan los cielos.

LX.

Del camino mitad la noche ha andado:
 Las estrellas con luz tienen ajena
 El mundo, desde el cielo, iluminado:
 La gente duerme tras de larga pena;
 Y el capitan ilustre, ya cansado
 De la vîgilia, en la alta noche plena,
 Breve reposo á sus pupilas daba,
 Mientras la guardia á cuartos vigilaba.

LXI.

Mercurio en sueño aquí se le aparece,
 Diciéndole: «Huye, huye, Lusitano,
 Del riesgo que el perverso Rey te ofrece
 Con oculta celada y golpe insano:
 Huye, que el viento asaz te favorece:
 Tienes sereno al cielo y al Oceáno;
 Y Rey te espera amigo en otra parte,
 Donde puedas seguro repararte.

LXII.

»El hospedaje en esta prevenido
 Es el que Diomedes fiero daba
 Dó tenían por pasto conocido
 Sus caballos la gente que hospedaba:
 Es de Busiris el altar temido,
 Dó sus huéspedes tristes inmolaba:
 Eso hallarás aquí, si mucho esperas:
 Huye de gentes pérfidas y fieras.

LXIII.

»Ve lejos de la costa discurrendo,
Y hallarás otra tierra de verdades,
Casi junto de allí dó el sol ardiendo
Iguala sombra y luz en cantidades:
Allí tu flota afable recibiendo
Un rey, con bien seguras amistades,
Amparo te dará con alegría,
Y para el Indo cierto, y sabio guía.»

LXIV.

Dice, y del Dios se borra la figura
Al Capitan, que con muy grande espanto
Despierta y ve romper la sombra oscura
Una súbita luz y rayo santo;
Y la verdad del sueño viendo pura,
Y la ímpia tierra que amenaza tanto,
Con mente nueva, á su maestro ordena
Que las velas dé al punto al aura amena.

LXV.

«Da, da las velas (dice) al largo viento,
Que el tiempo es de favor y Dios lo manda;
Y un mensajero vi del claro asiento
Que en pro no más de nuestros pasos anda.»
En esto ya comienza el movimiento
De marineros de una y otra banda,
Que tiran de las áncoras, gritando,
Las rudas fuerzas útiles mostrando.

LXVI.

En esto que las anclas levantaban,
En la sombra los Mōros escondidos,
Las amarras, muy quedo, les cortaban,
Porque á las costas fueran sacudidos.
Mas con vista de lince vigilaban
Los Portugueses, siempre apercebidos;
Y aquellos que, en alerta, ya los vieron,
No remando, volando, se fugieron.

LXVII.

Ya las agudas proras apartando
Iban las moles húmedas de plata:
Soplándoles va el aire igual y blando,
Con ráfaga benigna, fresca y grata:
De los pasados riesgos van hablando;
Que la memoria dura y se aquilata
En los grandes peligros, dó se acierta
De la tumba á escapar que estaba abierta.

LXVIII.

Dado había una vuelta el sol ardiente,
Y otra nueva empezaba, cuando miran
Dos naves, desde lejos, blandamente
Navegando á los vientos que respiran:
Que seria juzgaron Máura gente,
Pues las velas, al verlos cerca, viran.
Uno del mal pasar que recelaba,
Por salvarse, la costa bien tomaba.

LXIX.

No el otro que se queda es tan mañoso:
 Que cae en el poder del Lusitano,
 Sin el rigor de Marte pavoroso,
 Ni las horrendas furias de Vulcano;
 Que como débil era y temeroso,
 Aquel corto rebaño mauritano,
 Resistirse no quiso, conociendo
 Que peor lo pasara resistiendo.

LXX.

Y como tanto Gama desease
 Piloto para el Indo que buscaba,
 Pensó que de estos Moros le tomase:
 Mas no le sucedió como trataba,
 Que ninguno encontró que le enseñase
 A qué parte del cielo la India estaba;
 Si bien dícenle allí que no remoto,
 Melinde está, donde hallará piloto.

LXXI.

Loan del Rey los Moros las bondades,
 Condicion liberal, franca y sincera,
 Impetus compasivos y piedades,
 Y lo que por su grey se le venera.
 No duda el Capitan de estas verdades,
 Porque ya de esta suerte lo supiera
 Del Cilenéo, en sueño; así partieron,
 Donde el sueño y el Moro les dijeron.

LXXII.

Era en el tiempo alegre, cuando entraba
 De Europa al robador la luz Febéa,
 Y el uno y otro cuerno le contaba,
 Y derramaba Flora el de Amaltéa.
 La memoria del dia renovaba
 El sol, que al cielo rápido rodea,
 En que el autor que todo lo dispuso,
 A cuanto habia hecho el sello puso.

LXXIII.

Y llegaba la armada á aquella parte
 Dó el Reino de Melinde ya se via,
 De alegres toldos puesta de tal arte,
 Que bien muestra estimar el santo dia:
 Flota al viento bandera y estandarte
 Que purpúreo color lejos lucia:
 Suenan los atambores y panderos:
 Y así entraban alegres los guerreros.

LXXIV.

Llénase la ancha playa Melindana
 De los que van á ver la alegre flota,
 Gente mas verdadosa y más humana
 De cuanta atras dejaba en su derrota:
 Surge al frente la armada Lusitana;
 Con el ancla lanzada el mar azota;
 Y uno va de la nave antes cogida,
 Á prevenir al Rey de su venida.

LXXV.

El Rey que la lealtad sabe de cierto
 Que al Portugués espíritu engrandece,
 Se complace de verlos en su puerto
 Cuanto la gente altísima merece:
 Y con la fe y el corazón abierto
 Que ánimos generosos ennoblece,
 Les suplica descieran á su tierra,
 Y que dispongan de cuanto ella encierra.

LXXVI.

Ofrecimientos eran verdaderos,
 Y palabras sinceras, no amañadas,
 Las del Rey á tan dignos caballeros,
 Que tienen tantas aguas navegadas.
 Y les manda laníferos carneros,
 Y gallinas domésticas cebadas,
 Y las frutas que entonces en tierra habia;
 Y el modo aun á la dádiva escedia.

LXXVII.

Recibe el Capitan ledo y seguro
 Al mensajero alegre y su recado;
 Y manda luego al Rey otro, no oscuro,
 Que traia de lejos preparado:
 Purpurina color de fuego puro,
 Y ramoso coral fino y preciado,
 Que bajo de las aguas blando crece,
 Y estando fuera de ellas se endurece.

LXXVIII.

Mándale uno ademas de habla elegante
 Que paces con el Rey instituyera,
 Y que, de no bajar en el instante
 Á verle, sus disculpas le ofreciera.
 Con tal mision el nuncio bien parlante,
 En cuanto al Moro á presentarse fuera,
 Con estilo, que Palas le enseñaba,
 Estas palabras fácil pronunciaba:

LXXIX.

«Alto Rey, á quien fue del cielo puro
 Por la justicia suma concedido
 Refrenar al soberbio pueblo duro,
 Del que eres tan amado cuan temido:
 Como amparo muy fuerte y muy seguro,
 Y del Oriente todo conocido,
 Venímoste á buscar, para que hallemos
 En tí el remedio cierto que queremos.

LXXX.

»Robadores no somos que, pasando
 Por las flacas ciudades descuidadas,
 La gente á fierro y fuego van matando,
 Por robar sus haciendas codiciadas;
 Sino que desde Europa navegando,
 Vamos buscando tierras apartadas
 Del Indo grande y rico, por decreto
 De un Rey que habemos de alto y gran respeto.

LXXXI.

»¡Qué raza hemos hallado ¡oh Dios! de gente
 ¡Que uso y costumbre de tan torpe laya,
 Que no el puerto nos vedan solamente,
 Sino hasta el suelo de desierta playa!
 ¿Qué daño de nosotros se presiente,
 Que de tan pocos á temerse vaya,
 Y en hundirnos se empeñen y perdernos,
 Con astucia robada á los infernos?

LXXXII.

»Mas tú, de quien seguros confiamos
 En más recta verdad, ¡oh Rey benino!
 Tú, de quien el auxilio aquel buscamos
 Que el Ítaco estraviado hubo de Alcino:
 Á tu puerto tranquilos aportamos,
 Conducidos de intérprete divino;
 Que pues á tí nos manda, es bien seguro
 Que es sincera tu fe, tu afecto puro.

LXXXIII.

»Y no cures, Señor, de que no venga
 El nuestro Capitan esclarecido
 Á verte ó á servirte por que tenga
 Sospecha de que tu ánimo es fingido:
 Mas sabe que así lo hace por que obtenga
 Completa ejecucion lo prevenido
 Por su Rey, que le manda que, en su viaje,
 A ningun puerto de las náos baje.

LXXXIV.

»Y como á los vasallos es propicio
 Que gobierne los miembros la cabeza,
 No querrás, pues de Rey tienes oficio,
 Que faltemos del nuestro á la entereza.
 Mas al favor y al alto beneficio
 Que ora halla en tí promete con firmeza,
 Que en gratitud los Lusos no declinen,
 Mientras los rios á la mar caminen.»

LXXXV.

Así decia; y todos juntamente
 Unos con otros en corrillo hablando,
 Loaban el esfuerzo de la gente,
 Que tanto cielo y mar iba pasando;
 Y el Rey ilustre el ánimo obediente
 Del Luso, entre sí mismo, contemplando,
 Tenia por valor grande, y subido,
 El de Rey de tan lejos bien servido.

LXXXVI.

Y con vista risueña y franco pecho
 Así al embajador dice y anima:
 «Cual de vosotros yo nada sospecho,
 Que en vosotros ningun temor se imprima,
 Pues vuestras obras y valor derecho
 Os dan del mundo á merecer la estima;
 Y quien os cause daño y sufrimiento,
 Mal tener puede alzado pensamiento.

LXXXVII.

»De no á tierra venir toda la gente,
 Por no escederse de la real licencia,
 Si verdad es que mi amistad lo siente,
 Tengo en mucho, yo Rey, tanta obediencia;
 Y pues que vuestra ley no lo consiente,
 Tampoco quiero yo que la escelencia
 De pueblo tan leal caiga en desvío,
 Solo por complacer al gusto mio.

LXXXVIII.

»Así cuando la pura luz llegada
 Fuere al mundo, en mis leves almadías,
 A visitar iré la fuerte armada,
 Que tanto ver anhelo há tantos dias.
 Y si viene del mar muy maltratada,
 De adversos vientos, de penosas vias,
 Pilotos, municiones, armamentos,
 Aquí tendrá, con limpios pensamientos.»

LXXXIX.

Dice; y al mar en tanto descendia
 La gran rueda del sol, y el mensajero
 Con la embajada alegre ya venia
 Para la flota, en su batel ligero.
 Hínchese todo pecho de alegría,
 Porque tienen el medio ya postrero
 Para encontrar la tierra que buscaban;
 Y así ledos la noche festejaban.

XC.

No allí faltan los rayos de artificio,
 A trémulos cometas imitando:
 Las bombardas tambien hacen su oficio,
 Mares, tierras y cielos atronando.
 Del Cíclope se imita el ejercicio,
 En las bombas, que fuego están brotando:
 Otros con voces, con que el cielo herian,
 Instrumentos altísonos tañian.

XCI.

De tierra les responden bravamente
 Con volador cohete y con tronido:
 En giros corre el aire rueda ardiente:
 Truena el sulfúreo polvo comprimido;
 Sube la grita alegre de la gente;
 El mar se vé de fuegos encendido
 Y no menos la tierra; así en peléa
 Parece que uno á otro se festéa.

XCII.

Mas ya el dia entre rosas esparciendo,
 Invitaba las gentes al trabajo
 La madre de Memnón, la luz trayendo
 Que al dulce sueño humano pone atajo:
 Y vánse ya las perlas deshaciendo,
 Que al cáliz de la flor la noche atrajo,
 Cuando el Rey se embarcaba de Melinde,
 Por ver las naves á que el mar se rinde.

XCIII.

Víanse en rededor hervir las playas
 Con la gente que alegre se apareja:
 Brillan de fina púrpura las sayas:
 Lucen las tramas de sedil madeja:
 En vez de las guerreras azagayas,
 Y el arco, que los cuernos asemeja
 De Febe, ramos de la planta lucen
 Que al vencedor corona le producen.

XCIV.

Ancho batel y largo, que entoldado
 Viene de telas varias y colores,
 Tráe al Rey Melindano, acompañado
 De nobles de su reino y de señores:
 Viene de ricos paños adornado,
 Segun son la costumbre y los honores:
 Lleva en la frente venda guarnecida
 De oro, y de seda, y de algodón tejida.

XCV.

Un ropon de damasco ostenta fino,
 De color Tíria, entre ellos muy preciada:
 Y un collar cuelga al cuello, diamantino,
 Dó el arte á la materia vé humillada:
 Con resplandor reluce damasquino
 Rica daga, en el cinto, bien labrada:
 Y orla, y sandalia, y todo, con primores
 Cubren aljófár y oro en mil labores.

XCVI.

Con un redondo quitasol de seda,
 En escelsa y dorada asta ingerido,
 Un ministro al rigor del sol le veda
 Que el rostro ofenda al Rey esclarecido.
 Música trae á prora estraña y leda,
 De bronco son, aspérrimo al oido,
 De arqueadas trompas, que en redor tañendo
 Producen sin concierto un ruido horrendo

XCVII.

No con menos ornato el Lusitano,
 De la flota en los botes ya salia,
 A encontrar en el mar al Melindano,
 Con honrosa y brillante compañía.
 Viene Gama, en conjunto, al modo Hispano,
 Aunque es de Francia el traje que vestia,
 De satin de Venecia de hilos flojos,
 Del color carmesí grato á los ojos.

XCVIII.

Las mangas con boton de oro tomadas,
 Cuyo brillo ante el sol la vista ciega:
 Las calzas soldadescas respunteadas
 Del metal que fortuna á tantos niega:
 Con puntas de lo mismo, muy labradas,
 Los golpes del jubon junta, y allega;
 Al Itálico modo espada fina,
 Y las terciadas pluma y berretina.

XCIX.

Mostraban los de su alta compañía,
 Aunque el traje en el modo es diferente,
 El color, que á la vista dá alegría,
 De la tinta del múrice esplendente;
 Y así el esmalte hermoso se veía
 De los trajes, mirados juntamente,
 Cual aparece el arco rutilante
 De la gallarda hija de Taumante.

C.

Sonorosas trompetas escitaban
 Los ánimos alegres, resonando:
 Los bateles del Moro el mar cuajaban,
 Sobrè el agua los toldos desplegando:
 Las bombardas horrisonas bramaban,
 Con las nubes del humo el sol tapando:
 Menudean del bronce los tronidos:
 Lleva el Moro la mano á los oídos.

CI.

No bien pisa el batel del negro agosto
 Gama, y ya aquel al corazon le estrecha:
 Y este, con el honor que á Rey es justo,
 La ocasion de atraérsele aprovecha:
 Mas, con admiracion y raro gusto,
 Gesto y actos del Luso el Moro acecha,
 Porque le inspira estimacion muy grande
 Quien hasta el Indo de tan lejos ande.

CII.

Y con nobles palabras le ofrecia
 Cuanto del reino suyo le cumpliese,
 Y que si provisiones no tenia,
 Como á cosa que es propia, le pidiese:
 Dícele que, por fama, ya sabia
 Del bravo Portugués, sin que le vieses;
 Y que decir oyó que en otra tierra
 Con gente de su raza tuvo guerra.

CIII.

«Y como toda el Africa pregona
 (El prosigue) los triunfos que adquirieron.
 Cuando en ella ganaron la corona
 De allá dó las Hespérides vivieron;»
 Y con muchos elogios alto abona
 Lo menor que los Lusos merecieron,
 Y lo más que por fama el Rey sabia;
 A lo que Vasco así le respondia:

CIV.

«Oh tú, Rey, que piedad solo tuviste,
 Benigno con la gente Lusitana,
 Que entre tanta miseria y pena triste
 Va afrontando del mar la furia insana!
 Aquel divino Sér que eterno existe
 Y rige el cielo y la familia humana,
 Te pague, pues nosotros no podemos,
 Tanta merced como de tí obtenemos.»

CV.

»Tú solo, tú, de cuantos quema Apolo,
 Nos recibes en paz, del mar profundo;
 En tí, del daño y del furor de Eólo,
 Refugio hallamos fácil y jocundo;
 Mientras reluzcan desde polo á polo
 Las estrellas, y el sol dé luz al mundo,
 Dó quier que viva yo, con fama y gloria,
 Vivirá tu alabanza en la memoria.»

CVI.

Diciendo así, los barcos van remandó,
 A la flota, que el Moro ver desea:
 Las naves, una á una, van rodeando,
 Porque en todas lo note todo y vea.
 Vulcano hácia los cielos disparando,
 Desde el mar le festeja y bombardea;
 Y las canoras trompas le tañian,
 Y añafles del Moro respondian.

CVII.

Mas despues que ya todo lo ha observado,
 El generoso Rey, que se asombraba
 Oyendo el instrumento inusitado
 Que tamaño poder en sí mostraba,
 Manda que quieto yazca y ancorado
 El ligero batel que le llevaba,
 Por platicar con Gama con delicia,
 De cosas de que cuenta ya noticia.

CVIII.

En pláticas el Moro diferentes
 Se deleitaba, preguntando ahora
 Por las guerras famosas y escelentes
 Hechas al pueblo que el Koran adora:
 Ya le pregunta por las bravas gentes
 De la última Hesperia, donde mora:
 Ya por los fuertes pueblos, sus vecinos,
 Ya del mar por los húmidos caminos.

CIX.

«Mas antes, noble Capitan, nos traza
 (Le decia) puntual y diligente,
 El clima de tu tierra, y dó se emplaza
 La region que habitais, distintamente;
 Dínos la fuente de tu antigua raza,
 Y el monarca de reino tan potente,
 Con las guerras y causas de tenerlas
 Que cuánto valen sé, sin bien saberlas.»

CX.

»Y los viajes nos cuenta, de horror llenos,
 En que tanto corriste mar airado,
 Viendo los usos bárbaros ajenos,
 Que nuestra África ruda ha procreado:
 Cuenta; que vienen ya con áureos frenos
 Los caballos que el carro tachonado
 Del nuevo sol por arrastrar batallan,
 Y duermen viento y mar, las ondas callan.

CXI.

»Y no menos al tiempo se parece
 Mi deseo de oír lo que contáres:
 ¿Que quién hay que de oír no se estremece
 Las Portuguesas obras singulares?
 No de nos tan lejano respladece
 El claro sol, que á imaginar llegáres
 Que en Melinde tan ruda mente habemos,
 Que las grandes acciones no estimemos.»

CXII.

Embistieron soberbios los gigantes
 Con guerra desigual al cielo puro:
 Piritóo y Teseo, de ignorantes,
 Atentaron del Orco al reino oscuro:
 Si hechos hubo en el mundo tan sonantes,
 No menos es trabajo ilustre y duro
 Como fue el de embestir cielo y averno,
 El de arróstrar del mar el trance eterno.

CXIII.

Quemó el templo sagrado de Diana,
 Del hábil Tesifonio fabricado,
 Eróstrato, por ser de gente humana
 Conocido en el mundo y renombrado;
 Si pues por tales obras nos afana
 El deseo de un nombre aventajado,
 Más razon es que quiera eterna gloria
 Quien las hace tan dignas de memoria.

LOS LUSIADAS.

CANTO TERCERO.

CXI.

»Y no menos al tiempo se parece
 Mi deseo de oír lo que contáres:
 ¿Que quién hay que de oír no se estremece
 Las Portuguesas obras singulares?
 No de nos tan lejano respladece
 El claro sol, que á imaginar llegáres
 Que en Melinde tan ruda mente habemos,
 Que las grandes acciones no estimemos.»

CXII.

Embistieron soberbios los gigantes
 Con guerra desigual al cielo puro:
 Piritóo y Teseo, de ignorantes,
 Atentaron del Orco al reino oscuro:
 Si hechos hubo en el mundo tan sonantes,
 No menos es trabajo ilustre y duro
 Como fue el de embestir cielo y averno,
 El de arróstrar del mar el trance eterno.

CXIII.

Quemó el templo sagrado de Diana,
 Del hábil Tesifonio fabricado,
 Eróstrato, por ser de gente humana
 Conocido en el mundo y renombrado;
 Si pues por tales obras nos afana
 El deseo de un nombre aventajado,
 Más razon es que quiera eterna gloria
 Quien las hace tan dignas de memoria.

LOS LUSIADAS.

CANTO TERCERO.

ARGUMENTO DEL CANTO TERCERO.

Vasco de Gama hace al Rey de Melinde una estensa narracion, en que, despues de una sucinta descripcion geográfica de Europa, le cuenta el origen y principios del reino de Portugal, de sus Reyes (hasta D. Fernando) y de sus principales hechos: notable accion de Egas Moñiz: viene á Portugal la Reina doña Maria, esposa del Rey de Castilla é hija del de Portugal á pedir socorro contra los moros, que despues son vencidos en la batalla del Salado por las fuerzas reunidas de ambos reinos: amores y catástrofe de Inés de Castro: algunos sucesos de la época del Rey D. Fernando.

LOS LUSIADAS.

CANTO TERCERO.

I.

Agora tú, Calíope, me ilumina
Lo que discreto al Rey le contó Gama:
Inspira inmortal canto y voz divina
En el pecho mortal que tanto te ama:
Así el claro inventor de Medicina,
De quien pariste á Orfeo, ¡oh linda dama!
Nunca por Lencotóe, Dafne, y Clice,
Te niegue la señal de amor felice.

II.

Pón tú, Ninfa, tu ayuda en mi trabajo,
Cual merece la gente Lusitana:
Que vea y sepa el mundo que del Tajo
El Castalio licor bullente mana:
Deja el verdor del Pindo; que ya trajo
Para mí Febo el agua soberana:
Diré, si nó, que temes que merezca
Más que tu caro Orfeo, y le oscurezca.

III.

Fijos estaban todos aguardando
Lo que el sublime Gama contaria,
Cuando él, despues de un poco estar pensando,
Alzando la cabeza, así decia:

«Mándasme ¡oh Rey! que vaya relatando
De mi gente la audaz genealogía:
No me mandas contar estraña historia,
Mas de los míos alabar la gloria.

IV.

»De alabar gloria de otros el empleo
Cosa es que se acostumbra y se desea,
Mas la alabanza de los propios véo
Que se tendrá por sospechosa y fea;
Y, para tanto referirte, creo
Que cualquier largo tiempo corto sea:
Mas todo, pues lo mandas, se te debe,
Iré contra lo usado y seré breve.

V.

»Lo que tambien en esto más me obliga,
Es no poder mentir en mi relato;
Pues por mucho que de obras tales diga,
Aun dejaré por alabar ingrato.
Y porque bien el órden lleve y siga
De cuanto saber quieres, por un rato
Trataré antes de la vasta tierra,
Y contaré despues de la ímpia guerra.

VI.

»Entre la zona donde Cancro influye,
Meta setentrional del sol lucente,
Y aquella que por fria se rehuye
Tanto cual la del medio por ardiente,
Yace la altiva Europa, á quien circuye
Por la parte de Arturo y de Occidente
El Atlántico mar, de riesgos lleno,
Y por la Austral, más plácido, el Tirreno.

VII.

»Por el lado en que el dia nace blando,
Al Asia se avecina; mas el río
Que del Riféo monte vá bajando
A la Méotis laguna corvo y frio,
Las divide y el mar que alto bramando
Sufrió del griego el vano poderío,
Que si de Troya ayer se vió triunfante,
Hoy vé tambien su ruina el navegante.

VIII.

»Allí dó más cercana está del polo,
Las Hiperbóreas cimas aparecen,
Y aquellas de dó siempre sopla Eólo,
Que de llevar su nombre se envanecen.
Aquí tan poca fuerza tiene Apolo
Con sus rayos, que apenas resplandecen:
Que la nieve perpetua es en los altos,
Y helados están mar, rios, y saltos.

IX.

»Aquí vive de Escitas gran cuantía,
Que en otros días sostuvieron guerra,
Sobre la humana antigua primacia,
Con los cultores de la Egipcia tierra:
Mas de eso á la verdad distancia habia
(¡La opinion de los hombres tanto yerral!)
Y el que juicio formar quiera más pleno,
Preguntar puede al campo Damasceno.

X.

»Tambien yacen por esta parte insana,
Yerta la Lapia, inculta la Noruega,
La Escandinava isla, que se ufana
De victorias que Italia no le niega;
Aquí mientras el invierno el mar no gana,
Congelando sus olas, se navega
Un brazo del Sarmático Oceano,
Por el Brusio, y Suecio, y por el Dano.

XI.

»Entre este mar y el Tánais, vive estraña
Gente: Ruténos, Moscos, y Libonios
(Sármatas otra edad), y en la montaña,
Hircios, los Marcomános (hoy Polonios),
Los que al Imperio sirven de Alemaña,
Sajones, y Bohemios, y Panonios;
Y otros pueblos que cuentan por su rio,
Amasis, Albis, ó Danubio frio.

XII.

»Entre el Istro remoto y claro estrecho,
Donde Héle dejó el nombre con la vida,
Están los Traces, de robusto pecho,
Patria del fiero Marte tan querida;
Que con Hemo y Rodope, por derecho,
Obedece al Sultan, que sometida
Tiene á Bizancio, que á servirle vino
Con injuria del grande Constantino.

XIII.

»Luego de Macedonia están las gentes
Á quien baña del Áxio la onda fria.
Y estais vosotras, tierras escelentes,
En costumbres, ingenio y osadía,
Que los foros creásteis elocuentes,
Y los vuelos del alta fantasía
Con que ¡oh Grecia! sublime en guerra y letras
Hasta los cielos con tu luz penetras.

XIV.

»El Dálmata es despues; y en el sereno
Cielo dó alzó Antenor muros flamantes,
En medio, y de los mares en el seno,
Soberbia está Venecia, humilde de antes.
Viene de tierra al mar brazo que, lleno
De vigor, sujetó pueblos distantes,
Brazo fuerte de gente sublimada
No menos en la ciencia que en la espada.

XV.

»Le cerca en torno el reino Neptunino,
 Con muros naturales de otra parte:
 Por el medio le corta el Apenino,
 Que hizo ilustre y famoso al patrio Marte.
 Mas despues que guardian tiene divino,
 Dejando antigua fuerza y bélico arte,
 Ha perdido el ardor y el poder loco;
 Que á la humildad de Dios le basta poco.

XVI.

»Despues se vé la Galia, que afamada
 Por la gloria de César fue en el mundo,
 Que del Secuana y Ródano es bañada,
 Y del Garumnio frio y Rhin profundo:
 De la ninfa Pirene, allí enterrada,
 Se alzan tambien los montes sin segundo,
 Que cuenta historia antigua que si ardieran,
 Ríos de oro y de plata mil corrieran.

XVII.

»Luego tendida allí la noble España,
 Como cabeza de la Europa queda,
 En cuyo señorío y gloria estraña
 Cien vueltas de fortuna dió la rueda:
 Mas no será jamás que fuerza ó maña
 De la inconstante dominarla pueda;
 Que siempre ha de salvarla la osadía
 De los pechos magnánimos que cria.

XVIII.

»Frente de Tingitania está, y parece
 Que allí limita del Tirreno el vaso,
 Donde el sabido estrecho se ennoblece,
 Y el Tebano á las aguas abre paso.
 Con pueblos diferentes se engrandece,
 Cercada por el mar de Oriente á Ocaso,
 Todos de tal nobleza y valor tanta,
 Que cada cuál más noble se decanta.

XIX.

»Tiene al Tarraconés, que se hace claro
 Sujetando á Parténope la inquieta:
 Al Navarro, al Asturio que reparo
 Fuera ya contra el bárbaro Mahometa:
 Tiene al cáuto Gallego, al grande y raro
 Castellano, á quien hizo su planeta
 Que á España unificára, siendo silla,
 De Granada y Leon, Murcia y Castilla.

XX.

»Y vé aquí, como cima de la testa
 De toda Europa, al reino Lusitano,
 Dó se acaba la tierra, el mar se apresta
 Á dar reposo al sol en el Océano.
 El cielo quiso que en las armas esta
 Nacion exulte y lance al Mauritano
 De sus playas, y allá al África ardiente
 Vaya á seguirle y humillar su frente.

XXI.

»¡Esa es la dulce patria mia amada:
 Á la cual, si al traves de cielo opaco
 Logro volver, mi empresa ya acabada,
 Acabe allí conmigo el cuerpo flaco!
 ¡Esa es la Lusitania, nominada
 De Luso ó Lis, que del antiguo Baco
 Hijos fueron, parece, ó compañeros
 Y en ella entonces incolas primero!

XXII.

»Á esta el cielo un pastor hizo que asome,
 Que en caudillo tornándose invencible,
 No halla en el mundo quien su frente dome,
 Pues ni á Roma lograrlo fue posible.
 Á esta aquel que sus propios hijos come,
 Por decreto de Dios siempre infalible,
 La dió formar del mundo insigne parte
 Y un gran reino crear; y fué de este arte:

XXIII.

»Un Rey llamado Alfonso hubo en España,
 Que movió al Sarraceno tanta guerra,
 Que por sangrientas armas, fuerza y maña
 Perder á muchos hizo vida y tierra.
 Volando de este Rey la gloria estraña
 Del Calpe hercúleo á la Caspiana sierra,
 Muchos, para en la lid esclarecerse,
 A la muerte y á él van á ofrecerse.

XXIV.

»Y del amor vivísimo encendidos
 De la Fe, más que de honras populares,
 Iban de varias tierras impelidos,
 Dejando el patrio suelo y propios lares;
 Y luego que en cien hechos distinguidos
 Ostentaron sus dotes militares,
 Quiso Alfonso inmortal que sus acciones
 Tuviesen digno premio en justos dones.

XXV.

»De estos á Enrique (dicen) que segundo
 Era de un Rey de Hungría denodado,
 Portugal tocó en suerte, que en el mundo
 No era entonces ilustre nipreciado;
 Y para más señal de amor profundo,
 Quiso el Rey Castellano que casado
 Con Teresa su hija el Conde fuese,
 Y con ella el dominio compartiese.

XXVI.

»Alcual (despues que contra el fruto odioso
 De Agar él solo á combatir se atreve,
 Tierra en torno ganando valeroso,
 Y haciendo lo que un pecho fuerte debe),
 De su piedad y amor, cual premio hermoso,
 Dióle benigno Dios, en tiempo breve,
 Un hijo que ilustrase el nombre, ufano,
 Del ya creciente reino Lusitano.

XXVII.

»Y despues de vencida la conquista
De la inmortal Jerusalem sagrada,
Y del claro Jordan la arena vista,
Que en sí de Dios la carne vió lavada,
Quando á Bullon no hay gente que resista,
Y Judea á su imperio es subyugada,
Y al cabo á sus Estados se volvieron
Muchos que en esa guerra le asistieron,

XXVIII.

»Al límite postrero de su vida
El húngaro famoso al fin llegado,
Dejó la ley de humanidad cumplida,
Dando el ánima á aquel que se la ha dado;
Y quedó la alta prole no crecida,
Siendo del padre ilustre fiel traslado;
Que á los fuertes más fuertes igualaba
Hijo cual de tal padre se esperaba.

XXIX.

»Mas refiere rumor, no sé si errado
(Que en tiempo tan antiguo no hay certeza),
Que allí la madre se apropió el Estado,
Y dobló á nuevo yugo la cabeza;
Y al huérfano dejó desheredado,
Sosteniendo que el rango y la riqueza
Del señorío entero suyo fuese,
Porque el padre al casarla se lo diese.

XXX.

»Y el gran príncipe Alfonso, que de ese arte
Del nombre de su abuelo se nomina,
Viendo que no en sus tierras tiene parte,
Pues con su esposo aquella las domina,
Hirviéndole en el alma el duro Marte,
Modo de conquistarlas imagina;
Y revolviendo afectos en el pecho,
Al propósito firme sigue el hecho.

XXXI.

»De Guimarens el suelo se teñia
Con sangre propia de intestina guerra,
Dó la madre, que tal no parecia,
Al hijo le negaba amor y tierra.
Ella al campo á afrontarle ya salia;
Y no ve su soberbia cuánto yerra,
Faltando aquel amor que Dios le mande,
Porque el suyo sensual era más grande.

XXXII.

»¡Oh Progne cruda! ¡Oh mágica Medea!
Si os vengais en los propios hijos caros-
De la maldad paterna y culpa rea,
No podeis con Teresa aun igualaros.
Incontinencia vil, codicia fea,
La causa son de sus delitos raros:
Scila mata por una al viejo padre;
Por ambas contra el hijo va esta madre.

XXXIII.

»Ya el Príncipe glorioso á vencimiento
Al padrastro y la madre infiel llevaba;
Y el suelo le obedece en un momento
Que en contra suya há poco batallaba,
Cuando, al furor cediendo el sentimiento,
Entre cadenas á su madre ataba,
Que de Dios fue vengada en tiempo breve:
¡Tal respeto á los padres se les debe!

XXXIV.

»Ajúntase el soberbio castellano
Para vengar la injuria de Teresa
Contra el de gente escaso Lusitano
A quien ningun trabajo rinde ó pesa.
Mas su gran pecho, en el peligro insano
Ayudado de angélica promesa,
No solo contra tantos está entero,
Si no que ahuyenta al enemigo fiero.

XXXV.

»A breve tiempo de esto, el noble y fuerte
Príncipe en Guimarens está cercado
De infinito poder; que de esta suerte
Se rehizo el que fue de antes lanzado:
Mas porque se ha ofrecido á dura muerte
El fiel Égas Moñiz, se ve salvado;
Que sin rehen tan noble era perdido,
Segun al caso está mal prevenido.

XXXVI.

»Y aquel noble vasallo conociendo
Que no puede oponerse resistencia,
Al castellano váse, prometiendo
Que hará que su señor le dé obediencia.
Levanta el enemigo el cerco horrendo,
Fiado en la promesa y la conciencia
De Moñiz; mas del mozo no consiente
El corazon doblar á otro la frente.

XXXVII.

»Cuando el plazo há llegado prometido,
En que el Rey castellano no dudaba
Que el Príncipe á su mando sometido,
Le diese la obediencia que esperaba,
Quedó Moñiz por falso y fementido;
Y ante Castilla, que en su honor fiaba,
Determinóse á dar la dulce vida,
De la palabra, en cambio, no cumplida.

XXXVIII.

»Y con su esposa y con sus hijos parte
A levantar con ellos la fianza,
Descalzos y maltrechos, de tal arte,
Que más mueve á piedad, que no á venganza.
«Si es tu intento, gran Príncipe, vengarte
De mi estremada y tímida confianza,
Vé aquí (decia) que á traerte vengo
Por lo ofrecido lo mejor que tengo.

XXXIX.

»Traigo á tus pies las vidas inocentes
De los hijos sin culpa, y de la esposa;
Y si á pechos piadosos y valientes,
No satisface herir próle llorosa,
Vé aquí mi lengua y manos delincuentes:
Toda laya de muertes espantosa
Esperimenta en ellas, al estilo
De Scinis, y del toro de Perilo.»

XL.

»Como al pie del verdugo el condenado
Que si bien, vivo aun, —tragó la muerte,
Estiende la garganta, y ya postrado,
El golpe tan temido espera inerte,
Tal Moñiz, ante el Príncipe —irritado,
Dispuesto está también á cualquier suerte:
Mas en el Rey, que vé la insigne hazaña,
Puede en fin la piedad más que la saña.

XLI.

»¡Oh lealtad famosa Portuguesa
De vasallo que accion tan grande acaba!
¿Qué más el Persa aquel hizo en la empresa
En que boca y nariz al fierro daba?
Lo que al grande Darío tanto pesa,
Que suspirando veces mil clamaba,
Que á su Zopiro solo más quisiera,
Que á veinte Babilonias que rindiera.

XLII.

»Mas ya el Príncipe Alfonso se dirige
Con el Lusiana ejército dichoso
Contra el Moro que el blando suelo aun rige
De allá del limpio Tajo deleitoso.
Ya en el campo de Urique alza y erige
El estandarte Luso belicoso,
Y con número de armas tan pequeño,
Da frente al enemigo Sarraceño.

XLIII.

»En ninguna otra cosa iba confiado,
Sino en el que los cielos dirigia;
Que tan corto era el pueblo bautizado,
Que Moros cien por cada Luso habia:
Y piensa todo juicio no exaltado,
Que es más temeridad que bizarría
Acometer el loco atrevimiento
De oponer un ginete á cada ciento.

XLIV.

»Son cinco Reyes moros los contrarios,
De los que el principal Ismar se llama,
Todos espertos en peligros varios
De guerra, dó se alcanza ilustre fama:
Armadas, cual sus nobles partidarios,
Damas van, como aquella insigne dama
Que con su lanza defendió á la gente
Que las aguas bebió del Simoente.

XLV.

»La matutina luz serena y fria
Las estrellas del cielo ya apagaba,
Cuando en la Cruz el hijo de María,
Apareciendo á Alfonso, le animaba;
Y él, adorando al que merced le hacia,
De fe todo abrasado, así clamaba:
«¡No á mí, Señor, que sé lo que hacer sueles,
A los infieles id, á los infieles!»

XLVI.

»Con tal milagro inflámase el brioso
Lusitano, y con ímpetu guerrera,
Por su Rey natural alza al glorioso
Príncipe que tan caro á todos era:
Y al frente del contrario poderoso
Sueltan la voz al aire y la bandera,
Gritando en fuerte son: «Real, Real,
Por Alfonso alto Rey de Portugal.»

XLVII.

»Cual de gritos y voces incitado,
Por la montaña el rápido moloso
Al toro embiste audaz, que está fiado
En la fuerza del cuerno temeroso:
Ora ataca á la oreja, ora al costado,
Latiendo, más que fuerte, presuroso,
Hasta que al fin prendido á la garganta,
Del fiero bruto la cerviz quebranta:

XLVIII.

»Tal del Rey nuevo el ánimo encendido
Por Dios y por el pueblo juntamente,
Al bárbaro acomete apercebido
Innumerable ejército potente.
Y esos perros levantan su alarido
De gritos: tocan arma, hierve gente,
Arcos y lanzas toman, trompas suenan,
Y con creciente son el aire atruenan.

XLIX.

»Como cuando una llama es encendida
En los áridos campos (resoplando
El sibilante Bóreas), y acrecida
Del viento, las retamas va abrasando:
La pastoril familia, que dormida
En dulce sueño estaba, despertando
Al estridor del fuego que ya ondea,
Recoge el hato, huyendo hácia la aldea:

L.

»De ese arte el Moro atónito y turbado,
Busca sin tino escudo ó coselete:
Mas no huye, que espera confiado,
Y avanza su belígero ginete:
El Portugués le embiste denodado,
Y por los pechos el lanzon le mete:
Unos caen medio muertos de los potros,
Y al Koran invocando espiran otros.

LI.

»Allí se ven encuentros desiguales,
 Por hacerse los dueños de alta sierra,
 Y furiosos correr los animales
 Que Neptuno brotar hizo á la tierra:
 Golpes fieros se dan, descomunales,
 Arde por todas partes la ímpia guerra;
 Y el Luso adarga, arnés, malla y coraza
 Abolla, raja, hiende, y ataraza.

LII.

»Por el campo sin dueño van saltando
 Brazos, piernas, cabezas sin sentido,
 Las entrañas en cuerpos palpitando
 Están de rostro helado, amortecido:
 Ya deja el campo el Sarraceno infando,
 Ya de sangre torrentes han corrido;
 Y el prado su color con ellos pierde,
 Tornado en carmesí, de jalde y verde.

LIII.

»Y vencedor se ostenta el Lusitano,
 Recogiendo el trofeo y presa rica;
 Y que ha roto y vencido al Moro hispano,
 Con su estancia tres dias certifica.
 Aquí pinta en su blanco escudo ufano
 Lo que victoria tan feliz publica:
 Cinco escudos, de azul color teñidos,
 Los cinco contarán Reyes vencidos.

LIV.

»Y en estos cinco pone aquellos treinta
 Dineros porque fué Jesus comprado,
 La memoria escribiendo en justa cuenta,
 De Aquel por quien se vió tan amparado:
 De cada uno en los cinco, cinco asienta,
 Y porque sea el número colmado,
 En forma tuya ¡oh Cruz que allí apareces!
 Los pone en el de en medio por dos veces.

LV.

»Pasado ya algun tiempo que ganada
 Era esta gran victoria, el Rey querido
 Vá á rendir á Leiria, que apresada
 De poco antes se vió por el vencido.
 Tambien con ella Arronches fue tomada,
 La fuerte; y la que siempre ilustre ha sido,
 Calabicastro, cuyo campo ameno
 Tú, limpio Tajo, riegas tan sereno.

LVI.

»A tan nobles ciudades sometidas,
 Junta Mafra tambien con duro brazo,
 Y de Lisa en las sierras atrevidas
 Rinde á la fria Cintra, en breve plazo:
 Cintra, dó las Nayádes escondidas
 En fuentes, van huyendo el dulce lazo
 Con que amor las enreda blandamente,
 Encendiendo en las aguas fuego ardiente.

LVII.

»Y tú, noble Lisboa, que en el mundo
Fácil de las demas eres princesa,
Que naciste del genio del facundo
Por cuyo engaño fue Dardania opresa;
Tú, á quien dócil se humilla el mar profundo,
Te humillaste á la audacia Portuguesa,
Asistida tambien de fuerte armada,
De las Boreales playas destacada.

LVIII.

»Del Germánico Álbis, y del Reno,
Y la fria Bretaña allí venidos,
Fueron á destruir al Sarraceno,
De inspiracion cristiana conducidos;
Y embistiendo el bocal del Tajo ameno,
Del grande Alfonso al estandarte unidos,
A cuya sombra y fama van seguros,
Ponen el cerco á los Ulíseos muros.

LIX.

»Cinco luces la luna brilló entera,
Y otras cinco escondió su imagen clara,
Cuando el pueblo rendirse considera
Que es la suerte que el cielo le depara;
Y fue la lucha tan sangrienta y fiera,
Cuanto el firme propósito obligara
De vencedores ásperos y osados,
Y de vencidos ya desesperados.

LX.

»De este arte, en fin, postrada se rendia
Aquella que en los tiempos ya pasados
Jamás á la gran fuerza obedecia
De los pueblos Escíticos osados:
Cuyo poder á tanto se estendia,
Que Iber y Tajo viéronle asombrados,
Y del Bétis gran tierra poseyendo,
Con nombre de Vandalia fue creciendo.

LXI.

»Habrà ciudad alguna por ventura
Tan fuerte que resista, si Lisbona
No puede resistir la fuerza dura
De gente á quien laurel siempre corona?
Ya toda le obedece Estremadura,
Obidos, Alenquer, y los que abona
Campos vívida linfa que entre piedras
Va murmurando alegre á Torres-Vedras.

LXII.

»Y vosotras ¡oh tierras Transtagañas!
Del don tan ricas de la rubia Céres,
Las ciudades le dais y las cabañas,
Obedeciendo á más que humanos séres:
Y tú, Moro cultor, ¡cuánto te engañas
Si sustentar el fértil campo quieres!
Ya Moura, y Serpa, y Elvas distinguidas,
Y Alcázar de la Sal están rendidas.

LXIII.

»Ved á la gran Ciudad, seguro asiento
Del rebelde Sertorio antiguamente,
De donde rio líquido de argento
Hoy lejos va á surtir á tierra y gente
Por los arcos de Rey que ciento á ciento
En los aires se elevan noblemente:
Vedla ceder al brio y fuerza brava
De Giraldo, que medios no llevaba.

LXIV.

»Ya á la ciudad de Beja á imponer grave
Pena va de Trancoso destruida
Alfonso, á quien reposo no le cabe
Por alargar con fama corta vida;
Y aunque asaz poco resistirle sabe,
No bien la ciudad triste cae rendida,
En lo que aun vivo está, la gente airada
Ensangrienta los filos de la espada.

LXV.

»Con ella subyugada fue Palmella
Y Coimbra Florida juntamente;
Y solo á fuer de su propicia estrella,
Desbarata un ejército potente;
Que yendo á la ciudad, al señor de ella
Ve que á ampararla viene diligente
Por la falda del monte, descuidado
Del temeroso encuentro inopinado.

LXVI.

»Era el de Badajoz, Rey y alto Moro,
Con cuatro mil caballos escogidos,
Y peones sin fin, de armas y de oro
A barbárica usanza guarnecidos.
Mas como en el de Mayo el bravo toro,
De vaca con los celos encendido,
Al sentir gente, bruto y ciego amante,
Asalta al descuidado caminante:

LXVII.

»Así Alfonso de pronto ha aparecido
A la gente que pasa bien segura:
Hiere, mata y derriba enfurecido,
Y huye el Rey, que salvarse solo cura:
Su ejército, de espanto poseido,
Todo seguirle en dispersion procura;
Siendo los que esto hicieron (no lo callo)
Nada más que sesenta de á caballo.

LXVIII.

»Y sigue la victoria sin tardanza
El gran Rey incansable, reuniendo
Gente de todo el reino, cuya usanza
Era andar siempre tierra sometiendo.
Y cerca á Badajoz y luego alcanza
El fin de sus deseos, combatiendo
Con tanto esfuerzo, y arte, y valentía,
Que hace pronto á las otras compañía.

LXIX.

»Pero el Señor, que hasta muy lejos guarda
El castigo de aquel que lo merece,
Y para que se enmiende lo retarda,
Por designio que al hombre no aparece,
Si hasta aquel día al fuerte Rey resguarda
De tanto y tanto riesgo á que se ofrece,
Ora á la maldicion le entrega impresa
Por la madre infeliz, que tiene aun presa.

LXX.

»Que en la ciudad estando que cercára,
Cercado en ella fué por Leoneses,
Porque aquella conquista les quitára
Suya de antes, que no de Portugueses.
La pertinacia aquí le costó cara,
Cual del hado sucede en los reveses,
Que cayó de su orgullo en el acceso,
Y en la lid que buscó, vencido y preso.

LXXI.

»¡Oh famoso Pompeyo, no te pene
De tus hazañas íclitas la ruina,
Ni el ver que justa Némesis ordene
Victoria contra tí del suegro dina!
Y por más que tu nombre el Siner llene
Que la sombra á ningun extremo inclina,
El Fásis frio, el Bótes congelado,
Y de la Línea el límite abrasado;

LXXII.

»Y aunque domes á Arabia, y los feroces
Heniócos, y los Cólcos, cuya fama
Dice el áureo vellon: los Capadoces;
Y á Judea, que á un Dios adora y ama:
Los blandos de Sofène, y los atroces
Cilicios, y la Armenia, que derrama
Las aguas de dos rios, cuya fuente
Está en monte más santo y eminente:

LXXIII.

»Y aunque, en fin, desde el mar este de Atlante
Hasta el Scítico Táuro cerro erguido
Vencedor te temblaron, no te espante
Si el Emátio una vez te vió rendido:
Porque verás á Alfonso, antes triunfante
De todos y soberbio, ser vencido.
Quísolo así el consejo divo, eterno;
Que á aquel venciera el suegro y á este el yerno

LXXIV.

»Ya vuelto el Rey sublime finalmente
Por el divino juicio castigado;
Despues que en Santarem osadamente
Del Sarraceño en vano fué cercado,
Y despues que del gran mártir Vicente,
El santísimo cuerpo venerado
Del sacro promontorio tan sabido,
A la ciudad de Ulises fue traído:

LXXV.

»Porque su ansiado plan lleve adelante,
Al hijo fuerte manda el laso viejo
Que, con hueste y apresto fulminante,
Marcial la tierra embista de Alentejo.
Sancho, de esfuerzo y ánimo pujante,
Pasa, y pronto correr hace vermejo
El rio que á Sevilla va regando,
Con sangre vil del Sarraceno infando.

LXXVI.

»Y con esta victoria, más ansioso,
Ya no descansa el mozo hasta que mira
Otro estrago, cual este temeroso,
En el infiel que á Beja en torno gira.
No tardó mucho el Príncipe dichoso
Sin realizado ver lo que suspira;
Con que rabioso el Moro, en la venganza
De sus pérdidas, pone su esperanza.

LXXVII.

»Júntanse los del monte á quien Medusa
Le hizo perder el cuerpo de antes feo:
Vienen del promontorio de Ampelusa,
Y del Tingo, que asiento fue de Anteo.
Del Ábila la gente no se escusa
De llevar á la empresa armas y arreo;
Y se alza, al son de la morisca tuba,
Todo el reino que fue del noble Juba.

LXXVIII.

»Con tal entraba inmensa compañía
El Mir-Almumenim en Lusitania,
Que á trece Reyes Moros de valía
Rige, con superior cetro, en campaña,
Y haciendo al paso cuanto mal podía,
Y á impulso acaso de no propia saña,
Va á cercar, no viniéndole muy ancho,
En Santarem con ímpetu á D. Sancho.

LXXIX.

»Dále combates ásperos, haciendo
Mil ardidés de guerra el Moro odioso:
Mas no allí le aprovecha tubo horrendo,
Secreta mina, ariete poderoso;
Porque el hijo de Alfonso, no perdiendo
Ni el sentido, ni el brío generoso,
Opone en todas partes resistencia,
Ánimo incontrastable, alta prudencia.

LXXX.

»Y el viejo, á quien habian obligado
Los trabajosos años al sosiego,
En la ciudad estando, cuyo prado
Enverdecen las aguas del Mondego:
Sabiendo cómo el hijo está cercado
En Santarem del Moro pueblo ciego,
Parte de la ciudad tan diligente,
Que no parece que contó los veinte.

LXXXI.

»Y con la vieja hueste, en guerra usada,
Al hijo va á ayudar; y así ayuntados,
La Portuguesa furia acostumbrada
A los moros dispersa destrozados,
Dejando la campiña bien cuajada
De plumas, y marlotas, y tocados,
De caballo, y jaez, y escudo, y pica,
De hartos muertos señores presa rica.

LXXXII.

»Lo que quedó de tantos salió fuera
De Lusitania, en espantosa huída;
El Mir-Almumenim solo no huyera,
Porque antes, triste, se le huyó la vida.
A quien les dió victoria tan entera
Dan loores y gracias, sin medida;
Que en casos tan estraños, claramente
Más es Dios quien pelea que la gente.

LXXXIII.

»De tamañas victorias se rodeaba
El viejo Rey Alfonso esclarecido,
Cuando el que tanta lid venciendo andaba,
De años duros y muchos fue vencido:
Pálida le tocó dolencia brava
Con fria mano el cuerpo enflaquecido:
El tributo, á que nadie se resiste,
Así pagando á Libitina triste.

LXXXIV.

»Los altos promontorios le aclamaron
Y sembradas campiñas pesarasas:
Aguas de rio y fuente le lloraron,
Con lágrimas corriendo más copiosas;
Y tanto por el reino se espaciaron
De su virtud las obras valerosas,
Que *Alfonso*, *Alfonso*, en monte y valles huecos
No dejan nunca de sonar los ecos.

LXXXV.

»Sancho, fuerte mancebo, que quedaba,
Imitando á su padre en valentía,
Como en vida del mismo lo probaba
Cuando el Bétis de sangre reteña
Y el bárbaro poder desbarataba
Del Ismaelita Rey de Andalucía;
Y cuando los que á Beja circunyerón,
De su brazo á los golpes sucumbieron,

LXXXVI.

»Despues que por Monarca fué elevado,
Y á pocos años que reinado había
Y á la ciudad de Silves ha cercado,
Y campos que sembró la gente impía,
Fué por huestes valientes ayudado
De la armada Germana, que venia
Con ejército y medios de pelea,
El recobro á buscar de la Judea.

LXXXVII.

»Iban la empresa á secundar que intenta
El reyo Federico, que provisto
De poderosa hueste, se presenta
En la ciudad de la pasion de Cristo,
Despues que Guido su legion sedienta
Rindió de Saladino al pueblo misto,
Allí donde al cristiano le faltaba
El agua que á los ímpios les sobraba.

LXXXVIII.

»Y á aquella armada hermosa, que aparece
Por contraste del viento hácia esa parte,
Ayudar á D. Sancho bien parece:
Y porque asiste y sirve al santo Marte,
Así como á su padre le acontece
Cuando tomó á Lisboa, de igual arte,
Del Germano ayudado, á Silves toma,
Y á su infiel poblador destruye y doma.

LXXXIX.

»Y si trofeos tantos del Mahometa
Conquista su valor, tambien del fuerte
Y fiero Leonés la tierra inquieta,
Y por do quiera espárese estrago y muerte,
Hasta que al yugo la cerviz sujeta
De Tuy soberbia que la misma suerte
Vió tener á otras villas aledañas,
Que de Sancho pregonan las hazañas.

XC.

»Mas entre tantas palmas asaltado
De muerte por la ley, quedó heredero
Hijo suyo, de todos estimado,
Que fué segundo Alfonso y Rey tercero.
En su tiempo á los Moros fué tomado
Alcázar de la Sal, á lo postrero:
Porque de antes le entró la sarracina:
Mas ora lo pagaron con gran ruina.

XCI.

»Del muerto Alfonso el genio no reside
En el segundo Sancho descuidado;
Que tanto en su desidia se desmaide,
Que de aquellos que manda es él mandado.
De gobernar el reino que otro pide,
Por causa de privados, fué privado;
Porque como por ellos se regia,
En sus vicios y fraudes consentia.

XCIII.

»No era Sancho, en verdad, tan deshonesto
Como Neron, que á un mozo recibia
Por mujer, y despues horrendo incesto
Con su madre Agripina cometia:
Ni tan crudo á las gentes y funesto,
Que la ciudad quemase en que vivia:
Ni cual lo fué Heliogábalo, fué malo:
Ni como el muelle Rey Sardanapálo.

XCII.

»Ni tampoco su pueblo era oprimido
Como Sicilia fué por sus tiranos;
Ni habia como Fálaris querido
Género de tormentos inhumanos;
Mas reino que guiado está y servido
Por señores en todo soberanos,
A otro Rey no obedece ni consiente
Que no sea ante todos escelente.

XCIV.

»Por esta causa el mando encomendóse
Al conde Boloñés, por Rey no alzado
Hasta que el plazo de vivir cumpliése
A su hermano D. Sancho, al ocio dado:
Ese, que Alfonso el Bravo apellidóse,
Despues de haber el reino asegurado,
De dilatarlo cuida: que ancho pecho,
En espacio y lugar no cabe estrecho.

XCV.

»De los Algarves, tierra de que afora
Por el su casamiento, estensa parte,
Con duras armas, de la gente Mora
Conquista, mal querida ya de Marte.
Él del todo dejó libre y señora
A Lusitania con esfuerzo y arte;
Y acabó de formar la nacion fuerte,
En la tierra que al Luso cupo en suerte.

XCVI.

»Viene luego Dionis, que bien parece
Del bravo Alfonso estirpe noble y dina;
Que con su genio espléndido escurece
La liberalidad Alejandrina:
Con este el reino próspero florece
(Ya asentada la paz áurea y divina)
En estatutos, leyes, y costumbres,
En países, ya quietos, claras lumbres.

XCVII.

»En Coimbra primero ejercitarse
Hizo en la sabias artes de Minerva;
Y de Helicón las musas trasladarse
Del Mondégo á pisar la fértil yerba.
Cuanto puede de Atenas desearse,
Todo el facundo Apolo aquí conserva:
Las liras y los plectros de oro y nácar,
Las coronas de verde lauro y bácar.

XCXIII.

»En pueblos convirtió las soledades:
Alzó torres, castillos muy seguros:
Reformó todo el reino, y las ciudades
Adornó de edificios y altos muros:
Y despues que dió fin á sus bondades
Atropos y á sus dias ya maduros,
Á Alfonso cuarto deja, no obediente
Hijo, mas Rey glorioso y escelente.

XCIX.

»Este las arrogancias Castellanas
 Desprecia y al contrario deja absorto:
 Porque no es de altiveces Lusitanas
 Que tema á otro poder el suyo corto:
 Antes, cuando invadió tierras hispanas
 La Máura gente, del infierno aborto,
 Entró Alfonso esforzado á hacerles guerra,
 Y á defender la Castellana tierra.

C.

»Con Semíramis nunca gente tanta
 Fue los campos Hidáspicos hinchendo;
 Ni Atila, que á la Italia toda espanta,
 Llamándose de Dios azote horrendo,
 Nunca gótica gente llevó cuanta
 Del Sarraceno bárbaro estupendo,
 De Granada á la inmensa tropa unida,
 Fue en los Tartésios campos contenida.

CI.

»Con que viendo el Rey noble Castellano
 La inexpugnable hueste, grande y fuerte,
 Temiendo más el fin del pueblo Hispano,
 Ya perdido una vez, que no su muerte,
 Pidiendo ayuda al bravo Lusitano
 Le envió la esposa á quien le unió la suerte,
 Mujer del que la manda, si hija amada
 De aquel á cuyo reino fue mandada.

CII.

»Pisaba la hermosísima María
 Los paternos palacios sublimados,
 Lindo el rostro, aunque exento de alegría,
 Y los ojos de lágrimas bañados;
 Los cabellos angélicos traía
 Por los ebúrneos hombros derramados;
 Y al padre ledo, cuyo gozo aflige,
 Llorando, estas palabras le dirige:

CIII.

—«De cuanta raza cuenta el pueblo misto
 De África toda, horrible gente estraña,
 El gran Rey de Marruecos va provisto,
 Á la conquista de la noble España:
 Poder tamaño junto no se há visto,
 Desde el salado mar la tierra baña;
 Y crudos y feroces vienen tanto,
 Que á los vivos y aun muertos dan espanto.

CIV.

»En tanto el que me diste por marido,
 Por defender la patria amedrentada,
 Con ejército escaso está ofrecido
 Al duro golpe de la Máura espada;
 Y si de ti no fuere socorrido,
 Me verás de su Trono, y dél privada,
 Y viuda, y triste, y puesta en vida oscura,
 Sin marido, sin reino y sin ventura.

CV.

»Portanto; oh Rey! de quien con largo miedo
El corriente Mulucha se alborota,
Rompe toda tardanza, acorre cedo
A estorbar de Castilla la derrota;
Si ese aspecto que muestras claro y ledo,
De padre el verdadero amor denota,
Acude, padre; si veloz no entras,
A quien ya socorrer quizá no encuentras.»—

CVI.

»De igual modo la tímida María
Hablando está, que Vénus triste cuando
A Júpiter su padre le pedia
Por hijo que el Tirreno está sulcando;
Y con tanta piedad le conmovia,
Que soltando á sus pies el rayo infando,
Todo lo otorga el padre, de amor loco,
Pesándole que pídale tan poco.

CVII.

»Pero ya del tropel de gente armada
Los Eborenses campos van cuajados:
Brillan al sol arnés, lanza y espada,
Los caballos relinchan enjaezados;
Y la canora trompa enlistonada
Los pechos, á la paz acostumbrados,
Va incitando al combate, con sus ecos,
Que zumban de los valles por los huecos.

CVIII.

»En medio y entre todos se sublima,
De las insignias reales adornado,
El valeroso Alfonso, que por cima
De todos se levanta decorado.
Con su aspecto no más mueve y anima
A cualquier corazon amedrentado;
Y con la hija así que en ella manda,
A entrar vá de Castilla por la banda.

CIX.

»Dan á los dos Alfonsos finalmente
Los campos de Tarifa ancho horizonte,
Que tapa multitud de Máura gente,
Para quien son estrechos campo y monte.
No hay corazon tan alto y tan potente
Que con gran desconfianza no se afronte,
A menos que conozca y claro vea,
Que con sus brazos Cristo es quien pelea.

CX.

»Del cristiano poder están riendo
Los de Agár en el campo muy vecino,
La tierra de antemano repartiendo
Con que ya cuenta el fierro damasquino;
Y el que, con falso título, luciendo
Está el famoso nombre Sarracino,
Así tambien la tierra que circueya,
Con cuenta equivocada, llama suya.

CXI.

»Como el membrudo bárbaro gigante,
Del Rey Saúl con causa tan temido,
Viendo al pastor inerme de él delante
De esfuerzo y piedras solo apercebido,
Con palabra soberbia y arrogante
Desprecia al flaco mozo no vestido,
Que de la honda al son le desengaña
De que más puede fe que fuerza y maña:

CXII.

»Del mismo modo el Máuro la firmeza
Desprecia de los fieles, y no entiende
Que aquella alta divina fortaleza,
De quien tiembla el infierno, les defiende.
Con ella el Castellano y con destreza,
De Marruecos al Rey embiste, ofende;
Y temblar hace al Moro de Granada
El Luso que la vida pone en nada.

CXIII.

»Las espadas y lanzas recrujan
Sobre escudos y arneses ¡fiero estrago!
Llaman (segun la ley que allí seguian)
A su Mahoma aquel, este á Santiago;
Los heridos con grito el cielo herian,
Haciendo de su sangre negro lago,
Donde otros, que del fierro se salvaban,
Semi vivos caian y se ahogaban.

CXIV.

»Con esfuerzo tan grande de horror llena
El Luso al Granadil, que en duro estrecho
Le pone en poco tiempo y desordena
Armas y gente, en huracan deshecho.
Mas de alcanzar victoria á poca pena
No muy contento el generoso pecho,
Vá en ayuda del noble castellano
Que está en lid con el fuerte Mauritano.

CXV.

»Ya se iba el sol ardiente recogiendo
A la casa de Tétis, y estinguído
(Para el poniente á Véspero atrayendo)
Era aquel dia tanto esclarecido,
Cuando el poder del bárbaro tremendo
Fue por los bravos Reyes oprimido
Con mortandad tan larga, que memoria
Nunca habrá el mundo de mayor victoria.

CXVI.

»No de muertos la cuarta parte Mario
Hizo de los que en este vencimiento,
Cuando el agua, con sangre del contrario,
Dió á beber á su ejército sediento:
Ni el de Cartago, aspérrimo adversario
Del Ítalo poder por nacimiento,
Que celemines tres de anillos toma
Solo de nobles que mató de Roma.

CXVII.

»Y si tú tantas ánimas pudiste
Mandar al negro reino del Cocito,
Cuando la ciudad santa destruiste
Del pueblo, pertinaz en torpe rifo,
Fue permisión celeste, ejemplo triste,
No fuerza de tu brazo, insigne Tito;
Que así por los poetas fue anunciado,
Y por Jesus después certificado.

CXVIII.

»Alcanzada tan próspera victoria,
Y vuelto Alfonso á portuguesa tierra,
A disfrutar en paz de tanta gloria
Como supo ganar en dura guerra,
El caso triste y digno de memoria,
Que á huésped del sepulcro desentierra
Aconteció de mísera y cuitada,
Que fue despues de muerta coronada.

CXIX.

»¿Quién será, ciego dios, que de tí huya,
Y de tu dulce ley, que á tanto obliga?
Tú causaste la odiosa muerte suya,
Tratándola cual pérvida enemiga.
Si dicen, fiero Amor, que la sed tuya
Ni con lágrimas tristes se mitiga,
Es porque quieres, con maldad tirana,
Tus arás empapar en sangre humana.

CXX.

»Te hallabas, bella Inés, quieta en sosiego,
De tus años cogiendo el blando fruto,
Del alma en el engaño dulce y ciego
(Que la dicha no dura como el luto)
En el florido campo del Mondégo,
Del cristal de tus ojos nunca enjuto,
A las plantas diciendo y flores nuevas
El nombre que en el pecho escrito llevas.

CXXI.

»De tu Príncipe allí te respondian,
Los recuerdos que en su alma dominaban;
Que siempre ante sus ojos te traían,
Cuando ausentes los tuyos dél estaban,
De noche dulces sueños que mentian,
De día pensamientos que volaban;
Siendo, en fin, todo sueño y pensamiento,
Sola ocasion de dicha y de contento.

CXXII.

»De Princesas y damas mil hermosas
El los preciados tálamos no aceta,
Que no halla fino amor prendas preciosas,
Sino en el caro bien que nos sujeta.
Viendo estas raras muestras amorosas
El noble padre anciano, que respeta
El murmurar del pueblo ante el capricho
De no casarse, que el doncel le ha dicho;

CXXIII.

»Sacar á Inés del mundo determina,
Para sacarle al que ella tiene preso,
Creyendo, con matar á la mezquina,
Sanar de amor el incurable acceso.
¿Qué furor hizo que la espada fina
Que pudo sustentar el grave peso
Del mauritano esfuerzo, fuese alzada
Contra una flaca fembra delicada?

CXXIV.

»Los sayones llevábanla feroces
Ante el Rey, que ya pio se conduce:
Mas el pueblo con bárbaras y atroces
Razones, á que muera le compele.
Ella con ruegos y affigidas voces,
Salidas del recuerdo que la duele,
Del amante y los hijos que dejaba,
Que más que no la muerte, la apenaba:

CXXV.

»Al cielo cristalino levantando
Los ojos, con las lágrimas piadosos;
Los ojos, que las manos le vá atando
Uno de los ministros rigurosos;
Y á los pequeños luego contemplantando,
Que tan tiernos criaba y tan mimosos,
Cuya orfandad más que el morir temia,
Vuelta al cruel abuelo, así decia:

CXXVI.

—«Si ya en las brutas fieras, cuya mente
Natura hizo feroz de nacimiento,
Y en las aves, que ponen solamente
En la aérea rapiña el pensamiento,
Con tiernos rapazuelos vió la gente
Despertarse piadoso sentimiento,
Como ya con Semíramis mostraron,
Y con los dos que á Roma edificaron:

CXXVII.

»Tú, que de humano tienes voz y aspeto
(Si de humano es matar uua doncella
Flaca y débil, por solo haber sujeto
El corazon del que logró vencella),
De estas pobres criaturas ten respeto,
Ya que no de la oscura muerte de ella:
Muévate la piedad de su agonía,
Pues no te mueve la no culpa mía.

CXXVIII.

»Y si, venciendo Alarbe resistencia,
La muerte sabes dar con fuego y fierro,
Sabe tambien dar vida con clemencia,
A quien para perderla está sin yerro;
O si merece tanto esta inocencia,
Pónme en perpetuo y mísero destierro,
Allá en la Escitia helada, ó Libia ardiente,
Donde en lágrimas viva eternamente.

CXXXIX.

»Pónme dó más se usare fuerza dura,
Entre pardos y tigres, y veremos
Si alcanzamos entre ellos la blandura
Que entre pechos humanos no podemos.
Allí la voluntad puesta y ternura
En aquel por quien muero, criaremos
Estas reliquias tuyas que aquí viste;
Que consuelo serán de madre triste.»—

CXXX.

«Perdonarla queria el Rey benigno,
Sensible á las palabras que la abonan;
Mas el pueblo tenaz y su mal signo
Que lo quieren así, no la perdonan.
Las hojas sacan del acero indigno
Los que el hecho por bueno allí pregonan,
¿Contra una dama? ¡Oh pechos carniceros!
¡Así valientes sois y caballeros!

CXXXI.

»Como contra la linda Polixena,
Amor postrero de la madre anciana,
Porque la Aquilea sombra la condena,
Pirro apresta el acero y furia insana;
Y ella los ojos con que el mar serena,
Cual mansa oveja que á morir se allana,
Vuelve á la triste madre que flaquece,
Y al sacrificio bárbaro se ofrece:

CXXXII.

»Tal contra Inés los crudos matadores
En el cuello y marfil, que sostenia
Las obras con que amor mató de amores
Al hombre que despues Reina la haria,
Hundiendo el hierro entre las blancas flores
Que el llanto del dolor regado habia,
Se encarnizaban torpes y furiosos,
Del futuro castigo no cuidadosos.

CXXXIII.

»Bien pudieras ¡oh sol! del caso reo
Tus ojos apartar como aquel día
Cuando Tiéste, en el festin de Atréo,
De sus hijos los miembros se comia.
Cóncauos valles que gemísteis, creo,
La voz estrema de su boca fria,
El nombre de su *Pedro* que la oísteis,
Por espacio muy largo repetísteis.

CXXXIV.

»Como pura azucena que cortada
Antes de tiempo fue cándida y bella,
Siendo entre los cabellos maltratada
Por mano esquiva de vivaz doncella,
Pierde aroma y color ya marchitada,
Tal muerta está la Lusitana estrella:
Secas las puras rosas, y perdida
La luz del rostro con la dulce vida.

CXXXV.

»Las hijas del Mondégo ¡oh noche oscura!
Llorando sin cesar te recordaron;
Y para alta memoria, en fuente pura
Las lágrimas lloradas trasformaron:
El nombre la pusieron, que aun te dura,
De «Las Cuitas de Inés» que allí pasaron;
Y de esa fuente, hoy vida de las flores,
Son lágrimas el agua, el nombre *Amores*.

CXXXVI.

»Largo tiempo no fué sin que venganza
No aliviara de Pedro las heridas;
Que del reino al tomar cetro y balanza,
Hízola en los fugaces homicidas.
De otro Pedro, muy crudo, los alcanza;
Que, enemigos los dos de humanas vidas,
Hicieron el feroz concierto insano
Que con Antonio y Lépido, Octaviano.

CXXXVII.

»Este castigador fué de maldades,
De latrocinios, muertes y adulterios,
Y los duros suplicios é impiedades
Eran sus más sabrosos refrigerios:
Justiciero guardaba las ciudades
De todos los soberbios vituperios,
Más ladrones lanzando á los profundos,
Que Teséo y Alcides vagabundos.

CXXXVIII.

»Del justo y duro Pedro nació blando
(Ve de natura la inconstancia terca)
Manso, remiso y sin vigor, Fernando,
Que á todo el reino á gran desdicha acerca;
Pues el Leonés á devastar entrando
La tierra sin defensa, estuvo cerca
De destruirse el Reino totalmente:
Que vil Rey torna en vil la brava gente.

CXXXIX.

»O castigo fue claro del pecado
De quitarle á Leonor á su marido
Y casarse con ella, aconsejado
De un falso parecer, mal sugerido:
O fué que el corazon entregó atado
Al vicio torpe á que se vió rendido,
Hízose al fin cobarde: que envilece,
Un amor que en el alma infame crece.

CXL.

»Sufrieron siempre del pecar la pena
Muchos de quien nos cuenta la Escritura:
La sufrió quien al robo fué de Helena,
Y con Opio, á Tarquino estrechó dura:
¿Y por qué á David santo se condena?
¿Y quién de Benjamin la tribu impura
Ya destruyó? Patente lo declara
Siquém en Dina, Faraón en Sara.

CXLI.

»Si los pechos más fuertes enflaquece
Un inconsciente amor desatinado,
Bien en el noble Alcides aparece,
Por Onfále de tocas adornado.

De Marco Antonio el nombre se oscurece
Con estar de Cleopatra enamorado;
Y tú, Peno inmortal, lo repetiste
Cuando de Apulla á moza vil te diste.

CXLII.

»¿Mas puede uno librarse por ventura
De lazos que arma Amor tan blandamente
Entre la nieve humana y rosa pura
Y el oro y alabastro trasparente?

¿Quién resiste la plácida hermosura
De un rostro, de Medusa propiamente,
Que, si no en piedra, en Mongibelo inceso
Convierte el corazón que tiene preso?

CXLIII.

»¿Quién un dulce mirar, un gesto blando
Vió, ni una suave, angélica apariencia
Que sin cesar al alma está acechando,
Que hubiese contra tanto resistencia?
Disculpado por cierto está Fernando
Para quien del amor tiene experiencia;
Mas quien dél libertó su fantasía,
Culpado mucho más le juzgaría.»

LOS LUSIADAS.

CANTO CUARTO.

CXLI.

»Si los pechos más fuertes enflaquece
Un inconsciente amor desatinado,
Bien en el noble Alcides aparece,
Por Onfále de tocas adornado.

De Marco Antonio el nombre se oscurece
Con estar de Cleopatra enamorado;
Y tú, Peno inmortal, lo repetiste
Cuando de Apulla á moza vil te diste.

CXLII.

»¿Mas puede uno librarse por ventura
De lazos que arma Amor tan blandamente
Entre la nieve humana y rosa pura
Y el oro y alabastro trasparente?

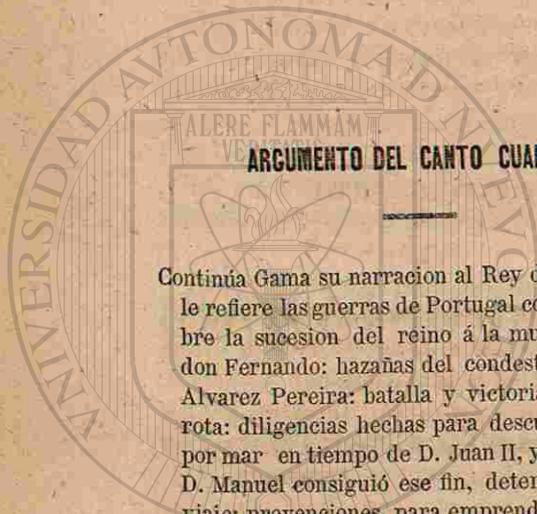
¿Quién resiste la plácida hermosura
De un rostro, de Medusa propiamente,
Que, si no en piedra, en Mongibelo inceso
Convierte el corazón que tiene preso?

CXLIII.

»¿Quién un dulce mirar, un gesto blando
Vió, ni una suave, angélica apariencia
Que sin cesar al alma está acechando,
Que hubiese contra tanto resistencia?
Disculpado por cierto está Fernando
Para quien del amor tiene esperiencia;
Mas quien dél libertó su fantasía,
Culpado mucho más le juzgaria.»

LOS LUSIADAS.

CANTO CUARTO.



ARGUMENTO DEL CANTO CUARTO.

Continúa Gama su narracion al Rey de Melinde, y le refiere las guerras de Portugal con Castilla sobre la sucesion del reino á la muerte del Rey don Fernando: hazañas del condestable D. Nuño Alvarez Pereira: batalla y victoria de Aljubarrota: diligencias hechas para descubrir la India por mar en tiempo de D. Juan II, y cómo el Rey D. Manuel consiguió ese fin, determinando este viaje: prevenciones para emprenderlo: embarque y despedida de los navegantes en las playas de Belem.

LOS LUSIADAS.

CANTO CUARTO.

I.

»Despues de procelosas tempestades,
Nocturnas sombras, sibilante viento,
Trae el alba serenas claridades,
Esperanza de puerto y salvamento;
Y alumbra el sol las negras soledades,
Apartando el temor del pensamiento;
Así en el reino fuerte acontecia,
Despues que el Rey Fernando fallecia.

II.

»Pues si los nuestros mucho desearan
Quien el daño y el mal fuese vengando
De aquellos que tan bien se aprovecharan
Del descuido remiso de Fernando,
Pasando poco tiempo lo alcanzaran,
A don Juan, siempre ilustre, levantando
Rey, de Pedro cual hijo y heredero,
(Aunque en verdad bastardo) verdadero.

III.

»Que era órden suya, el cielo con luz pura
 Por muy claras señales demostrólo,
 Cuando en Evora, hablando una criatura
 Antes de tiempo, fuerte nominólo;
 Y alzó el cuerpo y la voz de su envoltura,
 Cual cosa revelada por Dios solo,
 Y dijo: *Portugal* (la mano alzando),
Portugal por D. Juan, Rey venerando.

IV.

»Alterados entonces de las gentes
 Los pechos, que el rencor del odio abrasa,
 Crueldades horribles y evidentes
 Del pueblo hace el furor por donde pasa:
 Matando van amigos y parientes
 Del conde, y de la Reina, y de su casa;
 Que ella su incontinencia deshonesta
 Más, desde que está viuda, manifiesta.

V.

»Pero él, en fin, parece deshonorado
 Anté la Reina, que á salvarle acorre,
 De otros muchos muriendo acompañado;
 Que todo fuego inceso quema y corre.
 Quién muere, como Astíanax, arrojado
 (Sin órdenes valerle) de alta torre:
 Quién, sin valerle honor, altar, derecho,
 Desnudo por la calle, trozos hecho.

VI.

»Quedan con estas en bien largo olvido
 Las mortales fierezas que vió Roma,
 Hechas por Mario crudo, y el temido
 Sila, cuando el rival la fuga toma.
 Leonor por ellas y el dolor crecido
 Del muerto conde, que á su frente asoma,
 Opone á Portugal Castilla entera,
 Diciendo que es su hija la heredera.

VII.

»Pretenden que Beatrice, proclamada
 (Aunque la fama apenas lo concede)
 Por hija de Fernando, y ya casada
 Con el Rey de Castilla, el trono herede,
 Y con la voz Castilla levantada
 De que *la hija al padre le sucede,*
 Junta sus fuerzas ya para esta guerra
 De varios climas y diversa tierra.

VIII.

»Vienen de la provincia que de Brigo,
 Si fué, lleva ya el nombre derivado:
 Del suelo que Fernando y que Rodrigo
 Al opresor ganaron Máuro estado:
 No esquivan de las armas el castigo
 Los que cortando van con duro arado
 Los Leoneses campos, cuya gente
 Contra el infiel en armas fue escelente.

IX.

»Los Vándalos, de antigua valentía,
El blason conservando, se juntaban,
Cabeza de la estensa Andalucía,
Que del Guadalquivir las ondas lavan.
La noble isla tambien se apercibia
Que los de Tiro de antes habitaban,
Trayendo, como insignias verdaderas,
Las Hercúleas columnas por banderas.

X.

»Vienen tropas del reino de Toledo,
Ciudad noble y antigua, á quien cercando
El Tajo en torno va tranquilo y ledo,
Que de Cuenca en la sierra está manando.
Ni tampoco á vosotros pára el miedo,
¡Oh sórdidos Gallegos! duro bando
Que para resistir hoy os armásteis
A aquellos cuyos golpes ya probásteis.

XI.

»Mueven tambien de guerra negras furias
Al Vizcaino pueblo, que carece
De pulido decir, y las injurias
De estraños y de propios mal padece;
De Guipúzcoa la gente; y la de Asturias,
Que con minas de hierro se ennoblece,
De él armó á sus soberbios moradores,
Para ayudar guerreando á sus señores.

XII.

»Juan, que del pecho el ardimiento saca,
Cual las fuerzas Sanson de la guedeja,
De verse pocos la inquietud aplaca,
Y con los pocos se arma y apareja;
Y no porque razon le asista flaca,
Con los grandes señores se aconseja:
Mas solo por buscar verdad ó indicios,
Que siempre hubo, entre muchos, muchos juicios.

XIII.

»Y hay alguno que turba con razones
De todos la opinion y voluntades;
Y ya que el viejo esfuerzo en los varones
Se haya trocado en vicios y maldades,
Ya que puede el temor, en ocasiones,
Más que propios deberes y lealtades:
Niega al Rey, y á la Patria, y si conviene
Negará, como Pedro, al Dios que tiene.

XIV.

»Mas no en yerro cayó tan infelice
Don Nuño Alvar Pereira, sino que antes
Viendo que en sus hermanos se autorice,
Condena las flaquezas inconstantes
De los dudosos ánimos, y dice,
Con palabras más duras que elegantes,
Puesto el puño en la espada, y no jocundo,
Amenazando el mar, la tierra, el mundo:

XV.

—«¿Cómo de la alta raza Portuguesa
Ha de haber quien rehuse el patrio Marte?
¿Cómo de esta provincia, que princesa
Fue de gente de guerra en cualquier parte,
Ha de salir quien á su patria opresa
Niegue el amor, la fe, y esfuerzo, y arte,
Portugués siendo, y por ningun respeto,
Quiera su reino propio ver sujeto?

XVI.

»¡Qué! ¿vosotros no sois los descendientes
De aquellos que, al flotar de la bandera
Del grande Enriquez, fieros y valientes,
Vencieron á esa hueste tan guerrera,
Cuando tanto estandarte, tantas gentes
En huida pusieron, de manera
Que, aparte de la presa que cogieron,
Á siete ilustres condes nos trujeron?

XVII.

»¡Por quiénes fueron siempre destruidos
Sino por vuestros fuertes padres y avos,
Por Diónis y su hijo conducidos,
Estos de quien quereis veros esclavos?
¡Ea! si por pecados y descuidos,
Os trocó así Fernando en poco bravos,
Que os vuelva el nuevo Rey la fuerza ruda,
Si verdad es que un Rey á un pueblo muda.

XVIII.

»Teneis tal Rey, que si valor tuviéreis
Igual al Rey que agora levantásteis,
Desbaratar podreis á quien quisiéreis,
Cuanto más á quien ya desbaratásteis;
Y si con esto, en fin, aun no perdiéreis
El invencible miedo que tomásteis,
Las manos entregad, tascad el freno:
Resistiré yo solo al yugo ajeno.

XIX.

»Solo con mis vasallos, y con esta
(Y saca, así diciendo, media espada)
Defenderé de la ambicion infesta,
La tierra nunca de otros subyugada.
Del Rey en nombre y de la Patria espuesta,
Y de la fe que le teneis jurada,
Venceré, no solo estos adversarios,
Sino cuantos al Rey fueren contrarios.»—

XX.

»Como entre los mancebos acogidos
A Venusio, postrer resto de Cánmas,
Que al ir á darse cuasi por rendidos
Al poder de las huestes Africanas,
Hace el mozo Cornelio que, impelidos
Por su espada, le juren las romanas
Armas no abandonar, mientras la vida
No allí por todos fuere antes perdida:

XXI.

»Así á la gente esfuerza y fuerza en uno
 Alvarez; y á las últimas razones
 Remuévese el temor frío, importuno,
 Que abatiera hasta allí los corazones.
 Cabalgan en las fieras de Neptuno,
 Escarcean, blandiendo los lanzones,
 Y discurren gritando á abierta boca:
¡Viva el inclito Rey que nos convoca!

XXII.

»Las gentes del comun todas aprueban
 Guerra con que á la Patria se sostiene:
 Unos las armas limpian, ó renuevan,
 Que el orin de la paz gastadas tiene:
 Morriones, acolchados, petos prueban;
 Se arma cada varon cual le conviene:
 Trajes aprestan otros con colores
 Y letras y señal de sus amores.

XXIII.

»Con toda esta fulgente compañía,
 Juan fuerte sale de la fresca Abrantes:
 De Abrantes, donde corre fuente fria,
 Que surte el Tajo en linfas abundantes.
 Los primeros armígeros regia
 Quien bien regir pudiera los gigantes
 Ejércitos de Jerjes, con que pronto
 Pasó y volvió á pasar el Hellesponto:

XXIV.

»Nuño Alvarez Pereira, verdadero
 Azote de soberbios Castellanos,
 Como el Hunno lo fuera ya primero
 De los pueblos Franceses é Italianos;
 Y en el ala derecha otro guerrero,
 Afamado tambien, los Lusitanos
 Guia bajo su mando al enemigo...
 De Men-Rodrigo Vasconcelos digo:

XXV.

»Á Antõn Vazquez de Almada corresponde
 La ala izquierda regir de tropas dinas,
 El que despues, de Abranches noble conde
 Llegó á ser por sus glorias no mezquinas.
 Luego en la retaguardia no se esconde
 El pendon de Castillos y de Quinas,
 Dó Juan está, Rey noble en cualquier parte,
 Que oscurece el valor del mismo Marte.

XXVI.

»Rezando, por los muros, temerosas
 De la suerte que aguarda á sus varones,
 Las hermanas, las madres, las esposas,
 Van ayuno ofreciendo, y oraciones.
 Ya llegan las falanges belicosas
 Frente de los contrarios escuadrones,
 Que con grita espantable las reciben,
 Y dudas todos de la lid conciben.

XXVII.

»Suenan, del mal cercano mensajeras,
Las voces de clarines y atambores:
Los Alféreces írguen sus banderas,
Que muchas son y varias en colores.
Domina el seco tiempo que en las eras
Recogen su sudor los labradores:
Entra en Astréa el sol, y rige Agosto:
Baco esprime á las uvas dulce mosto.

XXVIII.

»Dió señal la trompeta castellana,
Horrenda, ingente, fiera, temerosa;
La oyó el Artabro monte, y el Guadiana
Atras volvió su linfa caudalosa:
La oyeron Duero y tierra Transtagana:
Llevó el Tajo á la mar su voz medrosa;
Y las madres, que el son rudo escucharon,
Á sus pechos los hijos estrecharon.

XXIX.

»Muchos rostros allí mudan colores,
Dando á la sangre el corazon abrigo;
Que en los grandes peligros, los temores
Mayores son á veces que el castigo:
Ó parécenlo así, que los furoros
De ofender y vencer al enemigo
Casi hacen no sentir la dolorida
Pérdida de los miembros y la vida.

XXX.

»Comiézase á trábar la incierta guerra:
De acá avanza y de allá la primer ala;
Á estos mueve el guardar la propia tierra;
Á aquellos la ambicion, mucha aunque mala.
Pronto el grande Pereira, en quien se encierra
Todo esfuerzo, el primero se señala:
Hiere aquí, rompe allí, siembra el terreno
De los que así le ocupan, siendo ajeno.

XXXI.

»Ya por el aire tiros estridentes
De arpon y flechas sin cesar volaban:
Bajo los duros pies de los ardientes
Caballos, monte y valle resonaban:
El romper de las lanzas, las frecuentes
Caidas todo en torno lo atronaban:
Del fiero Nuño, que al contrario apoca,
Carga el tropel sobre la gente poca.

XXXII.

»Ved allí que le embisten inhumanos
Los hijos de su padre, y no se espantan;
Que hacen poco en matar propios hermanos
Los que contra la Patria se levantan.
Muchos de esos apóstatas insanos
Van en ese escuadron, y se adelantan
Contra su misma sangre: ¡ejemplos viles,
Cual de Roma en los ímpetus civiles!

XXXIII.

»¡Oh tú Sertorio! ¡Oh fuerte Coriolano,
 Catilina, y vosotros dos, no amigos,
 Qué contra vuestras patrias, con profano
 Corazon, os alzásteis enemigos!
 Si allá en el reino oscuro de Sumano
 Recibiéreis gravísimos castigos,
 Decidles que cual ellos, ó peores,
 Lusitania tambien tuvo traidores.

XXXIV.

»Rómpense aquí los nuestros los primeros
 ¡Tanta es la gente que los cerca y daña!
 Nuño está allí; cual ves por los oteros
 De Ceuta al gran Leon, ardiendo en saña,
 En medio á los ginetes, que ligeros
 Discurren de Tetuan por la campaña:
 Con las lanzas le hieren, y él furioso
 Si turbado está un poco, no medroso.

XXXV.

»Con torva luz los vé; mas la natura
 Ferina y el ardor no le enflaquecen
 La espalda á dar: que brinca á la espesura
 De lanzas apiñadas que recrecen:
 Así don Nuño está, que la llanura
 Tiñe con sangre ajena: allí perecen
 De los suyos algunos: que el bizarro
 Cuerpo no puede á tantos, que es de barro.

XXXVI.

»Conoció Juan el riesgo que pasaba
 Nuño: que como jefe esclarecido,
 Todo lo recorría y animaba,
 A las palabras el ejemplo unido.
 Cual parida leona fiera y brava,
 Que los cachorros que dejó en el nido
 Ve que, mientras que el pasto ha procurado,
 El pastor de Masilia le ha robado:

XXXVII.

»Salta furiosa y ciega, y con rúgidos,
 Por el fragor de Siete Hermanos corre:
 Así Juan, con los suyos escogidos,
 A sostener la primer ala acorre:
 «¡Oh fuertes compañeros! ¡Oh subidos
 Caballeros á quienes Dios socorre,
 Vuestra tierra guardad, que la esperanza
 Está de libertad en vuestra lanza!

XXXVIII.

»Heme aquí que, Rey vuestro y compañero,
 Entre las picas corro y los paveses
 Y al contrario tropel voy el primero:
 Pelead, verdaderos Portugueses.»
 Así dice el magnánimo guerrero,
 Y tres veces del brazo los arneses
 Levanta y tira el asta; y cada tiro
 Arranca á muchos el postrer suspiro.

XXXIX.

»Encendidos, con esto, nuevamente
 Los suyos de vergüenza y noble fuego,
 Luchan sobre cual más, con brazo ardiente
 Riesgos arrostrará del marcial juego:
 Y ese ardor, que hasta el fierro esterno siente,
 Rompe mallas primero, y pechos luego;
 Y como si no estimen ya las vidas,
 Junto dan y reciben las heridas.

XL.

»Van á ver muchos el Estigio lago
 En cuyo cuerpo fierro y muerte entraba:
 Allí sucumbe el Mestre de Santiago,
 Que con esfuerzo altísimo lidiaba:
 También muere, causando horrible estrago
 El no menos feroz de Calatrava:
 Los Pereiras también la vida entregan;
 Y renegados, de morir reniegan.

XLI.

»Mucha gente del vulgo turbulento
 Y de nobles, con ella, va al profundo
 Donde el trifauce can siempre está hambriento
 De las almas que pasan de este mundo;
 Y porque más allí tenga escarmiento,
 La altivez del contrario furibundo,
 Hoy á los pies del Portugués se humilla,
 Cayendo, la bandera de Castilla.

XLII.

»Aquí el fiero combate se encrucece
 Con muertes, gritos, sangre, cuchilladas:
 La multitud de gente que perece,
 Las flores tiene de color mudadas:
 Ya dan espalda y vida: ya fallece
 El furor, y no sueñan las espadas:
 Ya de Castilla el Rey desbaratado
 Queda, y de su propósito mudado.

XLIII.

»Deja el campo á los fuertes vencedores
 De no dejar contento allí la vida.
 Los que quedan le siguen: sus terrores
 Alas les dan, no pies, en la fugida:
 Esconden en el pecho los dolores
 Del cuerpo, de la hacienda ya espendida,
 La ruina del orgullo, el duro enojo
 De ver que otro disfruta su despojo.

XLIV.

»Unos van maldiciendo y blasfemando
 Del primero que guerra hizo en el mundo:
 Otros la ambicion dura van culpando
 Del pecho de codicia sitibundo
 Que, por tomar lo ajeno, al miserando
 Pueblo espone á las penas del profundo,
 Dejando á tanta esposa, vírgen, madre,
 Sin hijos, sin maridos ó sin padre.

LXV.

»Estuvo el vencedor don Juan los dias
De costumbre en el campo, con gran gloria:
Con promesas despues y romerías,
Gracias le rinde al que le dió victoria.
Mas Nuño que no quiere por más vias
En el mundo dejar de sí memoria
Que por las de las armas soberanas,
A las tierras se pasa Transtaganas.

XLVI.

»Su destino le ayuda de tal arte,
Que pronto trueca en hecho el pensamiento:
Pues de Vándala tierra mucha parte
Le rinde su despojo y vencimiento;
Y de Sevilla el Bético estandarte
Y los de altos señores al momento
Caen ante sus plantas, honra, y presa
Que conquista la espada Portuguesa.

XLVII.

»De estas victorias y otras largamente
Eran los castellanos oprimidos,
Cuando la paz, ya ansiada de la gente,
Dan á los vencedores los vencidos,
Despues que quiso el Padre Omnipotente
Dar los Reyes rivales por maridos
A dos Princesas de Inglaterra, esposas
Dulces, prudentes, ínclitas y hermosas.

XLVIII.

»No sufre el pecho acostumbrado á guerra,
No tener enemigo ya á la mano;
Y así, no habiendo á quien vencer en tierra,
Va á embestir con las ondas del Oceáno.
Es este el primer Rey que se destierra
De su suelo por ir al Africano
A enseñar con las armas cuánto cede
A la cristiana ley la de Mahomede.

XLIX.

»Ir nadando aves mil por el argento
De la ancha espalda de la mar inquieta
Ved, las tendidas alas dando al viento,
Hácia dó puso Alcides la alta meta.
De Avila el monte y el seguro asiento
Toman de Ceuta, y al feroz Mahometa
Echan fuera; y segura á toda España
Dejan de otra Juliana indigna maña.

L.

»No permitió el Señor que los humanos
Le vieran mucho y Portugal se irguiese
Por tal Rey; que á los coros soberanos
Del alto cielo quiso que ascendiese.
Y para defension de Lusitanos,
Mandó quien le llevó, quien le supliese,
Aumentando en el suelo más que de antes
Noble generacion de altos Infantes.

LI.

»No fue el Rey don Duarte tan dichoso
 El plazo que ocupó la suma alteza;
 Que así el tiempo alternando va dudoso
 El bien y el mal, el gozo y la tristeza.
 ¿Quién vió siempre un estado deleitoso,
 Ni siempre en la ventura la fiজেza?
 Verdad es que en tal reino y tales Reyes
 Ella no usó tan largo de estas leyes.

LII.

»Cautivo vió á su hermano, el buen Fernando,
 Que á tan santas acciones aspiraba,
 Que por salvar de cerco miserando
 Al pueblo, al sarraceno se entregaba.
 Por amor á la patria va pasando
 La vida que de libre él hizo esclava,
 Por no dar en rescate á Ceuta fuerte;
 Y su mal en bien público-convierte.

LIII.

»Codro, porque el contrario no triunfase,
 Vencedor de la muerte, dió la vida:
 Régulo, porque Roma se librase,
 Contento vió su libertad perdida;
 Y este, porque la España no temblase,
 A eterno cautiverio se convida;
 Pues Codros, Curcios y los Decios fieles
 No á más costa ganaron sus laureles.

LIV.

»Alfonso, de aquel Rey solo heredero,
 ¡Nombre en armas feliz en nuestra Hesperia!
 Que el orgullo del bárbaro frontero
 Tornó en dura, humildísima miseria,
 Fuera en verdad invicto caballero
 Si no quisiera hollar la fuerte Iberia:
 Mas África dirá si al Rey terrible
 Que otro llegue á vencer será posible.

LV.

»Este las pomas coge al árbol áuro
 Que al Tirintio veloz solo no ilude:
 Y del impuesto yugo el fuerte Máuro
 La cerviz hasta ahora no sacude:
 La palma va en su frente y verde láuro
 Que gana al fiero bárbaro, que acude
 De Alcacér en defensa, fuerte villa:
 De Tángger vasta, y de la agreste Arcilla.

LVI.

»Todas tres por la fuerza al fin entradas,
 Abatieron los muros de diamante
 A las armas del Luso, acostumbradas
 A derribar cuanto hallan por delante.
 Maravillas de acciones estremadas,
 Dignas de las contar pluma elegante,
 Caballeros hicieron en la empresa,
 Acreciendo la fama Portuguesa.

LVII.

»Mas de ambicion cegado por la lumbre
Y de mandar por gloria amarga y bella,
Al de Aragon (Fernando) va, en la cumbre
Del poder, á embestir en su Castiella.
Júntase la enemiga muchedumbre
De la soberbia y varia gente de ella:
Que, desde Cádiz á Piréne fria,
Toda al Rey poderoso obedecia.

LVIII.

»En el reino quedar no quiere ocioso
El mancebo don Juan, y luego ordena
Ir en ayuda al padre codicioso,
A quien bien llega en situacion no buena.
Salióse al fin del trance peligroso,
Si no con gloria, con virtud serena;
Pues aunque asaz el íbero ha sufrido,
Quedó en duda si el Luso fue vencido.

LIX.

»Porque el hijo sublime y soberano,
Gentil, fuerte, animoso, caballero,
Haciendo al enemigo estrago insano,
Permaneció en el campo un día entero.
De este modo vencido fue Octaviano,
Y Antonio vencedor, su compañero,
Cuando de los que á César inmolaron
En los Filipios campos se vengaron.

LX.

»Mas luego que la oscura noche eterna
Llebose á Alfonso al Inmortal sereno,
El Príncipe que entonces lo gobierna
Todo fue Juan Segundo, Rey treceno.
Este, por ganar fama sempiterna
Cuanta pueda lograr un ser terreno
Los términos, que voy buscando ahora,
Dar quiso al mundo de la roja Aurora.

LXI.

»Manda á sus mensajeros, que pasaron
España, Francia, Italia celebrada,
Y allá en el puerto ilustre se embarcaron,
Donde ya fue Parténope enterrada:
Nápoles, dó sus hados se vengaron,
Despues de verla á tantos subyugada,
Subiéndola, tras tanto tiempo impío,
Al Español escelso señorío.

LXII.

»Por el noble mar Sículo navegan:
Ven las playas de Ródas arenosas:
Y luego á las riberas altas llegan
Con la muerte de Magno tan famosas:
A Mémfis y á las tierras van, que riegan
Las crecientes Nilóticas undosas:
Suben á la Etiópia, sobre Egito,
Que de Jesus conserva el santo rito.

LXIII.

»Pasan tambien las ondas Eritréas
Que el pueblo de Israel cruzó sin nave:
Dejan detras las gentes Nabathéas,
A quien el nombre de Israel les cabe:
Las costas odoríferas Sabéas,
Que de Adónis la madre vestir sabe,
Y la Arabia feliz van contemplando,
La Desierta y Petréa no cuidando.

LXIV.

»Entran en el estrecho, donde aun dura
De Babel confundida la memoria;
Dó el Eúfrates al Tigris se mistura,
Ríos que de su cauce sacan gloria.
De allí van en demanda de agua pura,
Que aun la causa ha de ser de larga historia,
Al Indo, entre las olas del Océano,
Las que así navegar no osó Trajano.

LXV.

»Vieron gentes incógnitas y estrañas
De la India, Carmania y Gedrosía,
Con diversas costumbres, y arte, y mañas,
Que cada clima y suélo forma y cria.
Pero de vias tantas y tamañas,
Volverse fácilmente no podia:
Allí, en fin, perecieron y quedaron;
¡Que á la patria querida no tornaron!

LXVI.

»Parece que guardaba el cielo en breve
A Manuel y á su gran merecimiento
Seguir esta alta empresa, á que le mueve
El más noble y sublime movimiento.
Al suceder á Juan no es mucho lleve
A su trono su escelso pensamiento;
Así que no tomó del reino el cargo,
Cuanto la ardua conquista del mar largo.

LXVII.

»La cual, como la voz siempre sonora
De aquella obligacion que le quedara
De sus pasados, que incesante implora,
No cesar de acrecer la tierra cara,
En paz no le dejaba á ningun hora;
Así que, al tiempo en que huye la luz clara,
De las estrellas que la noche traen
Y al reposo convidan cuando caen:

LXVIII.

»Ya en paz estando, en el dorado lecho
Dó la imaginacion no encuentra meta,
Revolviendo en la mente el cargo estrecho
A que su oficio y sangre le sujeta,
Llenó sus ojos, sin vaciarle el pecho,
Sueño que, aunque le embarga, no le aquieta,
Porque en tanto que laso se adormece,
Morfeo en formas mil se le aparece.

LXIX.

»Allí se le figura que subia
Muy alto, hasta tocar la prima esfera
Do por delante varios mundos via
Y naciones de gente estraña, fiera;
Y allá, muy junto á donde nace el día,
Después que su mirar largo tendiera,
Vió de montes, muy altos y distantes,
Nacer dos claras fuentes abundantes.

LXX.

»Por el verde fragor de las forestas,
Fieras y aves salvajes habitaban:
Árboles, matas, yerbas mil agrestas
Paso y trato á las gentes atajaban;
Estas duras montañas contrapuestas
Solo entre sí comunicar mostraban;
Y que de Adán hasta la edad presente,
No las pisó jamás planta viviente.

LXXI.

»Del agua se le antoja que salian,
A él sus largos pasos inclinando,
Dos hombres que muy viejos parecian,
De aspecto, aunque silvestre, venerando:
De las puntas del pelo les caian
Gotas que el cuerpo todo van bañando:
Su piel es de color negri-verdosa:
La barba hirsuta y fosca, mas copiosa.

LXXII.

»De ambos á dos la frente coronada
Ramaje no sabido y yerbas tiene;
Uno de ellos la marcha trae cansada,
Como quien de camino largo viene;
Y así el agua, con ímpetu alterada,
Parece que en distinta parte suene:
Tal el Arcadio Alféo en Siracusa,
A buscar va los brazos de Aretusa.

LXXIII.

»Este, que era el más grave en la persona,
De este modo hácia el Rey de lejos grita:
—«Monarca, á cuyos reinos y corona
Del mundo grande parte está prescrita:
Nosotros, cuya fama tanto abona
El que en nos nunca yugo se ejercita,
Te avisamos que es tiempo ya que mandes
A recibir de nos tributos grandes.

LXXIV.

»Yo soy el noble Gárges, que en la tierra
Celeste el cauce tengo verdadero;
Este es el Indo, Rey que en esa sierra
Que miras, su nacer tuvo primero:
Aun hemos de costarte dura guerra:
Mas con constancia tuya, á lo postrero,
A cuantos pueblos veas, valeroso
Rendirás á tu esfuerzo poderoso.»

LXXV.

»No dijo más el rio noble y santo,
 Pero huyeron los dos en un momento.
 Manuel despierta, con sublime espanto
 Y grande alteracion del pensamiento.
 Estiende en esto Febo el claro manto
 Por el pardo hemisferio soñoliento,
 Y el alba presta al cielo los colores
 De cándida azucena y rojas flores.

LXXVI.

»Llama el Rey á los Grandes á consejo
 Y la vision y el caso les relata:
 Les dice el razonar del santo viejo,
 Que les admira á todos y arrebatá;
 Y disponen naval grande aparejo,
 Con que, en navegacion menos ingrata,
 Lleve la gente que los mares corte,
 Y á regiones incógnitas aporte.

LXXVII.

»Yo no curaba mucho de que á punto
 Llegase lo que el pecho me pedia;
 Si bien gran cosa de tan grave asunto
 Présago el corazon me prometia:
 Mas no sé por qué causa ó qué presunto,
 O qué buena señal que en mí veria,
 En las manos me pone el Rey la llave
 De este acaecimiento vasto y grave.

LXXVIII.

»Y con ruego y palabras amorosas
 Quees, en Rey, el mandar que á más dispone,
 Me dijo:—«Cosas árduas y gloriosas
 El trabajo y fatiga las pospone:
 Hace á las gentes altas y famosas
 La vida que se pierde ó que se espone;
 Que cuando al miedo vil no se la humilla,
 Si menos dura, por más tiempo brilla.

LXXIX.

»Entre todos os tengo ya escogido
 Para alta empresa, cual á vos se debe:
 Trabajo ilustre, duro, esclarecido,
 Que yo sé que ha de seros por mí leve.»—
 Sin más oír, le dije:—«¡Oh Rey querido!
 Aventurarme á hierro, y fuego, y nieve,
 Es tan poco por vos, que se me idea
 Que esta vida muy pobre cosa sea.

LXXX.

»Imaginad tan bravas aventuras
 Cual Euristéo á Alcides inventaba:
 El Neméo León, las sierpes duras,
 El Jabalí Erimanto, la Hidra brava;
 Y, en fin, á las regiones ir oscuras
 De Dite ardiente y de la Estigia lava,
 Pues por vos tengo á riesgos, aun más que estos,
 La carne y el espíritu dispuestos.»

LXXXI.

»Con suntuosas mercedes me agradece
Y su alabanza, en mí, virtud produce;
Que mérito alabado vive y crece,
Y á escelsos hechos el loor conduce.
A acompañarme luego se me ofrece,
Del afecto movido que le induce,
No menos codicioso de honra y fama,
Mi hermano caro y fiel, Pablo de Gama.

LXXXII.

»Y á Nicolás Coello no me dejo,
Ya probado en trabajos los mayores:
Ambos son de valía y de consejo,
Y espertos en la guerra y sufridores;
Y de manceba gente me aparejo,
De quien enciende el campo los ardores;
Todos de esfuerzo grande, cual se pide
A quien á tales cosas se decide.

LXXXIII.

»Y fueron por Manuel remunerados,
Porque con más amor se apercibiesen,
Y con palabras altas animados
Para cuantos trabajos sucediesen.
Así fueron los Minias ajuntados
Para que al Vellocino acometiesen
En el bareo fatal, que osó primero,
Lanzarse al mar Euxino aventurero.

LXXXIV.

»Ya en el puerto de la ínclita Ulisena
Con noble ardor, sin miedo ni trabajo
(Donde mezcla su humor y blanca arena
A la salada mar el dulce Tajo),
Prestas las naves son; y no refrena
Ningun peligro el juvenil destajo;
Que pronta está á seguirme á cualquier parte
La gente de Neptuno y la de Marte.

LXXXV.

»Pasean los soldados, con vestidos
De variado color y pretensiones,
Si no menos de esfuerzos prevenidos
Para buscar del mundo más regiones.
En las naves los vientos complacidos
Tremolan los aéreos pabellones;
Y ellas juran, al ver los mares largos,
Ser del Olimpo estrellas, cual la de Argos.

LXXXVI.

»Despues de prepararnos de este porte
De todo lo que viaje tal demanda,
Preparamos el alma al postrer norte,
Que al náuta siempre ante los ojos anda;
Y al Poder sumo que la etérea corte
Sustenta con la vista veneranda
Imploramos favor que nos guíase,
Y que nuestros comienzos inspirase.

LXXXVII.

»Así partimos del augusto templo,
Que en las playas del mar está asentado,
Con el nombre del suelo, para ejemplo,
Donde fue Dios en carne al orbe dado.
Certificote ¡oh Rey! que si contemplo
Cómo fui de estas playas apartado,
De dudas y temores quedo lleno
Y apenas á mis ojos pongo freno.

LXXXVIII.

»De la ciudad la gente, en aquel día,
Unos de amigos, otros por parientes,
Muchos por ver tan solo, concurría
Con rostros pensativos, no rientes:
Nosotros con la santa compañía
De asaz de sacerdotes diligentes,
En procesion solemne, á Dios rezando,
Ibamos á las naves caminando.

LXXXIX.

»En tránsito tan largo y tan nocivo,
Por perdidos las gentes nos juzgaban:
Las mujeres con lloro compasivo,
Los hombres con suspiros que exhalaban,
Madres, hijas, esposas (que el más vivo
Amor más desconfía) acrecentaban
La desesperacion, el frío miedo
De no volver á vernos ya tan cedo.

XC.

»Cuál va diciendo: ¡Oh hijo! á quien tenía
Por refrigerio solo y dulce amparo.
De esta ya tan cansada vejez mía,
Que en lloro acabará penoso y raro,
¿Por qué me dejas en miseria impía?
¿Por qué de mí te ausentas, hijo caro,
A servir al funéreo enterramiento
En que á los peces sirvas de alimento?

XCI.

»Cuál, suelto el pelo: ¡Oh dulce, amado esposo,
Que de mi ser la clave sois maestra!
¿Por qué vais á esponer al mar furioso
Esa vida que es mía, y que no es vuestra?
¿Cómo, por un camino tan dudoso,
Os deja ir la amistad tan dulce nuestra?
Nuestro bien, nuestro amor, nuestro contento,
¿Con las velas quereis se lleve el viento?

XCII.

»Con tales voces y otras que decían
De piedad, y de amor, y de ternura,
Los viejos y los niños las seguían
En quien pone la edad mayor blandura.
Los más cercanos montes respondían
Cuasi movidos de tan gran tristura:
Las arenas sus lágrimas bañaban,
Que en el número de ellas se igualaban.

XCIII.

»No alzábamos nosotros la cabeza
A madre ni á mujer, en tal estado,
Por no ver quebrantarse la firmeza
Del propósito fuerte comenzado;
Y embarcarnos dispuse con presteza,
Sin el último adios acostumbrado;
Pues para el que se ausenta es dulce usanza,
Y al que queda le queda la esperanza.

XCIV.

»Mas un viejo de aspecto venerando,
Que en las playas quedaba entre la gente,
En nos puestos los ojos, meneando
Tres veces la cabeza tristemente,
La voz, pesada un poco, levantando,
Que en el mar escuchamos claramente,
Con el saber que la experiencia ha hecho,
Estas voces sacó del sabio pecho:

XCV.

«¡Oh gloria de mandar, vana codicia
De la soberbia á que decimos fama!
¡Oh fraudulento gusto, que se inficia
Con el aura vulgar que honra se llama!
¡Qué gran castigo impones, qué justicia
En el vano mortal que mucho te ama!
¡Qué peligros, qué luchas, qué tormentas,
Qué crueldades en él experimentas!

XCVI.

»¡Dura inquietud del alma y de la vida,
Fuente de desamparos y adulterios,
Sagaz consumidora conocida
De haciendas, y de reinos, y de imperios:
Llámante ilustre, grande, esclarecida,
Siendo digna de infames vituperios:
Llámante fama y dulcedumbre estraña,
Nombres con que al cerril pueblo se engaña.

XCVII.

»¿A qué nuevos desastres determinas
Conducir á estos reinos y á esta gente?
¿Qué peligros, qué muertes les destinás
Cubiertos de qué nombre preminente?
¿Qué promesas de reinos y de minas
Ricas, que les darás tan fácilmente?
¿Qué famas les prometes, y qué historias
Y qué triunfos, qué palmas, qué victorias?

XCVIII.

»Mas ¡oh generacion de aquel insano,
Cuyo pecado y gran desobediencia
No tan solo del reino soberano
Te condenó á la dura y triste ausencia,
Sino que de otro estado, más que humano,
De sencilla quietud y de inocencia,
Edad dorada, te arrojó al destierro
De esta vil de las armas y del hierro!

XCIX.

»Ya que en estas gustosas vanidades
 Alzas tanto la leve fantasía:
 Ya que á torpes fierezas y crueldades
 Distes existencia, y nombres, y valsa:
 Ya que precias en altas cantidades
 El despreciar la vida, que debía
 Ser estimada tanto, pues sintiera
 Tanto perderla Aquel que nos la diera:

C.

»¿No se halla de tí cerca el Ismaelita
 Con quien siempre tendrás nuevos embates?
 ¿No sigue él del Koran la ley maldita,
 Y tú por la de Cristo no combates?
 ¿No tienes pueblos mil, tierra infinita
 Cuando riqueza y suelo ganar trates?
 Y si quieres por gloria ser loado,
 ¿No es él en lid y en armas esforzado?

CI.

»¿Te dejas á tu puerta al enemigo,
 Buscando que lejano otro te salte,
 Por el cual se despueble el pueblo antiguo,
 Se enflaquezca y la vida al fin le falte?
 ¿Buscas incierto, incógnito castigo,
 Porque la fama te dé honor y exalte,
 Llamándote señor, con larga copia
 De Persia, India, Arabia y Etiópia?

CII.

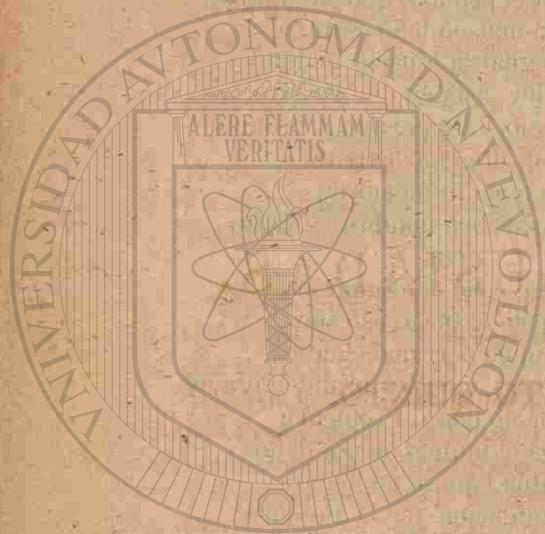
»¡Maldito tú el primero que en el mundo
 Distes lona á la mar en leño esquivo!
 El infierno te guarda espacio inmundo,
 Si es justa la ley justa en que yo vivo.
 ¡Ah! nunca juicio alguno alto y profundo,
 Ni sonoro laud, ni genio activo,
 Te dé por eso fama ni memoria,
 Antes contigo acaben nombre y gloria.

CIII.

»Para su mal robó del Empiréo
 El hijo de Japeto el fuego extraño
 Que por el mundo derramó el deseo,
 Vicios, deshonoras, muertes ¡grande engaño!
 ¡Cuánto mejor no fuera, Prometéo,
 Y cuánto para el mundo menos daño,
 Que á tu estatua famosa no llegara
 La luz de la ambicion que la animara!

CIV.

»No acometiera el mozo miserando
 El gran carro paterno, ni el vacío
 El arquitecto con el hijo, dando
 Fama el uno á la mar, y el otro al río.
 Ningun intento sumo, audaz, nefando,
 Por tierra y agua, y fierro, y fuego, y frío,
 De acometer dejó la especie humana:
 ¡Miserable suerte, condicion tirana! »



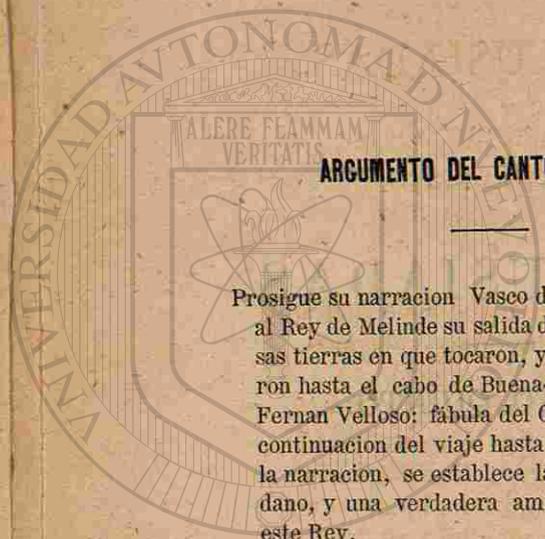
LOS LUSIADAS.

CANTO QUINTO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO



ARGUMENTO DEL CANTO QUINTO.

Prosigue su narración Vasco de Gama, y describe al Rey de Melinde su salida de Lisboa: las diversas tierras en que tocaron, y las gentes que vieron hasta el cabo de Buena-Esperanza: caso de Fernan Velloso: fábula del Gigante Adamastor: continuación del viaje hasta Melinde: concluida la narración, se establece la paz con el Melindano, y una verdadera amistad entre Gama y este Rey.

LOS LUSIADAS.

CANTO QUINTO.

I.

»Esta sabia doctrina el viejo honrado
Vociferando estaba, cuando abrimos
Las alas al sereno y sosegado
Cielo, y del puerto plácido partimos;
Y, como es en el mar lo acostumbrado,
Las velas al soltar, el viento herimos
Buen viaje, demandando: luego el aire
Dió á los leños su marcha y su donaire.

II.

»En este tiempo el rey de eterna lumbre
Entraba en el Nemeo truculento,
Y el mundo, con creciente pesadumbre,
Iba en su sesta edad, enfermo y lento:
En ella ve, cual tiene por costumbre,
De su curso el catorce veces ciento,
Con más noventa y siete, que corria,
Cuando en el mar la armada se estendia.

III.

»La vista poco á poco se destierra
De aquellos patrios montes que quedaban:
Quedaba el Tajo ameno y la alta sierra
De Cintra, en que los ojos se alargaban:
Tambien quedaban en la amada tierra
Corazones que amores mil llenaban;
Y ya, despues que todo se escondia,
No vimos más, en fin, que el mar y el dia.

IV.

»Así fuimos abriendo aquellos mares,
Que nunca holló generacion pasada,
Las nuevas islas viendo, y los hogares
Que Enriquez descubrió con arte osada,
Los Mauritanos montes y lugares,
Tierra un tiempo de Antéo disfrutada,
Dejamos á la izquierda: al diestro lado,
Si hay otra, de sospecha no ha pasado.

V.

»Por la gran isla fuimos de Madera,
Que del mucho arbolado así se llama,
De las que hemos poblado la primera,
Más sabida por nombre que por fama;
Pues ni por ser del mundo la postrera,
Le dan ventaja las que Vénus ama;
Antes, si suya fuese, en sus placeres
La prefiriera á Páfos, y á Citéres.

VI.

»De Masilia pasé la playa adusta,
Dó su ganado los Zenégües pastan.
Gente que frescas aguas nunca gusta,
Pues ni las yerbas á sus usos bastan:
Dó la tierra al cultor rechaza injusta:
Dó hay aves que en su vientre el fierro gastan,
Dó se padece, en fin, estrema inópia,
Y Berbería apártase de Etiópia.

VII.

»El límite pasamos á dó llega
El sol que para el Norte el carro guia,
Donde yacen los pueblos á quien niega
El de Climéne la color del dia.
Aquí gentes estrañas lava y riega
Del negro Senegal el agua fria,
Donde el Cabo Arsinario el nombre pierde,
Poniéndole nosotros *Cabo Verde*.

VIII.

»Pasamos las Canarias, islas fijas
Que tuvieron por nombre *Afortunadas*;
Entramos navegando por las hijas
Del viejo Hesperio, Hespérides llamadas:
Tierras por dó sorpresas mil prolijas
Fueron hallando ya nuestras armadas:
Allí tomamos puerto con buen viento,
Para tomar despues mantenimiento.

IX.

»La que mejor al caso pareció,
Es la que el nombre toma de Santiago,
El que tanto á españoles ayudó
A hacer entre los moros grande estrago.
De aquí, mientras que Bóreas aventó,
Tornamos á cortar el vasto lago
Del salado Oceáno: así salimos
De la tierra en que el dulce pasto hubimos.

X.

»Por aquí rodeamos larga parte
De Africa, que dejáramos á Oriente:
De Jalof la provincia, que reparte
A una y otra nación la negra gente:
La muy grande Mandinga (por cuyo arte
Logramos el metal rico y luciente),
Que del corbo Gambéa el agua admite,
Que entra luego en la concha de Anfitrite.

XI.

»Y pasamos las Dórcadas, guardadas
Por hermanas que un tiempo allí vivian,
Que del ver natural siendo privadas,
Todas tres de un solo ojo se servian;
Si tú sola, con trenzas encrespadas,
Que hasta el seno á Neptuno descendian,
De las tres la más fea te volviste,
Y la arena de vívoras henchiste.

XII.

»Siemprehacia el Austro, en fin, la prora aguda,
En el inmenso golfo nos metimos,
Dejando la Leona sierra cruda,
Y el cabo al que de Palmas nombre dimos;
Y el grande rio, en que batiente suda
El mar en playas ciento que allí vimos,
Quedó, con la isla insigne que ha tomado
El nombre del que á Dios tocó el costado.

XIII.

»Allí el muy vasto reino está del Congo,
Que convertimos á la fe de Cristo,
Por donde el Záine pasa claro y longo,
Rio de los antiguos nunca visto.
Por este mar á navegar me pongo
Largo al sabido polo de Calisto,
Habiendo el punto ardiente ya pasado,
Dó la mitad del mundo se ha contado.

XIV.

»Ya descubierta habíamos al frente,
En el nuevo hemisferio, nueva estrella
No vista de otros; que la ignara gente,
Incierta largo tiempo estuvo de ella;
Vimos la parte allí menos luciente,
Y por la falta de astros menos bella,
Del polo fijo, donde aun no se sabe
Si empiece tierra, ó si la mar no acabe.

XV.

»Así pasando los marinos llanos,
 Por los cuales dos veces pasa Apolo,
 Dos inviernos haciendo y dos veranos,
 En cuanto va del uno al otro polo:
 Entre las calmas ó ímpetus insanos
 Con que siempre la mar agita Eolo,
 Las Osas vimos, con dolor de Juno,
 En las aguas bañarse de Neptuno.

XVI.

»Propiamente contar las duras cosas
 De la mar que los hombres poco entienden,
 Las súbitas borrascas temerosas,
 Relámpagos que el agua en fuego encienden,
 Negras lloviznas, noches tenebrosas,
 Los silbos de Aquilon que el aire hienden
 No menos fuera error, que grave apuro,
 Aunque fuese mi voz de bronce duro.

XVII.

»Los casos ví que rudos marineros,
 De quien maestro fue larga experiencia,
 Cuentan por ciertos siempre y verdaderos,
 Las cosas al juzgar por su apariencia:
 Casos que, los de juicios más enteros,
 Que solo ven por puro ingenio y ciencia
 Del mundo los secretos portentosos,
 Los dan por mal sabidos y engañosos.

XVIII.

»Ví, visto claramente, el fuego vivo
 Que la gente de mar tiene por santo
 En tiempo de tormenta ó viento esquivo,
 De tempestad horrible y triste llanto.
 Y no menos fue á todos escesivo
 Milagro y cosa cierta, y de alto espanto,
 Ver las nubes sorber por caño estenso,
 Y las aguas subir del plano inmenso.

XIX.

»Yo ví con claridad (y no presumo
 Que me engañó la vista) levantarse
 Un cierto vaporcillo y sutil humo,
 Que, agitado del viento, fue á enroscarse,
 Y elevado en columna, al polo sumo
 Subió tan tenue y fino, que notarse
 De ojo no muy esperto mal podria,
 Pues materia de nube parecia.

XX.

»Ibase poco á poco acrecentando
 Y más que un ancho mástil se engruesaba,
 Aquí haciéndose estrecho, allí ensanchando,
 Segun los golpes de agua que chupaba:
 Con las nubes mecíase ondulado,
 Y por cima un nublado se espesaba,
 Mostrándose más lleno y más crecido,
 Con la gran copia de aguas que ha bebido.

XXI.

»Cual tenaz sanguijuela que porfia
 En los belfos de bestia (que imprudente
 Bebiendo la cogió de fuente fria),
 En sangre ajena hartar su sed ardiente:
 Que chupa más y más, y engruesa y cria,
 Llenándose y creciendo largamente:
 Tal la grande columna hinchendo aumenta
 Su fusta y la alta nube que sustenta.

XXII.

»Mas despues que del todo se ve harta,
 El pie que toca al golfo es bien recoja,
 Y que lloviendo por los aires parta:
 Ya el agua de la mar con aguas moja,
 Y vuelve al mar el robo que la infarta:
 Mas si salado fue, dulce le arroja.
 ¡Vean ora los sabios de este mundo
 Qué arcano aquí se encierra tan profundo!

XXIII.

»Si los viejos filósofos, que hollaran
 Tantas tierras, por ver secretos de ellas,
 Por tanto riesgo cual pasé, pasaran,
 Maravillas topando y cosas bellas:
 ¡Qué escritos tan magníficos dejaran!
 ¡Qué influencias de signos y de estrellas!
 ¡Qué estrañezas! ¡qué insignes cualidades!
 Y todo, sin mentir, puras verdades.

XXIV.

»Pero ya cinco veces, bien ligero,
 El planeta, que el primo cielo habita,
 Ora el su medio rostro, ora el entero,
 Mostró, mientras el mar la escuadra agita,
 Cuando de la alta gavia un marinero
 De pronta vista *¡tierra, tierra!* grita;
 Y á la cubierta la gaudiosa gente
 Salta, y ve el horizonte del Oriente.

XXV.

»A manera de nubes ya se aclaran
 Poco á poco los montes que antes vimos:
 Las áncoras pesadas se preparan,
 Y en llegando, las velas recogimos;
 Para que así más ciertas se mostraran
 Las partes que tan lejos descubrimos,
 Por el nuevo instrumento de Astrolabio,
 Invencion de sutil ingenio y sabio:

XXVI.

»Desembarcamos luego en la espaciosa
 Arena dó la gente se lanzaba
 De ver las cosas raras codiciosa
 De tierra que otro pueblo no soñaba:
 Mas yo, con los pilotos, en la hermosa
 Playa (por ver la parte en que me hallaba)
 Me detengo á tomar del sol la altura,
 Y á acompañar del mundo la figura.

XXVII.

»Y vi que habia ya más que pasado
Del semicapro pez la grande meta,
Estando entre ella y el circuito helado
Austral, parte del mundo más secreta.
Aquí, de mis compañeros rodeado,
Un hombre extraño ví, de cutis prieta,
Que la gente prendió, mientras apaña
Dulces panes de miel en la montaña.

XXVIII.

»Él parece cual hombre sorprendido
Que no se ha visto nunca en tal extremo:
Ni entiende, ni de nos es entendido,
Salvaje más que el rudo Polifemo:
Le enseñe muestras del vellon pulido
Dó el de Cólcos halló metal supremo,
Y plata fina, y rica especería;
Y á nada de esto el bruto se movía.

XXIX.

»Mándo mostrarle luego con empeño,
Ya cuentas varias de cristal luciente,
Ya algun sonante cascabel pequeño,
Ya un gorro del color de grana ardiente;
Y conocí, por su cambiar de ceño,
Que con esto se alegra largamente:
Le hago soltar, con todo, y así fuimos
Para el pueblo que ya muy cerca vimos.

XXX.

»Mas luego al otro dia sus parceros,
Desnudos, negros como tinta nueva,
Vienen bajando á nos por los oteros,
Las piezas á buscar que el otro lleva;
Y domésticos tanto y compañeros
Se nos muestran, que logran que se atreva
A ir Fernan Velloso á ver sus modos;
Y al monte y poblacion sube con todos.

XXXI.

»Es Velloso en sus fuerzas muy confiado,
Y de arrogante cré que va seguro:
Mas un espacio grande ya ha pasado
En que un buen signo descubrir procuro
Del explorante audaz con el cuidado,
Cuando vé aquí que por el monte oscuro
Aparece, y segun del trote infiero,
Muy más de lo que fue, vuelve ligero.

XXXII.

»A recogerle el bote se aproxima
De Coello, mas antes que llegase,
Un Etfopé audaz se le echa encima,
Porque no el Portugués se le escapase;
Y otro, y otro despues; y él ya se estima
Perdido, sin que nadie le ayudase:
Mas yo acudo; y ya llego á remo abierto,
Cuando un negro tropel es descubierta.

XXXIII.

»Nube espesa de flechas y pedradas
 Llueve sobre nosotros sin medida;
 Y no fueron al aire en vano echadas,
 Que esta pierna de allí saqué yo herida:
 Mas nosotros, cual gentes traicionadas,
 La respuesta les dimos tan cumplida,
 Que, más que en los birretes, se sospecha
 Que llevan color rojo de esta hecha.

XXXIV.

»Y así que puesto en salvo fue Velloso,
 Luego nos recogimos á la armada;
 Y viendo ya el designio codicioso
 De la gente bestial, bruta y malvada,
 De quien ningun aviso provechoso
 Pudiéramos tener de la India ansiada,
 Sino el estar aún de ella muy distante,
 Pronto la quilla al mar lancé cortante.

XXXV.

»Dijo entonces á Velloso un compañero
 (Y en todos causó risa la salida):
 —«¡Hola! amigo Velloso, aquel otero
 Es de mejor bajada que subida.»
 —«Sí (responde el osado aventurero):
 Mas cuando tantos perros de embestida
 Bajaron, venir quise donde estábais,
 Recordando que acá sin mí quedábais.»

XXXVI.

»Y nos contó que al punto que pasaron
 El monte, no quisieron ya dejarle
 Los perros de quien hablo: mas trataron,
 Si allí no se paraba, de matarle.
 Luego, retrocediendo, se emboscaron,
 Porque saliendo nos para tomarle,
 Nos pudieran mandar al reino oscuro,
 Y robarnos así más de seguro.

XXXVII.

»Cinco soles en tanto eran cumplidos,
 Desde de allí partimos, cortando
 Los mares hasta allí jamás corridos,
 Siempre los vientos prósperos soplando;
 Cuando, estando una noche entretenidos
 En la cortante prora, vigilando,
 Una nube que el ámbito oscurece,
 Sobre nuestras cabezas aparece.

XXVIII.

»Tan cargada venia, y tan malina,
 Que miedo grande en nuestras almas puso;
 Pues cual si diese en vago en roca alpina,
 Bramaba negra el agua en son confuso.
 ¡Oh tempestad (esclamé yo) divina!
 ¡Qué amenaza celeste, qué desuso
 De este mar y este clima se presenta
 Que aparece aun más cosa que tormenta?

XXXIX.

»Y no acababa yo, cuando figura
 En el aire se vió robusta y válida,
 De deformé y grandísima estatura,
 De rostro pavoroso y barba escuálida,
 De ojos, que en cueva están, y de apostura
 Espantable y de piel cetrina y pálida;
 Algas lleva del pelo en los anillos,
 Y en negra boca, dientes amarillos.

XL.

»Tan grande era de miembros, que bien oso
 Certificarte que este era el segundo
 De Rodas estrañísimo Coloso,
 Que uno de los milagros fue del mundo:
 Nos habla en son de voz tan espantoso,
 Que parece salir del mar profundo;
 Y á todos, al oille solo y vello,
 Se nos rigen las carnes y el cabello.

XLI.

»Y—«¡oh gente (dice) osada más que cuantas
 Hicieran en el mundo horrendas cosas!
 Tú, que por guerras vas tales y tantas,
 Y por pena y trabajos no reposas;
 Pues los vedados términos quebrantas,
 Y navegar los anchos mares osas
 Que há tanto tiempo guardan mis cuidados,
 Nunca de estraño ó propio leño arados:

XLII.

»Pues rompes los secretos escondidos
 De natura y del húmido elemento,
 A ningun grande humano concedidos,
 De noble ó de inmortal merecimiento:
 Los daños oye aquí que apercibidos
 Están á tu soberbio atrevimiento,
 Por todo el vasto mar y por la tierra
 Que aun has de sojuzgar con dura guerra.

XLIII.

»Sabe que cuantas náos este viaje
 Que tú logras hicieren atrevidas,
 Hallarán enemigo este paraje,
 Con vientos y tormentas desmedidas:
 Y en la primera armada, que pasaje
 Haga por estas ondas mal sufridas,
 Causaré tal estrago de improviso,
 Que aun será más el daño que el aviso.

XLIV.

»Aquí espero tomar, si no me engaño,
 De quien me descubrió fiera venganza;
 Ni en esto ha de parar tan solo el daño
 De vuestra osada y pertinaz confianza:
 Mas vuestras naves sufrirán cada año
 (Si verdad es lo que mi juicio alcanza)
 Naufragios y desdichas de tal suerte,
 Que de ellas la menor será la muerte.

XLV.

»Y del primero aquel, que la ventura
Alcanzó de unos hechos gigantéos,
Seré nueva y eterna sepultura,
De Dios por los recónditos deseos:
Aquí de la Turquesa gente dura
Vendrá á humillar los ínclitos trofeos:
Y Quilóa y Mombaza destruidas,
Le amenazan conmigo doloridas.

XLVI.

»Otro vendrá tambien de ilustre fama,
Liberal, caballero, enamorado,
Y consigo traerá la hermosa dama
Que amor por gran merced habrále dado:
Triste destino y negro mal le llama
A este mi reino; que implacable, airado,
Para largos trabajos y escesivos,
De gran naufragio dejarélos vivos.

XLVII.

»Verá de sed morir sus hijos caros,
Con tanto amor formados y nacidos;
A los Cafres verá quitar avaros,
A la dama pulida sus vestidos;
Y los de blanca nieve miembros raros,
Al aire, al frio, al mar verá ofrecidos,
Después de haber pisado largamente,
Con sus mórbidos pies la arena ardiente.

XLVIII.

»Y ver podrán los ojos que escaparen
De tanto mal y negra desventura,
El final que los tristes alcanzaren
En la implacable y férvida espesura:
Pues luego que las piedras ablandaren,
Con lágrimas de insólita amargura,
De su prision con vencedoras palmas,
Abrazados verán salir sus almas.»—

XLIX.

»Másqueria ir diciendo el mónstruo horrendo,
De nuestra suerte y hados, cuando erguido
Dije:—«¿Y quién eres tú? Que ese estupendo
Cuerpo en verdad me tiene sorprendido.»
La boca y negros ojos retorciendo,
Y dando un espantoso y gran bramido,
Me respondió con voz lenta y no clara,
Cual si de la pregunta le pesara:

L.

—«Yo soy aquel oculto y grande Cabo
A quien llamáis vosotros Tormentorio:
Que nunca á Pompio, Toloméo, Estrabo,
Plinio, ni á cuantos fueron, fue notorio.
Yo la costa del Africa aquí acabo
Con el mi nunca visto promontorio,
Que para el polo Antártico se estiende,
A quien vuestra osadía tanto ofende.

LI.

»Fuí de los duros hijos de la tierra,
 Cual Encélado, Egéo, y Centimano:
 Me llamé Adamastor: hice la guerra
 Contra el que vibra rayos de Vulcano;
 Y no poniendo sierra sobre sierra,
 Mas las ondas ganando del Oceáno,
 Capitan fuí del mar por donde andaba
 La armada de Neptuno que buscaba.

LII.

»Amor por la alta esposa de Peléo
 Hízome de esa empresa ser el cabo,
 Y á las hijas no amé del Empiréo,
 Por seguir á la Reina del mar bravo.
 Un dia con las hijas de Neréo
 La ví salir desnuda; y luego esclavo
 El corazon sentí de tal manera,
 Que desde allí no hay cosa que más quiera.

LIII.

»No siéndome el lograr su afecto dable,
 Por la grandeza fea de mi gesto,
 La juzgué por las armas conquistable,
 Y á Dóris puse el caso manifiesto.
 Esto dió que, por miedo, á Tétis hable:
 Mas ella con gentil sonrisa honesto
 Respondió: *¿Pues qué amor hay suficiente
 De ninfa para esposo tan ingente?*

LIV.

»Con todo, por librar nuestro aledaño
 Mar de tal guerra, buscaré manera
 Con que, con la honra mia, escuse el daño;
 Tal respuesta me da la mensajera:
 Yo, que caer no pude en este engaño
 (Que es grande en los amantes la ceguera),
 Henchúme, con insólita confianza,
 El pecho de deseos y esperanza.

LV.

»Y necio, y ya de guerra desistiendo,
 Una noche, de Dóris prometida,
 Ví de lejos el rostro apareciendo,
 De aquella blanca Tétis, tan querida:
 Como loco al instante corrí, abriendo
 Los brazos hácia aquella que era vida
 De mi ser, y empecé los ojos bellos
 A besarla, y la faz, y los cabellos.

LVI.

»¡Oh! que no sé de enojo si lo cuentel
 Que en mis brazos creyendo á la que amaba,
 Abrazado me hallé con un ingente
 Monte de jaras y espesura brava,
 Y un escollo teniendo frente á frente,
 Que por el rostro angélico tomaba;
 Con que hombre no fuí ya, mas quedé mudo,
 Y junto de un peñasco, otro más rudo.

LVII.

»¡Oh ninfa la más bella del Océano!
 Ya que la mi presencia no te agrada,
 ¿Qué te costó guardarme el símil vano,
 Ya fueses monte, nube, sueño, ó nada?
 Luego partí rabioso y cuasi insano,
 De la pena y deshonra allí pasada,
 Otro mundo á buscar, donde no viese
 Quien de mi llanto y de mi mal riese.

LVIII.

»Eran ya en este tiempo mis hermanos
 Vencidos y en miserias singulares;
 Y por alivio de los dioses vanos,
 Montañas son de algunos espaldares;
 Y como contra el cielo nunca hay manos,
 Yo, que andaba llorando mis pesares,
 A sentir empecé de hado enemigo,
 Por mis atrevimientos, el castigo.

LIX.

»Mudóseme la carne en tierra dura,
 Y mis huesos peñascos se volvieron:
 Estos miembros que ves, y esta estatura,
 Por estas anchas aguas se estendieron:
 De este remoto Cabo en la figura
 Los dioses mi gran cuerpo convirtieron;
 Y para que mis penas sean solas,
 Me anda Tétis cercando con sus olas.»—

LX.

»Así decia, y con doliente lloro
 Súbito de mis ojos se separa:
 Deshácese la nube, y de sonoro
 Bramido suena lejos timbre rara.
 Yo las manos alzando al santo coro
 De ángeles, que tan lejos nos guíara,
 Pedí á Dios que apartase aquellos duros
 Casos que Adamastor contó futuros.

LXI.

»Piróis y Flegón ya van volviendo,
 Con los dos más el carro fulgurante,
 Cuando la escelsa tierra iba saliendo
 En que fue convertido el gran gigante.
 De esa costa á lo largo aquí rompiendo
 Las olas á sulcar, hácia el Levante,
 Por ella abajo un poco navegamos,
 Y por segunda vez tierra tomamos.

LXII.

»Las gentes que en sus límites habia,
 Aunque tambien Etopes nacieron,
 Mostraban condicion menos impía
 Que los que antes tan mal nos recibieron.
 Con bailes y con fiestas de alegría,
 Por la arenosa playa á nos vinieron,
 Sus esposas trayendo, y su ganado,
 Que apacentaban gordo y bien cuidado.

LXIII.

»Las quemadas mujeres van encima
De los bueyes corníferos sentadas,
Animales que tienen en estima,
Más que los de las otras sus manadas:
Cántigas de pastor, en prosa ó rima,
Cantan en su lenguaje, concertadas
Al dulce son de rústicas avenas,
De Títiro imitando á las Camenas.

LXIV.

»Estos que aparecian placenteros
Á la vista, propicios nos trataron,
Trayéndonos gallinas y carneros,
En cambio de otras cosas que llevaron:
Mas como en fin jamás los compañeros
Ni palabra ni indicio les sacaron
Que nos sirva á encontrar lo que pedimos,
Las blancas lonas á los vientos dimos.

LXV.

»Dado habíamos ya rodeo ingente
Á la costa africana, y ya tornaba
La prora á demandar el centro ardiente
Dó el cielo y polo Antártico quedaba;
Y dejamos la línea, dó igualmente
Otra armada encontróse, que buscaba
El Tormentorio cabo, y descubierto,
Hizo de ella tambien su rumbo cierto.

LXVI.

»Fuimos de aquí sulcando muchos dias,
Entre tormentas tristes y bonanzas,
Al ancho mar abriendo nuevas vias,
Solo llevados de arduas esperanzas:
Luchas tuvimos con las ondas frias;
Que como todo en ellas son mudanzas,
Allí corriente hallamos tan pujante,
Que pasar nos costó más adelante.

LXVII.

»Era mayor la fuerza en demasía,
Segun que para atrás nos empujaba,
Del mar, que contra nos allí corría,
Que la del viento que por nos soplabá:
Noto, que airado está de la porfía
Que con el mar parece sustentaba,
Esfuerza su soplar furiosamente,
Con que vencer nos hace la corriente.

LXIII.

»Traia el sol el dia celebrado,
En que tres Reyes desde el rojo Oriente
Van á buscar un Rey de corto estado,
En quien tres forman uno solamente:
En tal luz otro puerto fue tomado
Por nos de aquella misma negra gente,
En ancho rio, al cual el nombre puse
Del dia en que á su playa entrar dispuse.

LIX.

»De ese pueblo vituallas adquirimos,
Y agua fresca del río: más no pudo
Luz allí descubrirse cual quisimos,
Que el negro es con nosotros casi mudo.
¡Oh Rey! Ve aquí por cuales tierras fuimos,
Sin salir nunca de aquel pueblo rudo,
Sin nunca hallar noticias ni señales,
De las buscadas tierras orientales.

LXX.

»Imagínate ahora ¡cuán cuitados
Andaríamos todos, cuán perdidos,
Por hambres, por tormentas quebrantados,
Por climas y por mares no sabidos:
De esperar realidades tan cansados,
Cuanto á desesperar ya compelidos:
Por cielo innatural, de leyes varias,
A nuestra propia especie tan contrarias!

LXXI.

»Ya dañado y corrupto el alimento,
Doliente, enfermo el flaco cuerpo humano:
Sin tampoco encontrar contentamiento
Con que engañar el esperar en vano:
¿Piensas tú que si el nuestro ajuntamiento
Del soldado no fuese Lusitano,
Por ventura siguiera así obediente
Tanto tiempo á su Rey y á su regente?

LXXII.

»¿Piensas que no los vieras tú ya alzados
Contra su capitán, si mal los mira,
Haciéndose piratas, obligados
De desesperación, de hambre, de ira?
Grandemente, por cierto, están probados,
Pues que ningún trabajo les retira
De aquella Portuguesa alta escelencia
De firme lealtad y de obediencia.

LXXIII.

»Dejando el puerto, en fin, del dulce río,
Y volviendo á cortar la agua salada,
Hicimos de esta costa algún desvío,
Echando al alto mar toda la armada
Porque Noto, soplando manso y frío,
No nos dejara en calma en la ensenada
Que la costa de aquella parte indica
Donde el oro nos dá Sofála rica.

LXXIV.

»Y despues de pasarla, el breve lema
(Que encomendado á Nicolás se sabe)
Para dó rompe el mar su ímpetu estrema
Guía las proras de una y otra nave,
Cuando ya el corazón, que espera y trema,
Y que tanto ha fiado á débil trabe,
Yendo al fin de esperar desesperado,
Fue de gran novedad alborozado.

LXXXI.

»Ocurrió que de un mal (de que ni idea
Jamás tuve), cruel, sucio, acabáran
Muchos cuerpos, y en tierra estraña y fea,
Para siempre sus huesos se enterráran.
Sin verlo, ¿habrá quizá mortal que crea,
Que tan disformemente allí se hincharan
Las encías, que, mientras que crecía,
En la boca la carne se podría?

LXXXII.

»Podríase con peste y maleficio
Tanto, que el aire en torno inficionaba:
De médico no había el beneficio,
Y menos cirujano hábil se hallaba:
Mas cualquiera, no docto en ese oficio,
Por la podrida carne así cortaba,
Cual si de muerto fuese; y convenia:
Que á quien no la cortaban, se moria.

LXXXIII.

»En fin, en esta incógnita espesura
Dejamos, para siempre, camaradas
Que en tal camino y tanta desventura
Nos siguieron, con almas esforzadas.
¡Cuán fácil halla el cuerpo-sepultura!
Cualquiera mar ó tierras apartadas,
Cualquier otero humilde, cual los de esos,
De los más grandes guardará los huesos.

LXXXIV.

»Así que del fatal lugar partimos,
Con fe mayor, si con mayor tristeza,
Y por la costa abajo el mar abrimos,
Buscando signos de mejor certeza,
En la infiel Mozambique nos metimos:
De cuya falsedad y gran vileza
Ya serás sabedor, con los villanos
Actos de los Mombazes inhumanos.

LXXXV.

»Luego vinimos á tu fácil puerto
Dó al suave goce de tu genio grato,
Que saludará á un vivo y vida á un muerto,
Nos trujo el hado, al fin, benigno un rato.
Aquí reposo, aquí dulce concierto,
Aquí el consuelo de tu dulce trato
Hallamos; y vé aquí, si atento oiste,
Que todo te conté cuanto pediste.

LXXXVI.

»¿Piensas tú ahora ¡oh Rey! que hubo en el mundo
Gentes que tal camino acometiesen?
¿Juzgas que tanto Enéas, ó el facundo
Ulises por el mundo se estendiesen?
¿A ver lanzóse alguno mar profundo,
Por muchos que dél versos se escribiesen,
Más del que á impulso ví de esfuerzo y arte,
Que es del que aun he de ver la octava parte?

LXXXVII.

»Aquel que bebió tanta de agua Aónia,
Sobre quien traban pugna peregrina
Entre sí Esmirna, Rodas, Colofonia,
Argos, Atenas, Io, Salamina;
Y el otro que ilustró toda la Ausónia,
Y cuya voz altísima y divina
Oyendo el patrio Mincio se adormece,
Mientras su són al Tibre ensoberbece:

LXXXVIII.

»Canten, loen y escriban siempre estremos
De esos sus semidioses que encarezcan,
Magas fingiendo, Circes, Polifemos,
Sirenas que con cantos adormezcan:
Dénles el navegar, á vela y remos,
Los Ciconios y tierras dó se empezcan
Los compañeros al gustar del loto:
Dénles que caiga al agua su piloto:

LXXXIX.

»De las odres les suelten, é imaginen
Vientos fieros, Calipsos agitadas,
Harpías, que el manjar les contaminen:
Bajar á ver las almas ya finadas;
Que por mucho que pulan y que afinen
Estas fábulas ya tan bien soñadas,
La verdad que yo cuento, escueta y pura,
Vence á to la grandilocua pintura.»

XC.

Del Capitan facundo y de su boca
Todos están pendientes, embebidos,
Cuando á la narracion dar fin le toca
De hechos tan singulares y subidos.
El corazon sublime el Rey evoca
De esos Reyes, en guerras tan sabidos:
Lea la antigua Lusa fortaleza,
La lealtad del pecho y la nobleza.

XCI.

Y cada hombre del pueblo que se admira,
Lo que más le chocó cuenta y repite;
Y del Luso la vista no retira,
Que corrió tantos senos de Anfitrite.
Mas ya el Délio garzon las riendas vira,
Que de Lampecia el deudo se permite,
Por ir á descansar en el ameno
Centro de Tétis y en su dulce seno.

XCII.

¡Cuán dulce es la alabanza y justa gloria
De propios hechos cuando son cantados!
Quiere el noble varon en la memoria
Igualar ó vencer á sus pasados:
Las envidias de ajena y propia historia
Actos crean á veces sublimados;
Y al que obras valerosas ejercita,
El ajeno loor mueve y escita.

XCIII.

No estimaba los hechos valerosos
De Aquiles Alejandro, en la pelea,
Cuanto de su cantor los numerosos
Versos, que son lo que su afán desea.
Los trofeos Milciádicos famosos
Ocupan de Temístocles la idea;
Y diz que nada le halagaba tanto
Cual de sus glorias escuchar el canto.

XCIV.

Trabaja por mostrar Vasco de Gama
Que la gloria de mar que en más se estima,
No merece tan grande gloria y fama
Cual la suya, que al cielo se sublima.
Sí: mas el héroe aquel que precia y ama
Y con mercedes y favor le anima,
La lira del Mantuano hace que suene,
Y de Enéas y Roma el mundo llene.

XCV.

La tierra Lusitana da Escipiones,
Césares y Alejandros, y da Augustos:
Mas no les da, con todo, aquellos dones
Por cuya falta son fieros, adustos.
Octavio, entre desastres y opresiones,
Versos hacia doctos y venustos:
Ni en verdad dirá Fulvia que es mentira
Que la dejaba Antonio por Glafira.

XCVI.

Por las Galias triunfante Julio avanza,
Y las armas no quítanle la ciencia,
Y con la pluma en mano, ó con la lanza,
Iguala á Ciceron en la elocuencia.
Cuanto se sabe de Escipion y alcanza,
Dice de sus comedias la escelencia,
Y Alejandro leia tanto á Homero,
Que su libro era dél el compañero.

XCVII.

No ha habido gran varon en armas vivo,
Que no fuera en las ciencias eminente,
Bárbaro de nacion, Lacio, ni Argivo,
Esceptuando á la Lusa solamente:
Ni digo sin vergüenza que el motivo
De que en ellas no salga uno escelente,
Es el tenerse en menós verso ó rima;
Que quien no sabe el arte, no le estima.

XCVIII.

Por eso, y no por falta de ventura,
Portugueses Virgilio no hay, ni Homeros;
Y hasta no habrá, si esa costumbre dura,
Enéas con piedad, ni Aquiles fieros.
Mas de todo es peor, que la natura
Tan ásperos los hace y tan austeros,
Tan rudos, y de ingenio tan escaso,
Que poco ó nada se les dá del caso,

XCIX.

Agradezca á las Musas nuestro Gama,
 El que tú, patrio amor, hoy las obligas
 Para que en verso suene la alta fama
 De los suyos, y bélicas fatigas;
 Que ni él, ni otro que cual él se llama
 Habrian de tener por tan amigas
 A Caliópe y sus ninfas, que dejasen
 Por él sus telas de oro y le cantasen.

c.

Porque el fraterno amor á las civiles
 Glorias y á todo Lusitano fecho
 Es loor de las Tájides gentiles,
 Su solo intento, su especial derecho:
 Por eso nadie deje á varoniles
 Hazañas de tener dispuesto el pecho;
 Que como el nombre Portugués levante,
 Musa no há de faltarle que le cante.

LOS LUSIADAS.

CANTO SESTO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FIN DEL CANTO QUINTO.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XCIX.

Agradezca á las Musas nuestro Gama,
 El que tú, patrio amor, hoy las obligas
 Para que en verso suene la alta fama
 De los suyos, y bélicas fatigas;
 Que ni él, ni otro que cual él se llama
 Habrían de tener por tan amigas
 A Caliópe y sus ninfas, que dejasen
 Por él sus telas de oro y le cantasen.

c.

Porque el fraterno amor á las civiles
 Glorias y á todo Lusitano fecho
 Es loor de las Tájides gentiles,
 Su solo intento, su especial derecho:
 Por eso nadie deje á varoniles
 Hazañas de tener dispuesto el pecho;
 Que como el nombre Portugués levante,
 Musa no há de faltarle que le cante.

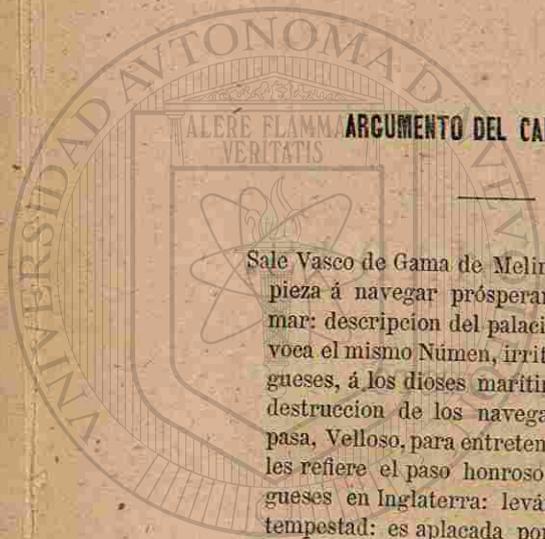
LOS LUSIADAS.

CANTO SESTO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FIN DEL CANTO QUINTO.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ARGUMENTO DEL CANTO SESTO.

Salé Vasco de Gama de Melinde, y en cuanto empieza á navegar prósperamente, baja Baco al mar: descripción del palacio de Neptuno: convoca el mismo Nümen, irritado contra los Portugueses, á los dioses marítimos, y les escita á la destruccion de los navegantes: mientras esto pasa. Velloso, para entretener á sus compañeros, les refiere el paso honroso de los doce Portugueses en Inglaterra: levántase una horrorosa tempestad: es aplacada por Vénus y las Nereidas: llegan finalmente con bonanza á Calecut, último y deseado término de esta navegacion.

LOS LUSIADAS.

CANTO SESTO.

I.

No sabia en qué forma complaciese
El Pagano á los fuertes navegantes,
Para que la amistad lograr pudiese
Del Rey cristiano y gentes arrogantes:
Pésale que tan lejos le pusiese
De Europa y de sus tierras abundantes
La ventura, no haciéndole vecino
De dó Alcides al mar abrió camino.

II.

Con fiestas, juegos, danzas, alegrías,
Segun el uso y arte Melindana,
Con osadas y ledas pesquerías
(Como Antonio á Lagéa tiene ufana)
Este famoso Rey todos los dias
Obsequia á su falange Lusitana,
Con banquetes, manjares desusados,
Con frutas, aves, carnes y pescados.

III.

Mas viendo el capitan que se detiene
 Más de lo que debia, y fresco el viento
 Le convida á partir, y que ya viene
 Piloto á bordo, y agua, y alimento,
 No quiere esperar más, que aun mucho tiene
 Que atravesar del húmedo elemento;
 Y del Pagano ilustre se despide
 Que á todos amistad eterna pide.

IV.

Y les pide además que siempre sea
 De sus flotas el puerto visitado;
 Pues ningún otro bien mayor desea,
 Que dar á pueblo tal su propio Estado:
 Que mientras en su cuerpo su alma vea,
 Estará de continuo preparado
 A esponer vida y reino bravamente
 Por tan buen Rey, por tan sublime gente.

V.

Con no menor responde cortesía
 El Capitan, y pronto velas dando,
 De la Aurora á los términos partia
 Que há tanto tiempo ya que va buscando:
 En el piloto de hoy maldad no habia,
 Que cierto y fijo rumbo va mostrando;
 Y sigue así seguro su camino,
 Muy más tranquilo de lo que antes vino.

VI.

Las ondas navegaban del Oriente
 En los Índicos mares, y asaltaban
 Los tálamos del sol que nace ardiente:
 Ya cuasi sus deseos se acababan.
 Mas Tionéo, que en el alma siente
 Las venturas, que entonces se aprestaban
 A la gente del Luso, de ellas dina,
 Irrítase, blasfema y desatina.

VII.

Ve que está todo el cielo preparado
 A convertir Lisboa en nueva Roma,
 Y no puede impedir lo que acordado
 Fue por el que fatal todo lo doma.
 Del Olimpo descende arrebatado,
 Y remedio en el mundo busca y toma,
 Y á demandarlo baja al reino fuerte
 De aquel á quien la mar le tocó en suerte.

VIII.

En lo más interior de las profundas
 Altas cavernas donde el sol se esconde,
 De dó salen las ondas furibundas,
 Cuando al furor del viento el mar responde,
 Neptuno mora, y moran las jocundas
 Nereidas y otros dioses del mar, donde
 Las aguas dejan campo á las ciudades
 Que habitan estas húmidas deidades.

IX.

Véanse en el fondo, nunca descubierto,
Las arenas allí de plata fina:
Torres altas se ven, á mar abierto,
De transparente masa cristalina:
Cuanto se acerca más el ojo esperto,
Tanto menos la vista determina
Si es cristal lo que mira, ó si es diamante:
¡Tanto se muestra claro y rutilante!

X.

Las puertas de oro puro y recamadas
Del rico aljófar que en las conchas brota,
De famosa escultura están labradas
Que del airado dios la vista nota.
Se ve primero en tintas alternadas,
El viejo caos que el espacio azota:
Y los cuatro elementos figurados,
En diversos oficios ocupados.

XI.

Allí el fuego sublime estaba encima,
Que en ninguna materia se contiene,
Desde allí todo cuanto vive anima,
Desde que Prometéó á hurtarlo viene.
Luego tras él ligero se sublima
El invisible aire, que perene
Existe, y ni por cálido ó por frío,
Deja espacio ninguno estar vacío.

XII.

La tierra está de montes revestida,
De verdes yerbas y árboles colmados,
Dando pasto diverso, y dando vida
A los brutos en ella derramados:
Allí la clara forma está esculpida
Del agua, en jugos por el suelo echados,
Criando peces mil, de varios modos
Nutriendo con su humor los cuerpos todos.

XIII.

Pintada en otra parte está la guerra
Que á los dioses movieron los gigantes:
Está Tiféo, bajo la alta sierra
De Etna, que arroja llamas crepidentes:
Esculpido á Neptuno herir la tierra
Se ve, cuando á las gentes ignorantes
Les dió el caballo, y luego el productivo
Minerva hizo brotar primer olivo.

XIV.

Poco fija la vista el dios airado
En esto; que al palacio va corriendo
De Neptuno, que estaba ya avisado
Y se previene, á recibirlo yendo:
Le aguardaba á la puerta, acompañado
De las Ninfas, que están pasmadas viendo
Cómo, por tan insólito camino,
Entra al reino del agua el rey del vino.

XV.

«¡Oh Neptuno! (le dice) no te espantes
Si en tus reinos hoy Baco te importuna;
Que también á los altos é imperantes,
Muestra su injusto enojo la Fortuna:
Pero manda llamar los dioses antes,
Si quieres que mi arenga esprese en una:
Verán de desventura estraños modos:
Oigan todos el mal que toca á todos.»

XVI.

Juzgando ya Neptuno que sería
Estraño caso aquel, á Triton manda
Los dioses convocar de la mar fría,
Que le habitan de la una á la otra banda:
Triton, que de ser hijo se gloria
Del Rey y de Salacia veneranda,
Era mancebo grande, pardo y feo,
Trompeta de su padre y su correo.

XVII.

De su barba el cabello y el que salta
Por el cuello y espalda aparecia
Acuoso limo que el verdin esmalta,
Dó nunca escármén penetrado habia;
Ni de las puntas columpiando falta
El percebe que negro allí se cria;
Y gasta por morrion en la cabeza,
De tapa de langosta una gran pieza.

XVIII.

Lleva desnudo el cuerpo y genitales,
Por no hallar cuando nada impedimento,
Aunque bien se los cubren animales
Pequeños de las aguas ciento á ciento,
Como almejas, cangrejos y otros tales
Que reciben de Febe crecimiento;
Y enredanse en la espalda ostras, sangujos,
Camarones, breguichos, caramujos.

XIX.

La concha que traia retorcida
En la mano con fuerza ya tocaba,
Y la señal canora bien oida
Fue por la mar dó lejos retumbaba.
Ya la cohorte toda apercebida
De dioses al palacio caminaba
Del dios que de Dardania hizo los muros,
Que abatió el odio de los Griegos duros.

XX.

El padre Oceáno viene acompañado
De sus hijos é hijas, prole larga:
Neréo, que con Dóris fue casado,
Y el mar de sucesion y ninfas carga:
Protéo el nunciador, que su ganado
Paciendo deja por el agua amarga,
Llega tambien, cuyo saber deduce
Lo que al padre Liéo al mar conduce.

XXI.

De otra parte allí va la linda esposa
De Neptuno, del Cielo y Vesta hija,
Grave y dulce de aspecto, y tan hermosa
Que al verla el mar su oleaje calma y fija:
Traia una camisa primorosa
De trama tan delgada, aunque prolija,
Que el cristalino cuerpo deja verse,
Pues no es bien que tal bien pueda esconderse.

XXII.

Anfitrite, más bella que las flores,
No era propio que en caso tal faltase:
Con ella ya el delfin, que á los amores
Del Rey la aconsejó no se negase:
Con sus ojos, de todo amor señores,
Al sol no fuera mucho que eclipsase:
Van ambas por la mano, á igual partido,
Pues son ambas esposas de un marido.

XXIII.

Aquella que las furias de Atamante
Huyendo, á tener vino divo estado,
A su hijo trae consigo, bello infante,
De dioses en el número contado;
El cual jugando va playa adelante
Con las conchillas lindas del salado;
Si bien á veces en su carga emplea
Cuello y brazos la hermosa Panopéa.

XXIV.

Y el dios que pescador fue de Nereo,
Y convertido en pez, por poderosa
Virtud de yerba, á cuyo audaz deseo
Debió el verse despues deidad gloriosa,
Viene aun llorando el artificio feo
Que usó la inicua Circe con la hermosa
Scila á quien ama, de ella siendo amado;
Que eso merece amor mal empleado.

XXV.

Y todos ya sentándose reunidos
En el salon de fiestas divinales,
Las diosas en estrados bien pulidos,
Los dioses en cadira de cristales,
Son por el alto padre complacidos
(En tronos el Tebano y él iguales)
Dó los inciensa con la rica goma
Que da el mar, y la Arabia vuelve aroma.

XXVI.

Y el rumor sosegado y el tumulto
De los divos forzosos cumplimientos,
Empieza Baco del que juzga insulto
A revelar los íntimos tormentos;
Y algo ardiendo la faz del fuego oculto,
Y haciendo alarde de ímpetus violentos,
Solo por dar al Luso triste muerte
Por mano ajena, dice de esta suerte:

XXVII.

«¡Oh Rey! que por derecho señoreas
De un polo al otro polo el mar airado;
Y á las gentes con fuerzas giganteas
Pasar impides el dintel vedado;
Y tú, padre Oceáno, que rodeas
Todo el mundo y le tienes bien cercado,
Y haces que de natura la ley valga,
Y de sus propios límites no salga:

XXVIII.

»Dioses, que no sufrís que nadie infeste
Con su osadía vuestro imperio grande,
Y haceis que cual la culpa igual se apreste
Castigo al que por él discorra y ande:
¿Qué gran descuido en vuestro mal es este?
¿Quién puede haber que tanto así os ablande
Los pechos, con razon endurecidos,
Contra los ciegos hombres atrevidos?

XXIX.

»Visteis que con grandísima osadía
Fueron al cielo á acometer supremo:
Visteis aquella insana fantasía
De pentrar el mar á vela y remo:
Visteis, y viendo estamos cada dia,
Insolencia y soberbia tal, que temo
Que imponiendo hasta á cielo y mar sus nombres,
Vengan dioses á ser, nosotros hombres.

XXX.

»Ved ahora la flaca y pobre raza
Que de un súbdito mio el nombre toma,
Cómo altiva al valor el arte enlaza,
Y á vos, y á mí, y al mundo humilla y doma:
Ved cómo en vuestro mar su quilla traza
Huella que no hizo nunca la alta Roma;
Ved cómo vuestro reino traspasando,
Van vuestra órden y leyes allanando.

XXXI.

»Yo ví contra los Minias, que primera
Senda cual esta en vuestro reino abrieron,
Cual Boréas y Aquilon, con saña fiera,
Y otros hermanos combatir supieron;
Si pues la corta union aventurera
De vientos esa injuria repelieron,
Vosotros, á quien toca hoy la venganza,
¿A qué aguardais? ¿Qué os mueve á la tardanza?

XXXII.

»Ni creais que del cielo al mar tendido
Por amor vuestro de venir me alabe;
Ni por la injuria atroz que habeis sufrido,
Sino por la que á mí tambien me cabe;
Que aquel honor escelso que hé adquirido,
Cuando á mi ley sujetas cual se sabe,
Dejé las Indias tierras del Oriente,
Todo á los pies le miro de esta gente.

XXXIII.

»Que el Señor y los hados, que se dignan
De dar, cual les parece, al hombre impuro
Fama aun mayor que aquella que designan
Por el mar á esta gente en lo futuro,
Aquí vereis ¡oh dioses! como asignan
Daño á dioses tambien, que de seguro
El hombre va á valer más, en su esfera,
Que quien con más razon valer debiera.

XXXIV.

»Por esto aquí desciendo, algun consuelo
Buscando cual remedio á mis pesares;
Por ver si el precio que perdí en el cielo,
Por dicha puedo hallar en vuestros mares.»
Quiso seguir, y no siguió, que el duelo
Le ahogó la voz, y lágrimas á pares
Saltaron de sus ojos; con que en fragua
Se abrasaron los númenes del agua.

XXXV.

La llama del furor, con que alterado
El pecho de los dioses fue en momentos
No sufre ya consejo meditado,
Ni mayor dilacion ni aplazamientos;
Y al grande Eolo mándale recado,
De parte de Neptuno, que los vientos
Suelte con sus furores más pujantes,
Con que en la mar no queden navegantes.

XXXVI.

Bien quisiera Proteo el adivino
Decir en caso tal lo que sentía,
Y segun lo que en mente á todos vino,
Era alguna profunda profecía:
Pero en el conciliábulo divino
Tal tumulto, por ello, se movía,
Que Tétis le gritó con tono airado:
Neptuno sabe bien lo que ha ordenado.

XXXVII.

Ya Hipótades soberbio allá soltaba
De la cerrada cárcel los furiosos
Hijos, que con palabras animaba
Contra los Lusitanos animosos.
Ya el cielo, antes azul, se encapotaba;
Y cual nunca los vientos impetuosos
Comienzan nuevas fuerzas á ir tomando,
Torres, montes y casas derribando.

XXXVIII.

Mientras este consejo se tenia
En la acuosa region, la alegre flota
Con aura sosegada proseguia
Por el tranquilo mar su gran derrota.
Era en el tiempo en que la luz del dia
Del Eódo hemisferio está remota:
Los del cuarto de prima se acostaban,
Y ya los del segundo despertaban.

XXXIX.

De su escaso dormir no bien despiertos,
 Bostezando á menudo, se tendian
 Por las entenas todos, mal cubiertos
 Contra los finos aires que corrian;
 Y los ojos, no á gusto suyo abiertos,
 Frotándose, los miembros estendian.
 Contra el sueño buscar remedio quieren:
 Historias cuentan, casos mil refieren.

XL.

«¿Con qué mejor vencer (uno decia)
 Podemos este sueño tan pesado,
 Que con oír un cuento de alegría
 Que nos alivie del velar cansado?»
 Y responde Leonardo, que traia
 Pensamientos de firme enamorado:
 «¿Pues qué cuentos podreis oír mejores,
 Para pasar el tiempo, que de amores?»

XLI.

Velloso replicó: «No es cosa justa
 De blanduras tratar entre durezas;
 Pues del mar la fatiga más que adusta
 Repele amores dulces y ternezas:
 Que de guerra mejor dura y robusta
 Sea la historia aquí, pues de asperezas
 Nuestra vida ha de ser, según entiendo
 Que rudo porvenir me está advirtiendo.»

XLII.

Consienten todos, y que diga quieren
 Velloso, cual propuso, alguna cosa:
 Y él dice: «La diré, sin que pudieren
 Tacharme de que es nueva ó fabulosa;
 Y por que aprendan hoy, los que me oyeren,
 Una hazaña á acabar grande y famosa,
 De fuertes contaré de nuestra tierra,
 Y estos sean los doce de Inglaterra.

XLIII.

»En tiempo que del reino el cetro leve
 Don Juan, hijo de Pedro, moderaba:
 Cuando tranquilo y libre ya se mueve
 Del vecino poder que le inquietaba:
 Allá en la gran Britania, que de nieve
 Siempre abunda Boreal, dura sembraba
 La fiera Erienis pérfida zizaña,
 Si en pro de nuestra gente Lusitana.

XLIV.

»Entre las bellas de la corte inglesa
 Y nobles cortesanos, cierto día
 Se levantó discordia en ira incesa,
 Por causa de opinion ó de porfía.
 Los de la corte, á quien tan poco pesa
 Soltar graves palabras de osadía,
 Dicen que probarán que honras y famas
 En tales damas no hay, para ser damas.

XLV.

»Y que si hubiese quien guerrero el paso
 Quisiere sustentar, que presto acuda;
 Que ellos, en estacada ó campo raso,
 Le darán vituperio, ó muerte cruda.
 La femenil flaqueza, para caso
 De tanta injuria viéndose desnuda
 De fuerzas, propias á marcial refriega,
 Socorro á amigos y á parientes ruega.

XLVI.

»Mas como sean altos y pujantes
 En el reino los otros, no se atreven
 Ni parientes, ni fêrvidos amantes
 Á defender las damas como deben.
 Con lágrimas hermosas y abundantes,
 Que en su favor hasta á los cielos mueven,
 Por sus rostros corriendo de alabastro,
 Vánse todas al Duque de Alencastro.

XLVII.

»Era este inglés potente, y combatido
 Habia con los Lusos en Castiella,
 Y el magnánimo esfuerzo conocido
 De sus compañeros y benigna estrella.
 Y amorosa pasion tambien sentido
 Habia en Lusitania, cuando á ella
 Á su hija llevó, que el pecho doma
 Del fuerte Rey que por mujer la toma.

XLVIII.

»El Duque, que la carga no queria
 Por no encender rencores intestinos,
 Los dice:—«Cuando el goce pretendia
 Portugal de los campos Iberinos,
 En los Lusiadas ví tanta osadía,
 Y arte tanto, y alientos peregrinos,
 Que podrán ellos solos, sino yerro,
 Sustentar vuestra parte á maza y fierro.

XLIX.

»Y si os agrada, damas ofendidas,
 Les mandaré por vos embajadores,
 Que por cartas discretas y pulidas,
 De vuestro mal les hagan sabedores.
 Tambien por vuestra parte encarecidas
 Con palabras de halagos y de amores,
 Seánles vuestras lágrimas, que juro
 Que habreis socorro allí grande y seguro.»—

L.

»Así las aconseja el Duque esperto,
 Y luego les elige doce fuertes;
 Y porque cada dama tenga un cierto,
 Las manda que sobre ellos echen suertes,
 Pues ellas doce son; y descubierta
 Cual con cual resultó de los consuertes,
 Escribe cada cual, por varios modos,
 Y todas á su Rey, y el Duque á todos.

LI.

»Llegado á Portugal el mensajero,
La corte aplaude el caso alegremente:
Quisiera el mismo Rey ser el primero:
Mas el regio esplendor no lo consiente.
Cortesano no hay ya que aventurero
No quiera ser con voluntad ferviente;
Y se juzga tan solo bienhadado,
Quien viene por el Duque designado.

LII.

»Y en la ciudad, modelo de nobleza,
Y que dió á Portugal su nombre eterno,
Manda nave aprestar de ligereza
El que las riendas lleva del gobierno.
Se preparan los doce con presteza
De armas, y trajes, de uso el más moderno,
De caballos, jaeces, y primores,
De bandas, yelmos, letras y colores.

LIII.

»Toman de su Monarca la licencia,
Para partir del Duero celebrado
Aquellos que escogidos por sentencia
Fueron del Duque Inglés tan bien probado:
No hay en la compañía diferencia
Por ginete, por diestro, ni estorzado:
Mas uno que llamábase Magricio
Habla á todos así sin artificio:

LIV.

—«Compañeros de honor, mucho ha que quiero
Andar y recorrer tierras estrañas,
Por ver más aguas que del Tajo y Duero,
Leyes, usos y gentes, y sus mañas;
Y ora que ya este viaje es verdadero
(Pues las cosas del mundo son tamañas)
Pido me dejeis ir solo por tierra,
Que os buscaré despues en Inglaterra.

LV.

»Pues si ocurriere el caso que impedido
Por quien todo lo rige cual le place,
No llegare en el punto instituido,
Poca falta, lo sé, mi falta os hace:
Todos hareis por mí lo que es debido.
Mas si es verdad lo que en mi mente yace,
Rios, montes, fortuna, envidia fea,
No han de impedir que con vosotros sea.»

LVI.

»Dice así, y abrazados los amigos,
Con su licencia, trámites acorta.
Pasa Leon, Castiella, viendo antiguos
Sitios cuyo dominio tanto importa:
Navarra con los montes enemigos
De Pirene, que á España y Gallia corta:
Vistas de Francia, en fin, las cosas grandes,
Al grande emporio fue rico de Flandes.

LVII.

»Y allí llegado, ó fuese caso ó maña,
Sin pasar se detuvo muchos dias.
En tanto de los once la compañía
Cortan del Norte al mar las ondas frias;
Y ganando de Albion la costa estraña,
A Lóndres llegan por seguras vias,
Y son del Duque amigo agasajados,
Y de las damas con favor mimados.

LVIII.

Y llega el plázo y dia prevenido
De entrar en liza con los doce ingleses,
Como ya su gran Rey lo ha concedido:
Toman cota, morrion, grevas y arneses;
Ya las damas por ellas ven erguido
El pavés de los bravos Portugueses;
Y ellas de joyas mil ricas y ledas
Órnanse, y de recamos, y oro, y sedas.

LIX.

»Mas á aquella á quien fuera en suerte dado
Magricio, que no viene, asáz le pesa
Vestirse, pues no tiene al que nombrado
Fue por su caballero en esta empresa;
Aunque afirman los once que acabado
Será así el paso ante la corte Inglesa,
Que su gloria las damas recuperen,
Aunque dos ó tres de ellos perecieren.

LX.

»Ya en un sublime y público teatro,
El Rey Inglés se asienta con su corte:
Estaban tres á tres, y cuatro á cuatro,
Por gerarquías, desde Sur á Norte.
Jamás ha visto el sol de Duero á Batro
De esfuerzo y brío y generoso porte
Otros doce salir cual los ingleses,
Al frente de los once Portugueses.

LXI.

»Mastican los caballos espumando
Los áureos frenos, con feroz talante:
En las armas el sol está brillando,
Como en cristal ó rígido diamante;
Y moviase entre uno y otro bando
Ruido sobre el partido disonante
De ir doce á once allí, cuando la gente
A agitarse comienza alegremente.

LXII.

»Vuelven todos el rostro dó se oia
La causa principal del rebullicio;
Y ven á un caballero, que traia
Armas, caballo, y bélico servicio.
Al Rey y damas habla, y compañía
A los once va á hacer, que era Magricio;
Y abraza á los amigos, pues su oferta
Que de cumplir habia, es cosa cierta.

LXIII.

»La dama en cuanto oyó que es el que suele,
Viniendo á defender su nombre y fama,
Se alegra y viste con la piel del Héle,
Que el vulgo más que las virtudes ama.
Ya el eco dando, la trompeta impele
Los belicosos ánimos que inflama:
Espuelas pican, sueltan riendas luego,
Bajan lanzas, la tierra escupe fuego.

LXIV.

»Al pisar de los brutos, que se abaja
Dirás el suelo, y que á tus plantas muge:
El corazón en lo interior trabaja
De gozo y de temor al vivo empuje:
Quién del caballo vuela, que no baja;
Quién á tierra con él, viniendo, ruge:
Quién trocó en rojo el amarillo traje:
Quién la grupa azotó con el plumaje.

LXV.

»De allí alguno sacó perpetuo sueño,
Y un instante bastó para acaballo:
De una parte un corcel corre sin dueño,
Y de otra parte, el dueño sin caballo.
Cae la soberbia inglesa de su empeño,
Que á dos ó tres ya alcanza el triste fallo;
Y aquellos que han buscado el trance rudo,
Hallaron, más que arnés, malla y escudo.

LXVI.

»Gastar palabras en contar estremos
De fieros golpes, crudas estocadas,
Es de esos que del tiempo conocemos
Gastadores, en fábulas soñadas:
Basta por fin del caso que espliquemos
Que con proezas grandes y variadas,
Quedó por nos la palma y la victoria,
Y triunfantes las damas, y con gloria.

LXVII.

»Junta el Duque á los doce vencedores
En sus salas, con fiestas y alegría:
Cocineros emplea y cazadores,
De las damas la hermosa compañía,
Para dar á sus nobles salvadores
Banquetes mil, cada hora, y cada día,
Mientras parar los doce en Inglaterra
Puedan, ausentes de su dulce tierra.

LXVIII.

»Mas dicen que con todo el buen Magricio
Codicioso de ver las cosas grandes,
Apartóse y fue á dar donde un servicio
Notable á la Condesa hizo de Flandes;
Y como quien no es ya ningun novicio,
Mavorte, en todo asunto en que tú mandes,
Mató en campo un francés, que el mal destino
Tuvo allí de Torcuato y de Corvino.

LXIX.

»De los doce tambien en Alemaña
 Uno tuvo furioso desafio,
 Con un germano astuto, que con maña
 Quiso burlar su honor, con fraude impío.»
 Esto cuenta Velloso; y la compañía
 Le pide que no deje en tal desvío
 A Magricio y Condesa, ni tampoco
 Al que venció al Germano estime en poco.

LXX.

Mas cuando están la historia ya aguardando,
 Ve aquí que el Mestre, que en sus artes anda,
 Toca el pito; y se agitan despertando
 Los marinos de la una y la otra banda;
 Y porque viene el viento refrescando,
 Los rizos de la gavia coger manda;
 Y dice: «Alerta estad, que el viento crece
 De aquella negra nube que aparece.»

LXXI.

Y los rizos no bien toman veloces,
 Cuando estalla la súbita procela:
 «¡Amaina (dice el Mestre á grandes voces)
 Amaina (grita) amaina la gran vela!»
 Mas no esperan que amainen los feroces
 Vientos, que ya la lona rota vuela,
 Convertida en pedazos, con tal ruido,
 Que parece que el mundo es destruido.

LXXII.

Álzase aquí la grito de la gente,
 Del súbito temor el alma yerta,
 Que la vela al volar, la náo pendiente
 Dejó, y de mar henchida la cubierta.
 «¡Alija (gritó el Mestre rudamente:)
 Alija: todo al mar, órden y aleria:
 A la bomba den unos, no parando:
 Apretad, que nos vamos anegando.»

LXXIII.

Y corren los soldados animosos,
 Dando á la bomba, mas su ardor contrastan
 De la mar los balances temerosos,
 Que contra el bordo opuesto los aplastan:
 Tres marinos, de bríos poderosos,
 A manejar la caña ya no bastan:
 Trabes la ponen de una y otra parte,
 Sin que de hombres alcance fuerza y arte.

LXXIV.

Tales los vientos son, que no pudieran
 Mostrar más fuerza de ímpetus crueles,
 Si á la sazón que derribar tuvieran
 Dos torres de fortísimas Babeles.
 En los mares, que altísimos crecieran,
 El pequeño grandor de unos bateles
 Muestran las grandes naos, y da espanto
 De ver cómo en las olas duran tanto.

LXXV.

La mayor en que está Pablo de Gama,
Roto el palo maestro, va contino
El mar tragando ya: la gente clama
Á Aquel que á nos salvar á todos vino.
No menos gritos de doquier derrama
La nave de Coello, ya sin fino,
Con quien el Mestre tuvo tanto tiento,
Que antes amáina que estallara el viento.

LXXVI.

Ora junto á las nubes los subian
Las ondas de Neptuno furibundo:
Ora á tocar dirás que descendian
Las íntimas entrañas del profundo.
Noto, Austro, Bóreas y Aquilon querian
Fieros romper la máquina del mundo:
La noche oscura y fea se alumbraba
De rayos con que el polo se inflamaba.

LXXVII.

Las aves de Alcion su triste canto
Junto á las bravas costas despidieron,
Al recordar aquel pasado llanto,
Que las aguas furiosas les trajeron:
Los delfines amantes entre tanto,
En las cuevas marítimas se hundieron,
De la borrasca huyendo, y vientos duros,
Que ni allí les permite estar seguros.

LXXVIII.

Nunca tan vivos rayos fabricára
Contra el ciego furor de los gigantes
El que del entenado bien forjára,
Gran herrero, las armas rutilantes,
Ni tantas el gran Júpiter lanzára
Á la tierra centellas fulminantes,
En el diluvio que tan solo huyeron
Los que en gente las piedras convirtieron.

LXXIX.

¡Cuántos montes entonces derribaron
Las ondas que batian denodadas!
¡Cuántos árboles viejos arrancaron
De los vientos las furias desatadas!
Las violadas raices no pensaron
Que fuesen nunca al cielo reviradas,
Ni las hondas arenas que pudiese
Tanto el mar, que sobre él las revolviere.

LXXX.

Vasco de Gama, al ver que tan de cierto
El fin de su deseo se perdía,
Viendo el mar, ora hasta el infierno abierto,
Ora que hasta los cielos se subía,
Confuso de temor, de vida incierto,
Pues que ningun remedio le valía,
Á aquel remedio acude venerando,
Que puede lo imposible, así esclama:

LXXXI.

«¡Oh celestial Autor de cuanto existe,
Que mar, y tierra, y cielo, señoréas!
Tú, que á todo Israel refugio diste
Por mitad de las aguas Eritréas:
Tú, que á Pablo libraste y defendiste
De sirtes arenosas y ondas feas,
Y con su grey guardaste á aquel segundo
Poblador de anegado y vacío mundo:

LXXXII.

»Si tengo muchos trances peligrosos
De Caribdis y Scilas ya pasados:
De otras Sirtes, y bajos arenosos,
De otros Acroceráunios dominados,
Al fin de tantos riesgos trabajosos,
¿Por qué somos de Tí desamparados,
Cuando esta empresa nuestra no te ofende,
Sino que solo á tu servicio tiende?

LXXXIII.

»¡Oh dichosos aquellos que pudieron,
Entre las duras lanzas Africanas
Morir, mientras que fuertes sostuvieron
La Fe santa en las tierras Mauritanas!
Que de ellos grandes hechos se supieron.
De ellos quedan memorias sobrehumanas:
Y la vida ganaron sin perdella,
Dulce haciendo la muerte el honor de ella.»

LXXXIV.

Esto al decir, los vientos, que luchaban
Como toros indómitos mugiendo,
Más y más la tormenta acrecentaban,
Por las menudas jarcias recrugiendo:
Los relámpagos vivos no cesaban,
Y el trueno avisa que se están ya haciendo
Los elementos entre sí la guerra
Y el cielo va á caer sobre la tierra.

LXXXV.

Mas la amorosa estrella al fin lucia
Por delante del sol, al horizonte;
Y mensajera plácida del día,
Visitaba la mar, la tierra, el monte.
La diosa que en los cielos la regia,
De quien huye el signífero Oriente,
En cuanto vió la mar y cara armada,
De miedo y rabia á un tiempo fue asaltada.

LXXXVI.

«Obras estas de Baco son, de cierto,
(Dijo) mas no será que avante lleve
Tan dañada intencion, que descubierto
Me será siempre el mal á que se atreve.»
Y baja en el instante al mar abierto,
Gastando en el camino espacio breve,
Y allí manda á las ninfas amorosas
Que ornén sus sienes de fragantes rosas.

LXXXVII.

Ceñidas de guirnaldas de colores,
Sobre cabellos áureos á porfia,
¿Quién no dirá que nacen rojas flores
De el oro natural que allí las cria?
Ablandar determina con amores
De los vientos la horrenda compañía,
Mostrándoles las caras ninfas bellas,
Que peregrinas vienen más que estrellas.

LXXXVIII.

Y así fue; porque luego que llegaron
A sus ojos, al punto desfallecen
Las fuerzas con que de antes batallaron;
Y parece que humildes ya obedecen,
Y que los pies y manos les ataron
Los cabellos, que al sol mismo oscurecen:
Y á Bóreas, á quien tanto ella quería,
Dícele así la angélica Oritía:

LXXXIX.

«No creas, fiero Bóreas, que te creo
Que me tuviste nunca amor constante:
Que señal es de amor más blando arréo,
Y no es propio el furor de fino amante;
Si pues no pones fin á horror tan feo,
No aguardes más de mí que en adelante
Te pueda ya querer, sino temerte,
Que amor contigo en miedo se convierte.»

XC.

Asimismo la hermosa Galatéa
Decía al crudo Noto, que bien sabe
Que dias há que en verla se recrea,
Y hoy quiere que con él todo se acabe;
Y él no sabe si tanta dicha créa,
Y el contento en el pecho no le cabe
De ver que ya su amada le procura;
Que luego será blanda, si hoy es dura.

XCI.

De igual arte las otras amansaban
De súbito á los otros amadores;
Y á Vénus bella luego se entregaban,
Amansados la fuerza y los furores;
Y ella les prometió, viendo que amaban,
Sempiterno favor en sus amores;
Y en sus manos de rosa el homenaje
Toma de su lealtad en aquel viaje.

XCII.

Ya daba el alba clara en los oteros
Que fertiliza el Ganges y el sol dora,
Cuando desde el gavion los marineros
Divisaron la tierra por la proa.
Pasados la borrasca y mares fieros,
Ya ningun miedo el pecho les azóra;
Y alegre dice el nauta Melindaño:
Tierra de Calecut, si no me engaño.

XCIII.

«Esa tierra que allí la atención llama,
Es la que vuestro afán tanto apetece;
Y si del mundo más ya no reclama,
Vuestro largo trabajo aquí fenece.»
No puede entonces contenerse Gama
De gozo, en ver que la India le aparece:
Y altos los brazos, y la vista al suelo,
Favor tan alto le agradece al cielo.

XCIV.

Daba á Dios gracias, y razón tenía;
Que no solo la tierra le mostraba
Que buscado con tanto riesgo había,
Por quien trabajos tantos afrontaba;
Sino que libertado se veía
De muerte, con que el mar le amenazaba
De los vientos alzado el duro empeño,
Como quien despertó de horrible sueño.

XCV.

Por medio de estos hórridos castigos,
De estos graves trabajos y temores,
Alcanzan los que son de fama amigos,
Las honras inmortales y mayores:
No cobijados siempre en los antiguos
Troncos de sus insignes genitores:
No en los dorados lechos, ni entre finas,
De Moscovia cubiertas Zibelinas:

XCVI.

No con manjares nuevos y esquisitos,
No con paseos plácidos y ociosos,
No con varios deleites infinitos
Que afeminan los pechos generosos:
No con nunca vencidos apetitos
Que la fortuna tiene, tan mimosos,
Cuerpo vil, que no dejan que te mudes
Para ocasión ninguna de virtudes:

XCVII.

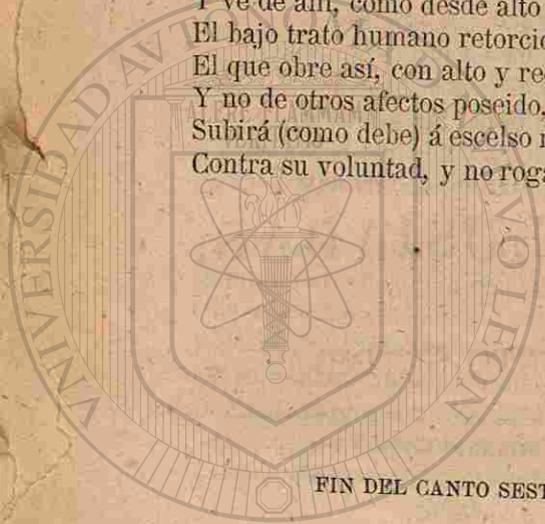
Sino con aspirar con fuerte brazo
A honor, del propio honor con las ayudas,
Vistiendo el duro arnés sin embarazo,
Sufriendo tempestades y ondas crudas:
Venciendo yerto frío, en el regazo
De regiones de abrigo y sol desnudas:
Tragando el alimento ya podrido,
Con el tormento y el dolor cocido:

XCVIII.

Y el corazón forzando, que se enfria,
A esperar bien seguro, alegre, entero,
El globo que encendió la saña impía,
Y lleva pierna ó brazo al compañero.
De ese arte el pecho humano callo cria,
Despreciador de rango y de dinero,
De dinero y favor que la ventura
Forjó, que no virtud costosa y dura.

XCIX.

De ese arte se esclarece el pensamiento,
Que hacen las esperiencias contenido;
Y vé de allí, como desde alto asiento,
El bajo trato humano retorcido.
El que obre así, con alto y recto intento,
Y no de otros afectos poseido,
Subirá (como debe) á escelso mando,
Contra su voluntad, y no rogando.

The seal of the University of León is circular, featuring a central shield with a cross and a book. The shield is surrounded by the text "UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN".

FIN DEL CANTO SESTO.

LOS LUSIADAS.

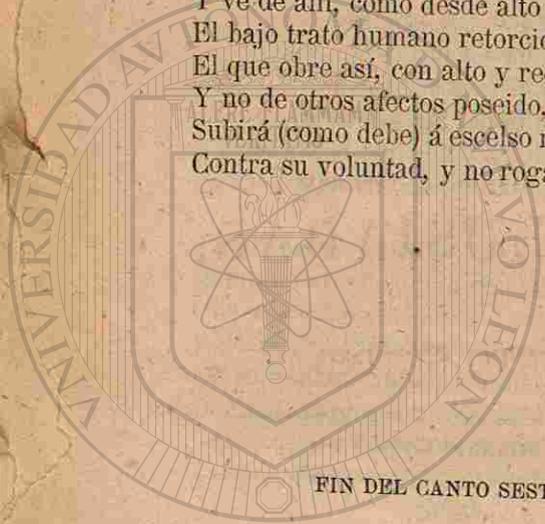
CANTO SÉTIMO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XCIX.

De ese arte se esclarece el pensamiento,
Que hacen las esperiencias contenido;
Y vé de allí, como desde alto asiento,
El bajo trato humano retorcido.
El que obre así, con alto y recto intento,
Y no de otros afectos poseido,
Subirá (como debe) á escelso mando,
Contra su voluntad, y no rogando.



FIN DEL CANTO SESTO.

LOS LUSIADAS.

CANTO SÉTIMO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ARGUMENTO DEL CANTO SÉTIMO.

Exhortacion á los Príncipes cristianos para que emprendan tan grandes empresas como la presente en servicio de la Cristiandad, y no gasten sus fuerzas en guerras entre sí, y menos en perjuicio de la unidad religiosa: descripcion del Malabar, al que pertenece la provincia de Calecut, en cuyo puerto fondea la Armada: recibe el Samorim, ó Emperador, á Gama con honoríficas demostraciones: se presenta el Moro Monzaide, que, informado de Gama, informa tambien á los naturales del pais: va el Catüal, ó gobernador de Calecut, á ver la Armada.

LOS LUSIADAS.

CANTO SÉTIMO.

I.

Ya llegaron por fin cabe la tierra
Tan ansiada de gente emprendedora,
Que entre las aguas Índicas se encierra
Y el Ganges que el terrestre cielo mora.
Hora ¡sus! gente fuerte, que en la guerra
Quereis llevar la palma vencedora:
Ya llegásteis: teneis por fin delante
La tierra de riquezas abundante.

II.

A tí, generacion del Luso, digo,
Que tan pequeña parte eres del mundo:
Y no del solo, mas del cerco amigo
Del que gobierna cielo y mar profundo,
Tú, á quien no solo espíritu enemigo
Estorba conquistar el pueblo inmundo,
Sino codicia, error, desobediencia
A la que allá en el cielo está en esencia.

III.

Vosotros, Lusos, pocos cuanto fuertes,
Que el flaco poder vuestro no midiendo,
A costa vais de vuestras varias muertes
La ley de vida eterna difundiendo:
Del cielo en vuestra pró teneis las suertes
Pues aun así tan reducidos siendo,
Mucho hareis por la fe sublime y alta;
Que con ella Jesus al hombre exalta.

IV.

Ved de alemanes el infiel ganado
Que por tan vastos campos se apacienta.
Que, al sucesor de Pedro rebelado,
Nuevo pastor y nueva secta inventa:
Vedle en indignas guerras ocupado,
Que no con su error solo se contenta,
No con ir contra el ímpio sarraceno,
Mas con romper del Superior el freno.

V.

Ved al soberbio Inglés, que se nomina
De la ciudad muy santa soberano
Que el Ismaelita pérfido domina
(¡Quién vió honor de lo cierto más lejano!)
Que entre boreales nieblas se imagina
Nuevo modo intentar de ser Cristiano;
Y contra los Cristianos hace guerra,
No por tomar la que llamó su tierra.

VI.

Mirádle á un falso Rey guardar benigno
En la Salem terrestre desdichada,
Mientras la Santa Ley pisa maligno
De la eternal Jerusalem sagrada.
Pues ¿qué diré de tí, Francés indigno,
Que el nombre Cristianísimo te agrada,
Para hacer en su contra y rebajarlo,
No para defenderlo ni guardarlo?

VII.

¿Piensas tener derecho á señoríos
De Cristianos, el tuyo siendo tanto,
Y dejas Nilo y Cínife, esos rios
Enemigos sin fin del nombre Santo?
En esto: allí se han de probar los brios:
En quien reprueba de la Iglesia el canto:
¿De Carlos y de Luis heredas tierra
Y nombre, y no el deber de justa guerra?

VIII.

¿Pues qué diré de aquellos que en delicias
Que el vil ocio en el mundo trae consigo,
Gastan las vidas, gozan las caricias,
Olvidando el esfuerzo suyo antiguo?
Nacen en el mandar inimicias
De que el pueblo es sosten, de sí enemigo:
Hablo contigo, Italia, en culpa varia
Hoy sumida, y de tí misma contraria,

IX.

¡Oh míseros Cristianos! ¿Por ventura
Sois de Cadmo los dientes esparcidos
Que se dan entre sí la muerte dura
Siendo todos de un seno producidos?
¿Viendo no estais la santa sepultura
De canes en poder que, siempre unidos,
A tomar vienen vuestra antigua tierra
Haciéndose famosos por la guerra?

X.

Ellos tienen por uso y por decreto,
Del que son tan perfectos observantes,
Su ejército juntar, nómada, inquieto,
Contra los pueblos de Jesus amantes;
Y en vosotros no deja nunca Aleto
De derramar zizañas repugnantes;
Teniendo (ved qué suerte) en trances varios,
A ellos y á vosotros por contrarios.

XI.

Si codicia de grandes señoríos
Os hace ir á buscar tierras ajenas,
Del Hermo y del Pactólo ved los ríos,
Que ambos mueven auríferas arenas:
Tejen oro el Asiro y Lidio impíos:
Africa esconde en sí lucentes venas:
Siquiera os muéva ya riqueza tanta,
Pues no os puede mover la Casa Santa.

XII.

Aquellas invenciones fieras, nuevas,
De instrumentos de horrenda artillería,
¿Por qué no están haciendo duras pruebas
De Bizancio en los muros, y en Turquía?
Haced volver á las silvestres cuevas
Del Caspio monte y de la Scitia fría
La turca raza que, creciendo, acopa
Tierra y poder en vuestra culta Europa.

XIII.

Griegos, Traces, Armenios, Georgianos,
Os gritan que les hace el pueblo bruto
Los hijos someter á los profanos
Preceptos del Korán: ¡fiero tributo!
De castigar los hechos inhumanos
Os gloriad con poder fuerte y astuto,
Y no busqueis loores presuntuosos
De ser contra los vuestros poderosos.

XIV.

Mas en tanto que ciegos y sedientos
Andais de vuestra sangre ¡oh pueblo insano!
No faltarán cristianos ardimientos
En este corto aprisco Lusitano:
Tiene Áfricos marítimos asientos:
Más que todos en Asia es soberano:
La cuarta parte nueva rompe y ara,
Y si hubiese más mundo, en él entrara.

XV.

Y veamos en tanto qué acontece
A aquellos tan famosos navegantes,
Despues que la alma Vénus enflaquece
Las furias de los vientos arrogantes:
Despues que la ancha tierra se aparece,
Término de trabajos tan constantes,
Dó vienen á estender la fe cristiana
Y á traer nuevo Rey, ley más humana.

XVI.

Mientras á la nueva tierra no llegaron,
Cogieron breves barcos pescadores,
Los cuales el camino les mostraron
De Calecut, donde eran moradores;
Y para allá las proras enfilaron,
Porque era esa ciudad de las mejores
Del mejor Malabar, donde vivia.
El Rey que todo el suelo poseia.

XVII.

De acá el Ganges, el Indo de allá ciñe
Un terreno grandísimo y famoso,
Que por la parte Austral el mar le tiñe
Y del Norte el Emódio cavernoso:
Yugo de varios Reyes le constriñe
A ley diversa: algunos el vicioso
Korán, otros los ídolos adoran,
Y hasta los brutos que en sus tierras moran.

XVIII.

En la estensa montaña que, cortando
Tierra tanta, recorre el Asia entera,
Y nombres tan diversos va tomando
Segun son las regiones donde impera,
Las fuentes son de donde van manando
Los rios que terminan su carrera
En el Índico mar, dó queda opreso
El terreno, formando el Quersoneso.

XIX.

Allí, entre rio y rio, en vasto trazo,
Larga punta de tierra se presenta
Cuasi piramidal, que en el regazo
Del mar, frente á Ceilan su talle ostenta;
Y cabe donde nace el ancho brazo
Gangético, rumor antiguo cuenta
Que los de aquella tierra moradores
Del olor se mantienen de las flores.

XX.

Mas ya gozan de nombres y de usanza,
Nuevos y varios hoy los habitantes,
Son Delijes, Patanes, en pujanza
De gente y tierra allí los más boyantes:
Canijes y Oriás, que la esperanza
Ponen de salvacion en las sonantes.
Ondas del Gange; y la gentil Bengala,
A quien en lo feraz ninguna iguala.

XXI.

Y de Cambaya el pueblo belicoso
 (Que diz que fue de Poro Rey valiente):
 El reino de Narsinga, poderoso
 Más de oro y piedras que de brava gente.
 Se mete luego allá del mar undoso
 Alto monte, que corre largamente,
 Sirviendo al Malabar de fuerte muro,
 Con que del Canará vive seguro.

XXII.

Las gentes del país le dicen Gate,
 Al pie del cual á dilatarse empieza
 Breve y estrecha falda, á quien combate
 Del duro mar la natural fiereza;
 Y aquí de otras ciudades, sin debate,
 De imperio rico espléndida cabeza,
 Se ostenta Calecut, de ilustre fama,
 Y el señor de ella Samorim se llama.

XXIII.

Llegada á este soberbio señorío,
 Sale enviado al instante de la flota
 Un Portugués que anuncie al Rey impío
 Su aborde allí de parte tan remota;
 Y entrando el mensajero por el río,
 Cuya corriente hasta la mar azota,
 El gesto, la color, el traje, el modo,
 Lleva corriendo á verle al pueblo todo.

XXIV.

Y entre la multitud que concurría
 Llegase un Mahometano, que nacido
 Habia en la region de Berbería,
 Donde otro tiempo Antéo fue temido:
 Y ya que por vivir cerca, tendría
 Al Lusitano reino conocido,
 Ya que en este recuerda aquél trabajo
 De la suerte que allí tambien le trajo:

XXV.

En cuanto al mensajero vió jocundo,
 Como que sabe bien la lengua hispana,
 Le dice: «¿Quién te trae á este otro mundo,
 Tan lejos de tu patria Lusitana?»
 «Abriendo (le responde) el mar profundo,
 Por donde no fue nunca gente humana,
 Vinimos á buscar el Indo ardiente
 Dó nuestra ley divina se acrecienta.»

XXVI.

Quedó espantado del tremendo viaje
 El Moro, que Monzaide se llamaba,
 Oyendo las fatigas del pasaje
 Por los mares que el Luso le contaba:
 Mas al fin enterado que un mensaje
 Al señor de esta tierra le llevaba,
 De la ciudad le dice que está ausente,
 Si bien no lejos de ella, el Rey potente.

XXVII.

Y que mientras la nueva le llegase
De su estraña venida, si queria
En su pequeña casa reposase,
Que del pais los frutos comeria,
Y que despues que un tanto se gozase,
A la flota con él se volveria ;
Que alegría no puede haber tamaña
Que compatricios ver en tierra estraña.

XXVIII.

El Portugués de recibir no deja
El favor que Monzaide ledo ofrece:
Y cual si su amistad fuera ya vieja,
Come y bebe con él, y le obedece:
Y luego torna la feliz pareja
A la Armada, que al Moro el gusto acrece.
Montan la Capitana, y viejo y mozo
A Monzaide ven todos con gran gozo.

XXIX.

Le abraza el Capitan con rostro ledo,
De Castilla al oír la lengua clara :
Cerca de sí le asienta, y luego cedo
Del pais le pregunta y gente rara.
Cual circunda en Rodópe el arboledo
Al dulce amante de Euridice cara,
Por oírle tocar la lira de oro,
Tal se junta á escuchar la gente al Moro.

XXX.

Y él comienza: «¡Oh nacion que la natura
De mi paterno nido cerca puso!
¿Qué destino tan grande, ó qué ventura
Os guió por camino tan profuso?
No sin causa recóndita y escura
Del Tajo y Miño ignoto alguien dispuso
A estos reinos traeros apartados,
Por mares de otro leño nunca arados.

XXXI.

»Dios os trajo no más, que así pretende
Que algun servicio le dejéis cumplido;
Por eso solo os guía y os defiende
De enemigos, de viento y mar temido.
Sabed que en India estais, donde se estiende
Diverso pueblo, rico, abastecido
De oro luciente y fina pedrería,
Suaves aromas y alta especería.

XXXII.

»Esta provincia, de que habeis surgido
Al puerto ahora, Malabar se llama:
El culto antiguo idólatra ha seguido
Que acá por estas partes se derrama:
De varios Reyes es: más de uno ha sido
En los tiempos de atras, segun es fama.
Sarama Perimal fue el Rey postrero
Que este reino mandó junto y entero.

XXXIII.

»Entonces ocurrió que aquí vinieran
De allá del seno Arábigo otras gentes,
Que el culto Mahomético trujeran,
En el que me instruyeron mis parientes:
Y también que con preces convirtieran
A Perimal, muy sabias y elocuentes;
El cual tomó la ley con fervor tanto,
Que propúsose en ella morir santo.

XXXIV.

»Arma naves, y activo y cuidadoso,
Mercadería espléndida previene,
Y á ofrecerse con todo religioso
Va donde cultos el Profeta obtiene.
Mas antes el su reino poderoso
En los suyos reparte, pues no tiene
Propio heredero, y por afectos hace
Libre al esclavo, rico al que le place.

XXXV.

»Cochim al uno, al otro Cananóres,
A este Chalé, y á aquel la isla Pimienta:
A quién Coulon, á quién da Granganóres,
Y al que más le sirvió, más le contenta:
Pero un mozo que ha sido sus amores,
Después de todo dar, se le presenta,
Y á este ya Calecut solo le aplica,
Ciudad por su comercio noble y rica.

XXXVI.

»Mas se la da con título fastoso
De Emperador que sobre todos mande:
Esto acabado, parte presuroso
A donde en santa vida á morir ande;
Y de aquí queda el nombre de glorioso
Samorim (*más que todos digno y grande*)
Al mozo y sucesores, de dó viene
Este que hoy el imperio manda y tiene.

XXXVII.

»La ley de toda gente, escelsa ó chica,
De fábulas parece de quien sueña;
Anda desnuda, y solo un paño aplica
A aquello que á cubrir natura enseña.
Dos clases hay de grey: la grande y rica
Náire tiene por nombre, y la pequeña
Pólea se llama, á quien su ley le manda
No mezclarse á la antigua veneranda.

XXXVIII.

»Porque el que siempre tiene un mismo oficio
De otro tomar mujer no puede en suerte,
Ni sus hijos seguir otro ejercicio
Sino el de su familia hasta la muerte.
Para los Náires es deshonra y vicio
Ser tocados por Póleas; y si advierte
Algún haberlo sido, ó se le indica,
Con ceremonias mil se purifica.

XXXIX.

»Así el antiguo pueblo de Judea
No tocaba á la gente de Samária.
Otras cosas no os digo en que se emplea
Esta gente, de usanza estraña y vária:
Solo el Náire es dispuesto á la pelea:
Solo él defiende de agresion contraria
A su Rey, á llevar acostumbrado
A izquierda escudo, espada al diestro lado.

XL.

»Brahmenes son sus hombres religiosos,
Nombre antiguo de escelsa preminencia,
Y observan los preceptos muy famosos
De uno que el primer nombre dió á la ciencia:
No matan nada vivo, y temerosos,
De carne observan rígida abstinencia:
De mujer solo, en grato ayuntamiento,
Tienen menos estrecho mandamiento.

XLI.

»Ellas comunes son, mas solamente
Para los de la grey de sus maridos:
¡Felice condicion, dichosa gente
Que no son por los celos ofendidos!
Estos y otros más usos variamente
Son por los Malabares muy cumplidos:
Rica es la tierra en suelo y en marina,
Comerciante en el mar del Nilo al China.»

XLII.

Esto el Moro decia: mas vagando
La Fama ya por la ciudad andaba
Del viaje de esta gente estraña, cuando
A saber la verdad el Rey mandaba.
Ya vienen por las calles caminando,
(Y toda edad y sexo les cercaba)
Los Grandes, que á traer son elegidos
Al jefe de los náutas atrevidos.

XLIII.

Este, que ya del Rey tiene licencia
Para desembarcar, acompañado
De nobles Portugueses, con urgencia
Parte, de ricas galas adornado.
De colores la hermosa diferencia
La vista alegre al pueblo alborozado;
Y el remo hiere, acompasado y frio,
Primero el mar, y luego el fresco rio.

XLIV.

En la playa un rector del reino habia
Que en lengua suya Cattial se llama,
Rodeado de Naires, que venia
Con desusada fiesta al noble Gama.
Ya en sus brazos en alto le tenia
Y de un portátil lecho en rica cama
Le coloca (segun estilo usado)
Que por fornidos hombros es llevado.

XLV.

De este arte el Malabar, de este arte el Luso,
 Caminan á dó el Rey ya les espera:
 Los otros Portugueses van, al uso
 De sus infantes, en escuadra fiera:
 El pueblo que concurre está confuso
 De ver la estraña gente, y bien quisiera
 Preguntar: mas de tiempo asaz pasado
 Entenderse en Babel les fue vedado.

LXVI.

El Gama y Catual iban diciendo
 Cosas que la ocasion les ofrecia
 Monzaide entre los dos va traduciendo
 Las palabras que de ambos entendia.
 Por la ciudad en tanto discurriendo,
 A dó sublime fábrica se erguia
 De templo suntuosísimo llegaban;
 Por las puertas del cual juntos entraban.

XLVII.

En él están de dioses las figuras
 Escultas en madera y piedra fría:
 Varias en gesto, varias en pinturas,
 Segun que allí el demonio las fingía:
 Se ven abominables esculturas
 Cual Quimera, que en miembros mil varía.
 Los Cristianos, á Dios acostumbrados
 A ver en forma humana, están pasmados.

XLVIII.

Este, con cuernos en la frente erguidos,
 Cual Júpiter Hamón en Libia estaba:
 Aquel dos rostros en un busto unidos,
 Como el antiguo Jano se mostraba:
 Uno con muchos brazos esparcidos
 A Briaréo parece que imitaba:
 Otro con faz de perro está que azora,
 Cual á Anubis Memffítico se adora.

XLIX.

Hecha allí de aquel ciego pueblo impío
 La adoracion fanática frecuente,
 Caminan ya derecho, sin desvío,
 Donde está el Rey de la pagana gente:
 Van, engruesando el bárbaro gentío,
 Los que á ver van al Capitan valiente,
 Y están por las ventanas y tejados,
 Mujeres, mozos, viejos agolpados.

L.

Ya llegan cerca, y no con pasos lentos,
 De los jardines bellos y olorosos,
 Que en sí cierran los regios aposentos,
 No muy altos de muros, mas suntuosos;
 Que edifican los nobles sus asientos
 Cercados de arboledos deleitosos;
 Y así viven los Reyes de esa gente
 En la ciudad y el campo juntamente.

LI.

Del cercado en las puertas, con destreza
De la Dedálea facultad, se nota
En trazadas figuras la nobleza
De la India y su historia más ignota;
Y recuérdanse allí con tal viveza
Los sucesos de aquella edad remota,
Que quien bien los conoce y ha aprendido,
Goza de la verdad en lo fingido.

LII.

Era un inmenso ejército, que pisa
La oriental tierra que el Hidaspe lava:
Le rige un Capitan de barba lisa
Que con tirsos frondíferos peleaba:
Por él edificada estaba Nisa,
Al pie de un rio que á su voz manaba:
Y es tal, que si Seméle allí estuviera,
Que su hijo es aquel pronto dijera.

LIII.

Más delante, bebiendo, seca el rio
Muy grande multitud de Asiria gente,
Sujeta al femenino señorío
De mujer, cuanto bella, incontinente:
Allí esculpido tiene el nunca frio
A su lado, feroz ginete ardiente,
Con quien sostiene un hijo competencia:
¡Nefando amor, brutal concupiscencia!

LIV.

De allí más apartadas tremolaban
(Tercera monarquía) las gloriosas
Banderas de la Grecia, y subyugaban
Del Gange hasta las aguas caudalosas:
A un capitan mancebo se postraban
Circundado de palmas valerosas,
Que no ya de Filipo, mas de fijo
Se proclama de Júpiter por hijo.

LV.

Admirando el Lusíada estas memorias,
Al Capitan el Catüal le dice:
«Pronto tiempo vendrá que otras victorias,
Las que viendo ora estais despreconice:
Aquí se han de escribir nuevas historias
De gente estraña que vendrá felice,
Que nuestros sabios magos lo alcanzaron,
Cuando tiempos futuros consultaron.

LVI.

»Y les dijo ademas su maga ciencia,
Que para contrastar fuerza tamaña,
No valdrá de los hombres resistencia,
Que es contra el cielo inútil mortal maña;
Y añadió, que la bélica escelencia,
En paz y en guerra, de la gente estraña
Será tal, que hará el nombre esclarecido
Del vencedor, la fama del vencido.»

LVII.

Así hablando, ya entraban en la sala
 Donde aquel Imperante poderoso
 En un lecho descansa, al que no iguala
 En precio ningún otro primoroso:
 En la muelle postura se señala
 Venerando señor y bondadoso;
 Y paño de oro ciñe su cabeza,
 Que con preciosas joyas se adereza.

LVIII.

Baja la vista, en actitud muy sierva,
 Un viejo cerca dél, de cuando en cuando,
 Hoja verde le da de ardiente yerba,
 Que está, según su estilo, ruminando.
 A un Brahamene elevado se reserva
 Que á Gama á lentos pasos avanzando,
 Le tome, y al monarca le presente,
 Que, ya ante sí, le indica que se siente.

LIX.

Gama, sentado junto al rico lecho,
 Y más lejos la corte que ora asista,
 Mirando el Samorim está deshecho
 El traje, el gesto, la actitud no vista:
 Sacando aquí la voz del sabio pecho,
 Que grande autoridad pronto conquista
 En la opinión del Rey y el pueblo todo,
 El Capitan prorrumpe de este modo:

LX.

«Un grande Rey de los lugares donde
 Con perpetuo girar voluble el cielo
 Con la tierra á la tierra el sol esconde,
 Dejando la que queda en negro velo,
 Al oír del rumor, que allá responde
 El eco, de que está del Indio suelo
 En tí todo el poder, la fuerza entera,
 Quiere á tí unir en amistad sincera.

LXI.

»Y para que te anuncie á tí me manda,
 De largas vueltas anudando el hilo,
 Que cuanto por el mar y tierras anda
 De riquezas, de allá del Tajo al Nilo,
 Y de las frias playas de Zelanda,
 Hasta donde en los días ya de estilo
 No muda el sol sobre la gente Etiópia,
 De todo hay en su reino inmensa copia.

LXII.

»Y si quieres con pacto y con alianzas
 De paz y de amistad sacra y desnuda
 Comercio consentir de las sobranzas
 De uno y otro país que el cielo ayuda,
 Para acrecer sus rentas y abastanzas,
 Por que tanto trabaja el hombre y suda,
 Eso dará á los reinos ciertamente
 Provecho, y á vosotros gloria ingente.

LXIII.

»Y mientras ese nudo de amistades
Entre los dos bién firme permanezca,
Pronto en todo rigor de adversidades
Que por guerras ó males se te ofrezca,
Le verás, dirigir á tus ciudades
Sus huestes, y que hermano te aparezca:
Saber sobre esto tu opinión aguardo,
Y que he de verte en responder no tardo.»

LXIV.

Tal embajada el Capitan espone
Á quien el Rey gentil le respondia:
Que el recibir gran gusto le ocasione
Embajador que tan de allá venia:
Mas que en caso tan grave se propone
Escuchar al consejo que tenia,
Tomando exacto informe de quién era
La gente, el Rey, la tierra que dijera.

LXV.

Y que del largo viaje pena y susto
Podia en tanto descansar, que en breve
Despacho le daria de su gusto,
Que en respuesta á su Rey contento lleve.
Pone en esto la noche el corte justo
Del hombre á los afanes, por que cebe
En el sueño sus miembros trabajados,
Y en el ocio los ojos no ocupados.

LXVI.

A Gama y Portugueses generoso
Agasaja en su espléndido aposento
Del Indio puerto el Regidor celoso,
Con fiesta y general contentamiento.
Al Catiál le cumple en el penoso
Cargo que del Rey tiene en regimiento,
Saber de dó la gente estraña viene,
Qué costumbres, qué tierra, qué ley tiene.

LXVII.

No bien alumbra el carro del brillante
Mancebo Délio que la luz renueva,
Llamar manda á Monzaide en el instante,
Para informarse de la gente nueva:
Pregúntale, curioso y anhelante,
Si tiene claro indicio, ó cierta prueba
De quiénes son; que á sus oídos vino
Que es pueblo al pueblo suyo muy vecino.

LXVIII.

Y que en particular allí le diese
Informacion muy larga, pues hacia
Servicio en eso al Rey, con que ejerciese
Lo mejor que en el caso convendria.
Y respondió Monzaide: «Aunque quisiese
Decirte yo más que esto, no podria;
Que todos ellos son de allá de España
Dó en mi patria y el mar el sol se baña.»

LXIX.

»Ley de un Profeta siguen, engendrado
Sin hacer en la carne detrimento
De la madre, pues hijo es aclamado
Del Dios que tiene el orbe en regimiento.
Lo que entre mis antiguos hay probado
Es que es muy grande su poder, sangriento
En armas, dó su brazo resplandece,
Como en su contra y daños aparece.

LXX.

»Por que ellos los lanzaron con no humana
Potencia de los campos abundosos
Del rico Tajo y rápido Guadiana,
Con hechos memorables y famosos:
Y sin parar aun en la Africana
Tierra, cortando mares procelosos,
No nos quieren dejar vivir seguros,
Sin temer á Ciudades y altos muros.

LXXI.

»Ni menos han mostrado esfuerzo y maña
En otras varias guerras que han tenido,
Ó con gentes beligeras de España,
Ó que hayan del Piréne descendido:
Así que nunca, en fin, por fuerza estraña
Fue su valor postrado ni vencido;
Ni se sabe que salga en ningun suelo,
Para Anibales tales, un Marcelo.

LXXII.

»Y si esta informacion no fuese entera,
Y saber de ellos mismos se te antoja,
Enfiende que es veraz gente y severa
Y á quien engaño y falsedad enoja:
Vé á ver su flota y hueste, y la manera
Del fundido metal que muerte arroja;
Y te holgarás de ver la alta pericia
Portuguesa en la paz y la milicia.»

LXXIII.

Ya por ver el Idólatra se muere
Cuanto el Moro de aquellos le contaba:
Manda equipar bateles, que ver quiere
Las náos en que el Luso navegaba.
Salen los dos del puerto, á ellos se adhiere
Naire generacion que el mar cuajaba,
Y á montar van del Capitan la nave
Dó Pablo atento recibirlos sabe.

LXXIV.

Purpúreos son los toldos; las banderas,
De trama del vellon que el Tajo cria,
Pintadas allí lucen las guerreras
Proezas que el Lusiada acabó un dia:
Lizas en campo abierto aventureras,
Desafios de muerte: ¡historia impía
Que uso siempre que espante y que deslumbre
A Gentil y á Cristiana muchedumbre!

LXXV.

Empieza el Indio á preguntar: mas Gama
Le suplica primero que se siente,
Y que el suave deleite que más ama
La Epicúrea familia experimente:
Del espumante vaso se derrama
El licor que Noé mostró á la gente.
Mas el Gentil que le dispensen pide,
Que la secta que sigue se lo impide.

LXXVI.

Rompe el aire el clarín, que el pensamiento
Es en la paz de trances militares,
Con el fuego el diabólico instrumento
Se hace oír en el fondo de los mares.
Todo el Catual lo nota: mas atento
Está siempre á los hechos singulares
De aquellos hombres cuya imagen propia
Traza allí la pintura en muda copia.

LXXVII.

Allí el Gentil de pie, de Gama junto
Y Coello también, y el Mauritano,
Ponen la vista en el marcial trasunto
De encanecido viejo soberano,
Cuyo nombre jamás será difunto
Mientras hubiere en el mundo trato humano:
Su traje, que es de griego estilo muestra,
Y un ramo por señal lleva en la diestra.

LXXVIII.

Un ramo por señal... Mas ¡oh cuán ciego
Yo que emprendo con paso temerario,
Sin vosotras del Tajo y del Mondego,
Por tan rudo camino, estenso y vario!
Vuestro favor imploro: que navego
Por alto mar con viento tan contrario,
Que si no me ayudais, al cielo plegue
Que mi batel muy pronto no se anegue.

LXXIX.

Mirad que há tiempo mucho que cantando
Vuestro Tajo voy ya, vuestros Lusiadas,
Y fortuna me trae perégrinando,
Sufriendo sus injurias duplicadas;
Ayer peligros de la mar pasando,
Hoy de Marte las furias desatadas,
Cual Canáce, ya pronto á la hora suma,
Una mano en la espada, otra en la pluma.

LXXX.

Ora con la pobreza aborrecida,
Por ajenos hospicios degradado:
Ora de la esperanza ya adquirida,
De nuevo, más que nunca derribado:
Ora escapando apenas con la vida,
Que de un hilo pendía tan delgado,
Que no menos milagro fue librarse,
Que al Rey judáico en el cubil salvarse.

LXXXI.

Y aun así, Ninfas mías, no bastaba
 Que tan grandes miserias me oprimiesen,
 Sino que aquellos que cantando andaba
 Tal precio por mis versos me volviesen.
 A trueque de descansos que esperaba,
 De coronas de lauro que me diesen,
 Trabajos nunca vistos me inventaron
 Con que á estado tan triste me arrojaron.

LXXXII.

Ved ¡oh Ninfas! qué engendros de señores
 Vuestro Tajo produce valerosos
 Que así saben premiar con sus favores
 A quien los hace con cantar gloriosos.
 ¡Qué ejemplos á futuros escritores,
 Que despierten á ingenios perezosos
 Que aquellas cosas den á la memoria,
 Que merecen tener eterna gloria!

LXXXIII.

En tantos males, pues, séame dado
 Solo que vuestro amor no me fallezca,
 Principalmente aquí, que ya he llegado
 Donde diversos hechos engrandezca:
 Vuestro amparo me dad, que yo he jurado
 No gastarle en quien bien no lo merezca;
 Y ni por miedo al daño que ya espero,
 Ensaltaré á los altos lisonjero.

LXXXIV.

Ni creais que yo fama nunca diera
 A aquel que al bien comun de inmensas greyes
 Su privado interes antepusiera,
 Adverso á humanas y á divinas leyes:
 Ni á ningun ambicioso que quisiera
 A los mandos subir que dan los Reyes
 Solo para, con torpes ejercicios,
 Poder usar más ancho de sus vicios.

LXXXV.

A nadie que poder quiera bastante
 Para el servicio de designio feo,
 Y que por complacer al vulgo errante,
 De más formas se vista que Protéo:
 Ni tampoco penseis, Musas, que cante
 Al que, hipócrita en traje honesto veo,
 Por contentar al Rey en nuevo oficio,
 Robar y hacer al pueblo maleficio.

LXXXVI.

Ni á quien juzga que es justo y caso estrecho
 Guardar leyes del Rey severamente,
 Y no piensa que es justo y de derecho
 Que se pague el sudor de pobre gente:
 Ni á quien siempre, con poco osado pecho,
 Razones busca, y cuida que es prudente
 Con mano avara al premio poner tasa
 De trabajos ajenos que él no pasa.

LXXXVII.

Yo solo he de decir los que espusieron
 Por su Dios y su Rey la amada vida,
 Que, haciéndola inmortal, la revivieron
 A la luz de su gloria esclarecida.
 Febo y las que hasta agora me siguieron
 Me doblarán la llama concedida,
 Mientras que tomo aliento, descansando,
 Para seguir despues mayor cantando.

FIN DEL CANTO SÉTIMO.

LOS LUSIADAS.

CANTO OCTAVO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LXXXVII.

Yo solo he de decir los que espusieron
Por su Dios y su Rey la amada vida,
Que, haciéndola inmortal, la revivieron
A la luz de su gloria esclarecida.
Febo y las que hasta agora me siguieron
Me doblarán la llama concedida,
Mientras que tomo aliento, descansando,
Para seguir despues mayor cantando.

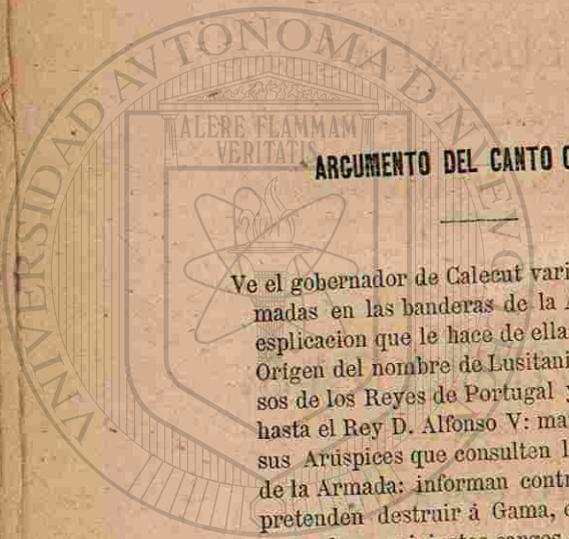
FIN DEL CANTO SÉTIMO.

LOS LUSIADAS.

CANTO OCTAVO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ARGUMENTO DEL CANTO OCTAVO.

Ve el gobernador de Calecut varias pinturas recamadas en las banderas de la Armada, y oye la esplicacion que le hace de ellas Pablo de Gama. Origen del nombre de Lusitania: hechos gloriosos de los Reyes de Portugal y de sus vasallos, hasta el Rey D. Alfonso V: manda el Samorim á sus Arúspices que consulten lo futuro respecto de la Armada: informan contra los navegantes: pretenden destruir á Gama, el cual satisface al Rey sobre sus injustos cargos y sospechas.

LOS LUSIADAS.

CANTO OCTAVO.

I.

Vimos que el Cattial se detenia
En la primer figura que hay pintada,
Que en la diestra por signo un ramo erguia,
Blanca barba luciendo dilatada.
Saber quién es, y la razon queria
De por qué lleva la señal narrada;
Y dice Pablo, cuya voz discreta
El Mauritano al Indio le interpreta:

II.

«Estos varones todos que parecen
Tan fieros á la vista en sus aspectos,
Más fieros y más bravos aparecen
De su esfuerzo y valor por los efectos:
Antiguos son, y aun ora resplandecen
Grandes entre los hombres más perfectos:
Luso es este que ves, por quien la fama
A nuestro reino Lusitania llama.

III.

»Fue hijo, ó compañero del Tebano
De quien se cuenta el conquistar contino:
Parece que á parar al suelo Hispano,
Siguiendo el curso de sus armas vino.
Del Guadiana y del Duero el campo ufano,
Ya Elisio dicho, tanto le convino,
Que nombre allí dejar quiso á los huesos,
Y sepultura á sus cansados huesos.

IV.

»El ramo que le ves como divisa,
El verde Tirso fue de Baco usado,
El cual á nuestra edad muestra y avisa
Que fue su hijo ó compañero amado.
Ese otro que del Tajo el suelo pisa,
Después de haber tan largo mar sulcado,
Muros perpetuos á su orilla eleva
Y á Palas templo, de su amor en prueba.

V.

»Es Ulises quien labra santa casa
Al Númen que le da lengua facunda;
Que si en Asia á la grande Troya abrasa,
En Europa á Lisboa insigne funda.»
«¿Quién es ese otro acá que el campo arrasa,
Con presencia entre muertes furibunda,
Y destroza legiones cien guerreras
Que las águilas llevan por banderas?»

VI.

Dice el gentil; y le responde Gama:
«Ese que ves, pastor fue de ganado:
Viriato sabe el mundo que se llama,
En espada más diestro que en cayado:
De Roma á escurecer llegó la fama,
Vencedor invencible y celebrado.
Con él no alcanzan, ni tener pudieron,
Los modos que con Pirro antes tuvieron.

VII.

»Con fuerza no, con maña vergonzosa
Le quitaron la vida: ¿qué os espanta?
Si la gente, aun la grande y generosa,
La ley á veces de virtud quebranta.
Contra su patria ese otro, que orgullosa
Le trata, con nosotros se levanta:
Y cierto escoge bien con quien se alzase,
Para que eternamente se ilustrase.

VIII.

»Tambien, con nos, abate las banderas
De esas aves de Júpiter amadas;
Que desde el tiempo aquel las más guerreras
Huestes son por nosotros ya arrolladas.
Ve de qué artes se vale, y qué maneras
Para ganar los pueblos amañadas:
Fatídica una cierva se lo avisa:
El es Sertorio, y ella su divisa.

IX.

»Mira esotra bandera y ve esculpido
 Al gran tronco de Reyes Lusiberos:
 Nos Húngaro le hacemos; que nacido
 En Turingia le dicen extranjeros.
 Despues que tiene al Moro ya vencido
 Y á Galicia y Leoneses caballeros,
 Porque la real raiz se santifique,
 Pasa al Santo Sepulcro el Santo Enrique.»

X.

«Dime quién es ese otro, que me espanta
 (Pregunta el Malabar maravillado),
 Que escuadrones sin fin de gente tanta,
 Con tan poca ha vencido y destrozado:
 Que á tantos hijos de Ismael quebranta,
 Tantas batallas da, jamás cansado,
 Y que coronas huella en todas partes
 A sus pies derribadas, y estandartes.»

XI.

«Es Alfonso Primero (dice Gama),
 Que todo Portugal al Mauro toma;
 Por quien jura al Estigio ya la fama,
 Que más no ha de ensalzar glorias de Roma
 Este es aquel piadoso á quien Dios ama,
 Por cuyo brazo al Moro adverso doma,
 Y de su reino abátele los muros,
 No dejando que hacer á los futuros.

XII.

»Si César y Alejandro así tuvieran
 Tan pequeño poder, tan poca gente,
 Contra enemigos tantos cuantos eran
 Los que venció este Príncipe escelente,
 No creas que sus nombres se estendieran
 Con renombre inmortal tan largamente:
 Mas deja hazañas suyas, no esPLICABLES,
 Que asaz las de su gente son notables.

XIII.

»Este á quien ves decir con gesto airado
 Al derrotado alumno mal sufrido
 Que recoja el ejército sembrado
 Y en su campo se encierre defendido,
 Es el que anciano al mozo ha libertado,
 Y en vencedor le torna de vencido;
 Egas Moñiz se llama el fuerte viejo:
 De súbditos leales claro espejo.

XIV.

»¡Ved que va con sus hijos á entregarse!
 La cuerda al cuello, en ropas de villano,
 Porque el mozo no quiso ya doblarse
 Cual él lo ha prometido, al Castellano,
 Cuando hizo con ofertas levantarse
 El cerco en que cayó su soberano:
 Con hijos y mujer busca la pena,
 Y por salvar al Rey, él se condena.

XV.

»No tanto el Cónsul hizo que, cercado
En las Caudinas horcas ignorante,
A pasar por debajo fue obligado
De aquel yugo Samnítico triunfante.
Este por el su pueblo desdeñado,
Entrega su persona, audaz, constante:
El otro, á él y á lo que más le duele:
A la esposa sin culpa, al hijo imbele.

XVI.

»Ved aquel que saliendo de celada
Da sobre el Rey que cerca un muro fuerte:
Ya le prende y la villa es descercada,
¡Hecho inmortal que coronó la suerte!
Vedle que ya pintado en esta Armada,
Dando en el mar también al Moro muerte,
Cogiéndole las naves, con la gloria
De la primer marítima victoria.

XVII.

»Es Don Fúas Rupiño, que en la tierra
Resplandece y la mar con el cruento
Fuego con que encendió, junto á la sierra
Abilense, del Moro el armamento:
Mira cuál, por tan justa y santa guerra,
De morir combatiendo está contento:
Desde las manos del Infiel el alma
Sube al cielo, feliz con justa palma.

XVIII.

»¿Ves allí mucha gente de extranjero
Traje salir de grande armada y nueva,
Que á combatir ayuda al Rey primero
A Lisboa, y de si da tanta prueba?
¿Ves de Enrique, famoso caballero,
Una palma nacer junto á la cueva?
Milagro hace por ellos Dios no visto:
Hermanos son los mártires de Cristo.

XIX.

»La espada un sacerdote lleva erguida
Contra Arronches, que toma por venganza
De Leiria, que de antes fue vencida
Del que por Mahomede enristra lanza:
Es Teotonio el Prior. Vé aquí ceñida
A Santarem, y vé la aseguranza
De esta figura que alza la primera,
Sobre el muro, de quinas la bandera.

XX.

»Y mira aquí dó Sancho desbarata
Los moros de Vandalia en dura guerra;
Rompe las huestes, al Alferez mata,
Y el Hispano pendon echa por tierra:
Es Mem Mõniz, que el gran valor retrata
Del padre, que en su tumba no le cierra:
¡Digno es de esas banderas, pues la suya
Ensalza ¡oh castellano! á costa tuya!

XXI.

»Mira aquel que desciende por la lanza,
 Con las cabezas dos de los vigías,
 La celada ocultando con que alcanza
 La ciudad, por sus artes y osadías;
 La cual toma por armas la semblanza
 Del vencedor que las cabezas frias
 Lleva en la mano: ¡esfuerzo jamás hecho!
 ¡De Giraldo sin miedo este es el pecho!

XXII.

»¿No ves á un castellano, que agraviado
 De Alfonso Nono por el odio antigo
 Al Moro, con los Laras, se ha pasado,
 De Portugal haciéndose enemigo?
 De Abrantes la ciudad toma, ayudado
 De Máura multitud que trae consigo:
 Mas vé que un Portugués con poca gente
 Lo desbarata y prende brávemente.

XXIII.

»Martin Lopez se llama el caballero
 Que de este rico honor gana el tesoro.
 Mas mira un eclesiástico guerrero,
 En lanza convertir báculo de oro:
 Mírale entre dudosos tan entero
 En no negar batalla al fuerte Moro:
 Vé el signo que en el cielo le aparece
 Con que en sus pocos el esfuerzo crece.

XXIV.

»Ve los Reyes de Córdoba y Sevilla
 Aquí con otros dos correr el llano,
 Para morir al fin ¡oh maravilla
 Hecha por Dios, que no por brazo humano!
 Vé, ya se rinde de Alcacer la villa,
 Que todo muro y ardimiento es vano,
 A Mateos, Obispo de Lisbona,
 A quien palma celeste allí corona.

XXV.

»Mira un Mestre, que baja de Castiella
 Portugués de nacion, cómo conquista
 Tierra de los Algarves, y ya en ella,
 No encuentra quien por armas le resista:
 Con arte, esfuerzos, y benigna estrella,
 Castillos, villas toma á escala vista:
 Vé á Tavira ganada á sus señores
 Por vengar á los siete cazadores.

XXVI.

»Vé que á Silvestomando, al Moro engaña
 Que antes la conquistó con fuerza ingente;
 Don Payo de Correa, cuya maña
 Y valor es envidia de la gente;
 Y vé los tres que en Francia y en España
 Hácense conocer perpetuamente
 En torneos, en lucha, en desafíos,
 Dejando en ellos fama de sus bríos.

XXVII.

»Con nombre los ve entrar de aventureros
 Castiella do la prez solos llevaron,
 De los juegos de Marte verdaderos,
 Que de muchos con daño ejercitaron.
 Ve muertos á los bravos caballeros
 Que de los tres al principal retaron;
 De Gonzalo Ribeiro esa es la alteza,
 Y la ley del morir con él no reza.

XXVIII.

»Mira aquel que su fama tanto estiende
 Que con ninguna antigua se contenta,
 Y el país, que de un hilo flaco pende,
 Sobre sus hombros sólidos sustenta:
 ¿No le ves, de ira lleno, que reprende
 La desconfianza vil, inerte y lenta
 Del pueblo, y le somete al dulce freno
 De su Rey natural, no del ajeno?

XXIX.

»Vé que por su consejo que tomaba,
 De Dios guiado y de su santa estrella,
 Puede lo que imposible se juzgaba:
 Vencer al pueblo ingente de Castiella.
 Vé, por industria suya y fuerza brava,
 Otro estrago y victoria clara y bella,
 En la gente feroz, cuanto infinita,
 Que entre el Tartesio y el Guadiana habita.

XXX.

»¿Mas no ves cuasi aquí desbaratado
 El poder Lusitano, por la ausencia
 Del Capitan devoto, que apartado
 Invoca en su oracion la Trina Esencia?
 Vélo, con prisa de su gente hallado,
 Que le dice que falta resistencia
 Contra tal fuerza, y pídele que acuda
 Para que á los ya flacos lleve ayuda.

XXXI.

»Pero vé con qué santa confianza,
 Que no era tiempo aún le respondia,
 Como quien tiene en Dios la aseguanza
 Del triunfo que luego le daría:
 Así Numa al oír que la pujanza
 Del contrario las tierras le corria,
 Responde al que la nueva le está dando:
¿Pues no miras que estoy sacrificando?

XXXII.

»Siora el nombre á decir quieres que pruebe
 Del que fiado en Dios así campea,
 Escipion Portugués llamarse debe,
 Mas con el de Nuñ'Alvarez se arrea:
 ¡Patria dichosa que á tal hijo lleve!
 Padre aun mejor, que en cuanto el sol rodea
 El gran globo de Céres y Neptuno,
 Nunca cual este se hallará ninguno.

XXXIII.

»Vé que en la misma guerra presa apaña
 Este otro Capitan de poca gente.
 Comendadores vence en la campaña,
 Y su botin rescata bravamente.
 Vé que otra vez la lanza en sangre baña
 Solo por libertar con celo ardiente
 Al preso amigo: ¡ejemplo de leales,
 Pero Rodriguez es de Landroáles!

XXXIV.

»Mira el traidor aquel, y cómo paga
 El perjurio que fizo, y vil engaño:
 Es Gil Fernandez d'Elvas quien le amaga
 Y hace luego sufrir el mayor daño:
 De Jerez roba el campo y le encenaga
 En la sangre del misero aledaño:
 Y mira á Ruiz Pereira cual de frente,
 Escudo á las galeras es potente.

XXXV.

»Vé cómo diez y siete Lusitanos
 De lo alto de ese otero se defienden,
 Fuertes de cuatrocientos castellanos,
 Que por cogerlos en redor se estienden:
 Mas pronto anunciarán con ayes vanos
 Que no se guardan solo, mas que ofenden:
 ¡Accion que debe el mundo hacer eterna
 Grande en la edad antigua y la modernal!

XXXVI.

»Sábese, de muy lejos, que trescientos
 Contra un mil de Romanos pelearon
 En tiempos que civiles ardimientos
 De Viriato las glorias levantaron:
 Que de aquellos, logrando vencimientos,
 Herencia memorable nos dejaron,
 (Como despues probamos en cien luchas)
 De arrostrar pocas fuerzas á las muchas.

XXXVII.

»Los infantes vé aquí Pedro y Enrique,
 De Juan progenie ilustre y generosa:
 Hace aquel que su fama certifique
 Germania, con su muerte valerosa:
 Este, que ella en los mares le publique
 Por su descubridor, y la orgullosa
 Ceuta postre su Islámica jactancia
 Y rinda, con sus puertas, su arrogancia.

XXXVIII.

»Mira al Conde Don Pedro, que sustenta
 Dos cercos contra toda Berbería;
 Y otro Conde ve allí que representa
 En la tierra, de Marte la osadía:
 Con defender no solo se contenta
 Á Alcacér contra inmensa compañía,
 Mas de su Rey la vida, en grave apuro,
 Salva y pierde la suya allí en el muro.

XXXIX.

»Verias muchos más que los pintores
Aquí tambien de cierto pintarian;
Mas les faltan pinceles y colores,
Honra, premio y favor que ingenios crían:
Culpa es de los viciosos sucesores,
Que en verdad se degradan y desvian
Del lustre y del valor de sus pasados,
En gustos y altiveces atolados.

XL.

»Los altos padres que principio dieron
Á la generacion que de ellos baja,
Mucho por la virtud entonces hicieron,
Que tambien por formar nietos trabaja.
¡Ciegos que de las penas que sufrieron
Si la fama las glorias nunca ataja,
Oscuros deja siempre á sus menores,
Con dejarles descansos corruptores!

XLI.

»Tambien hay otros grandes y abastados
Que de troncos ilustres no provienen,
Por la culpa de Reyes, que á privados
Dan más que á los que esfuerzo y saber tienen
Á estos, sí, que á los suyos ver pintados
No place, y diz que orgullos no convienen;
Y es su contrario natural la tabla,
Y quieren mal á la pintura que habla,

XLII.

»No niego que hay á veces descendientes
De generoso tronco y casa rica,
Cuya nobleza en usos escelentes
Su blason heredado magnifica;
Y si la antigua luz de sus parientes
Con su valer no aumenta y clarifica,
Al menos no se apaga ni hace oscura:
Mas de estos halla pocos la pintura.»

XLIII.

Gama así con acentos no prolijos
Los hechos cuenta que, con varia tinta,
Claros, perfectos, del pincel son hijos
Del artífice docto que allí pinta.
El Catüal los ojos prestos, fijos
Tiene en la historia vívida y distinta,
Mil veces preguntando y mil oyendo
Las gustosas batallas que está viendo.

XLIV.

Mas ya la luz mostrábase dudosa,
Porque la inmensa lámpara se hundia
Bajo del horizonte, y luminosa
Llevaba á los antípodas el dia;
Cuando la Naire gente numerosa
De la gran Capitana ya salia
A buscar el reposo, que descansa
Los lasos miembros en la noche mansa.

XLV.

En tanto los Arúspices famosos
De la ciencia Gentil, que en sacrificios
Dicen adivinar casos dudosos
Por señales diabólicas ó indicios,
Por el Rey mismo enviados, estudiosos
Ejercian el arte y sus oficios
Sobre esta gente y su venida estraña
Del mar remoto de la ignota España.

XLVI.

Dáles signo el demonio verdadero
De qué aquel nuevo pueblo les sería
Cautividad y yugo postrimero,
Destrucción de su gente y su valía;
Y espantado el atónito agorero
Al Rey le va á decir (cual lo entendian)
Las señales que halló fieras y estrañas
De las víctimas viendo las entrañas.

XLVII.

Y á todo esto se añade que á un devoto
Que profesa la ley de Mahomede,
Del odio concebido no remoto
A la fe santa que sufrir no puede,
En forma del Profeta, que tan noto
Del hijo de la esclava Agar procede,
Baco, que de sus odios no desiste,
En sueños se le muestra fiero y triste,

XLVIII.

Y le dice: «¡Oh mi gente! estad alerta
Del daño que os prepara el enemigo,
Que por los mares ya el camino acierta,
Antes que esteis más cerca del castigo.»
Esto escuchando, el Moro se despierta
De la vision absorto; mas consigo
Piensa que es de comun sueño el efeto,
Y se vuelve á dormir tranquilo y quieto.

XLIX.

Y torna Baco, y dice: «¿No conoces
Al gran legislador que á tus pasados
El precepto enseñó, que reconoces,
Sin el cual fuérais muchos bautizados?
Yo velo, si tú duermes á mis voces;
Pues sabe que los otros, que llegados
Serán despues, harán daño infinito,
En el culto que al hombre dejé escrito.

L.

«Mientras flaca es la fuerza de esta gente,
Ordenad que con fé se la resista,
Pues cuando sale el sol, bien fácilmente
Se puede en él poner fija la vista:
Mas así que subió claro y ardiente,
Ciego queda el que á verle un tiempo asista,
Cual quedareis vosotros, si raices
Permitís que estos crien ¡infelices!»

LI.

Dice Baco; y se ausenta, con su trama
Espantado dejando al Agareno:
Salta del lecho, y luces pide y clama,
Labrando en él el férvido veneno;
Y en cuanto aquella, á quien el sol inflama,
Muestra su rostro angélico y sereno,
Junta á los jefes de la torpe secta
Y del sueño les da versión perfecta.

LII.

Pareceres diversos y contrarios
Allí se oyen, según que lo entendian:
Engañosa traicion y ardidés varios,
Perfidias inventaban y decian;
Mas dejando consejos temerarios,
La destruccion del Luso pretendian
Con artes más sutiles y mejores,
Y empiezan á ganar á los rectores.

LIII.

Con joyas, oro, y dádivas secretas
Vienen á su opinion los principales;
Y con razones prueban muy discretas
Que á su ruina ya van los naturales,
Diciendo aquellas ser gentes inquietas
Que los mares corriendo Occidentales,
Viven del robo y vil fraude malina,
Sin Rey, sin ley humana, ni divina.

LIV.

¡Oh cuánto debe el Rey que bien gobierna
Ver que los consejeros y privados
De honor, conciencia y de virtud interna,
Y de sincero amor, sean dotados!
Pues como se halla en sede tan superna,
Mal puede de los hondos y apartados
Negocios adquirir relato entero
Más que el del labio mismo consejero.

LV.

Mas tampoco diré que cuesta tanto
La conciencia encontrar límpida y cierta,
Que solo se halle en pobre humilde manto,
Dó acaso la ambicion ande encubierta:
Y hombre hay tambien, que bueno, y justo, y santo,
En negocios del mundo poco acierta;
Que mal podrá cuidarlos entre el dolo
Dulce conciencia puesta en Dios tan solo.

LVI.

En tanto los avaros Catüales
Que al Gentílico pueblo gobernaban,
Inducidos por gentes infernales,
Despacho al Portugués dificultaban.
Mas Gama, que no busca en las señales
De cuanto allí los Moros preparaban,
Si no á su Rey llevar relato cierto
Del mundo que dejaba descubierto:

LVII.

De eso cura no más; que bien sabia
Que despues que llevara esa certeza,
Armas, naves y gente mandaria
Manuel, que ocupa allá la suma alteza,
Con que á su yugo y ley someteria
De esos mares y tierras la grandeza;
Puesto que él no era más que un diligente
Descubridor del mundo del Oriente.

LVIII.

Y para hablar al Rey, hora designa
En que pedir que fiel le despachase;
Que en todo viendo está que la maligna
Gente quiere impedir que lo lograse.
El Rey, que de la nueva falsa, indigna,
No es mucho de admirar que se espantase,
Pues es en sus agüeros tan creyente,
Ora afirmados por la Máura gente:

LIX.

Ante el relato tiembla que le han hecho,
Si bien por otra parte la codicia,
Que es prenda innata de su bajo pecho,
Con deseo inmortal su sangre vicia;
Pues vé bien cuán amplísimo provecho
Tendrá si con verdad y con justicia,
El comercio y el trato acepta sanos
Que le propone el Rey de los Lusianos.

LX.

Sobre esto en los consejos que tomaba
Recibia contrarios pareceres;
Que en los que él su poder depositaba,
Ejercia el dinero sus poderes.
Al fin, venir al Capitan mandaba,
Y en llegando le dice: «Si quisieres
Decirme la verdad limpia y desnuda,
A tu culpa daré perdon y ayuda.

LXI.

»Bien informado estoy que la embajada
Que me diste de un Rey tuyo es fingida;
Pues tú ni tienes Rey ni patria amada,
Sino que arrastras vágabunda vida:
Que ¿quién desde la Hesperia así apartada,
Rey ó señor, de insania desmedida,
Ha de venir á entrar con gente y flotas
Tierras dél tan inciertas y remotas?

LXII.

»Y si de grandes reinos poderosos
Tiene tu Rey las regias majestades,
¿Qué presentes me traes valerosos,
Señal de tus incógnitas verdades?
Con prendas suelen y actos generosos
Los Reyes enlazar sus amistades:
Que no es prenda de ley ni don sincero,
La palabra de un vago aventurero.

LXIII.

»Si venís por ventura desterrados
 Cual hombres ya lo han sido de alta suerte,
 En mi reino sereis agasajados,
 Que toda tierra es patria para el fuerte:
 Mas si piratas sois del mar probados,
 Decidlo sin temor de infamia ó muerte;
 Que por buscar de sustentarse el modo,
 Vital necesidad obliga á todo.»

LXVI.

Esto así dicho, Gama que ya tiene
 Sospecha de la insidia que ordenaba
 El odio Mahometano, de dó viene
 Ese que el Malabar tan mal celaba,
 Con gran seguridad, como conviene
 A quien seguro crédito alcanzaba
 De Vénus Accidalia al dulce amparo,
 Este sacó del pecho acento claro.

LXV.

«Si antiguas culpas, que mortal nequicia
 En la primera edad cometió humana,
 No hicieran que en el vaso de malicia
 (Azote crudo de la grey cristiana)
 Cayera la perpetua inimicicia
 ¡Oh poderoso Rey! de la pagana
 Raza de Adan, que secta torpe estrecha,
 No concibieras tú tan vil sospecha.

LXVI.

»Mas porque ningun bien grande se alcanza
 Sin gran lucha tambien, y en todo hecho
 Sigue el temor el paso á la esperanza,
 Que siempre vive con sudor del pecho,
 Por eso miro en tí tal desconfianza
 De mi verdad, sin conceder derecho
 A razones, que justas hallarias,
 Si no escuchases voz que no debias.

LXVII.

»Que si de robos yo solo viviese,
 Undívago, sin patria, desterrado,
 ¿Cómo imaginas que hasta acá viniese
 A buscar nido incógnito, apartado?
 ¿Qué intereses me harian que corriese
 Así sufriendo por el mar airado,
 El Antártico frio, y los ardores
 De los pueblos del Aries moradores?

LXVIII.

»Si con grandes presentes de alta estima
 Me exiges la verdad de lo que digo,
 Sabe que solo á hallar vine este clima
 Dó puso el cielo tu Imperial abrigo:
 Mas si tanto la suerte me sublima
 Que retorne á mi reino y suelo amigo,
 La alta prenda verás rica y preciada
 Con que mi vuelta te será anunciada.

LXIX.

»Si te parece de imposible efecto
Que el Rey de allá de Hesperia á tí me mande,
Mente sublime, generoso afecto,
Ningun caso posible juzga grande;
Aunque es verdad que el mérito perfecto
Del Lusitano espíritu demande,
Para creerlo, fe de más alteza:
¡Tan inaudita y tanta es su grandeza!

LXX.

»Sabe que há muchos años los antiguos
Reyes nuestros vencer se propusieron
Firmemente los riesgos y castigos
Que siempre á grandes cosas se opusieron;
Y luchando en los mares, que enemigos
Son del muelle descanso, pretendieron
Saber qué fin tenían y dó estaban
Las playas postrimeras que lavaban.

LXXI.

»Digna fue inspiracion del Tirso raro
Del venturoso Rey que holló el primero
Los mares yendo á echar del nido amparo
Al morador del Ábila postrero.
Ese de industrias y saber avaro,
A un madero juntando otro madero,
Descubrió aquella parte que hacen clara
De Hidra y Argus la luz, de Liebre y Ara.

LXXII.

»Aumentando en los pechos las primeras
Venturas la osadía, descubrieron
Poco á poco más vias extranjeras,
Que siempre unos tras otros prosiguieron:
Las gentes que del Africa postreras
Las Siete Llamas en lo Austral no vieron,
Fueron vistas de nos, atras dejando
Á los que están los Trópicos quemando.

LXXIII.

»Así con fuerte pecho hemos vencido
Y alta constancia á la fortuna impía,
Hasta que á tu terreno hemos venido
Al mundo á abrir del mar la mejor vía.
Entre el furor del golfo entumecido,
De negro cielo, y tempestad bravía,
Á tí llegamos, de quien pido ardiente
Solo señal que á nuestro Rey presente.

LXXIV.

»Esta es, Rey, la verdad; pues nunca haria
Por un incierto bien, un flojo premio,
(Como esperar, no siendo así, podría)
Tan largo y vano artificial proemio:
Mas antes descansar me dejaria
En el no descansado y fiero gremio
De Tétis, cual pirata descreido
Con ajeno trabajo enriquecido.

LXXV.

Así que ¡oh Rey! si tienes mis verdades
 Como cosa leal, y no amañada,
 Une á breve despacho tus bondades,
 Sin quitarme el placer de la tornada;
 Y si aun juzgas mis dichos falsedades,
 Medítalo mejor, que bien probada
 Mi causa en claro juicio puede verse,
 Que fácil la verdad es de entenderse.»

LXXVI.

Atento estaba el Rey á la pujanza
 Con que Gama sus pruebas sostenía:
 Concibe de él completa seguridad
 En su alma fe, certeza en su hidalguía;
 Estima de su acento la confianza,
 Juzga su autoridad de gran valía,
 Y comienza á tener por mal servidos,
 ¡Estulto! á los Catuales corrompidos.

LXXVII.

Esto, junto á las ansias del provecho
 Que espera del contrato Lusitano,
 Hácele obedecer más al derecho
 Del Capitan, que al Sarraceno engaño.
 En fin, dícele á Gama que de hecho
 Vaya á la escuadra y sin temor de daño,
 Mande á tierra á su gusto toda prenda
 Que por la especería trueque ó venda.

LXXVIII.

Que envíe mercancía, en fin, le manda
 Que en los reinos Gangéticos no hubiere,
 Si trae alguna al caso de la banda
 De allá dó empieza el mar, la tierra muere.
 Ya de la real presencia veneranda
 Parte Gama á dó barco pedir quiere
 Al Catual, que las naves y aparejos
 Rige, pues que los suyos se hallan lejos.

LXXIX.

Barco le pide que á las naos le lleve:
 Mas el Catual, con proceder rehacio,
 Nada concede, y á idear se atreve
 Cómo le haga traicion en corto espacio:
 Le lleva al muelle, con la mente aleve
 De detenerle lejos del palacio,
 Donde sin que su Rey noticia tenga,
 Su infame intento á consumarle venga.

LXXX.

Dícele que muy lejos le podría
 Barco facilitar en que partiese,
 O que mejor para el siguiente día
 Su poco urgente embarque difriese.
 Ya, con tardanzas tantas, comprendía
 Gama que este Gentil de acuerdo fuese,
 (Lo que hasta aquel momento no creyera)
 Con la Máura intencion cobarde y fiera.

LXXXI.

Era este Catual de los que estaban
 Ganados de los Moros por la gente,
 Y de los que las villas gobernaban,
 El principal del Samorim potente:
 Así que de sus fraudes aguardaban
 El logro, por su medio solamente;
 Y él, que con ellos pérfido conspira,
 Ni la esperanza ni la accion retira.

LXXXII.

Gama (aunque en vano) activo le requiere
 Le dé un batel, pues su mision es esa,
 Y que así lo ha mandado, le refiere,
 El Samorim, que en ello se interesa:
 Le pide la razon por qué difiere
 Sacar la mercancía Portuguesa,
 Y alega no poder ser derogado
 Aquello que ya el Rey tiene mandado.

LXXXIII.

Razones tales el Catual corruto
 Atiende poco, y sigue revolviendo
 En su mente y sutil ingenio astuto
 Algun fraude diabólico, estupendo:
 Ya cómo bañar pueda el fierro bruto
 En la sangre odiosísima está viendo,
 Y ya cómo las naves abrasase,
 Por que ninguno á Portugal tornase.

LXXXIV.

Que no vuelva ninguno: eso prescribe
 El consejo infernal de Mahometanos;
 Porque á saber no llegue la que vive
 Eóda tierra el Rey de Lusitanos.
 No parte Gama, en fin, que lo prohíbe
 El regidor de bárbaros profanos;
 Y no hay, sin su licencia, quien se arroje,
 Porque todos los barcos los recoge.

LXXXV.

Del Capitan al grito y las razones,
 El Catual le responde que mandase
 Acercar sus distantes galeones,
 Para que así mejor fuese y tornase;
 Que enemiga parece, y de ladrones
 Flota que tan lejana se apartase,
 Y que no es bien que evite sus abrigos;
 Que no es el desconfiar, prueba de amigos.

LXXXVI.

Conoce en estos dichos el buen Gama
 Que pretende las náos en el puerto
 Meter el Indio, porque á fierro y llama
 Con furor las asalte descubierto:
 Su inventiva en proyectos mil derrama;
 Y fantaseando en él buscar lo cierto
 Del mal que amaga lo que á cargo tiene,
 Todo lo trama, y piensa, y lo previene.

LXXXVII.

Cual reflejo de luz que del pulido
Acero salta, ó del cristal hermoso,
Del sol brillante por el rayo herido,
Que á otra parte á tocar va luminoso,
Y de la astuta mano al ser movido,
Desde la estancia del muchacho ocioso,
Anda por calle, y muros, y tejado,
Trémulo aquí, y allí no sosegado:

LXXXVIII.

Vagando así la mente fluctuaba
De Gama, preso ya, cuando al sentido
Le viene que Coello le aguardaba
En la playa, quizá dél advertido:
Así que el avisarle solo ansiaba,
Que á la flota volviese, prevenido
De los engaños, y traicion maldita,
Que les reserva el pérfido Ismaelita.

LXXXIX.

Así ha de hacer quien quiera, en dón de Marte
Copiar hombres famosos é igualarlos;
Con la idea volar de una á otra parte;
Adivinar peligros, y evitarlos:
Con militar ingenio y sutil arte
Atraer á enemigos, ó engañarlos:
Pensar en todo, en fin, que no es servible
El capitan que diga: *Era increíble.*

XC.

Insiste el Malabar en que esté preso,
Si hasta el muelle no manda entrar la armada;
Él, constante y en ira noble acceso,
Su amenaza y furor no estima en nada;
Que antes quiere cargar él solo el peso
De cuanto mal dispone la malvada
Gente infiel, que esponer á la ventura
La flota de su Rey que está segura.

XCI.

Allí sigue esa noche detenido,
Y parte de otro dia, cuando pide
Y resuelve ir al Rey; mas reprimido
Es por guardia caudal, que se lo impide.
Aquí ocurre al Gentil otro partido;
Pues del Rey el castigo pesa y mide,
Si entiende su maldad, la cual al cabo
Sabrá, si más detiene al jefe bravo.

XCII.

Las especies que el Luso trueca ó vende
Dícele que traer ordene á tierra,
Pues su comercio establecer pretende;
Que quien no quiere trato, busca guerra.
Aunque el torpe designio Gama entiende
Que en su dañado corazon se encierra,
Consiente: pues al fin así podría
Ganar su libertad por mercancía.

XCIII.

Conciertan que el Gentil armar ordene
Embarcaciones propias en que venga;
Que aventurar sus barcos mal le viene,
No el Malabar los robe ó los detenga.
Las almadías salen que él previene,
A traer lo de España que convenga,
Y Gama escribe á Pablo que disponga
Cuál mercancía por rescate esponga.

XCIV.

Viene la carga al puerto donde luego
El Catüal á agasajarla sale:
Con ella han de quedar Alvaro y Diego
Para buscar lo que con ella iguale.
Si más que obligacion, y mando, y ruego,
En pechó vil el premio puede y vale,
Bien lo muestra él Gentil á quien lo entienda,
Pues si á Gama soltó, fue por la hacienda.

XCV.

Por ella le soltó, pues prenda cara
Tiene allí de la cual sacar pudiese
Interes muy mayor del que ganara,
Si al Capitan más tiempo detuviese.
Él, viendo que seria estultez clara
Que nuevamente á la ciudad volviese,
Despues que á sus galeras ha llegado,
Estar se deja en ellas descansado.

XCVI.

En ellas quieto está, si cuidadoso
Hasta ver lo que el tiempo trae consigo:
Que no se fia más del codicioso
Regidor, ya corrupto y enemigo.
Hora aquí vea el ánimo juicioso
Cuánto puede en el rico y el mendigo
El interes y sórdida fatiga
Del dinero, que á todo nos obliga.

XCVII.

Por hacerse señor el Rey Treicio
De gran riqueza, mata á Polidoro:
Entra por el fortísimo edificio
A la hija de Acrisio lluvia de oro:
Tanto puede en Tarpeya avaro vicio,
Que, á trueque de extranjero vil tesoro,
Entrega al enemigo el muro aciago,
Entre el cual, casi ahogada, muere en pago.

XCVIII.

¡El interes! él rinde armas caudales:
Él inicuo y traidor vuelve al amigo:
Él hace á nobles madres desleales,
Y Capitanes rinde al enemigo:
Él corrompe purezas virginales,
Sin temer honra, fama, ni castigo:
Él á veces deprava hasta las ciencias,
Los juicios ofuscando, y las conciencias.

XCIX.

Él interpreta más que sutilmente
 Testos, y leyes forja, y las deshace:
 Él los perjuros causa entre la gente;
 A los Reyes á veces monstruos hace:
 Y hasta á aquellos que solo á Dios clemente
 Se dedican, oireis que se complace
 En corromper, al pie de sus laudes,
 No sin color entonces de virtudes.

FIN DEL CANTO OCTAVO.

ARCHIVO DEL CANTO NOVENO

LOS LUSIADAS.

CANTO NOVENO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



XCIX.

Él interpreta más que sutilmente
 Testos, y leyes forja, y las deshace:
 Él los perjuros causa entre la gente;
 A los Reyes á veces monstruos hace:
 Y hasta á aquellos que solo á Dios clemente
 Se dedican, oireis que se complace
 En corromper, al pie de sus laudes,
 No sin color entonces de virtudes.

FIN DEL CANTO OCTAVO.

ARCHIVO DEL CANTO NOVENO

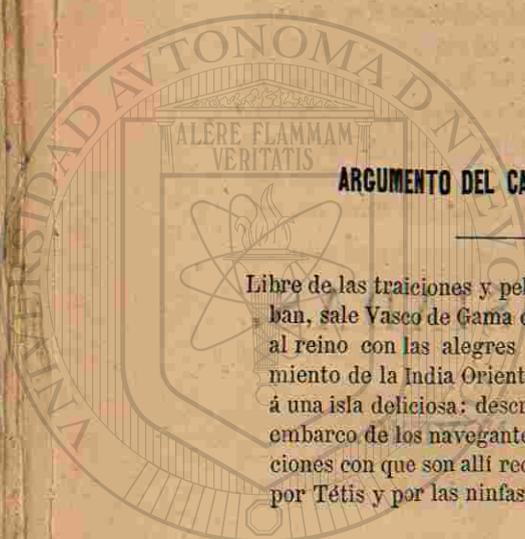
LOS LUSIADAS.

CANTO NOVENO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





ARGUMENTO DEL CANTO NOVENO.

Libre de las traiciones y peligros que le amenazaban, sale Vasco de Gama de Calcut, para volver al reino con las alegres nuevas del descubrimiento de la India Oriental: Vénus le encamina á una isla deliciosa: descripción de esa isla: desembarco de los navegantes: festivas demostraciones con que son allí recibidos los Portugueses por Tétis y por las ninfas.

LOS LUSIADAS.

CANTO NOVENO.

I.

Largamente á cumplir su vano empleo,
Están en la ciudad los dos factores;
Pues los infieles, con sutil rodeo,
Hacen que hallar no puedan compradores:
Que todo su propósito y deseo
Era á aquellos guardar descubridores
De la India, hasta tanto que viniesen
Las naves de la Meca, y los prendiesen.

II.

En el seno Eritréo, dó fundada
Por Toloméo la Arsinóe ha sido,
Del nombre de la Egicia, hermana armada,
Que en el de Suez, al fin, se ha convertido:
No el puerto lejos es de la afamada
Ciudad de Meca, el cual se ha engrandecido
Con la superstición á que sujeta
El agua religiosa del Profeta.

III.

Gidá se llama el puerto, en donde el trato
De todo el Rojo mar más florecia,
Del que sacaba fruto inmenso, y grato
El Soldan que aquel reino poseia.
Desde aquí al Malabar, por un contrato
Entre ellos, sulca hermosa compañía
De náos, que á buscar cada año viene
Lo que al comercio cada cual previene.

IV.

De estas náos los Moros esperaban
(Porque siempre eran fuertes y bastantes)
Que á aquellas que su trato amenazaban,
Las ardiesen en llamas coruscantes;
Y en tal socorro tanto confiaban,
Que es su afán que no más los navegantes,
Hasta que de su gran Meca vinieran,
Los bajeles allí les detuvieran.

V.

Mas el Rey de los cielos y las gentes,
Que para cuanto tiene imaginado,
Da de lejos los medios convenientes,
Por donde á efecto llega lo ordenado:
Movi6 afectos y espíritus ardientes
De piedad en Monzáide, á quien guardado
Tenia para dar á Gama aviso,
Y merecer á un tiempo el Paraiso.

VI.

Este, del que los otros no curaban,
Por ser cual ellos Moro, y antes era
Sabedor del delito que intentaban,
La intencion le descubre torpe y fiera:
Las naves que allí lejos siempre estaban.
A menudo visita, y considera
La suerte á que, sin fe, se las destina,
Por la malvada gente Sarracina.

VII.

Informe á Gama da de las armadas
Que de la Meca vienen cada un año,
Y de los suyos ora son ansiadas,
Para instrumento hacerlas de este engaño:
Dícele que de gente van cargadas,
Y de truenos, de horrible estruendo y daño;
Y que puede por ellas ser vencido,
Segun está de poco prevenido.

VIII.

Gama, que ve que el trato le encadena,
Cuando ya el tiempo á navegar le llama,
Y no espera del Indio cosa buena,
Que á los infieles Mahometanos ama:
A los factores retirarse ordena
A las naves; y á fin de que la fama
De esta súbita vuelta no lo impida,
Que la ejecuten manda de escondida.

IX.

Pero no tardó mucho, que volando
 Rumores, y no falsos, discurrieron
 De haberse preso á los factores, cuando
 Que abandonaban la ciudad sintieron:
 La fiel noticia del suceso infando
 Al Capitan muy pronto le trujeron:
 Mas él prende en su nave compañía
 Que á vender á ella vino pedrería.

X.

Eran estos antiguos tratadores,
 Quistos en Calecut, y conocidos:
 Bien pronto entre los ricos y mejores,
 Corre, que están del Luso detenidos.
 En las naves, en tanto, los sudores
 Del náuta empiezan, y obran repartidos:
 Quién mueve cabrestante, quién la amarra,
 Quién el forzado pecho da á la barra.

XI.

Y de las vergas cuelgan, y desatan
 La vela, que soltó chusma infinita,
 Cuando con gran rumor, al Rey relatan
 La prenda con que el Luso se desquita.
 Los hijos y mujeres, á quien matan
 Los que anuncian los presos, con su grito,
 Al Samorim se quejan, que perdidos
 Son sus padres, sus hijos, sus maridos.

XII.

Y á pesar de los odios Mauritaños,
 Él suelta los factores libremente,
 Con sus géneros todos y sin daños,
 Por que le vuelvan su cautiva gente:
 Disculpas manda, en fin, de sus engaños
 Al Capitan, que acéptalas riente,
 Y á sus presos mejor; y devolviendo
 Algunos pardos, váse el mar rompiendo.

XIII.

Costa abajo navega; por que entiende
 Que en balde con el Indio lucharía
 Por asentar la paz, que bien comprende
 Que comercial tratado afirmaría.
 Mas como ya la tierra que se estiende
 Hacia la Aurora descubierta habia,
 Con esta nueva, y prendas que llevaba,
 Á la patria contento se tornaba.

XIV.

Indios lleva consigo los mejores
 De los que el Samorim le hubo mandado
 Cuando volvió á las naves los factores;
 Lleva ardiente pimienta, que ha mercado:
 Ni de Banda olvidó las secas flores:
 La nuez y el negro clavó, que ha ilustrado
 La isla Maluco; y la canela rica,
 Que Ceilan enriquece y magnifica.

XV.

Y á Monzáide tambien, cuya asistencia
 Esto facilitó, se lleva, y cura
 Que, inspirado de angélica influencia,
 Quiere seguir de Cristo la luz pura.
 ¡Africano feliz, que la clemencia
 De Dios sacó de la tiniebla oscura.
 Y halló, tan lejos de su patrio suelo,
 El modo de buscar patria en el cielo!

XVI.

Así, apartadas de la costa ardiente,
 Pena á las naves dirigir no cuesta
 La prora á dó la meta Austral riente
 Natura tiene, entre esperanzas, puesta.
 Y llevan á Lisboa, desde Oriente,
 Hora nuevas felices y respuestas,
 Afrontando otra vez firmes y ledos,
 De inciertos mares los seguros miedos.

XVII.

El placer de aun pisar la patria cara
 Y los penates ver, y los parientes,
 Para contar la peregrina y rara
 Navegacion, los varios cielo y gentes:
 Ir á lograr el premio, que ganára
 Entre riesgos tan grandes y accidentes,
 Cada cual siente, en gozo tan deshecho,
 Que el corazon á tanto es vaso estrecho.

XVIII.

La Cipria diosa, en esto, designada
 Para favorecer á Lusitaños
 Por el eterno Padre, y por él dada
 Cual númen que los guia há largos años:
 Á su gloria en trabajos alcanzada,
 Y por satisfaccion de tantos daños,
 Íbales previniendo y pretendia,
 Darles en el mar triste una alegría.

XIX.

Despues de haber un poco revolido
 En su mente el gran mar que recorrieron,
 Y tanto mal, que por el dios nacido
 En Tébas Anfictionea padecieron,
 Traia ya de lejos consentido,
 Por premio de las penas que sufrieron,
 Darles algun deleite, algun descanso,
 Del mar entre el cristal líquido y manso:

XX.

Alguna dicha, de inquietud exenta,
 Y al inernal sufrir plácido estío
 Del Luso nauta suyo, por contenta
 Del dolor que envejece y rinde el brío;
 Y piensa que hará bien en darle cuenta
 Al hijo, cuyo escelso poderío
 Hace bajar los dioses hasta el suelo,
 Y los hombres subir al claro cielo.

XXI.

Y todo bien pensado, determina
 Tenerles, en mitad de la serena
 Tétis, alguna ínsula divina,
 De esmaltado verdor y flores llena,
 De las que cuenta el reino que confina
 Con la primera madre antigua y buena,
 Fuera de las que tiene soberanas,
 Dentro ya de las puertas Herculanas.

XXII.

Quiere que allí las húmidas doncellas,
 De ojos placer, dolor de corazones,
 Que disfrutan la fama de más bellas,
 Esperen á los ínclitos varones
 Con danzas y cántigas, pues con ellas
 Se inspirarán secretas aficiones,
 Para que más gustosas se apoderen
 Del cariño de aquel á quien quisieren.

XXIII.

Tal arte ya otra vez usó Ciprina,
 Para que Enéas grato recibido
 Fuese en el campo que la piel bovina
 Tomó de espacio, por sutil partido.
 Y ora también al hijo se encamina,
 Pues todo su poder está en Cupido;
 Y así como en aquella antigua empresa,
 Le compromete en esta, y le interesa.

XXIV.

Ata al carro las aves que, en la vida,
 Las exequias de muerte van cantando,
 Aquellas en que fue ya convertida
 Peristéra, azucenas apañando.
 En torno de la diosa, ya ascendida,
 Por el éter mil besos se van dando;
 Y ella por donde pasa, el aire y viento
 Serena en suave y dulce movimiento.

XXV.

De Idalia ya sobre los montes pende,
 Dó estaba entonces el rapaz flechero
 A otros muchos juntando, pues pretende
 Famosa expedición llevar guerrero
 Contra el mundo rebelde, porque enmiende
 Grandes yerros que há tiempo sigue fiero,
 Cosas amando que nos fueron dadas,
 No para ser queridas, sino usadas.

XXVI.

Á Actéon en la insípida alegría
 Viendo está de la caza bruta, insana,
 Que por seguir una alimaña, huía
 De la gente y la bella forma humana;
 Y quiere, por templar su demasia,
 Mostrarle la hermosura de Diana:
 ¡Y guárdese no sea en su quebranto
 Comido de los perros que ama tanto!

XXVII.

Y ve en el mundo todo altos señores,
 A quien Filandia amaestró mezquina,
 Que en sí propios no más ponen amores,
 Y ninguno el bien público imagina:
 Los ve del regio alcázar pobladores,
 Que, en lugar de veraz, sana doctrina,
 Venden adulacion, que no consiente,
 Que espigue el nuevo trigo floreciente.

XXVIII.

Ve que el que amor divino á la pobreza
 Debe y al pueblo caridad cristiana,
 Ama solo los mandos y riqueza,
 Fingiendo integridad, justicia sana:
 De fea tiranía y aspereza
 Forman derecho y compostura vana:
 Leyes en pró del Rey no hay miedo aplacen,
 Y las en pró del pueblo nunca se hacen.

XXIX.

Ve, en fin, que no ama nadie lo que debe,
 Sino lo que, indebido, mal desea;
 Y quiere ya el Amor que el mundo pruebe
 El castigo que duro y justo sea.
 Junta, pues, sus secuaces, con que lleve
 Ejército adecuado á la pelea
 Que tendrá con la gente mal regida,
 De quien fuere su voz no obedecida.

XXX.

Muchos de esos rapaces voladores
 Están en obras varias trabajando:
 Afilan unos férreos pasadores,
 Otros astas de flecha están tallando;
 Y trabajan, y cantan, y de amores
 Casos están en verso modulando;
 ¡Suave armonía, concertado ruido
 De dulce letra y celestial sonido!

XXXI.

En la fragua inmortal, dónde forjaban
 De los dardos las puntas penetrantes,
 Corazones por leña ardiendo estaban,
 Y entrañas todavía palpitanes:
 El agua en que los fierros se templaban,
 Lágrimas son de míseros amantes:
 Y es el fuego que eterno allí presume,
 El deseo, que quema y no consume.

XXXII.

La mano algunos ejerciendo andaban
 En duros pechos de la plebe ruda:
 Por el aire suspiros resonaban,
 De los que heridos van de flecha aguda:
 Hermosas ninfas son las que curaban
 Las heridas causadas, y su ayuda
 No solo da la vida á los heridos,
 Mas á aquellos la inspira no nacidos.

XXXIII.

Y unas las hay horribles, y otras buenas,
Segun la calidad es de las llagas:
El veneno esparcido por las venas,
Curan unos con pócimas aciagas:
Otros quedan atados con cadenas
Á las palabras de las doctas magas;
Y esto ocurre al llevar en ocasiones,
Jugos de ocultas yerbas los arpones.

XXXIV.

De esos tiros, así mal dirigidos,
Que estos niños, no diestros, van tirando,
Nacen muchos amores maldecidos
Entre el herido pueblo miserando;
Y en los héroes también esclarecidos
Se ven ejemplos mil de amor nefando,
Como el de aquellas Bibli y Ciniréa,
Y el Asirio garzon, y el de Judea.

XXXV.

Y vosotros ¡oh grandes! de pastoras
Á rogar cuántas veces vais mercedes;
Y de humildes y rudos ¡oh señoras!
También topáis vosotras en las redes:
Unas buscando vais nocturnas horas:
Otros saltáis tejados y paredes;
Si bien de tal amor, que ya maldijo,
La culpa es de la madre, y no del hijo.

XXXVI.

Mas ya en el verde prado el carro leve
Posan los cisnes que acaricia el viento;
Y Dione, que rosas entre nieve
Lleva en la linda faz, baja al momento:
El rapaz, que aun al cielo guerra mueve,
Á recibirla va ledo y contento,
Y á besar van sus otros servidores
La mano á la deidad de los amores.

XXXVII.

Ella, por no gastar el tiempo en vano,
Cogiendo al hijo en brazos, y confiada,
Le dice: «Hijo querido, en cuya mano
Toda la fuerza mia está fundada:
Hijo, autor de mi imperio soberano,
Que el Tiféo vigor tienes en nada,
Necesidad estrecha que me azora,
Á ampararme de tí me trae ahora.

XXXVIII.

»Bien veo que hace tiempo que averiguas
Que al valor Lusitano favorezco,
Por merced de las Parcas, que no exiguas,
Las confianzas me otorgan que merezco;
Y como tanto imitan las antiguas
Obras de mis Romanos, yo me ofrezco
Á darles tanta ayuda cuanto alcanza
Del tuyo mi poder en la balanza.

XXXIX.

»Y porque de los fraudes del odioso
Baco en la India han sido maltratados,
Y porque del furor del mar undoso
Pudieran más ser muertos que cansados:
En ese mismo mar, que temeroso
Les fue, quiero que sean halagados,
Recibiendo aquel premio y dulce gloria
De trabajos que agrandan la memoria.

XL.

»Por eso era mi intento que hoy heridas
Las hijas de Neréo, amor jocundo
Sintieran por los Lusos, encendidas,
Que nuevo acaban de encontrar un mundo;
Y todas á una ínsula venidas,
Que bella en las entrañas del profundo
Océano tendré yo preparada,
Del don de Flora y Zéfiro adornada:

XLI.

»Allí, con mil refrescos y manjares,
Con vinos odoríferos, y rosas,
De cristal en palacios singulares,
En lechos bellos, y ellas más hermosas,
Con deleites, en fin, no ya vulgares,
Los esperen rendidas y afectuosas,
Heridas del amor, por que les donen
De sí cuanto los ojos ambicionen.

XLII.

»Quiero que haya en el reino Neptunino,
Dó yo nací, progenie fuerte y bella,
Y tome ejemplo el mundo vil, mezquino,
Que contra tu potencia ora se estrella;
Y entienda, que ni muro diamantino,
Ni hipocresía audaz puede con ella;
Que mal habrá en la tierra quien se guarde,
Si tu fuego inmortal las aguas arde.»

XLIII.

Vénus propone así; y el hijo hermoso
Se apresta á obèdecera como debe:
Manda traer el arco ebúrneo, airoso,
Dó saetas con punta de oro embebe:
Cipria, con ledó aspecto, impudoroso,
En su coche recibe al hijo aleve;
Y da rienda á las aves cuyo canto
De Faetónte la muerte lloró tanto.

XLIV.

Mas Cupido la diz que es necesaria
Una famosa y célebre tercera,
La cual, aunque níl veces le es contraria,
Otras muchas le ayuda compañera:
La diosa gigantea, temeraria,
Jactanciosa, verídica, embustera,
Que con sus ojos mil todo inspecciona,
Y con mil bocas lo que ve pregona.

XLV.

Vánla á buscar y envíanla delante,
 Á que vaya á contar con trompa clara,
 La gloria de la gente navegante,
 Más de lo que hasta aquí de otros cantára.
 Ya, gorjeando la Fama penetrante,
 Por las hondas cavernas se dispara:
 Dice verdad, y por verdad se sella;
 Que el dios de bien creer marcha con ella.

XLVI.

El elogio y rumor grande, escelente,
 El juicio de los dioses (que indignados
 Fueron por Baco contra Lusa gente)
 Cambia, y los va poniendo ya amansados;
 Y el pecho femenino, que feblemente
 Muda y deja propósitos tomados,
 Ya por crudeza bárbara designa
 El no amar á la hueste brava y digna.

XLVII.

Una tras otra, en esto, sus saetas
 Despide el dios, y el mar gime á sus tiros:
 Derechas, al traves de ondas inquietas,
 Algunas van, y alguna haciendo giros:
 Caen ninfas, lanzando las secretas
 Entrañas ardientísimos suspiros,
 Y caen, aun sin ver la faz que se ama,
 Qué tanto como el ver, puede la fama.

XLVIII.

Juntó los cuernos de la ebúrnea luna
 Con fuerza el mozo indómito escesiva,
 Que á Tétis quiere herir más que á ninguna,
 Porque más que ninguna le era esquiva:
 Ya no queda en la aljaba flecha alguna,
 Ni en los equóreos campos ninfa viva;
 Que si heridas aún están viviendo,
 Será para sentir que van muriendo.

XLIX.

Dad lugar, altas y cerúleas ondas,
 Que Vénus trae (mirad) la medicina,
 Mostrando blancas velas y redondas,
 Que viene sobre el agua Neptunina;
 Y porque tú recíproco respondas,
 Vivo Amor, á la llama femenina,
 Es fuerza que el pudor honesto ceje,
 Y haga aquí cuanto Vénus aconseje.

L.

Ya todo el bello coro se apareja
 De Nereidas, y junto caminaba
 En bandada gentil, á usanza vieja,
 A la isla á que Vénus las guiaba:
 La linda diosa allí las aconseja
 Lo que ella hizo mil veces cuando amaba,
 Y ellas, que opresas van de afecto vivo,
 Abren á su consejo el pecho esquivo.

LI.

Corta, en tanto, la flota la ancha via
 Del hondo mar hácia la patria amada,
 (Proveerse anhelando de agua fria,
 Para marcha seguir tan dilatada)
 Cuando todos, con súbita alegría,
 Vista dan á la isla enamorada;
 Pues de Memnonio allí la más hermosa
 Se levanta risueña y deleitosa.

LII.

De lejos ven la isla, dulce estela
 Que Vénus por las ondas les llevaba
 (Tal como lleva el viento blanca vela)
 Guiándola á la flota que buscaba;
 Que porque no pasase sin cautela,
 Y aportasen allí cual deseaba,
 Accidalia, que todo lo podia,
 Hácia dó el mar cortaban, la movia,

LIII.

Mas inmóvil la deja y firme ahora
 Que es de los nautas vista y demandada:
 Así, mientras nació la Cazadora
 Con su hermano, quedó Délos parada.
 Pronto la armada allá guia la prora
 Dó la costa formaba una ensenada,
 Corva y tranquila, cuya blanca arena
 Vénus de lindas conchas pinta y llena.

LIV.

Tres oteros hermosos se mostraban,
 Con altivez irguiéndose graciosa,
 Que de gramíneo esmalte se adornaban,
 En la ínsula alegre y deleitosa:
 Claras fuentes y límpidas manaban
 De cumbre, entre verdura lujuriosa;
 De dó pisando guijas se deriva
 La sonora linfa fugitiva.

LV.

En valle que los dos oteros hiende
 Iban las claras ondas á juntarse,
 Donde un remanso forman, que se estiende
 Bello, cuanto no es dado el idearse:
 Arboledo gentil sobre ese pende,
 Que cuál contento está de acicalarse,
 Viéndose en el cristal terso y pulido,
 Que le retrata su esplendor florido.

LVI.

Entre pomas el aire embalsamando,
 Mil arbustos al cielo alzan los cuellos:
 El naranjo en su fruto va ostentando
 El color que usó Dafne en los cabellos:
 Se enreda en el jazmin que está flotando,
 Ya el citronero con sus frutos bellos,
 Ya el limon con sus puntas naturales,
 Imitando los pechos virginales.

LVII.

Los árboles, que afrenta á los pinceles,
Y agreste pompa son á los oteros,
Son álamos de Alcides, son laureles
Caros al rubio dios y placenteros;
Y mirtos de Dione, y de Cibeles
Pinos, que á nuevo amor ceden los fueros:
Y allí sube el agudo Cipariso,
Apuntando al celeste Paraiso.

LVIII.

Los dones de Pomona allí natura
Diferentes produce en los sabores,
Sin haber menester de la cultura,
Pues silvestres se crían superiores:
La cereza de vívida pintura:
Las moras recordando otros amores,
La poma que de Persia da el terreno,
Y se torna mejor en el ajeno.

LIX.

Luce allí la romana rubicunda
Color con quien el suyo el rubí pierde:
La vid con sus racimos va jocunda,
Del olmo entre los brazos que le muerde:
Y á tí, piramidad pera fecunda,
Por madurar sobre tu rama verde,
Te veo darte al mal, que con sus picos
Hacen en tí los pájaros más chicos.

LX.

Pues el tapiz de espléndida belleza,
Con que se cubre el rústico terreno,
Hace á Aqueménia de menor riqueza,
Pero al valle sombrío más amenó.
Allí dobla Cephisia la cabeza,
Sobre el estanque lúcido y sereno,
Y el hijo y nieto vivió de Ciniras,
Por quien tú, la de Pafos, aun suspiras.

LXI.

Y juzgar es difícil, viendo ahora
En cielo y tierra iguales los colores,
Si á la flor da color la bella Aurora,
O si á ella lo dan las bellas flores.
Pintando están allí Céfito y Flora
Las viólas como rostro de amadores,
Y el rojo lirio y fresca rosa bella,
Cual mejillas de púdica doncella.

LXII.

Rociadas de las lluvias matutinas.
Se ven blanca azucena y manyerona:
Y la letra en las flores jacintinas,
Tan queridas del hijo de Latona:
Bien se mira en las pomas y murinas,
Que competían Clóris y Pomona;
Y si allí vuelan pájaros cantando,
Bellos brutos también vagan saltando.

LXIII.

A lo largo del lago el cisne canta,
Y del ramo responde Filomela:
De la cuernosa sombra no se espanta
En el agua Acteón, que le consuela:
Aquí de espesa mata se levanta
Liebre fugaz, ó tímida gacela:
Allí el sustento lleva apetecido
El leve pajarillo al caro nido.

LXIV.

En tan risueño Eden el pie ponian
De la mar los segundos Argonautas,
A dó por la floresta se fingian
Andar las diosas lindas, como incautas:
De ellas algunas, cítaras tañian,
Algunas, arpas y sonoras flautas:
Otras, con arcos de oro, que persiguen
Figuran animales, que no siguen.

LXV.

Las aconseja así Ciprina esperta
Que vaguen por los campos derramadas,
Y vista de varon la presa incierta,
Que no dejen de hacerse deseadas:
Algunas, que en la forma descubierta
Del peregrino cuerpo están confiadas,
Ponen artificiosas su hermosura,
Desnudas, á lavar en agua pura.

LXVI.

Mas los fuertes mancebos, que en la playa
Ponen el pie, de tierra codicioso,
Que no hay ninguno de ellos que no vaya
De hallar agreste caza deseoso,
No cuidan que, sin lazo ó redes, haya
Caza, por aquel monte deleitoso,
Tan doméstica, suave y peregrina
Como herida la tiene ya Ericina.

LXVII.

Unos que en espingardas y en ballestas
Para herir á los ciervos se fiaban,
A los sombríos bosques y florestas
Determinadamente se lanzaban:
Otros por sombras, que en ardientes siestas
Los céspedes defienden, paseaban
Junto á un arroyo, que en su curso sabe
Ir al mar entre piedras manso y suave.

LXVIII.

Mas empiezan á ver súbitamente
Por entre rama verde otros colores:
Colores que la vista juzga y siente
Que no son ni de rosas ni de flores,
Mas de lana ó sutil seda luciente,
Que á los sentidos habla de amadores,
Con que para ostentarse más hermosas,
Vestirse suelen las humanas rosas:

LXIX.

Da Belloso asombrado un alto grito,
Y dice: «Amigos, caza estraña es esta:
Si es que aun dura el gentil antiguo rito,
Consagrada está á diosas la floresta;
Y descubrimos hoy más que fue escrito,
Y á deseo mortal se manifiesta:
En verdad que altas cosas y escelentés,
Se muestran á los hombres imprudentes.

LXX.

»Sigamos á estas diosas, y veamos
Si fantásticas son, ó verdaderas.»
Esto dicho, veloces más que gamos,
Se lanzan á correr por las riberas.
Ellas huyendo van entre los ramos,
Aunque más industriosas que ligeras,
Dando gritos, si luego sonriendo,
Se dejan de los galgos ir cogiendo.

LXXI.

De una el áureo caballo el viento lleva:
De otra, al correr, las faldas delicadas;
Y el deseo se enciende, que se ceba
En las formas de súbito mostradas:
Otra cae, de exprofeso, y ya se eleva,
Con muestras más benignas que indignadas,
Con el que en ella al tropezar caía,
Y por la blanda playa la seguía.

LXXII.

Unos, que hácia el gran lago se dirigen,
Topan con las desnudas que se lavan:
Ellas gritan, haciendo que se afligen
Del asalto fatal que no esperaban.
Estas, fingiendo que el rubor eligen
Esponer por salvarse, se lanzaban
Desnudas por el bosque, al ojo dando
Lo que avaras las manos van tapando.

LXXIII.

Una, como teniendo en mayor cura
El pudor, cual la diosa cazadora,
Hunde el cuerpo en el agua: otra se apura
Por tomar sus vestidos, y se azora.
De los mancebos hay quien se apresura,
Calzado como está (que en la demora
De desnudarse cré se le hace tarde)
A dar al agua el fuego que en él arde.

LXXIV.

Cual perro ardiente, astuto, muy sabido
En coger en el agua el ave herida,
Viendo en el arco el fierro dirigido
Contra el pato ó la garza sorprendida,
Antes que silbe el nervio, mal sufrido
Salta y da ya la presa por cogida,
Y nada, y va latiendo, así el mancebo,
Embiste á la que hermana no es de Febo.

LXXV.

Leonardo, guerrero audaz, robusto,
Mañoso, caballero, enamorado,
A quien diera el amor más de un disgusto,
Que siempre del rapaz fue maltratado,
Y tiene por seguro ya lo injusto
De ser en sus afectos desdichado,
No abandona, con todo, la esperanza
De que aun pueda en su sino haber mudanza.

LXXVI.

Quiso aquí su ventura que corria
En pos de Efra, ejemplo de belleza,
Que más caro que nadie dar queria
Lo que dió para dar naturaleza.
El corriendo cansado, la decia:
«Hermosura, no digna de aspereza:
Ya que te doy mi vida, el pie retarda,
Y pues llevas el alma, al cuerpo aguarda.

LXXVII.

»Todas ya de correr, ¡oh ninfa pura!
Se cansan, y se dan al enemigo:
Tú sola huyes de mí por la espesura:
¿Quién te dijo que yo soy quien te sigo?
Si te lo ha dicho aquella no ventura,
Que á todas partes siempre va conmigo,
No la creas; yo á veces la creía,
Y mil á cada hora me mentía.

LXXVIII.

»Descansa, y no me canses, que si quieres
Huir porque no pueda ni tocarte,
Es mi desdicha tal, que aunque me esperes,
Ella hará que no pueda yo alcanzarte.
Espera: quiero ver, si tú quisieres,
Qué sutil modo buscas de escaparte;
Y en la prueba veremos que aun me falta,
Cual muro entre la espiga y mano salta.

LXXIX.

»¡No me huyas! ¡Así jamás el breve
Tiempo abandone tu esplendor divino!
Solo con refrenar el paso leve,
Vencerás el rigor de mi destino.
¿Qué Emperador, qué ejército se atreve
La dura fuerza á quebrantar del sino?
Pues si en cuanto yo amé me fue siguiendo,
Tú la podrás vencer, de mí no huyendo.

LXXX.

»¿Tomas la parte de mi suerte impía
Dando cobarde ayuda al más potente?
¿Te llevas lo que libre yo tenía?
Lánzalo, y correrás más sueltamente.
¿No te fatiga esa alma pobre mía
Que en esos hilos de oro reluciente
Atada llevas? ¿O después de presa,
Le mudaste la suerte, y menos pesa?

LXXXI.

»Con esperanza tal te voy siguiendo:
Que, ó tú no sufrirás el peso de ella,
O la nueva virtud ella sintiendo
De tu hermosura, cambiará su estrella;
Y si ha de ser así, ¿qué haces huyendo,
Pues puede herirte Amor, gentil doncella?
Y tú me esperarás si Amor te hiere,
Y si esperas, no hay nada que no espere.»

LXXXII.

Mas la ninfa amorosa tarda tanto
En dar cara al doncel que la seguia,
Solo por ir oyendo el dulce canto
De enamoradas cosas que decia:
Y el rostro al fin volviendo, y dulce encanto,
Todo en risa bañado y alegría,
Caer al pie del vencedor la place,
Que todo en amor vivo se deshace.

LXXXIII.

¡Oh qué besos de fuego en la floresta,
Y qué mimoso acento resonaba!
¡Qué plácidos suspiros...! ¡Qué ira honesta
Que en sonrisas alegres se tornaba...!
Y lo demas que por mañana y siesta
Vénus con sus placeres inflamaba
Es mejor el probarlo, que el juzgarlo:
Júzguelo, pues, quien no puede probarlo.

LXXXIV.

De este arte, así conformes las hermosas
Ninfas con sus amados navegantes,
Los ornan de coronas deliciosas
De láuro, y de oro, y flores abundantes:
Les dan las blancas manos como esposas;
Y con tratos de ley estipulantes,
En vida, en muerte, en pena, en alegría,
Se prometen eterna compañía.

LXXXV.

Una de ellas mayor, á quien con celo
Todo el coro de ninfas obedece,
Que dicen hija ser de Vesta y Cielo,
Al que en el bello rostro se parece,
De maravilla hinchendo el mar y el suelo,
Al Capitan, que tanto amor merece,
Mostrándose señora grande, egregia,
Recibe allí con pompa honesta y regia.

LXXXVI.

Y despues de decirle ya quién era,
Con noble exordio, de alta gracia ornado,
Dándole á conocer, que allí viniera
Por inmutable prescripcion del hado,
Para esplicarle de la unida esfera,
De la tierra, y del mar, no navegado,
Los secretos que solo al digno Luso
Revelar hoy profético dispuso:

LXXXVII.

De la mano tomándole, le guía
 A la cumbre de un monte alto y divino,
 En el cual rica fábrica se erguia
 De cristal transparente y oro fino.
 La mayor parte allí pasan del día
 En dulces juegos y en placer continuo:
 Ella en la estancia logra sus amores;
 Las demas, por las sombras, y entre flores.

LXXXVIII.

Así la hermosa y fuerte compañía
 Del bonancible tiempo va gozando,
 Con una dulce incógnita alegría
 Los pasados trabajos compensando;
 Porque de las hazañas y osadía
 Insigne el mundo les está guardando
 El premio allá, de sobra merecido,
 Con fama ilustre y nombre esclarecido.

LXXXIX.

Que las ninfas Oceánicas hermosas,
 Tétis, y la feliz isla pintada,
 Otra cosa no son que las gustosas
 Honras, que hacen la vida sublimada.
 Las preminencias altas y gloriosas,
 El triunfante esplendor, la sien ornada
 De oro, y palma, y laurel bien merecido,
 Esos son los deleites de este egido.

XC.

Que esa inmortalidad que antes fingia
 El mundo antiguo al que por grande aclama,
 Cuando hasta el claro Olimpo le subia
 Sobre las alas de la heroica fama,
 Por las hazañas ínclitas que hacia,
 De la virtud la trabajosa trama,
 Siguiendo y el camino alto y fogoso,
 Si allá, á su fin, alegre y deleitoso:

XCI.

Es el premio tan solo, que reparte
 Por inmortales hechos, soberanos,
 El mundo á los varones, que con arte
 Y esfuerzo, los cumplieron, siendo humanos:
 Que Júpiter, Mercurio, y Febo, y Marte,
 Quirino, Enéas, y los dos Tebanos,
 Céres, y Juno, y Pálas, y Diana,
 Fueron todos de carne flaca humana.

XCII.

Mas la fama, trompeta de obras tales,
 Les dió de semidioses los canoros
 Nombres, y hasta de dioses inmortales,
 Y los de Magno é Indígeta sonoros.
 Vosotros, los que amais honras iguales,
 Si quereis de la gloria los tesoros,
 Del sueño despertad del ocio ignavo,
 Que el ánimo, de libre, torna esclavo.

XCHII.

Ponedle á la codicia un freno duro,
 Y á la ambicion tambien, que indignamente
 Mil veces os sumerge en el oscuro
 De tiranía vil vicio insolente.
 Porque la pompa vana, el oro impuro,
 Verdadero esplendor no da á la gente,
 Y es mejor merecerlo sin tenerlo,
 Que llegarlo á tener sin merecerlo.

XCIV.

Dad, en paz, justas leyes y constantes
 De grandes no en favor, sino de buenos:
 Ó vestíos las armas rutilantes
 Contra el poder de inicuos Sarracenos:
 Y hareis los reinos vastos y pujantes,
 Y todos tendreis más, y nadie menos;
 Y poseereis riquezas merecidas,
 Con honra, que es la vida de las vidas.

XCV.

Y hareis preclaro al Rey que amais celosos,
 Ora con los consejos bien pensados,
 Ora con las espadas, que gloriosos
 Os harán, como allá vuestros pasados:
 Ni asuntos hallareis dificultosos:
 Quien quiso, siempre pudo; así contades,
 Sereis entre los héroes conocidos
 Y en esta isla de Vénus recibidos.

LOS LUSIADAS.

CANTO DÉCIMO.

XCHII.

Ponedle á la codicia un freno duro,
 Y á la ambicion tambien, que indignamente
 Mil veces os sumerge en el oscuro
 De tiranía vil vicio insolente.
 Porque la pompa vana, el oro impuro,
 Verdadero esplendor no da á la gente,
 Y es mejor merecerlo sin tenerlo,
 Que llegarlo á tener sin merecerlo.

XCIV.

Dad, en paz, justas leyes y constantes
 De grandes no en favor, sino de buenos:
 Ó vestíos las armas rutilantes
 Contra el poder de inicuos Sarracenos:
 Y hareis los reinos vastos y pujantes,
 Y todos tendreis más, y nadie menos;
 Y poseereis riquezas merecidas,
 Con honra, que es la vida de las vidas.

XCV.

Y hareis preclaro al Rey que amais celosos,
 Ora con los consejos bien pensados,
 Ora con las espadas, que gloriosos
 Os harán, como allá vuestros pasados:
 Ni asuntos hallareis dificultosos:
 Quien quiso, siempre pudo; así contades,
 Sereis entre los héroes conocidos
 Y en esta isla de Vénus recibidos.

LOS LUSIADAS.

CANTO DÉCIMO.

ARGUMENTO DEL CANTO DÉCIMO.

Convite de Tétis á los descubridores: cancion profética de la ninfa, en que bosqueja rápidamente las principales conquistas y hazañas de los Vireyes, Gobernadores, y caudillos Portugueses hasta don Juan de Castro: sube Tétis con Gama y los demás á un monte, desde el cual le muestra las esferas celeste y terrestre: descripción del orbe, especialmente del Asia y del Africa: salen los navegantes de la Isla, y continuando su viaje, llegan felizmente á Lisboa, y ofrecen al Rey el resultado de sus trabajos: invocación, consejos y ofrecimiento que le hace el Poeta de cantar sus hechos, si emprende las gloriosas empresas que le vaticina, y que anuncia su espíritu generoso.

LOS LUSIADAS.

CANTO DÉCIMO.

I.

De la adúltera, en esto, Lariséa
Guiaba el amador sus animales
Hacia el lago feliz dó señoréa
Tierras Temistiton occidentales:
El grande ardor del sol Fabonio oréa,
Con soplo que en los tanques naturales
Crespa el agua serena, despertando
Lirio y jazmin que yacen dormitando.

II.

Entonces de las manos los amantes
Cogidos, y conformes; y rientes,
Subian á las salas rutilantes,
Ricas de argenterías relucientes,
Dispuestas por la Reina, que abundantes
Mesas de altos manjares escelentes
Les dispone, restáuro á la flaqueza
De la cansada al fin naturaleza.

III.

Allí en sillas se sientan cristalinas
 Todos, de dos en dos, amante y dama;
 Y á su cabeza, en otras de oro finas
 Está con la alta diosa, el claro Gama.
 Los manjares y especies peregrinas
 Que atrás dejan de Egipto antigua fama,
 Se acumulan en anchos platos de oro,
 Venidos del Atlántico tesoro.

IV.

Los vinos odoríferos que encima
 De las mesas se ven, no de Falerno,
 De la Ambrosía son que tanto estima
 Jove en el divo coro sempiterno;
 Los vasos de labor dó no entra lima,
 Alzan crespas espumas que á lo interno
 Del corazón dan súbita alegría,
 Saltando misturadas de agua fría.

V.

Mil pláticas alegres se contaban:
 Dulce risa sutil, dicho jocundo,
 Entre uno y otro plato, despertaban
 Apetito y contento sin segundo:
 Y acordes instrumentos resonaban,
 Que á las desnudas almas del profundo
 Hicieran suavizar la eterna pena,
 La voz siguiendo de inmortal Sirena.

VI.

Cantaba la deidad, y á los acentos
 Que por los altos techos van sonando,
 En consonancia igual los instrumentos
 Siguen suaves, sus tonos concertando:
 Ponen silencio súbito los vientos,
 Y hacen ir mansamente murmurando
 Las aguas, y en las casas naturales
 Aduermen á los fieros animales.

VII.

Con dulce voz levanta al Empiréo
 Altos varones que vendrán al mundo,
 Cuyas nobles figuras vió Protéo
 En vano globo diáfano y rotundo,
 En sueño concedido á su deseo
 Por Jove, y él despues al mar profundo
 Lo dijo, en vaticinio, y la memoria
 Guardó esta ninfa de la clara historia.

VIII.

Asunto es alto, y de valor no poco,
 Lo que aprendió la ninfa en el gran lago,
 Como Jopas un tiempo, ó Demodoco
 El uno en la Feácia, otro en Cartago.
 Hora, Caliópe mía, aquí te invoco
 De este trabajo al fin, para que en pago
 Me des de lo que escribo (¿qué pretendo?)
 El gusto de escribir, que voy perdiendo.

IX.

Van los años corriendo, y del estío
 Me queda espacio que pasar pequeño:
 La Fortuna mi ingenio torna frío,
 Y ya en jactarme de él no pongo empeño:
 Los disgustos me van llevando al río
 Del negro olvido y del eterno sueño:
 Mas dame tú cumplir, Musa del canto,
 Lo que debo á mi patria, que amo tanto.

X.

Cantaba la doncella que vendrian
 Del Tajo, por los mares que abrió Gama,
 Flotas que las riberas vencerian
 Por dó el Índico Océano se derrama;
 Y que los Reyes que negar querrian
 Al yugo su cerviz, la ardiente llama
 Del valor probarian duro y fuerte,
 Hasta rendirse ó recibir la muerte.

XI.

Cantaba de uno, entre altos Malabares,
 Gran sacerdote de sus cultos rudos,
 Que solo por guardar los singulares
 Que estrechó con nosotros caros nudos,
 Sufrirá ver sus campos y lugares,
 Con incendios, furor y horrores crudos,
 Servir de pasto al Samorim potente,
 Por odio inmenso hácia la Lusa gente.

XII.

Y canta cómo pronto le llegare
 De Belém á este mal remedio sano
 Cuando, sin conocerlo, el mar llevare
 Al gran Pacheco, Aquiles Lusitano.
 Su peso sentirá cuando empujare
 La vasta móle al férvido Océano
 Los troncos que en el mar quejas exhalan,
 Porque contra natura allí los calan.

XIII.

Y llegado á las playas Orientales,
 Y del Rey de Cochim dejando al brio
 Ayuda, y á sus pocos naturales
 En brazos del salado y corvo río,
 Hará estrago en los Naires infernales,
 De Cambál en el paso, dando frío
 Miedo al ardor inmenso del Oriente
 De ver que tanto obró tan poca gente.

XIV.

Llamará el Samorin más gente nueva:
 De Bipír vendrá el Rey, y el de Tanores:
 Vendrán los de Narsinga, que alta prueba
 Prometerán de esfuerzo á sus señores:
 Hará que todo Naire, en fin, se mueva
 Morador de Calcúta á Cananores,
 Y que al comun contrario hagan la guerra
 Moros por mar, Indianos por la tierra.

XV.

Y por tierra y por mar desbaratando
A todos otra vez Pacheco erguido,
La grande multitud que irá matando,
Entero al Malabar tendrá aturdido;
Y volverá el Gentil de nuevo, dando
Combate tras combate enfurecido,
Injuriando á la paz y haciendo votos
A sus dioses que vé sordos é inmotos.

XVI.

Y no solo en defensas y reparos
Lidiará, mas quemando templos, casas;
É inceso el cán de rabia, al ver preclaros
A los que sus ciudades dejan rasas,
Hará que los de vida poco avaros,
Por dos pasos aun tiempo, con sus masas
Embistan á Pacheco que, corriendo
De una á otra, lo irá todo rompiendo.

XVII.

Canta que el mismo Rey irá en persona
A ver la lid por que á su gente anime:
Mas que un rugir tronante de Belona
Le tñe en sangre, y su furor reprime.
Que no hay defensa á la imperial corona,
Ni resistencia que Pacheco estime:
Y apresta el Samorin artes, venenos;
Mas Dios lo quiere, y cada vez va á menos.

XVIII.

«Que por séptimo impulso irá (cantaba)
A combatir con el valiente Luso,
A quien ningun esfuerzo pone traba,
Aunque este solo le pondrá confuso:
Que traerá el Rey para la pugna brava
Máquinas de maderos, fuera de uso,
Para romper los barcos y altas trabes,
Hasta allí invictos á las Máuras naves.

XIX.

»Que llevará por mar artes de fuego,
Para abrasarle cuanta armada tenga:
Mas que del Luso la pericia luego
Hará vanas las furias con que venga.
Que ningun varon claro en marcial juego,
Que en alas de la fama se sostenga,
Á este alcanza, que el puesto á todos toma,
Y perdonen ilustres Grecia y Roma.

XX.

»Porque tantas batallas sustentadas
Por él, con pocos más de cien soldados,
Contra tantas malicias inventadas:
Tantas gentes y pueblos dominados,
Parecerán, ó fábulas soñadas,
O que los altos coros invocados
Bajaron y le dieron compañía,
Esfuerzo y fuerza, ingenio y valentía.

XXI.

»Que ni aquel que en los campos Maratonios
De Darío el poder destroza y hiende,
Ni el que con cuatro mil Lacedemonios
Las estrechas Termópilas defiende:
Ni el jóven Cocles, prez de los Ausonios,
Que con el Tusco ejército contiene
El puente al sostener, ni Quinto Fabio
Fue cual este en la guerra fuerte y sabio.»

XXII.

Mas la ninfa el acento aquí canoro
Apaga y muda en ronco, entristecido.
Cantando en baja voz, envuelto en lloro,
El esfuerzo inmortal no agradecido;
Y dice: «¡Oh Belisario, que en el coro
De las Musas serás siempre aplaudido!
Si en tí viste abatir al bravo Marte,
Tienes ya con quien puedas consolarte.

XXIII.

»Compañero aquí ves, así en los hechos,
Como en el galardón injusto y caro;
En tí y en él veremos altos pechos
Bajar á estado de vileza raro.
¡En hospicios morir y humildes lechos
Los que al Rey y á la ley sirven de amparo!
Esto los Reyes hacen, cuyo gusto
Manda más que lo digno y que lo justo.

XXIV.

»Esto los Reyes hacen que sumidos
En falso bien están que los contenta:
¡Dar los trofeos de Ájax merecidos,
De Ulises á la lengua fraudulenta!
Y los bienes así mal repartidos,
Por quien solo de halagos se alimenta,
No otorgados á sabios caballeros,
Van á parar á torpes lisonjeros.

XXV.

»Mas tú, por quien quedó tan mal pagado
Tal hombre ¡oh Rey! inicuo en esto solo,
No fuiste para darle honroso estado
Al que un reino te dió de polo á polo.
Mientras el mundo fuere circundado
(Yo te lo afirmo) por la luz de Apolo,
El será entre las gentes grande y claro,
Y tú tenido por cruel y avaro.

XXVI.

»Mas ve otro (cantaba) que va honrado
Con nombre real, y que llevó consigo
Un hijo, que en el mar será ilustrado
Tanto como el mayor Romano antiguo:
Ambos darán, con fuerte brazo armado,
A Quíloa fértil áspero castigo,
Lanzando fuera á pérfido tirano,
Y Rey estableciendo fiel y humano.

XXVII.

»Y tambien á Mombaza, que se arrea
De nobles casas, de altos edificios,
Deshecha dejará, quemada y fea,
Por mor de sus antiguos maleficios:
Y despues en la costa que campea
De barcos enemigos y artificios,
Contra el Luso, con velas y con remos,
Hará Lorenzo de valor estremos.

XXVIII.

»En altas naos del Morim potente,
Que llenan aire y mar de férrea pella
Que despide tronando el bronce ardiente,
Hará en mástil y borda estrago y mella:
Y echando garfios luego osadamente
En la enemiga Capitana, en ella
Saltará y dejarála, á arpon y espada,
De cuatrocientos Moros despejada.

XXIX.

»Mas de Dios la escondida providencia,
Que sabe sola á quien el bien reserve,
Le pondrá dó ni esfuerzo ni prudencia
Podrá haber que la vida le conserve.
En Chaül, donde en sangre y resistencia
El mar todo con fierro y fuego hierva,
Le harán que á vida más dichosa vaya,
Las armadas de Egipto y de Cambaya.

XXX.

»De enemigos sin fin que allí acudieron,
De la mar que contraria les ofende,
Del viento que faltó rendir se vieron,
Que solo así tanto valor se prende.
Alcense aquí los héroes cuantos fueron:
Vengan á ver virtud, que aquí se aprende:
Scévola nuevo es este que, rompido,
Antes quiere ser muerto que rendido.

XXXI.

»Con todo un muslo roto, que en pedazos
Le lleva un ciego tiro que pasaba,
Se sirve aún de los valientes brazos,
Y del gran corazon que le quedaba:
Hasta que otro fatal rompe los lazos
Con que el ánima al cuerpo se ligaba,
Y ella, suelta y felice, sube ahora
A dó libre se encuentra y vencedora.

XXXII.

»Vete, alma, en paz de guerra turbulenta,
En la cual mereciste luz serena,
Que el cuerpo que en pedazos se presenta
A aquel que le engendró venganza ordena,
Y oigo ya que retumba la tormenta
Que trae la dura indeclinable pena
De esperas, basiliscos y trabucos,
A cambáicos y atroces Mamelucos.

XXXIII.

»Ved ya al padre venir con brio horrendo,
 Pena y furor trayendo por antojos,
 Con que el paterno amor le está moviendo
 Fuego en el corazon, llanto en los ojos:
 Ya su espada le viene prometiendo
 Mares de sangre y bárbaros despojos
 De la flota gentil; la siente el Nilo:
 La escucha el Indo, el Ganges ve su filo.

XXXIV.

»Como el ocioso toro, que se ensaya
 A la pelea, el cuerno experimenta
 En el tronco de duro roble ú haya,
 Y al viento hiriendo así las fuerzas tienta;
 Tal, antes que en el seno de Cambaya
 Entre Francisco airado, en la opulenta
 Dabúl afila su cuchilla impía,
 Humillando su tímida osadía.

XXXV.

»De Dío entrando luego en la ensenada,
 Ilustre en cerco y lides por estremo,
 Dispersará la grande y flaca armada
 De Calcut, que por lanza tiene el remo;
 Y á la del Yaz Melique acautelada,
 Con los que forja Múlciber supremo,
 La echará al frío y devorante fondo,
 Duro lecho y secreto del mar hondo.

XXXVI.

»Mas la de Mir-Hocem, que bravoneando
 Aguardará á los fuertes vengadores,
 Verá brazos y piernas ir nadando
 Sin cuerpos, por la mar, de sus señores;
 Rayos de fuego irán representando,
 En su inmenso furor, los domadores:
 Cuanto allí sentirán ojos y oidos,
 Será llamas, y estruendos, y alaridos.

XXXVII.

»Mas ¡ah! que de esta próspera victoria
 Que llegará despues al patrio Tajo,
 Casi le robará la insigne gloria
 Un suceso fatal que triste atajo!
 El Tormentorio cabo la memoria
 Guardará con sus huesos, sin trabajo.
 Apagando aquel ánimo terrible
 Que á India toda y Egipto fue invencible.

XXXVIII.

»Allí Cafres podrán sin artificios
 Lo que diestros contrarios no pudieron,
 Y harán, con fuego y palos, maleficios
 Que flecha y globos férvidos no hicieron.
 ¡Oh del cielo qué ocultos son los juicios!
 Los que, vanos, jamás los comprendieron,
 Signo suelen llamar, desdicha oscura,
 La que solo es de Díos voluntad pura.

XXXIX.

»Mas ¿qué fulgor tan grande allí distinto
 (Decia, y la voz clara levantaba)
 De Melinde en el golfo, en sangre tinto,
 Aparece, y en Lamo, y Hoja, y Brava,
 Y por Cuiña tambien—que nunca extinto
 Verá su fuego—ni en el mar que lava
 Islas del Austro, y playa á que da nombre
 Lorenzo, y todo el Sur alto renombre?

XL.

»El brillo de esa luz son las potentes
 Armas con que Alburquerque irá amansando
 De Ormuz los Párseos, por su mal valientes,
 Que rechazan el yugo honroso y blando.
 Allí verán la flechas estridentes
 En el aire chocarse, revirando
 Contra quien las tiró; que Dios peléa
 Por el que de su Iglesia en pro campea.

XLI.

»Allí de sal los montes no defienden
 De corrupcion los muertos en combate,
 Que cuerpos por la playa y mar se tienden
 De Gerum, de Mascate, y Calayate;
 Y á bajar la cerviz tan sólo aprenden
 Por la fuerza, y es bien que se les ate
 Con la carga de dar el Indio astuto
 De perlas de Barem rico tributo.

XLII.

»¡Oh qué gloriosas palmas tejer miro
 Que en ofrecerle la ocasion no tarda,
 Cuando sin miedo y sin perder respiro,
 De Goa rinde la ínsula gallarda!
 Cediendo luego de la guerra al giro,
 La deja, y ocasion mejor aguarda
 De tomarla otra vez, que al mismo Marte
 Vencerán y á la suerte esfuerzo y arte.

XLIII.

»Y ya vuelve sobre ella, y va rompiendo
 Por muros, fuego y tiros mil sonoros,
 Abriendo con la espada el tan tremendo
 Ejército de Indios y de Moros;
 E irán los Lusos ínclitos haciendo
 Más que hambrientos leones y que toros,
 Dando honor á esa luz, que es la divina
 De la Santa Egipcíaca Catalina.

XLIV.

»Ni evitar tú podrás tu suerte triste,
 Aunque rica te encuentres y asentada
 De la Aurora en el gremio dó naciste,
 Opulenta Malaca celebrada:
 Las flechas veneníferas que hiciste,
 Los crisos de que ya te miro armada,
 Y amorosos Malayos, Faos valientes,
 Todos al Luso doblareis las frentes.»

XLV.

Aun cantando siguiera esta sirena
 En loor del clarísimo Alburquerque:
 Mas le asaltó un sentir que le condena,
 Aunque su nombre al mundo todo cerque.
 El grande Capitan que el hado ordena
 Que gloria eterna con trabajos merque,
 Más que juez á los suyos duro, entero,
 Ha de serles benigno y compañero.

XLVI.

Pues en tiempos que males y aspereza,
 Hambres, flechas, dolor, globos ardientes,
 Y el cielo y la estacion hacen crudeza
 En soldados bizarros y obedientes,
 Parece de selvática fiereza,
 De pechos inhumanos é insolentes
 Penas extremas imponer por culpa
 Que flaca humanidad, que amor disculpa.

XLVII.

Que el mal, no siendo abominable incesto,
 Ni estupro de violencia en vírgen pura,
 Ni tampoco adulterio deshonesto,
 Sino en esclava vil lascivia oscura:
 Entonces si el varon, por mal dispuesto,
 O dado á crueldad soberbia y dura,
 El furor con los suyos no escasea,
 Pone en su limpia fama tacha fea.

XLVIII.

Vió á Apeles Alejandro enamorado
 De su Campaspe, y dióselá riente,
 No siendo su fielsimo soldado,
 Ni viéndose en temor duro y urgente.
 Conoció Ciro que era devorado
 Araspe por Pantéa en fuego ardiente,
 Cuando en guarda teniéndola, ofrecia
 Qué no deseo vil le venceria.

XLIX.

Mas viendo el persa insigne que vencido
 Fué por amor, que todo lo atraiciona,
 Fácil perdon le otorga y fue servido
 Del, salvándole en pago la corona.
 De Judit á la fuerza fue marido
 El férreo Baldovino, y lo perdona
 Su padre Cárlos, puesto en cosas grandes,
 Dejándole que viva y pueble á Flandes.

L.

La ninfa prosiguiendo el largo canto,
 A Suarez ensalzó, que sus banderas
 Haria tremolar, llevando espanto
 A las rojas Arábigas riberas.
 Que de él Medina infiel temblará tanto,
 Cuanto Meca y Gidá, con las postreras
 Playas de Abásia; y no del mal se exime
 Barberá, de que el Zeile emporio gime.

LI.

Que tambien la noble isla Taprobana,
Ya por el nombre antiguo tan famosa,
Cuanto soberbia ahora y soberana
Con su corteza cálida, olorosa,
Dará tributo de ella á la Lusiana
Bandera, cuando escelsa y victoriosa
Allá en Columbo flotará en la erguida
Torre, que es de los suyos tan temida.

LII.

Que Sequeira, las ondas Eritrenas
Dividiendo, abrirá nuevo camino
Al imperio, que cuenta como arenas
Los que en Subá y Candáx plegan su lino.
A Macuá, con cisternas de agua llenas
Verá y al puerto Arquico, allí vecino;
Y haciendo descubrir islas remotas,
Maravillas al mundo dará ignotas.

LIII.

«Y tú, Meneses (canta), cuyo fierro
Más que en India fue en África probado,
Castigarás de Ormuz soberbia el yerro,
Con hacerla tributo dar doblado;
Y tú, gran Gama, en pago del destierro
En que una y otra vez fuiste apartado,
Con título de Conde irás ¡Ay triste!
La tierra á gobernar que descubriste.

LIV.

»Mas el forzoso término venido,
Que no conjuran súplicas y amaños,
Con regia dignidad esclarecido
Te sacará del mundo y sus engaños.
Otro Meneses luego, más crecido
En razon y prudencia, que no en años,
Gobernará: tú harás, dichoso Enrique,
Que glorioso tu nombre se publique.

LV.

»No solo doma tercios Malabares,
Destruyendo á Panáne y á Coulete,
Y vence daños y artes militares,
Que solo el pecho hieren que acomete,
Sino que con virtudes singulares
Vence del alma á los contrarios siete,
Y á la codicia y viva incontinencia,
Que es por cierto, en su edad, alta esclencia.

LVI.

»Mas despues que los astros le llamaren,
Tú obtendrás, Mascareñas, su respeto;
Y aunque injustos el mando te quitaren,
Que tendrás fama eterna te prometo;
Y que tus mismos émulos declaren
Tu valor; que del hado es el decreto
Que gobiernes de palmas coronado,
Más que de suerte justa acompañado.

LVII.

»En Binton, cuyo reino se gloria
De daños tantos á Malacas hechos,
Injurias de años mil en solo un dia
Vengarás, con valor de ilustres pechos:
Trabajos duros, riesgos, muerte impía,
De fuego y fierro ardid, pasos estrechos,
Trincheras, foso, y lanzas, y saetas,
Todo espero que rompas y sometas.

LVIII.

»Mas la ambicion en India y la codicia
Que enseñan sin reparo el rostro adusto,
No podrán contra Díos y la justicia
Torcerte, mas causarte, sí, disgusto.
Quien obra sin razon y maleficia
Con fuerzas del poder que ejerce augusto,
No es vencedor: la palma verdadera
En la justicia está desnuda, entera.

LIX.

»Mas no niego, con todo, que Sampayo
Será, por su valor. esclarecido,
Mostrándose en el mar tremendo rayo,
De contrarios sin número oprimido.
Hará en el Malabar horrible ensayo
En Bancanor, con que despues vencido
Cutial, espantado á verse venga
Con cuanta gente y cuantas naves tenga.

LX.

»Y no menos de Dío la impia flota,
Que Chaul temerá por grande, osada,
Con la vista no más quedará rota
Por Héctor de Silveira, y destrozada:
El Héctor Portugués, de quien se anota
Que, en la costa Cambáica con su armada,
Será á los Guzarates tan insano,
Cuanto ha sido á los Griegos el Troyano.

LXI.

»De Sampayo feroz, Cuña, mas pío,
Tiempo largo el poder tendrá sublime;
Hará las altas torres con que á Dío
Chale desde sus muros la reprime,
Y á Basáin ganará su fuerte brío,
No sin sangre en verdad; que de ella gime
Melique, porque solo de la espada
La trinchera á la fuerza ve tomada.

LXII.

»Viene tras él Noroña, cuyo brazo
A los Rumes de Dío bravo ahuyenta:
Dío, que con marcial desembarazo
Antonio de Silveira bien sustenta.
Á Noroña de muerte llega el plazo,
Y un ramo tuyo ¡oh Gama! experimenta
Del imperio el gobierno, cuyo brillo
De miedo al Rojo mar pondrá amarillo.

LXIII.

»De manos de tu Estéban irá el mando
A un varon que ya se hizo distinguido
En el Brasil, venciendo y castigando
Al pirata Francés, del mar temido.
En el Índico luego comandando,
Qual Mayor de Dalmáo, el muro ardido
Escala, y antes rompe por la puerta
Que fuego y flechas mil tienen cubierta.

LXIV.

»Darále el Rey Cambáico soberbioso
Fortaleza en la noble y rica Dío,
Porque contra el Mogor tan poderoso
Le ayude á defender su señorío:
Irá despues con pecho valeroso
Á impedirle que pase al Rey impío
De Calecut, que así como á su gente,
Entre sangre correr le hará tremente.

LXV.

»Destruirá la ciudad de Repelimo
Viendo á su Rey con muchos en huida,
Y despues junto al cabo Comorimo
Acabará proeza esclarecida;
Que á la flota imperial del Samorimo,
Que juzga al mundo perdonar la vida,
Vencerá con furor de fierro y fuego,
En sí viendo Badála el marcio fuego.

LXVI.

»Así, limpia la India de enemigos,
Gobernarla ya en paz tiene por gala,
Sin que halle la traicion campo, ni abrigos,
Que todos tiemblan del que nadie iguala.
Solo probar los ásperos castigos
Quiso Batalalá que vió Badála:
Mas fue por fierro y fuego destruida,
Y de sangre y de muertos quedó henchida.

LXVII.

»Esto Martiño hará, que del gran Marte
Con razon lleva el nombre derivado,
Tanto en armas ilustre en cualquier parte,
Cuanto sabio en consejos y acordado:
Castro, que le sucede, el estandarte
Portugués tendrá siempre levantado:
Uno le yergue, otro le guarda erguido:
Propio es del sucesor el sucedido.

LXVIII.

»Persas, Abásis, Rumos, consus lumbres,
Pues del Romano imperio el nombre tienen,
Varios de aspectos, varios en costumbres
(Que mil pueblos al cerco horribles vienen),
Lanzan á tierra y cielo sus quejumbres
Porque unos pocos sus comarcas llenen;
Y en sangre Lusa juran descreidos
Empapar sus bigotes retorcidos.

LXIX.

»A horrendos basiliscos y leones,
 Trabucos fieros, minas encubiertas
 Resisten Mascareña y sus varones,
 Que sus muertes sin miedo ven ya ciertas:
 Hasta que, de tan duras opresiones,
 Castro, libertador, abre las puertas;
 Y que allí por su Dios se sacrifican
 Las vidas de sus hijos testifican.

LXX.

»Fernando el uno, ramo de gran planta,
 Allá dó el fuego horrible concentrado
 Los muros en pedazos mil levanta,
 Será á los cielos súbito elevado.
 Álvaro, cuando Enero al hombre espanta,
 Y el camino del mar tiene cortado,
 Le abre, y rompe las ondas, y el castigo
 Del viento vence, y luego al enemigo.

LXXI.

»Llega el padre despues, á mar abierta,
 Con el resto de gente Lusitana,
 Y con fuerza, y conciencia, que es más cierta,
 Da batalla feliz y soberana:
 Unos, muros subiendo, escusan puerta:
 Se la abren otros por la escuadra insana;
 Y hechos se hacen tan dignos de memoria,
 Que en verso no cabrán, ni en larga historia.

LXXII.

»Luego él mismo en el campo se presenta
 Vencedor fuerte, intrépido, al pujante
 Rey Cambayo, y á vista le amedrenta
 De su gran multitud cuadrupedante.
 Tampoco el Hidalcham mejor sustenta
 Sus tierras contra el brazo triunfante;
 Y Dabúl castigada es en la costa,
 Y á Pondal no valió su entrada angosta.

LXXIII.

»Este y otros así por varias partes,
 Dignos todos de loa no sencilla,
 Paséando invencibles estandartes
 Por los mares que corta aguda quilla,
 Mostrándose en el mundo nuevos Martes,
 Gozarán de este Eden la maravilla.
 Y hallarán estas ninfas y estas mesas,
 Que pago y honra son de altas empresas.»

LXXIV.

Así canta la ninfa, y no hay ninguna
 Que no responda al eco que sonaba,
 Las bodas celebrando en oportuna
 Dulce canción que de placer llenaba.
 «Por más que anden las ruedas de Fortuna
 (El coro de las ninfas entonaba)
 Nunca os ha de faltar timbre gloriosa,
 Y renombre, y honor gente famosa.»

LXXV.

Despues que con los goces aplacada
 La corporal necesidad se siente,
 Y en la celeste armónica tonada
 Suenan los hechos de la Lusa gente;
 Tétis, de gracia y majestad ornada,
 Para que con deleite más se aumente
 La fiesta de tan ledo y claro dia,
 Vuelta á Gama feliz, así decia:

LXXVI.

«Te hace ¡oh varon! la celestial sapiencia
 Merced de que con ojos corporales
 Veas lo que jamás la vana ciencia
 Podria ver de míseros mortales.
 Por este áspero monte con prudencia
 Sígueme, y firme, y vengan tus parciales.»
 Dice, y vale guiando por sendero
 Duro y á humana planta arduo y severo.

LXXVII.

Mucho no van, sin que á la erguida cumbre
 No lleguen, donde un campo se esmaltaba
 De esmeralda y rubí, cuyo relumbre
 Celeste suelo anuncia que se hollaba.
 Globo ven en el aire, en el que lumbre
 Clarísima por dentro fulguraba,
 De modo que su fondo está evidente,
 Como su superficie transparente.

LXXVIII.

Cuál su materia es, no se adivina,
 Mas se comprende bien que lo formára
 De varios orbes la bondad divina,
 Y un centro solo á todos les fijára:
 Suba ó baje la rueda cristalina,
 Nunca sube ni baja, y de igual cára
 Se le halla por doquier: por cualquier parte
 De comienzo ó de fin se oculta el arte.

LXXIX.

Uniforme, en sí mismo sostenido,
 Y digno, en fin, del Constructor Maestro,
 Viendo Gama aquel globo, conmovido
 Quedó, y de asombro á razonar no diestro.
 Y la diosa: «El trasunto reducido
 En volúmen pequeño aquí te muestro
 Del orbe todo, porque claro veas
 Por dó vas, y á dó irás, y qué deseas.

LXXX.

«Vé aquí la insigne máquina del mundo,
 Etérea, elemental, que fabricada
 Así fue de saber alto y profundo,
 Sin principio ni meta limitada.
 Quien cerca en rededor este rotundo
 Globo y su superficie tan labrada
 Es Dios; mas lo que es Dios nadie comprende,
 Que ingenio humano á tanto no se estiende.

LXXXI.

»Este orbe que primero va cercando
 Los otros más pequeños que en sí tiene,
 Y con tan viva luz está radiando,
 Que ciega, y que la mente mal contiene,
 Empiréo se llama, dó morando
 Toda alma pura está que á gozar viene
 De bien cuyo tamaño nadie alcanza,
 Pues no hay dél en el mundo semejanza.

LXXXII.

»Aquí los verdaderos y gloriosos
 Divos están; pues yo, Saturno, y Jano,
 Y Jove, y Juno, somos fabulosos,
 Fingidos de invencion y de humo vano:
 Solo para hacer versos deleitosos
 Servimos; y si más el arte humano
 Nos dió, fue solo que el ingenio vuestro
 A esos astros pusiera el nombre nuestro.

LXXXIII.

»Y en Júpiter, que aquí se representa,
 La sapiencia eternal pone sucinta,
 Que á todo el orbe rige y le sustenta
 Con especie de númenes distinta.
 En los ejemplos muchos que presenta,
 Así la docta antigüedad lo pinta;
 Y que el buen númen guia y favorece,
 Y el malo, en cuanto puede, al hombre empece.

LXXXIV.

»Luego quiere el pincel, que asaz varía,
 Ora deleite siendo, ora enseñando,
 Nombres dar, que la antigua poesía
 Los tiene por de dioses, fabulando.
 Mas sacra Musa, á la alta compañía
 De los ángeles solo así llamando,
 Si sufre dar tal nombre preeminente
 Á los falsos, ficcion es solamente.

LXXXV.

»Es, en fin, siempre Dios, aunque segundas
 Causas dispone, quien el orbe manda.
 Y volviendo á narrar de las profundas
 Obras de su potencia veneranda,
 Debajo de ese cerco dó las mundas
 Almas divas están (el cual no anda)
 Otro corre tan rápido, que estimo
 Que no le ves; y es ese el móvil primo.

LXXXVI.

»Y con su andar veloz, grande y seguro
 Van todos los que dentro hay en su seno.
 Por obra suya, atento Febo y puro,
 Día y noche nos da, de impulso ajeno:
 Debajo de este leve anda otro duro,
 Tan lento y subyugado al firme freno,
 Que mientras el sol, de lumbre nunca escaso,
 Doscientas vueltas hace, él anda un paso.

LXXXVII.

»Mira ese otro debajo, embellecido
 Por otros cuerpos lisos y radiantes,
 Que tambien curso en él tienen ceñido,
 Y corren en sus ejes rutilantes:
 Mira bien cuál se adorna y va vestido
 Con ancha banda de oro, que brillantes
 Doce animales cuenta figurados,
 Aposentos á Febo reservados.

LXXXVIII.

»Mira de esa otra parte la figura
 Que los astros fulgentes van haciendo:
 Mira el Carro, y patente á Cinosura,
 Á Andromeda, á su padre, al Drago horrendo,
 Y ve de Casiopéa la hermosura,
 Y de Oriente el gesto ve tremendo,
 Y muriendo y llorando al Cisne mira:
 La Náo, la Liebre, el Can, la dulce Lira.

LXXXIX.

»Debajo de este inmenso firmamento
 El cielo es de Saturno, dios antiguo;
 Júpiter sigue luego el movimiento,
 Y abajo Marte, bélico enemigo:
 Y es, cual ojo del sol en cuarto asiento,
 Vénus, que los amores trae consigo:
 Mercurio, el de elocuencia soberana
 Sigue, y debajo la trifáz Diana.

XC.

»En cada globo curso á varia mano
 Verás, y en unos grave, en otros leve:
 Ora el centro al huir dejan lejano,
 Ora están de la tierra á trecho breve,
 Como lo quiso el Padre soberano,
 Que hizo el fuego y el aire, y viento y nieve:
 Y verás que aun se mueven más adentro
 Tierra y mar, y que ocupan allá el centro.

XCI.

»Y en la triste mansion de los humanos,
 Que no con sufrir solo se contentan
 De la tierra los males tan insanos,
 Sino que los del mar instable tientan,
 Verás las varias partes que Oceános
 Cortan, donde naciones se aposentan
 Varias, y que dominan varios Reyes,
 Con sus varias costumbres y sus leyes.

XCII.

»A la cristiana Europa vé, mas clara-
 Que ninguna en cultura y fortaleza:
 Al África, del bien mundano avara,
 Inculta y llena toda de impureza,
 Con el cabo que de antes se os negara
 Que hácia el Austro asentó naturaleza:
 Mira esa tierra toda, que se habita
 De esa gente sin ley, casi infinita.

XCIII.

»Ve de Monomotapa el grande imperio,
De selvática grey, negra y desnuda,
Dó sufrirá Gonzalo vituperio
Por la fe santa, y luego muerte cruda.
Nace por este incógnito hemisferio
El metal por que más la gente suda:
Mira el lago, de donde allí derrama
El Nilo su caudal, y ve á Cugama.

XCIV.

»Y ve allí de los negros la techumbre
Sin puertas, y confiados sus destinos
Á la justicia Real, en servidumbre,
Y en la lealtad no más de sus vecinos:
Mira de ellos la bruta muchedumbre
Cual banda espesa y negra de estorninos,
Que de Sofála asaltará la alteza,
Defendida por Naya con destreza.

XCV.

»Mira allí las lagunas de dó el Nilo
Nace, que no supieron los pasados:
Véle regar, criando al cocodrilo,
Los pueblos Abasis, de Cristo amados:
Mira cómo sus muros (nuevo estilo)
Se defienden mejor de ímpios soldados:
Ve á la isla Meróc, de antigua fama,
Que ora, del natural, Noba se llama.

XCVI.

»En tan remota tierra un hijo tuyo
Contra el Turco en las armas se hará claro,
Cristóbal ha de ser el nombre suyo,
Mas contra el fin postrero no hay reparo.
Mira la costa allí que yo circuyo,
Donde te dió Melinde hospicio caro,
Y mira el rio Rapto, que el romance
Del pais llama Oby, que entra en Quilmance.

XCVII.

»Mira el cabo, Aromáta antes llamado,
Que hoy dicen Guardafú los moradores,
Donde la boca está del mar nombrado,
Que toma al rojo fondo los colores.
Este está como límite lanzado
Entre el África y Asia; y las mejores
Ciudades que en la parte hay Africana,
Son Sanaquem, Arquico, y Macüana.

XCVIII.

»Ve el extremo Suéz, antiguamente
Por pueblo de los Héroas conocido:
De otros por Arsinóe, y al presente,
Puerto de Egipcias naves poseído.
Ve las aguas por donde á la potente
Voz de Moisés camino abierto ha sido:
El Asia empieza aquí, que se presenta
En tierras grande, en reinos opulenta.

XCXIX.

»Mira el monte Siná, que se ennoblece
 Con el sepulcro y fe de Catalina:
 Mira á Toro, y Gidá, la cual carece
 De agua de fuentes dulce y cristalina:
 La entrada del estrecho, que fenece
 De Adem seca en el suelo, que confina
 Con la sierra de Arcira, viva roca
 A dó lluvia del cielo nunca toca.

C.

»Ve las Arabias tres, dó tanta tierra
 Con parda turba errante aun se embaraza:
 Que produce corcel para la guerra,
 Sobrio, enjuto, veloz, de insigne raza:
 Ve la costa que sigue hasta que cierra
 Otro estrecho de Persia, que allí traza
 El cabo que del nombre se apellida
 De la ciudad Fartaque bien sabida.

CI.

»A Dofar ve, preciada porque manda
 Para el altar aromas deliciosas;
 Pero ve atento, acá de esta otra banda,
 De Rosalgat las playas codiciosas
 Dó el reino está de Ormuz, que todo se anda
 Por las riberas que se harán famosas
 Cuando la armada atroz del Turco fiero
 Vea de Castel-Branco el limpio acero.

CII.

»Mira el cabo Asobóro, hoy nominado
 Mozandon de los duros navegantes:
 Entra por aquí el lago derivado
 De Arabia y Persas, tierras abundantes.
 Ve la Isla Barem, que el fondo ornado
 Lleva de ricas perlas, imitantes
 Del alba en la color; y en la salada
 Mar, del Tigris y Ufrátes ve la entrada.

CIII.

»Ve el grande imperio de la Persia, sobre
 Las armas levantado y el caballo;
 Que precia de no usar fundido cobre,
 Y de llevar del fierro siempre callo.
 Mas ve la Isla Gerúm ¡cuánto hace pobre
 La existencia del Rey la del vasallo!
 ¡Qué queda ya de Armuza, que allí estuvo?
 ¡Qué ha de durarle lo que de ella tuvo?

CIV.

»Aquí de don Felipe de Meneses
 Lucirá la virtud, en armas clara,
 Cuando con reducidos Portugueses
 Los muchos Párseos vencerá de Lara;
 Que vendrán á sufrir golpes, reveses,
 De don Pedro de Sousa, que probara
 En Ampaza su ardor, pues conquistóla
 Por tierra, á esfuerzos de la espada sola.

CV.

»Mas el estrecho deja y conocido
Cabo de Jasque, y antes de Carpella,
Con todo su terreno, mal querido
De la natura y de los dones de ella,
Que llevó de Carmania el apellido;
Y mira el Indo hermoso, que de aquella
Altura brota, y junto al cual, naciendo
De otra, el Ganges aquí viene corriendo.

CVI.

»Ve la tierra de Ulcinde fertilísima,
Y de Jaquete la íntima ensenada:
La pléa-mar, de súbito grandísima,
Y la que baja huyendo apresurada.
La tierra de Cambaya ve riquísima,
Donde el seno del mar hace una entrada;
Aquí ciudades mil, que voy pasando,
Para vosotros hoy se están guardando.

CVII.

»Ve la costa seguir célebre Indiana,
Que al Sur el cabo Camorí contiene,
Hoy llamado Corí, que á Taprobana
(Hora Ceilan) enfrente de sí tiene.
Por este mar la gente Lusitana
Que irá tras tí, con armas que previene,
Victorias ganará, tierras, ciudades,
En las que ha de vivir largas edades.

CVIII.

»Las provincias que, entre uno y otro rio,
Ves, son naciones varias, infinitas:
Mahometano ó Gentil es su gentío,
A quien da leyes el demonio escritas.
Mira cuál de Narsinga el señorío
Tiene (¡reliquias santas y benditas!)
El cuerpo de Tomás, varon sagrado,
Cuya mano á Jesus tocó el costado.

CIX.

»Aquí fue la ciudad que se llamaba
Meliapór, muy hermosa, grande y rica:
Los ídolos antiguos adoraba,
Como el culto aun de ahora nos lo indica:
Lejos del mar en aquel tiempo estaba,
Cuando la ley, que la verdad predica,
Tomás vino á explicar, antes corriendo
Pueblos mil, que á la fe va convirtiendo.

CX.

»Y predicando aquí, y á un tiempo dando
Al enfermo salud y al muerto vida,
Trajo un dia el acaso, el mar sulcando,
Un leño de grandeza desmedida:
Desea el Rey, que andaba edificando,
Util hacerlo, y piensa de seguida
Poder sacarlo á tierra con pujantes
Fuerzas de ingenio, y de hombres, y elefantes.

CXI.

»Era tan grande el peso del madero,
Que no hay fuerza á moverlo tan potente:
Mas el Nuncio de Cristo verdadero
Menos trabajo aplica al caso urgente:
El cordon, de su túnica atadero,
Ata al tronco y lo arrastra fácilmente
Para donde ha de hacerse templo y gloria,
Que quede á los futuros por memoria.

CXII.

»Sabia bien que el que con fe inspirada
A escelso monte ordena que se mueva,
Le verá obedecer la voz sagrada;
Que así lo enseña Cristo, y él lo aprueba.
Quedó la gente de esto alborozada,
Y lo tiene el Brahamen por cosa nueva,
Temblando que á estinguir va su prestigio
De santidad tan grande aquel prodigio.

CXIII.

»Estos Brahamenes son de los Gentiles
Los en que más entró la envidia fea:
Buscan astucias é invenciones miles
Con que Tomás vencido ó muerto sea.
El jefe, á quien le asaltan los más viles,
Inventa crimen con que el mundo vea
Que es el culto falaz, del verdadero
El contrario más grande, y el más fiero.

CXIV.

»A un hijo suyo mata y luego acusa
De homicidio á Tomás, que era inocente:
Falsos testigos pone, cual se usa,
Y á muerte le condenan brevemente.
El Santo que no ve mas cierta escusa
Que apelar á aquel Juez Omnipotente,
Quiere, á vista del Rey y los señores,
Un milagro ejercer de los mayores.

CXV.

»Manda que sea el cuerpo allí traído,
Que él le dará la vida; y demandado,
Dirá su matador, y así creído
Será por testimonio el más probado;
Y al mozo vieron todos vivo, erguido,
En nombre de Jesus sacrificado,
Dar gracias á Tomás que le dió vida,
Y decir que es su padre el homicida.

CXVI.

»Causó tan gran milagro tal espanto,
Que quiso el Rey bañarse en la agua santa
Y otros muchos con él: quién besa el manto,
Quién de Tomás las maravillas canta;
Y es el furor á un tiempo y el quebranto
De los Brahamenes y la envidia tanta,
Que persuadiendo al fin al pueblo rudo,
Matarle quieren con tormento crudo.

CXVII.

»Un dia que exhortando al pueblo estaba,
Fingen entre la gente alarma y ruido:
Ya en este tiempo Dios le decretaba
Ser al cielo entre palmas ascendido.
La multitud de piedras que volaba
Da en el Santo, de hinojos ofrecido;
Y uno, por acabarle más de priesa,
Con fiera lanza el pecho le atraviesa.

CXVIII.

»Indo y Ganges, Tomás, te están gimiendo:
Te lloró todo el suelo que pisaste,
Y las almas aun más que ibas vistiendo
Del color de la fe que las mostraste.
Mas cantando los coros y riendo
Te admiten en la gloria que ganaste:
Rogámoste que á Dios pidas ferviente
Por la salud de tu Lusiana gente.

CXIX.

»Y vosotros que el título quisísteis
De ser, como Tomás, por Dios mandados,
Si eso es cierto, decid, ¿cómo vivísteis
Sin llevar la fe santa á esos Estados?
Aunque ostengais por puros, no cumplísteis,
Que en la patria en que no hay profetas dados,
¿Con qué se limpiarán en nuestros dias
(No hablo de infieles) tantas herejías?

CXX.

»Mas dejemos materia peligrosa,
Y á la costa volvamos dibujada.
Ya con esa ciudad rica y hermosa,
Se encorva la Gangética ensenada:
Baña á Narsinga noble y poderosa,
Y á Orixá, por sus telas afamada:
De esa ensenada al fondo, el santo rio
Se lanza en el salado señorío.

CXXI.

»El Ganges es, y en él sus pobladores
Se lavan al morir, con la certeza
Que por más que se juzguen pecadores
Esta agua celestial les da pureza.
Ve á Cathigon, ciudad de las mejores
Del Bengalés, que de abundante ampleza
Se precia, pero puesta aquí la mira,
Donde al Austro la costa se revira.

CXXII.

»Mira á Tavay, ciudad en donde empieza
De Sion el imperio dilatado:
Tenassári, y Quedá, que es la cabeza
De las que la pimienta han cultivado.
Más adelante hareis de esa riqueza
Centro á Malaca, emporio celebrado,
Dó toda la provincia del mar grande
Sus esquisitas mercancías mande.

CXXIII.

»Dicen que de esta tierra la potente
Furia del mar entrante dividiera
La noble isla Samátra, y que la gente
En más remota edad juntas las viera.
Llamose Quersoneso, y del luciente
Oro en filon que el suelo produjera,
El epíteto de áureo le pusieron,
Y algunos que el Ofir fuese creyeron.

CXXIV.

»En la punta verás de Singapura
Que paso más estrecho al mar se fije:
De allí la costa, vuelta á Cinosura,
Se encorva y recta hacia la Aurora rige.
Ve á Pantane y á Pám, y la largura
De Sion, que á esos reinos los dirige:
Mira el río Menon, que se derrama
Del grande lago, que Quiamái se llama.

CXXV.

»Ve, en esta gran region, los diferentes
Nombres de mil naciones no sabidas:
Los Laos, en tierra y número potentes,
Bramas y Avas, con sierras estendidas.
Ve en los montes lejanos otras gentes
Llamadas Guéos, de salvajes vidas,
Que comen carne humana (bestial yerro)
Y ornan la suya con ardiente fierro.

CXXVI.

»Ve pasar por Camboya al Mecom, río
Que de las aguas capitan se siente:
Tantas de otro recibe en el estío,
Que inunda el campo, fiero en su creciente:
Igual en eso imita al Nilo frio:
Cree en su bruta ignorancia aquella gente
Que tiene pena y gloria, así que pase,
Todo animal de toda suerte y clase.

CXXVII.

»Acogerá ese suelo pio y blando,
En su regazo, el canto humedecido
En el naufragio triste y miserando,
De escollos procelosos perseguido,
De grandes hambres y peligros, cuando
El mandato cruel será cumplido
Contra aquel, cuya lira sonora
Será más afamada que dichosa.

CXXVIII.

»Ve allí la costa que Campá se llama,
De olorosas maderas revestida,
Y á Cauchichina ve, de oscura fama,
Y de Ainon la ensenada no sabida.
Aquí es el grande imperio, que se afama
Con tierras y riqueza que mal cuida,
De la China, que ocupa el señorío
Desde el trópico ardiente al Cinto frio.

CXXXIX.

»Ve la muralla inmensa no creída,
Que un gran imperio de otro ha separado,
Cierta señal y prueba conocida
De muy rica potencia y regio Estado.
La real progenie en esos no es nacida
Para reinar, ni el trono es heredado,
Sino que á aquel eligen que es famoso
Por caballero, sabio y por virtuoso.

CXXX.

»Aun mucha tierra á tu mirar se esconde
Hasta que el tiempo venga de mostrarse:
Mas no dejes del mar las islas, donde
Quiso naturaleza señalarse:
Esta, medio escondida, corresponde
A la China, y de allí viene á buscarse:
s Japon, que produce plata fina,
Y á la que ha de ilustrar la ley divina.

CXXXI.

»Mira allí por los mares del Oriente
Las infinitas islas derramadas:
Ve á Tidor y Ternate, con su hirviente
Cumbre, que arroja llamas onduladas;
Y las plantas verás del clavo ardiente
Con sangre Portuguesa conquistadas:
Las áureas aves viven en su cielo,
Y se ven, solo muertas, en el suelo.

CXXXII.

»Ve las islas de Banda, que se esmaltan
De la color que pinta el rojo fruto,
Y las variadas aves que allí saltan,
Cobrando á la nuez verde su tributo:
Ve á Borneo también, donde no faltan
Lágrimas del humor cuajado, enjuto,
Del árbol que Camphor es nominado,
Que de la Isla el suelo hace afamado.

CXXXIII.

»También allí es Tidor, que el palo manda
Saludable de sándalo oloroso:
A Sunda ve, tan lejos, que una banda
Esconde paso al Sur dificultoso:
La gente activa que las tierras anda
Dice que un rio tiene milagroso,
Que por dó el agua propia suya trae,
Convierte en piedra el palo que en él cae.

CXXXIX.

»Ve la que tornó en isla el tiempo iroso,
Que también llama trémula evapora:
La fuente que óleo da, y el prodigioso
Balsámico licor, que el tronco llora
Más que cuanto destila de oloroso
Ciniras en la Arabia donde mora;
Y ve que de las otras el tesoro
Tiene junto, y añade seda y oro.

CXXXV.

»Ve, en Ceilan, cómo el monte se levanta
Que de las nubes hiende el aire vano,
Y cuál muestra pasar por cosa santa
La piedra que desgasta el paso humano:
En las Islas Maldivas ve la planta,
En el fondo del agua árbol galano,
Cuyo fruto, al veneno más urgente
Se tiene por antídoto escelente.

CXXXVI.

»Mira al frente del Rojo mar confusa
Socotorá con sus Alóes famosa,
Y otras más islas de la gente Lusa,
En la costa del África arenosa:
De dó sale de aroma la profusa
Masa, á todos incógnita y preciosa:
De San Lorenzo ve la Isla afamada,
Madagascar de algunos nominada.

CXXXVII.

»Ve aquí las nuevas partes del Oriente,
Por las que el mundo ahora os viene estrecho,
La puerta abriendo al vasto mar patente,
Que navegais con tan heróico pecho.
Mas tambien es razon que en el Poniente,
De un Lusitano conozcáis un hecho,
Que al darse de su Rey por agraviado,
Un camino ha de abrir jamás sulcado.

CXXXVIII.

»Mira la grande tierra que confina
Va de Calixto á su contrario polo,
Que hará soberbia la luciente mina
Del metal del color del rubio Apolo.
Castilla, vuestra amiga, será dina
De someterla á su coyunda solo:
Provincias tiene de diversas gentes,
En costumbres y ritos diferentes.

CXXXIX.

»Pero tendreis tambien, allí en su anchura,
Tierra, por el bermejo palo, nota:
El nombre la pondreis de la cruz pura,
Pues ha de descubrirla vuestra flota:
Si bien al largo de esa costa dura
Buscando irá la parte más remota
Magallanes que, Luso por la gloria,
Mas no por la lealtad, dirá la historia.

CXL.

»Cuando pasar más que mi concha vea,
Que de línea al Antártico declina,
Hallará de estatura gigantéa
Hombres en la alta tierra allí vecina;
Y más allá el estrecho, que se arrea
Hoy con su claro nombre, el cual camina
Para otro mar y tierra, que está donde
Austro en sus alas frígidas la esconde.

CXXI.

»Hasta aquí, Portugueses, concedido
Os ha sido el saber futuros hechos,
Que por el mar, que ya dejais vencido,
Vendrán á hacer varones de altos pechos.
Y ahora, pues, lograis, por el sufrido
Árduo trabajo, uniros tan estrechos
A las ninfas y cándidas esposas
Que coronas os tejen muy gloriosas:

CXXII.

»Embarcaros podeis, que teneis viento,
Y blando el mar, para la patria amada.»
Así les dice; y luego en movimiento
Se ponen en la alegre isla encantada:
Amplios llevan refrescos y alimento:
Y, en fin, la compañía deseada
De aquellas que consigo eternamente
Vivirán, mientras al mundo el sol caliente.

CXXIII.

Fueron así cortando el mar sereno
Con viento siempre manso y nunca airado,
Hasta que á ver volvieron del terreno
Patrio el cielo, y el nido siempre amado.
Entran por el bocal del Tajo ameno:
Y á su patria y su Rey muy venerado
La gloria y premio dan, pues él la manda,
Y con títulos nuevos hoy la agranda.

CXLIV.

Musa, no más; que ya la lira tengo
Destemplada, y la voz enronquecida;
Y no del canto, mas de ver que vengo
A cantar á una gente ensordecida.
No da la patria, no (yo lo sostengo),
Al ingenio favor; que está sumida
En el lucro no más, y en la aspereza
De apagada, y sombría, y vil tristeza.

CXLV.

Y no sé por qué influjo del destino
No goza esa alegría altiva y clara
Que los ánimos alza de continuo,
Y hace dar al trabajo leda cara.
Por eso vos ¡oh Rey! á quien divino
Querer el regio solio vos depara,
Mirad que sois (y ved las otras gentes)
Monarca de vasallos escelentes.

CXLVI.

Ved cuán contentos, por tan varias vías,
Como leones van, y bravos toros,
Dando el cuerpo á las penas más impias,
Al ruego, y fierro, y flechas, y Peloros:
A caliente region, y á playas frias:
A los golpes de idólatras y Moros:
A peligros incógnitos del mundo,
A naufragios, á peces, al profundo.

CXLVII.

A todo, en el servicio vuestro, listos,
 Y tan lejos de vos, siempre obedientes
 A los mandatos vuestros imprevistos,
 Sin dar respuesta, alegres y pacientes:
 Con saber solo que de vos son vistos,
 Por vos embestirán hornos ardientes,
 Demonios del infierno pavoroso,
 Y os sacarán de todo victorioso.

CXLVIII.

Favorecedlos luego y alegradlos
 Con vuestro halago y vuestra real presencia;
 De rigurosas leyes aliviadlos,
 Que así se abre el camino á eterna ciencia:
 A los ejercitados levantadlos,
 Si hermanan la virtud con la esperiencia,
 Hasta el consejo vuestro, pues que saben
 Cómo, y cuándo, y á dó las cosas caben.

CXLIX.

Segun es su valer en sus oficios,
 Que á todos sostengais es bien presumo:
 Háganse religiosos ejercicios
 Por vuestra vida y regimiento sumo:
 Y ayuno y disciplina por los vicios,
 Y porque la ambicion tengan por humo;
 Que el católico bueno y verdadero,
 No busca gloria vana, ni dinero.

CL.

Tened á los de guerra en mucha estima,
 Pues con su sangre y su virtud ferviente
 No la ley sola, que de todo es cima,
 Mas las vuestras sostienen igualmente:
 Pues los que van á tan remoto clima
 A serviros con paso diligente,
 Vencen á más de los contrarios vivos,
 Lo que es más, los trabajos escesivos.

CLII.

Haced, señor, que nunca los pasmados
 Germanos, Galos, Ítalos é Ingleses,
 Puedan decir que son para mandados,
 Más que para mandar, los Portugueses:
 Consejo solo oid de ejercitados
 Que vieron largos días, hartos meses;
 Que aunque en talento grande mucho cabe,
 Mas, en los casos, el esperto sabe.

CLIII.

A Formion el filósofo elegante,
 Cómo Annibal, sabeis, escarnecia,
 Cuando del arte bélica, él delante,
 O daba esplicaciones, ó leía.
 El órden de la guerra militante
 No se aprende, señor, de fantasía,
 Estudiando, soñando ó discurrendo,
 Sino entrando, mirando y combatiendo.

CLIII.

Mas yo, que humilde y rudo trato de esto,
De tí no conocido ni soñado,
Sé que del más pequeño y más modesto
Sale el loor á veces acabado:
Ni del vivir me falta estudio honesto,
Con esperiencia larga misturado,
Ni este ingenio que viendo estás presente,
Cosas que se hallan juntas raramente.

CLIV.

Para servirte, brazo á guerras hecho:
Para cantarte, tengo mente incesa:
Solo me falta hallarte satisfecho,
Pues solo es tu poder quien mide y pesa:
Si eso Dios me concede, y si tu pecho
Toma de ser cantada digna empresa,
Cual, viendo en tí la inclinacion divina,
Ya la présaga mente vaticina,

CLV.

Ora haciendo que más que de Medusa
Tema la vista tuya el monte Atlante,
Ora rompiendo en campos de Ampelusa
Al Moro de Marruecos y Trudante;
A mi apacible y ya estimada musa
La haré que á todo el mundo de tí cante;
De suerte que Alejandro en tí se vea,
Sin que la dicha envidies Aquilea.

FIN.

ÍNDICE.

Págs.

CANTO PRIMERO.—Navegacion de los Portugueses por los mares Orientales: celebran los dioses un consejo: se opone Baco á la navegacion: Vénus y Marte favorecen á los navegantes: llegan á Mozambique, cuyo gobernador intenta destruirlos: encuentro y primera funcion de guerra de los Portugueses contra los gentiles: leván anclas, y pasando por Quiloa, surgen en Mombaza.

3

CANTO SEGUNDO.—Instigado por el demonio, pretende el Rey de Mombaza destruir á los navegantes: dispónelos traiciones bajo el fingimiento de amistosa acogida: Vénus se presenta á Júpiter é intercede por los Portugueses: él le promete favorecerlos, y le refiere, como en profecía, algunas hazañas de aquellos en el Oriente: Mercurio se aparece en sueños á Gama, y le advierte que evite los peligros que le amenazan en Mombaza: leva anclas y llega á Melinde, cuyo Rey le recibe y hospeda benigna y generosamente.

CANTO TERCERO.—Vasco de Gama hace al Rey de Melinde una estensa narracion, en que, despues de una sucinta descripcion geográfica de Europa, le

CLIII.

Mas yo, que humilde y rudo trato de esto,
 De tí no conocido ni soñado,
 Sé que del más pequeño y más modesto
 Sale el loor á veces acabado:
 Ni del vivir me falta estudio honesto,
 Con esperiencia larga misturado,
 Ni este ingenio que viendo estás presente,
 Cosas que se hallan juntas raramente.

CLIV.

Para servirte, brazo á guerras hecho:
 Para cantarte, tengo mente incesa:
 Solo me falta hallarte satisfecho,
 Pues solo es tu poder quien mide y pesa:
 Si eso Dios me concede, y si tu pecho
 Toma de ser cantada digna empresa,
 Cual, viendo en tí la inclinacion divina,
 Ya la présaga mente vaticina,

CLV.

Ora haciendo que más que de Medusa
 Tema la vista tuya el monte Atlante,
 Ora rompiendo en campos de Ampelusa
 Al Moro de Marruecos y Trudante;
 A mi apacible y ya estimada musa
 La haré que á todo el mundo de tí cante;
 De suerte que Alejandro en tí se vea,
 Sin que la dicha envidies Aquilea.

FIN.

ÍNDICE.

Págs.

CANTO PRIMERO.—Navegacion de los Portugueses por los mares Orientales: celebran los dioses un consejo: se opone Baco á la navegacion: Vénus y Marte favorecen á los navegantes: llegan á Mozambique, cuyo gobernador intenta destruirlos: encuentro y primera funcion de guerra de los Portugueses contra los gentiles: leván anclas, y pasando por Quiloa, surgen en Mombaza. 3

CANTO SEGUNDO.—Instigado por el demonio, pretende el Rey de Mombaza destruir á los navegantes: dispónelos traiciones bajo el fingimiento de amistosa acogida: Vénus se presenta á Júpiter é intercede por los Portugueses: él le promete favorecerlos, y le refiere, como en profecia, algunas hazañas de aquellos en el Oriente: Mercurio se aparece en sueños á Gama, y le advierte que evite los peligros que le amenazan en Mombaza: leva anclas y llega á Melinde, cuyo Rey le recibe y hospeda benigna y generosamente.

CANTO TERCERO.—Vasco de Gama hace al Rey de Melinde una estensa narracion, en que, despues de una sucinta descripcion geográfica de Europa, le

cuenta el origen y principios del reino de Portugal, de sus Reyes (hasta D. Fernando) y de sus principales hechos: notable accion de Egas Moñiz: viene á Portugal la Reina doña Maria, esposa del Rey de Castilla é hija del de Portugal, á pedir socorro contra los moros, que despues son vencidos en la batalla del Salado por las fuerzas reunidas de ambos reinos: amores y catástrofe de Inés de Castro: algunos sucesos de la época del Rey D. Fernando. 81

CANTO CUARTO.—Continúa Gama su narracion al Rey de Melinde, y le refiere las guerras de Portugal con Castilla sobre la sucesion del reino á la muerte del Rey D. Fernando: hazañas del condestable D. Nuño Alvarez Pereira: batalla y victoria de Aljubarrota: diligencias hechas para descubrir la India por mar en tiempo de D. Juan II, y cómo el Rey D. Manuel consiguió ese fin, determinando este viaje: prevençiones para emprenderlo: embarque y despedida de los navegantes en las playas de Belem. 131

CANTO QUINTO.—Prosigue su narracion Vasco de Gama, y describe al Rey de Melinde su salida de Lisboa: las diversas tierras en que tocaron, y las gentes que vieron hasta el cabo de Buena-Esperanza: caso de Fernan Velloso: fábula del Gigante Adamastor: continuacion del viaje hasta Melinde: concluida la narracion, se establece la paz con el Melindano, y una verdadera amistad entre Gama y este Rey. 169

CANTO SESTO.—Sale Vasco de Gama de Melinde, y en cuanto empieza á navegar prósperamente, baja Baco al mar: descripcion del palacio de Neptuno: convoca el mismo Námen, irritado contra los Portugueses, á los dioses marítimos, y les escita á la destruccion de los navegantes: mientras esto pasa, Velloso, para entretener á sus compañeros, les refiere el paso honroso de los doce Portugueses en Inglaterra: levántase una horrorosa tempestad: es

aplacada por Vénus y las Nereidas: llegan finalmente con bonanza á Calecut, último y deseado término de esta navegacion. 205

CANTO SÉTIMO.—Exhortacion á los Principes cristianos para que emprendan tan grandes empresas como la presente en servicio de la Cristiandad, y no gasten sus fuerzas en guerras entre si, y menos en perjuicio de la unidad religiosa: descripcion del Malabar, al que pertenece la provincia de Calecut, en cuyo puerto fondea la Armada: recibe el Samorim, ó Emperador, á Gama con honoríficas demostraciones: se presenta el Moro Monzaide, que, informado de Gama, informa también á los naturales del pais: va el Catual, ó gobernador de Calecut, á ver la Armada. 241

CANTO OCTAVO.—Ve el gobernador de Calecut varias pinturas recamadas en las banderas de la Armada, y oye la esplicacion que le hace de ellas Pablo de Gama: origen del nombre de Lusitania: hechos gloriosos de los Reyes de Portugal y de sus vasallos, hasta el Rey D. Alfonso V: manda el Samorim á sus Arúspices que consulten lo futuro respecto de la Armada: informan contra los navegantes: pretenden destruir á Gama, el cual satisface al Rey sobre sus injustos cargos y sospechas. 273

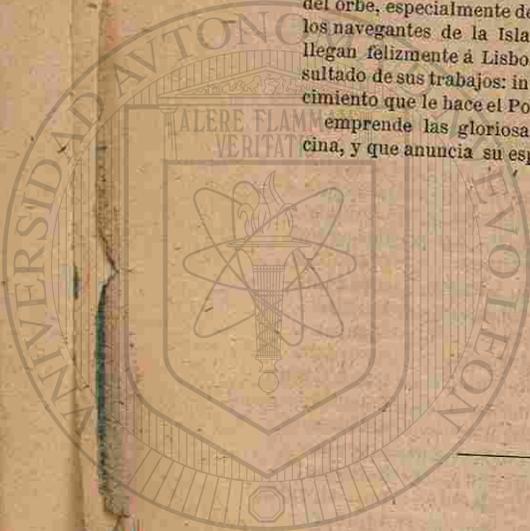
CANTO NOVENO.—Libre de las traiciones y peligros que le amenazaban, sale Vasco de Gama de Calecut, para volver al reino con las alegres nuevas del descubrimiento de la India Oriental: Vénus le encamina á una isla deliciosa: descripcion de esa isla: desembarco de los navegantes: festivas demostraciones con que son allí recibidos los Portugueses por Tétis y por las ninfas. 309

CANTO DÉCIMO.—Convite de Tétis á los descubridores: cancion profética de la ninfa, en que bosqueja rápidamente las principales conquistas y hazañas de los Vireyes, gobernadores, y caudillos Portu-

gueses hasta D. Juan de Castro: sube Tétis con Gama y los demás a un monte, desde el cual le muestra las esferas celeste y terrestre: descripción del orbe, especialmente del Asia y del Africa: salen los navegantes de la Isla, y continuando su viaje, llegan felizmente a Lisboa, y ofrecen al Rey el resultado de sus trabajos: invocación, consejos y ofrecimiento que le hace el Poeta de cantar sus hechos, emprende las gloriosas empresas que le vaticina, y que anuncia su espíritu generoso. 343

FE DE ERRATAS.

Página.	Línea.	Dice.	Léase.
12	9	nace y	nace
18	2	el Baco	el de Baco
31	27	lazada	celada
38	4	Ferina	ferina
65	2	en esto	en tanto
83	10	Lencotóe	Leucotóe
107	13	temblaron	temblaren
151	17	villa:	villa,
183	12	partimos	partiamos
218	24	mándale	mándanle
221	17	Erienis	Ericnis
223	18	séanles	séanles
293	22	valerosos	valorosos
315	27	que Ceilan	que á Ceilan
316	7	oscura.	oscura,
334	20	caballo	cabello
341	8	fogoso	fragoso
350	23	reprime,	reprime;
352	12	entristecido.	entristecido,
356	18	tímida	túmida
388	17	s Japon	Es Japon
Ultima	9	emprende	si emprende



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



U A N

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS